

Por el autor de **TRECE RUNAS**
MICHAEL PEINKOFER



LAS
PUERTAS
DEL
INFIERNO



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

La tercera aventura de la arqueóloga victoriana Sarah Kincaid, que descubrirá las aguas míticas del Estigia o destapará el mito del Golem praguense.

Otoño de 1884. Una celda lúgubre. Dentro se encuentra un hombre inerte. ¿Estará muerto? Bajo su lengua hay una moneda: es el óbolo de Caronte, el precio que hay que pagar al barquero del reino de los muertos.

La joven arqueóloga Sarah Kincaid no sabe qué hacer, el destino parece haberse puesto en su contra. Primero la abatió la muerte de su padre en Egipto y ahora su prometido, Kamal, a quien se acusa de un antiguo crimen, sufre una extraña enfermedad que lo tiene a las puertas del infierno.

Pero aún hay una última oportunidad de salvarlo, la legendaria agua de la vida. Para encontrarla, Sarah deberá sortear los peligros que acechan en los callejones de Praga, donde dicen que habita el Golem, entre las torres de los monasterios de Meteora o en las orillas subterráneas del Estigia, el río griego de los muertos.

«Embarcarse en la lectura de la tercera novela de Sarah Kincaid, la aguerrida arqueóloga victoriana, es toda una aventura». Frankfurter Stadtkurier.

L≡**LIBROS**

Michael Peinkofer

Las puertas del infierno

Sarah Kincaid - 3

*A las personas más audaces
que conozco, Alois y Hedwig*

PRÓLOGO

PALACIO DE ALEJANDRÍA, ENERO DEL AÑO 246 A. C.

Los gritos se hicieron más débiles.

El hombre que los profería seguía aferrándose con todas sus fuerzas a la vida. Pero cada vez respiraba más laboriosamente y sus gritos se fueron transformando en un angustioso jadeo.

Al otro lado de las columnas que limitaban el aposento por el noroeste se divisaba el puerto de Alejandría, dominado por el gran faro, símbolo del poder ptolemaico, que podía verse desde muy lejos. Sin embargo, ese poder se había desmoronado y, mientras la actividad comercial proseguía en el puerto, mientras se desembarcaban y se despachaban mercancías, mientras marineros, artesanos, esclavos y prostitutas se dedicaban a sus quehaceres, el soberano de ese centro de comercio y progreso, de ciencia y cultura, pero también de infamia y decadencia moral, agonizaba.

—Ar... Arsínoe —susurró Ptolomeo en un resuello, y alargó sus manos huesudas y adornadas con anillos de oro como si buscara algo—. Mi amada esposa y hermana... ¿Dónde está?

Los hombres que rodeaban el lecho de su soberano, generales con amplias capas y cortesanos con vestimentas largas y holgadas, intercambiaron miradas de consternación.

—La... La reina ya no vive —explicó uno de ellos finalmente—. Se os anticipó, señor, hace muchos años.

Un nuevo jadeo salió del cuerpo del rey. En los ojos enrojecidos de Ptolomeo centelleó un brillo de comprensión; y un instante de clarividencia retiró el velo que la muerte cercana había tendido sobre su espíritu.

—Me... me dejó una cosa —masculló con esfuerzo—. Una redoma... Una redoma de cristal azul...

—Vuestra divinidad ya ha mandado a por ella —le recordó discretamente el cortesano—. Un criado ya ha abandonado vuestros aposentos para ir a buscar la redoma.

—He... de beber... el contenido —susurró Ptolomeo entre dos severos

ataques de tos que sacudieron su frágil cuerpo—. El legado de Arsínoe me salvará la vida, por el bien de Egipto y la gloria de Alejandría...

El cortesano enarcó las cejas. No solo porque con el sobrino del rey moribundo ya tenían asegurado un digno sucesor al trono y, por lo tanto, no había ninguna necesidad de aferrarse al antiguo, sino también porque se preguntaba cómo era posible que un soberano a quien en vida no le había importado la ley, que había contraído matrimonio con su propia hermana y se había hecho venerar como sucesor de Osiris, temiera tanto la muerte...

Ptolomeo tosió de nuevo. Un esputo sanguinolento humedeció la sábana blanca y anunció el fin inminente del soberano, pero el viejo seguía aferrándose a la esperanza de que seguiría con vida y reinaría eternamente.

—¿Josefo? —susurró—. Mi buen Josefo.

—¿Sí, mi señor?

Un hombre enjuto, con barba, y cabello largo y cano que sujetaba con una cinta de cuero ceñida a la frente, se adelantó. En una mano sostenía una tabla de madera sobre la cual había un papiro extendido; en la otra, una pluma.

—De todos los escribas y sabios de la corte tú siempre has sido mi predilecto.

—Os lo agradezco, señor.

—Sé que me odiaste por no haberte permitido regresar después de que tú y los tuyos concluyerais el trabajo y trajeseis las palabras de tu Dios a la lengua de los sabios...

El escriba no replicó. En otros tiempos, ese silencio elocuente habría merecido latigazos o incluso la muerte. Pero, en sus últimas horas, Ptolomeo Filadelfo parecía indulgente.

—Lo sé, viejo amigo —dijo el rey—. Por eso debes saber que te libero de mi servicio.

—¿Señor?

—Eres libre de regresar a tu tierra y con tu Dios, si lo deseas. Sin embargo, antes te pido un favor.

—¿Sí, señor?

—Haz de escriba para mí una última vez y anota para la posteridad lo que veas. —En la mirada aterrorizada del soberano agonizante se encendió una chispa—. Ocurrirán milagros, amigo mío. Milagro tras milagro, y mis adversarios comprenderán que fue una insensatez alzarse contra mí. Antígonos, aquel infame advenedizo, está muerto, pero yo no pienso seguirlo en el camino hacia el oscuro Hades. Jamás, ¿me oyes? Jamás...

Con sus últimas fuerzas encabritadas, Ptolomeo se había medio incorporado del lecho. Con su huesuda mano derecha había agarrado el dobladillo de la túnica de Josefo y miraba al escriba tan profundamente a los ojos que este alcanzó a reconocer la locura en ellos.

En ese instante apareció el criado a quien habían mandado a buscar la

redoma. Llevaba un cojín de seda en las manos sobre el cual reposaba una modesta vasija de cristal azul.

A pesar de su estado, Ptolomeo lanzó un chillido triunfal.

—¡Vida eterna! —gritó, antes de ordenar a su criado de cámara que destapara el frasco sellado con cera y se lo acercara a los labios.

El líquido que contenía le humedeció la lengua y el paladar, y Ptolomeo se lo bebió ávidamente. Apenas había tragado lo que aún quedaba en la botella después de tanto tiempo, lo atenazó una tos grave que hizo temblar su frágil figura.

Los cortesanos y los generales intercambiaron de nuevo miradas elocuentes mientras se preguntaban cuánto duraría aún la lucha contra la muerte que libraba su soberano, que había reinado durante un período tan largo y lleno de vicisitudes. Se acercó otro criado para recostar la cabeza rapada de Ptolomeo sobre un cojín limpio, pero el ataque de tos del rey no cesó. Se retorció en busca de aire entre jadeos y temblores. Se llevó la mano cubierta de anillos de oro al cuello mientras sufría salvajes convulsiones y sus ojos casi se salían de las órbitas.

En ese instante, los palaciegos de Ptolomeo comprendieron que aquel ataque de tos no era normal, sino que estaba relacionado con el contenido de la redoma que el rey había apurado. En vez de regalarle vida eterna, como seguramente esperaba Ptolomeo, el suero parecía acelerar su fallecimiento.

Ptolomeo se retorció de dolor.

La tos se transformó en estertores y el rey empezó a sangrar por la comisura de los labios y por la nariz. Braceó salvajemente, intentando levantarse de la cama, de modo que los cortesanos se vieron obligados a acercársele para impedirlo.

—Arsínoe —dijo en plena asfixia y con mirada febril—. Arsínoe, ¿qué has hecho...?

Se derrumbó sobre las sábanas, que se tiñeron de sangre, y, lanzando un último grito ronco, el soberano del reino ptolemaico encontró un final atroz delante de sus subordinados y criados.

Así, las acciones de Arsínoe, que había envenenado la Corte de Alejandría durante mucho tiempo con sus mentiras y sus intrigas, reclamaban una última víctima años después de su muerte. Y un sabio judío llamado Josefo obedeció las últimas órdenes de su soberano y escribió todo lo que había acontecido aquel día a fin de que se transmitiera a la posteridad.

LIBRO PRIMERO
YORKSHIRE / LONDRES

UN LUGAR DESCONOCIDO, SEPTIEMBRE DE 1884

Una habitación apartada del mundo, que no tenía ventanas ni una puerta normal, de modo que nada de lo que se hablaba entre aquellas cuatro paredes salía al exterior.

Las dos personas que estaban sentadas de frente en el centro de la sala eran conscientes de lo controvertido del momento. Cuanto más tiempo pasaba, cuantas más cosas se desvelaban del secreto que guardaban, más importante era conservar el control. Sin embargo, con el transcurso de los años, ese control se les estaba escapando de las manos.

—Cuesta creerlo —dijo una de las personas mirando una fotografía que había sobre la mesa y que mostraba a una mujer joven de melena negra que, en contra de la moda, la llevaba suelta y con la raya en el medio.

—¿A qué se refiere?

—No puedo creer que esa mujer insignificante haya eliminado a dos de nuestros agentes.

—Es posible que le cueste imaginarlo, pero ha sido exactamente así. Y debería tenerlo presente en toda acción que emprenda.

—¿Qué?

—Que lo que usted cree ver en esa fotografía solo es una parte de la verdad. Y que esa mujer tuvo al mejor maestro que se pueda imaginar.

—¿Gardiner Kincaid? —La otra persona pronunció el nombre con desprecio—. Traicionó a nuestra organización.

—Aun así, era un investigador brillante, sin cuya intervención no habríamos logrado tanto en tan poco tiempo. Y le ha enseñado muchas cosas a su heredera...

—Y qué más da... Siempre hay medios y maneras. Existen armas contra las cuales Sarah Kincaid también está indefensa.

—¿Debo inferir de sus palabras que ya está siguiendo un plan concreto?

—En efecto. Le aseguro que no fracasará como han hecho mis dos predecesores. Muy pronto Sarah Kincaid hará todo lo que le exijamos... y

mucho más. Y lo mejor de todo es que lo hará por su propia voluntad, igual que el viejo Gardiner. Cuando se dio cuenta de quién eran las órdenes que recibía, y a era demasiado tarde... A Sarah le ocurrirá lo mismo.

—¿Seguro? ¿Como piensa conseguirlo?

—Déjelo de mi cuenta. Lo único que necesito es carta blanca. Quiero libertad para elegir los medios y las ocasiones.

—Respetaremos su deseo, pero vaya con cuidado. Después de todo lo que ha sucedido, tenemos motivos para suponer que hay traidores en nuestras filas. No todos nuestros vasallos sirven con la misma buena voluntad...

—No se preocupe, ya he considerado esa posibilidad.

—¿Me permite una pregunta?

—Naturalmente.

—¿Por qué cree que conseguirá lo que no ha conseguido ninguno de sus predecesores?

—Muy sencillo —replicó la otra persona, y una sonrisa taimada se perfiló en sus labios pálidos—, porque mis predecesores carecían de una ventaja decisiva: yo soy mujer y, por lo tanto, sé exactamente cómo siente y cómo piensa Sarah Kincaid, y también cómo actúa. Ya verá usted, monsieur, que ha hecho bien abriéndome las puertas a su ilustre círculo.

KINCAID MANOR, YORKSHIRE, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1884

—Sarah...

—¿Sí, padre?

—Estoy convencido... No es casual que aquí... Era tu destino, igual que el mío... Continúa mi misión..., busca... la verdad...

—Lo haré —promete ella, lo cual parece proporcionarle una sensación de profundo alivio al moribundo. Su semblante desfigurado por el dolor se relaja mientras coge aire para pronunciar sus últimas palabras en este mundo.

—Una cosa más, Sarah...

—¿Qué, padre?

—Tienes que... perdonarme...

—Ya te he perdonado.

—No hablo de eso. —Menea la cabeza, y le sale sangre por la boca—
—No sabes... toda la verdad...

—¿La verdad? ¿Sobre qué?

—Sobre lo... ocurrido... Tú no eres...

Sus palabras se interrumpen repentinamente.

Los ojos vidriosos se le dilatan, abre la boca para proferir un grito sordo y se incorpora ligeramente, pero vuelve a desplomarse y se queda tendido, inmóvil.

—¿Padre?

No obtiene respuesta.

Todo lo que la envuelve parece disiparse. La luz trémula de las antorchas que iluminaba la galería se apaga y cede paso a una negrura alquitranada. Una oscuridad tan absoluta que ninguna mirada puede atravesarla la rodea y, de repente, ya no tiene la sensación de ser una mujer adulta, sino una niña indefensa.

El temor se añade a su pena. Frío y cortante, penetra en sus entrañas mientras ella mira atemorizada en la oscuridad, sabiendo que la negrura no está vacía, sino que muchísimos ojos la están observando.

—¿Padre...?

—Padre, ¡ayúdame...!

Sus propios gritos despertaron a Sarah Kincaid.

Tardó unos instantes en descubrir que no se encontraba en las lúgubres catacumbas de Alejandría ni estaba rodeada de oscuridad. Solo había sido un sueño: el sueño que, desde la muerte de su padre, la perseguía constantemente y del que no podía escapar por mucho que hiciera.

Probablemente, se dijo, era su destino revivir una y otra vez los sucesos traumáticos que le habían cambiado radicalmente la vida. Y, con ellos, la pesadilla de una infancia perdida que no podía recordar.

—¿Va todo bien?

Fue su voz lo que la hizo volver en sí y comprender que, si bien aquellas cosas terribles habían sucedido, ya no estaba sola e indefensa.

Kamal Ben Nara.

Lo había conocido y se había enamorado de él durante su última estancia en Egipto, cuando emprendió la búsqueda del Libro de Thot. Kamal se presentó a Sarah y a sus acompañantes como guía nativo, sin revelarles que en realidad era el jefe de una tribu tuareg cuya misión consistía en custodiar aquel libro legendario y los secretos que contenía. Unos sucesos que no podrían haber sido más dramáticos y en cuyo transcurso encontró la muerte Maurice du Gard, amigo íntimo y confidente de Sarah, condujeron finalmente a Kamal y a Sarah a La Sombra de Thot, un lugar enigmático en medio del desierto de Libia donde hallaron el legado de la divinidad egipcia y estuvieron a punto de pagarlo con sus vidas.

Aunque para Kamal, de madre británica y que había vivido mucho tiempo en

Londres, el regreso a Inglaterra implicaba riesgos, lo había hecho por amor a Sarah, y ella disfrutaba de sentir su calor y su proximidad. Solo le hizo falta darse la vuelta en la cama para ver sus ojos oscuros y su mirada dulce, en la que siempre encontraba consuelo y amor.

—¿Has vuelto a soñar? —preguntó Kamal, preocupado.

La luz de la luna que entraba a través del ventanal de la habitación le iluminaba el rostro.

Sarah asintió moviendo la cabeza con disgusto.

—Los espíritus del pasado... No consigo liberarme de ellos.

—Hace falta tiempo —replicó Kamal en voz baja—. Mi pueblo tiene una máxima: un corazón solo puede dejar atrás lo que le gustaría dejar atrás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sarah, con una mirada interrogativa—. A mí me gustaría olvidar lo ocurrido, créeme. Rezo cada día por ello.

—Te creo. —Sonrió y le apartó cariñosamente de la frente un mechón de pelo—. Pero la voluntad y el corazón suelen seguir caminos diferentes.

—No en este caso —aseguró ella, y se inclinó sobre él para besarlo suavemente en los labios. Una vez más, en sus brazos encontró el ansiado olvido.

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID

Los días pasan volando.

Es como si hubiera nacido de nuevo, como si me hubiera convertido en otra persona gracias a Kamal. Ya no me intereso tan solo por la arqueología y por investigar el pasado, y mis pensamientos ya no se oscurecen por las sombras de lo que ocurrió.

Mi padre y los dramáticos sucesos ocurridos en Egipto siguen estando presentes. Pero, con cada día que pasa y estando en compañía de Kamal, creo notar que van perdiendo su poder sobre mí. Ya solo son vívidos de noche, como si la oscuridad los animara a deslizarse desde el rincón tenebroso del alma al que los ha expulsado la luz del sol y el amor entregado de Kamal.

Han pasado nueve meses desde nuestro regreso. La infame traición de Mortimer Laydon, la muerte de mi leal amigo Maurice du Gard y aquel poder desconocido que atentó contra mi vida y la de los míos han quedado relegados a un segundo plano en favor de un presente que no puedo imaginar más pleno y hermoso. Mi inquietud y mis ansias de búsqueda han quedado atajadas en los brazos de un hombre que me fascina y me hechiza como ningún otro antes. Y no son los rasgos físicos de Kamal lo que lo diferencia de los demás hombres que he conocido a lo largo de la vida, sino su inteligencia, su sabiduría y su paciencia. No solo sus palabras, sino también aquella mirada, aquellos pequeños gestos, parecen transmitir simpatía y comprensión por lo que fui, lo que soy y lo que siempre seré. Es como si no nos conociéramos desde tan solo hace unos meses, sino desde mucho tiempo atrás.

Años. Eras. Eones.

Soy incapaz de decir qué nos une, pero siento que esa ligazón es fuerte y que con cada día que pase aún lo será más.

—A ver quién llega primero al viejo roble, ¿de acuerdo?

—¡Sarah, espera! —gritó Kamal, pero Sarah ya había espoleado a su caballo.

El semental azabache salió disparado, golpeando con los cascos el suelo blando y húmedo, cubierto de manchones de hierba amarillenta y verde claro. En las tierras bajas situadas entre las colinas, que alzaban sus jorobas peladas y rocosas en las vastas marismas, se acumulaba la niebla, un velo blanco del cual sobresalían chopos nudosos y robles que ya se habían despojado de sus hojas y se estiraban hacia el cielo gris como pobres esqueletos.

De niña, a Sarah le encantaba galopar por ese genuino paisaje, muy a pesar de su padre, que siempre había visto ese pasatiempo con gran preocupación debido a su salud. Pero entonces, igual que ahora, ella había ignorado el peligro y se había entregado al ímpetu que albergaba en su interior. Guio al caballo negro con temeridad hacia uno de los muretes de piedra que recorrían el terreno ondulado y separaban una finca de otra, y el animal lo franqueó con un gran salto.

Sarah no pudo evitarlo y profirió un grito de entusiasmo cuando el caballo aterrizó ágilmente y prosiguió su feroz galope. Una mirada por encima del hombro le demostró que Kamal estaba muy atrás; una vez más, ella ganaría la carrera.

Riendo, espoleó al animal ladera abajo, hacia el árbol que habían pactado como meta. Disfrutó notando el viento en la cara y dejando que le desgñara el cabello, y se sintió independiente y libre. Todas las obligaciones, todas las limitaciones, todos los recuerdos parecían muy lejanos en esos momentos, y a Sarah le dio la impresión de que nunca habían existido, como si siguiera siendo la niña que se sentía en casa en el paisaje áspero y silvestre de Yorkshire, la niña que valoraba muchísimo más unos pantalones de montar zurcidos que un vestido con volantes y que ardía en deseos de acompañar a su padre en su próxima aventura al pasado.

Naturalmente, la realidad era distinta, puesto que todo aquello quedaba muy lejos, y en el instante en que Sarah alcanzó el viejo roble y refrenó a su caballo negro, llegó el desencanto. El rocín se detuvo resollando, exhalando un vaho cálido por los ollares, y Sarah le hizo darse la vuelta para ver dónde estaba Kamal.

No consiguió divisarlo. La niebla que al principio envolvía con vapores timoratos el viejo árbol se había espesado bruscamente, y una pared blanca parecía rodear por todas partes a Sarah y a su cabalgadura.

De repente se hizo el silencio. Como si la niebla no solo le hubiera tapado la vista, sino también el oído. No se oía nada, salvo la respiración ronca del semental. El trote del caballo de Kamal había enmudecido, igual que el suave

silbido del viento.

—¿Kamal...?

Sarah se espantó al oír el tono de su voz, que sonó extrañamente ajena y lúgubre en medio de la niebla. Se había criado en Yorkshire y estaba familiarizada con el fenómeno de la niebla repentina que emergía de los pantanos cuando las temperaturas descendían. Aun así, se sentía mal. Nunca le había gustado la niebla. La idea de no poder ver algo que quizá se encontraba a tan solo unos metros le provocaba una inquietud a la que le costaba sobreponerse.

Evidentemente, se obligó a entrar en razón y se dijo que no había ningún motivo para intranquilizarse, que todo iba bien y que su temor infantil carecía de fundamento, pero no consiguió evitar un ligero escalofrío que le recorrió la espalda y la dejó helada.

—¿Kamal! ¿Dónde estás?—gritó en el manto de niebla que la envolvía y que cada vez parecía más denso e impenetrable.

Sarah recordó que ya se había perdido una vez en los pantanos, hacía mucho tiempo...

El día en que cumplió doce años, su padre le regaló un caballo, un pío de buen carácter con el que salió de inmediato a cabalgar. Pasó toda la tarde trotando sin rumbo por las colinas, sin pensar en el pobre animal, que empezó a renquear al atardecer. Se levantó la niebla y Sarah se perdió en medio de un laberinto de velos blancos del que no había escapatoria.

Cayó la noche y con ella llegaron los ruidos inquietantes que los pantanos suelen producir en la oscuridad. El caballo pío desapareció también de repente y Sarah se quedó completamente sola. Acurrucada al pie de una roca y muerta de frío, resistió confiando en que alguien la buscaría y la encontraría. A alguna hora, mucho después de medianoche, ocurrió. Un farol llameó en las tinieblas borrosas y apareció su padre, cual ángel salvador. Sin pronunciar una palabra de reproche o reprimenda, cogió entre sus fuertes brazos a la niña llorosa y la llevó de vuelta a la cálida seguridad de Kincaid Manor, que tanto añoraba Sarah en ese momento.

—¿Kamal...?

Su voz sonó insegura. Durante unos momentos sopesó la posibilidad de retroceder y buscar a Kamal, pero con ello habría abandonado el único punto de referencia que le quedaba. Sarah se volvió en la silla y alzó la vista hacia el viejo árbol, cuyas ramas nudosas y de formas estafalarias habían adquirido de repente el aspecto de las extremidades pálidas de un esqueleto.

Sarah meneó la cabeza y se echó a reír con amargura. ¡Qué tonta era! No había motivos para atemorizarse. Lo que pudiera sentir no eran sino reflejos del pasado, el temor de una niña de doce años que se había perdido y quería volver con su padre.

Se obligó enérgicamente a abandonar los miedos infantiles diciéndose que el

árbol no había adquirido un aspecto distinto y que la niebla no era más que humedad condensada. Estuvo a punto de conseguirlo, pero de repente percibió unos ruidos, unos pasos más allá del banco de niebla.

—Hola... —dijo tímidamente—. ¿Eres tú, Kamal?

Después de su llamada, los ruidos cesaron un momento. Pero luego regresaron: pasos que hacían crujir la hierba.

—¿Kamal...?

Sarah lanzó miradas angustiadas a su alrededor. Era imposible determinar de dónde procedían los crujidos. Tan pronto venían de un lado como de otro, y Sarah tuvo la sensación de que alguien daba vueltas acechándola. Y aunque se esforzó por combatir el miedo irracional, este regresó a su corazón por senderos tortuosos.

A lomos del caballo se sentía desprotegida e indefensa, y por eso bajó de la silla, que no era de amazona, como seguramente habría sido lo adecuado, sino una silla de montar normal que ofrecía mayor seguridad en aquel terreno accidentado y hacía posible galopar más velozmente. El semental bufó y piafó inquieto con las pezuñas. Sarah le dio unas palmaditas en el cuello mientras miraba en la blancura impenetrable y lechosa que la envolvía. De repente creyó distinguir algo.

Una figura en parte humana y en parte, no. Tenía el tamaño de un gigante y una cabellera larga que le llegaba hasta los hombros: su postura y la manera de moverse contenían algo tenebroso.

Sarah notó que se le aceleraba el pulso, que se le encogía el corazón. La visión de aquella extraña figura removió algo en su interior, miedos y recuerdos que había enterrado en el fondo de su alma. Un halo de franca amenaza surgía de la silueta extraña, y el caballo también parecía notarlo. El animal bufaba intranquilo, y la figura borrosa se dio la vuelta.

—Chist —dijo Sarah para tranquilizar al semental, y se agachó hasta el suelo para coger una piedra que le cupiera en la mano. La agarró, resuelta, y la lanzó. El ruido seco que causó al chocar llamó la atención del gigante, que aguzó el oído.

Sarah contuvo la respiración.

Durante un angustioso instante, la sombra tenebrosa se quedó inmóvil. Luego se volvió y se alejó lentamente hacia el lugar de donde había llegado el ruido.

En vez de darse un respiro, Sarah volvió a agacharse y cogió otra piedra, esta vez mucho mayor y angulosa. Habría preferido un revólver cargado de la armería de su padre, pero la tranquilizó tener algo con lo que poder defender el pellejo. No sabía quién era aquel extraño ni qué hacía allí, pero notaba el peligro. Cerró las manos sudorosas envolviendo la piedra, preparada para golpear al gigante si la descubría y la atacaba, y al cabo de un instante pareció llegar el momento.

La sombra se dirigía hacia ella como si pudiera atravesar la niebla con la mirada.

Sarah ahogó un grito. Pensó que el gigante aparecería de inmediato y se abalanzaría sobre ella con sus enormes garras callosas, pero no ocurrió nada de eso. La figura fantasmagórica desapareció un instante después en la niebla. En vez de percibir sus pasos pesados, de repente oyó los pasos amortiguados de un caballo, y el contorno de un jinete se dibujó en los vapores blancuzcos.

—¿Sarah? ¿Eres tú...?

—¡Kamal!

El alivio por oír la voz de su amado fue inconmensurable. Dejó caer la piedra con un suspiro y se dispuso a correr hacia él. Pero aún le fallaban las rodillas, y se habría desplomado de no ser porque él la sujetó. Contenta de que la hubiera encontrado, se lanzó en sus brazos y sollozó suavemente, casi como la niña que una vez se perdió en la niebla y fue rescatada por su padre...

A Kamal Ben Nara también le sorprendió esa reacción. Había visto a Sarah en muchas situaciones difíciles y había superado con ella unos cuantos peligros mortales. Y ella siempre había conservado la cabeza fría y nunca había parecido tan medrosa y vulnerable como en aquel instante...

—Sarah —dijo—, ¡lo siento mucho! Quería darte un poco de ventaja en la carrera, pero luego se ha levantado la niebla y te he perdido de vista. Si hubiera sabido que te atemorizaba tanto...

—¿Lo..., lo has visto? —preguntó susurrando.

—¿A quién?

—Al gigante.

—¿Qué gigante?

—Había alguien en la niebla. Un hombre muy alto, una sombra. Me buscaba...

—¿Estás segura?

Sarah asintió, todavía estremecida por el espanto.

—No, Sarah, no he visto a nadie. Aquí solo estamos tú y yo...

—Y ese extraño —insistió ella, y se deshizo del abrazo de Kamal para observar atentamente, pero no había ni rastro de la silueta enorme que hacía unos momentos le había inspirado tanto temor.

¿Había estado allí de verdad?

¿Lo había visto Sarah realmente? ¿O solo había sido una imagen, una fantasmagoría que su miedo irracional había proyectado sobre la blanca pared de niebla? Ahora que había superado el primer susto y había recobrado el aliento, Sarah no sabría decirlo con exactitud. Se acordó de París, de las callejuelas de Montmartre donde una vez ya tuvo la sensación de que la perseguía una figura gigantesca; ocurrió hacia una eternidad, o eso le parecía, cuando su padre aún estaba vivo y el mundo que la rodeaba era en ciertos aspectos distinto. ¿Y si el

antiguo temor le había jugado una mala pasada y le había hecho creer algo que en realidad no existía?

No mucho tiempo atrás, Sarah habría rechazado semejante posibilidad y habría afirmado que algo así no podía sucederle a una mente despierta. Pero lo que había visto y vivido desde entonces le había enseñado que hay cosas que no pueden explicarse a fondo con medios racionales...

—¿Estás bien? —preguntó Kamal, que le veía el desconcierto en los ojos y parecía seriamente preocupado.

—Supongo —replicó Sarah—. Es solo que... Estaba segura de que había alguien...

—En la niebla, las cosas suelen parecer distintas que con luz clara —señaló Kamal—. Una roca se convierte en un gigante, un árbol en una figura espantosa. Por algo se tejen incontables historias de fantasmas alrededor de estos pantanos.

—Tienes razón —dijo Sarah, y de repente se sintió insensata y estúpida—. Me he dejado amedrentar como una cría.

—Probablemente ese es el motivo —opinó Kamal.

—¿A qué te refieres?

—En el fondo de nuestro corazón —contestó, esbozando una sonrisa—, todos seguimos siendo niños. Puede que nuestro intelecto madure y que nuestro físico envejezca, pero en el fondo sabemos que seguimos siendo críos vulnerables.

—Eso es verdad —replicó ella, agradecida por su comprensión.

—Tienes que dejar atrás el pasado, Sarah. Sé que aún te persigue, pero no puedes ceder. Algún día, te lo prometo, despertarás y habrás dejado atrás todas esas cosas.

—¿Tú crees?

—*Inshallah* —replicó Kamal suavemente.

Sarah asintió.

Si Dios quiere.

Era la respuesta de Kamal a muchas cosas, la expresión de una fe con raíces profundas por un lado y, por otro, una sumisión al destino a la que Sarah solo podía acostumbrarse con cierto recelo. Ella también había experimentado que el ser humano no siempre era libre en sus decisiones y que existían poderes que lo guiaban y lo dirigían, pero estaba demasiado marcada por la educación de su padre y por el pensamiento moderno para poder compartir totalmente la convicción de Kamal. Una parte de ella continuaba aferrándose a la esperanza de que el ser humano fuera dueño de sus actos, al menos parcialmente. En ello seguía viendo la única probabilidad de sacudirse de encima algún día los fantasmas del pasado.

—Ahí fuera no hay nadie, Sarah —dijo Kamal lleno de convicción—. Solo son tus miedos, que te persiguen, pero no tienes que temer nada. El Libro de Thot fue destruido, ya no quedan herederos de Meheret. Mi deber ha prescrito, igual

que el tuyo. Has expiado tus faltas, igual que yo. Va siendo hora de mirar adelante.

—¿Me ayudarás? —preguntó la joven mientras él le cogía la fría mano y se la besaba cariñosamente.

—Te ayudaré —aseguró—. No hay nada que debas temer. Todo ha acabado, ¿me oyes? De una vez por todas.

Sarah le devolvió la sonrisa que él le había brindado y que la reconfortó como un rayo de sol brillante. Luego volvieron a subir a la silla y regresaron a trote lento a Kincaid Manor. Sarah miró una vez más en la espesa niebla, pero el misterioso personaje continuaba desaparecido.

KINCAID MANOR, NOCHE DEL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1884

Había sido un ágape abundante. Molly Hackett, la corpulenta cocinera de las Midlands que trabajaba en la finca desde que Sarah recordaba, había vuelto a desplegar todos los registros de su saber y había servido un menú compuesto por una sopa vigorizante, carne de carnero guisada con salsa de menta y patatas asadas.

Después de cenar, Sarah y Kamal se retiraron a la sala de la chimenea, en cuyo hogar ardía un fuego cálido que, entre chisporroteos, lanzaba una luz tintineante sobre las paredes recubiertas de madera. Delante había un sofá amplio de piel oscura, donde se sentó Kamal mientras Sarah rebuscaba en el armario de los licores. Su padre solía guardar allí algunos valiosos destilados, pero Sarah no lo había tocado desde que él murió. Sin embargo, esa noche superó sus recelos. Volvió con una botella polvorienta de whisky escocés y dos vasos de cristal resplandecientes, y se sentó al lado de Kamal.

—Mi padre guardaba este whisky para una ocasión especial —explicó—. No se cansaba de contar que este licor tenía casi doscientos años y que lo habían embotellado el mismo año en que tuvo lugar la masacre de Glencoe. Solo hay un puñado de botellas en todo el mundo.

—¿Y quieres beberlo hoy? —preguntó Kamal enarcando las cejas.

—Por supuesto.

—¿Por qué motivo?

—Porque hoy es una ocasión especial —contestó Sarah sin rodeos—. Hoy es el primer día del resto de mi vida. El día en que he decidido dejar atrás definitivamente mi pasado y mirar al futuro.

—Una buena decisión —alabó Kamal sonriendo.

—¿Verdad que sí? Y todo gracias a ti. Me has dado la fuerza para hacerlo. Siempre estás a mi lado cuando te necesito, incluso cuando estoy a punto de perderme en la niebla. Te amo con todo mi corazón, Kamal.

—Y yo te amo a ti —contestó él—. Aun así, no deberías descorchar la botella.

—¿Por qué no?

—Porque yo no beberé contigo —explicó señalando hacia el techo revestido de madera—. Alá me lo prohíbe, ¿lo habías olvidado?

—¿Significa eso que no estás dispuesto a hacer una excepción? —preguntó mientras dejaba la botella y los vasos en el suelo—. ¿Ni siquiera por mí?

—Ni siquiera por ti —insistió él.

Sarah sonrió, no había esperado otra respuesta.

—En ese caso —dijo, haciéndose la ofendida—, tendré que expresarte mi afecto de otra manera.

—*Inshallah* —contestó Kamal, con verdadera cara de inocencia mientras ella se le aproximaba.

A Sarah se le aceleró la respiración. Expectante por la pasión que vivirían juntos, se inclinó hacia delante hasta que su rostro quedó muy cerca del de su amado. Podía notar su calidez, su aliento. Sabía que él también disfrutaba de esa proximidad, del estremecimiento que los sobrecogía ante la dicha que se avecinaba. Sarah notó que se le endurecían los pechos y tembló cuando Kamal puso su mano sobre ellos y empezó a besarla tiernamente.

La acarició suavemente, como un viento del desierto, la besó en el cuello, en los ojos y en la frente, hasta que sus labios se encontraron. Sus lenguas se unieron con deseo mutuo, y Sarah empezó a desabrocharse el vestido con manos temblorosas. La ropa cayó entre crujidos y dejó al descubierto el corpiño y el nacimiento de sus pechos, pequeños y turgentes.

Ella se recostó mientras las manos experimentadas de Kamal los liberaban a ambos de toda prenda molesta. El rostro de su amado apareció sobre el suyo y ella lo cogió entre sus manos y lo cubrió de besos mientras él la penetraba despacio. Sarah lo ciñó entre sus piernas y lo atrajo hacia sí. Gozó sintiéndolo en su interior, poseyéndolo, entregándose por un dulce instante a la idea de que solo le pertenecía a ella, para siempre jamás.

Podía ver sus sombras en la pared, las siluetas titilantes de dos personas que se habían convertido en una. En las alas del amor, Sarah Kincaid encontró realmente el olvido, y su esperanza de poder dejar atrás definitivamente las sombras del pasado pareció cumplirse en aquel momento.

Sin embargo, el viejo aforismo de su padre, según el cual la historia nunca descansa, volvió a confirmarse una vez más.

Porque esa noche regresaron las sombras.

KINCAID MANOR, YORKSHIRE, NOCHE DEL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1884

—¡Abran de inmediato! ¡Abran la puerta!

Los gritos roncós y el martilleo sordo de los puños que golpeaban la puerta de Kincaid Manor despertaron a Sarah, y esa vez estaba segura de que los ruidos no provenían de un sueño que la había perseguido aun estando despierta.

Se incorporó alarmada.

Un nuevo puñetazo contra la puerta.

—Abran la puerta de inmediato o emplearemos la fuerza —anunció alguien enérgicamente.

Sarah notó que la ira fluía por sus venas. ¿Quién demonios tenía el descaro de aporrear a esas horas de la noche la puerta de su finca y de solicitar la entrada de un modo tan irrespetuoso? Saltó enfurecida de la cama y se cubrió con un camisón que estaba colgado en un gancho de la pared. Kamal también se había despertado, su mirada revelaba desconcierto.

—¿Qué diantre...? —preguntó, pero ella, encaminándose ya hacia la puerta, le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara.

Kamal se apresuró a seguirla. Se puso la camisa y los pantalones, lo mínimo imprescindible. Sin perder tiempo, se echó atrás los cabellos revueltos. Sarah ya estaba bajando. Con una vela en la mano, que había encendido a toda prisa, se deslizó rápidamente por la ancha escalera de piedra hacia el vestíbulo, donde ya la esperaban.

—Madam, no sé qué significa todo esto —murmuró aturdido Trevor, el anciano criado, con los cabellos blancos despeinados en todas las direcciones.

La camisa de dormir le llegaba hasta los tobillos y, a la luz trémula del candelabro que llevaba, le hacía parecer un fantasma. Entonces, desde la zona de la cocina, donde se hallaban las habitaciones del servicio, también se abrió paso un griterío nervioso.

—En nombre de su Majestad, ¡abran la puerta! —tronó de nuevo la enérgica voz—. ¡O la abriremos por la fuerza!

—¿Quién es? —preguntó Sarah en voz alta y clara, para espanto de Trevor, que habría preferido esconderse en cualquier sitio.

—El inspector Lester de Scotland Yard —fue la respuesta—. Si no nos abren de inmediato, nos veremos obligados a usar la fuerza.

Trevor le lanzó una mirada interrogativa a Sarah, que asintió con un movimiento de cabeza. Evidentemente, no tenía sentido prohibir la entrada a los representantes de la ley de su Majestad. La cuestión era más bien qué buscaban a las cuatro de la madrugada a las puertas de Kincaid Manor, tan lejos de Londres...

Titubeando y con una expresión de desánimo en el semblante, el criado se acercó a la puerta y la desatancó. Una de las pesadas hojas cedió chirriando, y aparecieron los rasgos enrojecidos por la ira de un hombre que Sarah calculó que tendría unos cuarenta años. El cabello rojo que sobresalía por debajo del esbelto sombrero de copa estaba alisado con gomina. Las miradas de aquella visita no deseada se clavaban en todas direcciones como dagas, y sobre sus labios delgados, que temblaban de furia, destacaba un bigotito perfectamente recortado, que probablemente pretendía ser atributo de un caballero. Sin embargo, sus modales eran los de un patán...

—¿Inspector Lester? —preguntó Sarah con acritud, y se le acercó con determinación.

—Efectivamente. Y usted es...

—Lady Kincaid, la dueña de esta finca —contestó ásperamente—. ¡Seguro que podrá explicarme qué significa su extraña aparición a estas horas, inspector! Les ha dado un susto de muerte a mis criados.

—No era esa nuestra intención —explicó Lester sin mostrar ningún pesar—. Pero nos hemos enterado de ciertas circunstancias y teníamos que actuar de inmediato.

—¿En serio? —Sarah entornó los ojos, escrutadora—. Y, si es tan amable, dígame, ¿de qué circunstancias estamos hablando?

—Tenemos motivos para suponer que bajo su techo se alberga un asesino muy buscado —declaró sin rodeos el inspector, detrás del cual se apiñaban varios agentes uniformados y armados que portaban antorchas.

—Eso es ridículo —contestó Sarah, aunque en aquel momento tuvo la sensación de que el mundo seguro que se había esforzado en construir durante los últimos meses se hacía añicos como un cristal viejo y gastado.

Oyó el leve gemido que había soltado Kamal y vio por el rabillo del ojo que retrocedía lentamente.

—¡Usted! —masculló Lester, que se había percatado de su presencia justo en ese momento—. ¿Es usted Kamal Jenkins?

—¿Por qué? —Fue la respuesta insegura.

—Lo interpretaré como una afirmación —replicó el inspector, imparable—.

Kamal Jenkins, queda detenido como sospechoso de asesinato.

—¿Sospechoso de asesinato? —preguntó Sarah, aterrada—. ¿De qué se le acusa exactamente?

—Se le acusa de haber apuñalado al granadero real Samuel Tennant en la noche del 7 al 8 de abril de 1869. También de haber herido gravemente y con premeditación al granadero real Leonard Albright y de haberlo despojado de su virilidad.

Sarah contuvo el aliento.

Hasta entonces, esos dos soldados solo habían sido vagos espectros para ella; representaban algo que había ocurrido mucho tiempo atrás y que Kamal le había confesado una noche junto al fuego en el desierto, cuando ambos se contaron mutuamente sus secretos más profundos y ocultos. Acababa de oír por primera vez los nombres de aquellos dos sujetos y sintió una gran conmoción al comprender que el pasado estaba ahí para llevarse a su amado...

Asustada, se dio la vuelta hacia Kamal. En el espanto que se reflejaba en el rostro del hombre pudo reconocer que él tampoco había contado con que le pedirían cuentas por un acto cometido tanto tiempo atrás. Sin embargo, al temor que se reflejaba en sus ojos se añadía algo con lo que Sarah no había contado.

Acusación.

Un abierto reproche que no se dirigía a nadie más que a Sarah...

—¿Cómo has podido? —musitó Kamal en voz baja para que ni los policías ni los criados pudieran entenderlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sarah, espantada.

—No lo sabía nadie, excepto tú. ¡Me has delatado!

Sarah puso ojos como platos, casi le falló la voz.

—¡E... eso no es verdad! —balbuceó—. No le he contado nada a nadie...

—Y yo no se lo he contado a nadie más —replicó Kamal, simple y contundentemente, mientras cuatro agentes entraban en el vestíbulo.

Apartaron sin reparos a Trevor, que les cerraba el paso con sus protestas. Pronto atraparon a Kamal, que opuso resistencia.

—¡Suéltelo! —exclamó Sarah, acalorada, y se dispuso a acudir presta en ayuda de su amado, sin considerar que con ello se enfrentaba a la ley.

Sin embargo, el cañón del revólver que de repente la apuntó se lo desaconsejó.

—No se mueva —advirtió fríamente el inspector Lester—. No quiero que corra la sangre, pero haré lo que sea necesario para que este peligroso criminal reciba el castigo que merece.

—No es un criminal —se rebeló Sarah—. Se llama Kamal Ben Nara y en su país es el jefe de una gran tribu orgullosa.

—Es posible —comentó Lester fríamente, tocándose el bigote con vanidad mientras guardaba el arma por debajo de la levita—. Pero aquí, en Inglaterra, es

un criminal buscado y se le tratará como tal. Caballeros, pónganle las esposas y llévenlo al coche.

A través de la puerta abierta, Sarah pudo ver el coche que estaba parado en el patio, un furgón de transporte de prisioneros iluminado por dos faroles de gas, con ventanas enrejadas y vigilado por dos agentes. Realmente habían salido preparados para cazar a un criminal peligroso...

Las miradas que Kamal le lanzaba mientras le ponían grilletes tintineantes en pies y manos la estremecieron como latigazos, por la gran decepción que contenían. Casi daba la impresión de que todo el amor, el afecto y toda la ternura que albergaba por ella y que le había hecho sentir tan íntimamente hacía unas pocas horas se hubieran extinguido de golpe.

—Kamal —dijo, y extendió la mano hacia él, pero Kamal se apartó de ella y los agentes se lo llevaron fuera.

El inspector Lester se quedó aún un momento para dedicarle una mirada que contenía algo más que satisfacción por haber detenido a quien, a sus ojos, era un criminal peligroso. También había en ella cierto regodeo y un rastro de desprecio.

En vez de descubrirse como habría requerido la ocasión, se limitó a tocar ligeramente el ala del sombrero, se dio media vuelta y siguió a sus hombres fuera. Sarah se quedó con su viejo criado, que le dirigía miradas de desconcierto y de culpabilidad.

—Lo siento, madam —gimió impotente—. No sabía qué tenía que hacer.

—No te preocupes, Trevor. Tú no puedes hacer nada —lo tranquilizó Sarah con voz apagada, mientras observaba consternada cómo se llevaban a su amado. Todo había sucedido muy deprisa, y si su espanto había sido tan grande no era por la detención de Kamal, sino también porque él la culpaba a todas luces de ello...

¿Tenía que permitir que se fuera así?

¡No!

Tomando súbitamente una decisión, se precipitó hacia el exterior, donde los agentes ya se disponían a meter a Kamal en el carro de prisioneros. La puerta trasera del vehículo de gran altura estaba abierta y lo empujaron dentro sin miramientos.

—¡Alto! ¡Alto! —Se acaloró Sarah—. ¡No tienen derecho a hacer esto!

—Al contrario, querida, tenemos todo el derecho —informó Lester en un tono marcadamente oficial, y le enseñó una hoja de papel—. Esta orden de detención, extendida personalmente por el ministro de Justicia, me autoriza a tomar las medidas necesarias para prender al presunto asesino y arrestarlo.

—¡Pero no es un asesino! —Se acaloró Sarah mientras le subían lágrimas de desesperación a los ojos. No podía creer que le arrebataran tan súbitamente la felicidad que había sentido durante una breve temporada—. ¡Mataron a su esposa

y al hijo que esperaba!

—En tal caso, debería haber acudido a la policía.

—Ya lo hizo, pero no le creyeron.

—Eso no le da derecho a tomarse la justicia por su mano. En su país, en su tribu o como usted quiera llamarlo, puede que eso esté bien, pero aquí, en Inglaterra, impera la ley, y es mi misión aplicarla. A eso se le llama civilización.

—Si usted supiera —replicó Sarah, esforzándose por contener su ira— cuánto desprecio a la gente de su ralea. Si la educación que usted ha recibido llegara a ser siquiera la mitad de su arrogancia, sabría que no tenemos la patente de la civilización. En la patria de Kamal ya cultivaban la ciencia y la cultura cuando nuestros antepasados aún se escondían en cuevas.

—Esa es su opinión —objetó Lester con frialdad—. Puesto que soy un caballero, me está vedado darle una respuesta pertinente. Sin embargo, considere que no soy yo el culpable de su dolor, sino usted misma.

—¿Cómo? ¿Qué insinúa?

—¡Por favor! —musitó el inspector, y su semblante se enrojeció—. Usted es una lady de buena familia y no tiene nada mejor que hacer que echarse en brazos del primer salvaje que se presenta, como si fuera usted una...

Lester no prosiguió. La sonora bofetada que estalló en su mejilla izquierda lo hizo enmudecer en seco.

—Eso ha sido un acto de violencia —constató el oficial—. Contra un funcionario de la Justicia. Tendrá consecuencias.

—No creo —replicó Sarah, apretando los puños y respirando agitadamente—. Tengo amigos muy influyentes. También en Scotland Yard.

—Aun así, usted no está por encima de la ley —señaló el inspector, frotándose la mejilla dolorida—. Considérese afortunada de que hoy me sienta generoso, de lo contrario, ordenaría que también la arrestasen.

—En tal caso, supongo que debería estarle agradecida por su generosidad —le espetó Sarah temblando de ira y con la voz impregnada de sarcasmo.

—Por mí, puede usted hacer lo que quiera —replicó Lester mientras se daba la vuelta y se acercaba a su caballo, que uno de los agentes sujetaba por las riendas. El coche de prisioneros ya estaba listo para emprender la marcha—. No cambiaré nada, su amigo de color tiene que responder ante la justicia.

—Me ocuparé de que tenga el mejor abogado defensor que pueda encontrarse —contestó Sarah, desvalida—. Contrataré a sir Jeffrey Hull, que detenta el cargo de Q. C.^[1] y antiguo abogado del Temple Bar...

—Adelante —la animó Lester, impassible mientras subía a su caballo pío—. Eso no cambia en nada las cosas.

Tomó las riendas, hizo girar al caballo sobre sus cuartos traseros y le dirigió una señal al cochero. El látigo restalló y el carromato se puso en movimiento.

A Sarah no le quedó más remedio que mirarlo con impotencia.

Espantada, vio como los agentes montaban en sus caballos y el carro traqueteaba hacia el portalón de entrada. A través de la ventana enrejada que había en la puerta trasera del carruaje, Sarah pudo ver el rostro de Kamal. Se le había borrado todo color y sentimiento. Los rasgos de Kamal se habían convertido en una máscara pálida de piedra; solo sus miradas revelaban ira.

—¡Yo no te he delatado! —gritó Sarah mientras echaba a correr detrás del vehículo, descalza como una criatura corriendo detrás de un carromato del circo—. ¡Por favor, créeme, Kamal! ¡Yo no te he delatado! ¡Yo te quiero! Nunca haría nada que te...

Se interrumpió al resbalar en el lodo que los cascos de los caballos y las ruedas del carromato habían dejado. Cayó de bruces sobre el barro, que le manchó la cara y la ropa. La humedad pronto le caló la camisa de dormir y sintió un frío tremendo. Le temblaba todo el cuerpo y se incorporó ligeramente, solo para ver que el carro con su amado desaparecía en la noche y en la niebla.

Durante unos momentos aún pudieron verse los faroles del carruaje y las antorchas de los jinetes; luego, también desaparecieron.

—Yo no he sido —murmuró Sarah con voz entrecortada—. Yo no te he delatado...

Y finalmente se abrieron paso las lágrimas de la desesperación.

Le corrían en regueros zigzagueantes por la cara, mientras seguía de cuclillas en el barro frío y clavaba las manos en la tierra húmeda hasta que le dolieron de frío... y Sarah Kincaid notó de golpe que el temor también regresaba a ella.

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

No puedo creerlo. Después de meses de supuesta calma, durante los cuales he hecho todo lo posible por olvidar y dejar atrás el pasado, este ha regresado inesperada y cruelmente y ha irrumpido en mi vida. Con todo, aún no soy capaz de valorar qué me pesa más, si el hecho de que hayan detenido por asesinato a mi amado y lo hayan conducido a Londres, o que él me considere la causante de este terrible cambio de rumbo.

Por mucho que me hiera que piense algo así de mí, no puedo reprochárselo. El recuerdo de aquella noche en la que, siguiendo la ley del desierto, nos confiamos nuestros secretos más íntimos, continúa estando presente. Si miro atrás, creo que fue aquella noche cuando, sin intuirlo siquiera, me enamoré de Kamal. Porque, aun sin poder explicar el motivo exacto, sentí que éramos muy parecidos, almas gemelas en la corriente del tiempo...

¿Me engañó esa sensación?

No consigo quitarme de la cabeza la mirada que Kamal me ha lanzado a través de los barrotes. Me persigue como una sombra, incluso durmiendo y en sueños. Había tanta inculpación silenciosa en ella, tanta ira muda. ¿Se ha extinguido realmente su amor por mí? ¿He perdido para siempre lo que creí haber conquistado?

No voy a conformarme con ese destino sin luchar, porque no me siento culpable. Nunca le he contado a nadie el secreto de Kamal y no he hecho nada que justifique su desconfianza. Espero de todo corazón conseguir convencerlo de mi inocencia; de lo contrario, su orgullo le impedirá aceptar mi ayuda y me da la impresión de que, sin un buen representante en los tribunales, la condena de Kamal está sellada.

He decidido abandonar una vez más la seguridad de Kincaid Manor y viajar a Londres para pedirle ayuda a mi viejo amigo Jeffrey Hull. Asimismo, tengo que descubrir de dónde ha sacado Scotland Yard la información que condujo a la detención de Kamal, puesto que solo así

podré demostrarle mi lealtad...

SCOTLAND YARD WHITEHALL PLACE, LONDRES,
23 DE SEPTIEMBRE DE 1884

Milton Fox había cambiado. Sus rasgos afilados, dominados por una nariz respingona y que de vez en cuando se contraían con nerviosismo, seguían teniendo algo del animal que designaba su apellido. Sin embargo, se había serenado y había ganado unas cuantas libras de peso, lo cual probablemente se debía al ascenso a superintendente que había conseguido por su participación en la búsqueda del Libro de Thot.

Oficialmente, la expedición nunca había tenido lugar bajo la dirección de Sarah Kincaid y los registros al respecto se guardaban en los archivos más secretos de Horse Guard, el Ministerio de la Guerra. No obstante, puesto que también se había tratado de librar de las sospechas de asesinato a un sobrino carnal de la reina, las noticias de los dramáticos sucesos ocurridos primero en Londres y después en Egipto habían penetrado hasta el palacio de Saint James, lo cual había supuesto ventajas para algunos de los implicados.

Con un semblante grave y las manos cruzadas, Fox se sentaba detrás de su gran escritorio de teca y echaba una ojeada al informe que tenía delante. Entretanto, no dejaba de oírse cómo chasqueaba la lengua en tono de reprimenda, por lo que Sarah tuvo la sensación de ser una niña recibiendo una regañina de su maestro.

Siguiendo la invitación de Fox, se había sentado en una de las dos butacas de piel que había para las visitas. Sir Jeffrey, que la había acogido amablemente en su casa durante su estancia en Londres, se había empeñado en acompañarla a Scotland Yard. Así pues, estaba sentado a su lado, esperando con la misma expectación que ella lo que diría Milton Fox.

—Sarah, Sarah —comentó Fox finalmente, levantando la vista. En sus rasgos delicados se reflejaba la preocupación—. Me temo que esta vez se ha metido en un buen lío. Resistencia contra la autoridad, uso de la violencia contra un acreditado funcionario de la Justicia que se limitaba a cumplir con su obligación...

—Es un cerdo —comentó Sarah con sinceridad y para espanto no solo de Milton Fox.

—Querida —se apresuró a decir sir Jeffrey enarcando las cejas blancas y pobladas—. Debo pedirle que...

—Es verdad —insistió Sarah, impasible—. Estuvo a punto de llamarme prostituta. ¿Es eso lo que usted considera un acreditado funcionario, Milton?

—No, evidentemente —se defendió Fox—. El inspector Lester recibirá por

ello una amonestación oficial y una tacha en su hoja de servicios. Pero eso no le da derecho a usted a actuar con violencia.

—El inspector Lester —replicó Sarah con obstinación— ofendió mi honra. Si yo fuera un hombre, probablemente no estaríamos teniendo esta discusión.

—Pero usted es lo que es... Y es un hecho que su relación con Kamal...

—¿Sí? —inquirió Sarah mientras Fox, ruborizado, intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—... no se ajusta al modelo tradicional de una unión legítima —expuso finalmente utilizando una fórmula que consideró adecuada—. Ciertas personas podrían sentirse ofendidas por ello.

—¿Ciertas personas? —inquirió Sarah—. ¿Quién, por ejemplo?

—Querida, ¿de verdad tengo que explicárselo? —Fox hizo un gesto de desvalimiento con los brazos—. Usted es una dama de buena familia. En algunos círculos, su padre disfrutaba de la gloria de un héroe y le ha dejado todos sus bienes. Usted es inteligente y culta y, si me permite la observación, muy atractiva.

—No veo qué tiene que ver una cosa con otra —rezongó Sarah, impaciente.

—Bueno, puedo imaginar que algunas personas opinan que sería muchísimo más adecuada a su posición social una relación con un joven británico de buena familia que...

—¿Que qué? —inquirió Sarah, mientras las palabras de Fox se hundían en su enfurecida mirada como el agua en la arena tórrida del desierto—. ¿Que un salvaje inculto? ¿Piensa usted realmente igual que Lester?

—Bueno, yo... —Fox se sonrojó mientras se agitaba en su butaca—. Verá, Sarah, personalmente, no tengo nada en contra de Kamal. Pero no se puede negar que es diferente.

—Lo es —admitió Sarah—. Por eso mismo seguimos todos con vida, si me permite recordárselo.

—Naturalmente, querida... Pero eso no cambia el hecho de que el bueno de Kamal pertenece a otro mundo. A una cultura que, y eso puede afirmarse con toda la razón del mundo, es muy inferior a la nuestra.

Sarah suspiró.

Temblaba interiormente de ira ante tanta ignorancia y tanta estrechez de miras. Aquello la sublevaba y a su naturaleza rebelde le habría encantado enzarzarse en una discusión vehemente, pero no replicó nada. Aunque la postura de Fox no le gustaba y en el fondo de su corazón lo consideraba un idiota, lo necesitaba si quería salvar a Kamal...

—¿Sabía usted que Kamal solo es medio tuareg? —Se limitó a preguntar entonces Sarah.

—¿Cómo debo interpretarlo?

—Su madre era inglesa —explicó Sarah—. Kamal se crió aquí, por eso no

solo conoce muy bien nuestra lengua, sino también nuestras costumbres.

—No... No lo sabía.

—Kamal considera que Inglaterra es su verdadera patria, Milton. Creo que eso dice mucho de él.

—Cierto... Pero ¿por qué no se quedó en Inglaterra? ¿Por qué regresó a África para vivir en medio de toda aquella suciedad y polvo?

—Porque, como todos nosotros, quiso conocer sus raíces... Y porque tenía que suceder a su padre, que era un gran jefe de los tuaregs.

—Eso que dice suena muy bien, pero me temo que no se ajusta totalmente a la verdad —objetó Fox—. Según nuestras informaciones, Kamal salió del país porque tenía las manos manchadas de sangre, la sangre de dos soldados al servicio de la Armada real británica.

—La sangre de dos asesinos —puntualizó Sarah—. Esos hombres atacaron antes a la novia de Kamal y la violaron brutalmente. Y no murió solo ella a consecuencia del ataque, sino también el hijo que llevaba en sus entrañas. El hijo de Kamal.

—Puede que esa sea su versión de los hechos —replicó Fox—, pero no hay ninguna prueba de ello, al contrario. He ordenado que me trajeran las actas. El granadero real Samuel Tennant y el granadero real Leonard Albright fueron detenidos la noche de ese supuesto crimen y comparecieron ante el tribunal poco después. Y Kamal fue el único que los identificó como criminales. Los demás testigos...

—Los demás testigos estaban sobornados o eran tan estrechos de miras como la mayoría de la gente en este país.

—¡Sarah! ¿Cómo se le ocurre?

—El juicio estaba amañado. La prometida de Kamal era medio africana, igual que él. Estaba decidido desde el principio que dos granaderos reales blancos no acabarían en la cárcel por una mestiza.

—Querida —se sublevó también sir Jeffrey, que hasta entonces apenas había dicho nada—, ¡tenga cuidado con lo que dice! Está poniendo en duda la independencia de los tribunales...

—No por principio ni mientras ante esos tribunales se presenten personas de piel clara —contestó Sarah—. Sin embargo, en el caso de Kamal no puede hablarse de un proceso justo. Me contó que uno de los testigos se sonrió maliciosamente cuando leyeron la absolución.

—Ningún sistema es perfecto —admitió Milton Fox—. Pero eso no le da derecho a Kamal a sentenciar por su cuenta a esos hombres después de que un tribunal los dejara en libertad.

—¿Qué se supone que hizo? —preguntó sir Jeffrey.

—Se le acusa de haber asesinado al granadero real Samuel Tennant de dos puñaladas en el corazón en abril de 1869. Posteriormente, mutiló al granadero

real Leonard Albright convirtiéndolo en un pobre lisiado sin virilidad. Albright abandonó el ejército y se quitó la vida medio año después de esos terribles sucesos.

—Muy caritativo —murmuró sir Jeffrey, y se le notaba cuánto lo sublevaba semejante barbarie.

—¿Sería su espanto tan considerable si Kamal fuera un caballero de la antigua escuela inglesa? —preguntó Sarah quedamente—. ¿Si, en vez de ejecutar a los asesinos de su novia con un cuchillo y de noche, lo hubiera hecho al alba y con una pistola?

Ni sir Jeffrey ni Milton Fox respondieron nada. Pero la mirada atónita que intercambiaron fue muy elocuente.

—Con todos mis respetos, caballeros —susurró Sarah, que de nuevo tenía que luchar contra las lágrimas de rabia y desesperación—, son ustedes unos hipócritas que miden con doble rasero. ¿Y pretenden afirmar que, en estas condiciones, Kamal tendrá un juicio justo en este país?

—Bueno —murmuró Jeffrey Hull, tocándose avergonzado el cabello ralo—. Probablemente nuestra amiga tiene razón, Milton. Tal vez estamos un poco cargados de prejuicios...

—Puede que usted sí, sir Jeffrey, pero yo no —opinó Fox con convencimiento—. Como funcionario de Scotland Yard, los prejuicios son algo que no puedo permitirme. No discuto que se hayan cometido errores y, naturalmente, siento simpatía por Kamal y su causa. Pero, como parte del aparato judicial, estoy obligado a ser neutral. No puedo ayudarlo.

—Lo comprendo —dijo Sarah, asintiendo con la cabeza.

—No obstante —prosiguió el superintendente—, me ocuparé de que la denuncia del inspector Lester contra usted no sea tramitada oficialmente, lo cual significa ni más ni menos que nunca más volverá a oír hablar del tema.

—Es... es muy amable. Gracias, Milton.

—Me gustaría poder hacer algo más por Kamal y por usted, Sarah. Pero es imposible.

—¿No podría contarnos algo sobre la fuente de las informaciones? —preguntó sir Jeffrey—. ¿Quién les dio las indicaciones decisivas? ¿Cómo supo su gente el actual nombre de Kamal y dónde se encontraba?

—Lo siento, sir Jeffrey, no estoy autorizado a dar esa información.

—¡Maldita sea, joven! —vociferó el consejero real, en un inusual arrebató de temperamento juvenil que a Sarah le recordó un poco a su padre—. ¿Aún no ha comprendido lo que está en juego? Si el peso de la ley cae sobre Kamal, acabará en el patíbulo o encerrado para siempre en presidio. Le debemos la vida a ese hombre, Milton, ¡no debería olvidarlo!

—No lo olvido —aseguró Fox, y de nuevo se agitó en su butaca, revolviéndose como una anguila, eso sí, bastante corpulenta—. La cuestión es que

el reglamento...

—Olvide el reglamento esta vez, y haga lo que le aconseja el corazón. Usted es un verdadero caballero, amigo mío, lo sé; por lo tanto, actúe como tal.

—Pero yo..., y o... —El semblante de Fox cambió de color y enrojeció, unas perlas de sudor le cubrieron la frente.

Sarah no podía sino tributar el máximo respeto a sir Jeffrey. Inesperadamente, casi como quien no quiere la cosa, el consejero real estaba presionando a Milton Fox y parecía haberlo tocado en su punto más vulnerable: el honor. Sarah comenzó a comprender por qué aquel hombre había disfrutado de la fama de ser uno de los mejores letrados del Temple Bar. En el tórrido viaje al desierto no se había apreciado, pero sir Jeffrey era un contrincante peligroso en su terreno a pesar de su avanzada edad y de su apariencia gris...

Se percibía claramente que la fachada de corrección que Fox se esforzaba cuidadosamente en construir comenzaba a desmoronarse. Una vez más, su semblante se agitó nerviosamente, mientras miraba con disimulo hacia la puerta, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba cerrada.

—La información —susurró luego en voz tan baja que apenas se le oía— llegó por caminos poco convencionales.

—¿Qué significa eso? —inquirió Sarah.

—Simplemente, llegó —explicó Fox enigmáticamente—. El comandante Devine encontró un día un escrito anónimo sobre su mesa, en el que se daban a conocer los acontecimientos. La carta contenía datos detallados sobre los delitos y también se mencionaba en ella tanto el nombre actual como el antiguo nombre del criminal. Puesto que estamos obligados a investigar en cualquier caso los indicios de un delito capital, le confiamos las pesquisas al inspector Lester, con éxito, como ya sabemos.

—Efectivamente —dijo Sarah con voz apagada.

—Me gustaría añadir que yo no supe nada del caso hasta hace poco. Pero aunque no hubiera sido así, habría tenido las manos atadas. No habría podido avisarla ni informarla del estado de las pesquisas.

—Lo comprendo —admitió Sarah—. ¿Y no sabe de dónde salió el escrito?

—Lo lamento. La carta estaba escrita a máquina, no se podía buscar el origen.

—¿Podríamos echarle un vistazo? —preguntó sir Jeffrey—. Es probable que los ojos de un viejo jurista descubran algo que se les ha escapado.

—Por desgracia, no es posible.

—Comprendo —suspiró Sarah—. El reglamento, ¿no?

—También, pero no únicamente. Aunque en este caso estuviera dispuesto a saltarme las normas por usted, sería inútil, porque ya no tenemos la carta.

—¿Qué? —Sarah no daba crédito a sus oídos—. ¿Han arrestado a un hombre a partir de una información anónima que poco después ha desaparecido?

—Debo constatar, mi joven amigo, que eso no deja en muy buen lugar a esta institución —reprendió sir Jeffrey—. Y eso que Scotland Yard tiene fama de extrema formalidad.

—Y con razón —se apresuró a asegurar Fox—. El inventario del depósito de pruebas se lleva con la máxima meticulosidad. Sin embargo, parece ser que en este caso se ha cometido un penoso error, una negligencia inexcusable... Llámelo como quieran, pero el caso es que el escrito ha desaparecido.

Sir Jeffrey enarcó las cejas.

—No se lo tome a mal, mi querido amigo, si consideramos que el procedimiento relacionado con la detención de mister Ben Nara es un poco peculiar...

—¿Cómo podría? —Fox se encogió de hombros—. De hecho, que el escrito aún exista o no es irrelevante a estas alturas. Kamal ha sido arrestado y, por lo que veo, ha confesado en gran parte. La carta ya no es necesaria como prueba. Ha quedado obsoleta.

Sarah se mordió los labios.

Para los guardianes de la ley, la carta podía ser innecesaria a esas alturas, pero a Sarah le habría hecho falta para demostrarle a Kamal que no había sido ella quien lo había delatado a la policía. ¿O, en su amargura, también habría supuesto que ella había escrito la nota anónima y había puesto en marcha las pesquisas de Scotland Yard?

—¿Qué piensan hacer? —se interesó Fox un tanto azorado. El silencio que había imperado durante unos instantes parecía resultarle incómodo.

—Bueno —replicó sir Jeffrey—, en lo que a mí respecta, interrumpiré mi retiro y me encargaré de la defensa de Kamal por aprecio a nuestra amiga.

—¿Hay algo que defender? —Fox se echó a reír con tristeza—. Como ya les he dicho, Kamal ha confesado la mayor parte del delito del que se le acusa. Por lo tanto, me parece que lo sentenciarán con toda seguridad.

—En realidad, tenemos dos posibilidades —contestó sir Jeffrey, diligente—. Por un lado, conseguir demostrar que las dos víctimas eran realmente los asesinos de la mujer de mister Ben Nara, lo cual podría servir de atenuante en vista de los móviles del crimen. Aunque, dada la circunstancia de que los sucesos ocurrieron hace más de quince años, no cabe tener muy en cuenta esa posibilidad.

—¿O bien?

—O bien —prosiguió el consejero real con la serenidad propia de un hombre que ya había librado muchas batallas en los tribunales y había logrado salir victorioso de no pocas— alegamos incapacidad mental. Eso le evitaría a mi cliente la pena de muerte y probablemente también cumplir cadena perpetua en Newgate, y lo llevarían directamente a Bedlam...

Mientras Fox asentía prudentemente a esos argumentos, a Sarah le

recorrieron la espalda unos escalofríos.

Bedlam era la abreviatura usada para referirse al Hospital Saint Mary of Bethlehem, una institución cerrada para custodiar a enfermos mentales. Cumplir condena allí sería mejor que acabar en el patíbulo o malvivir miseramente olvidado del mundo en la infame prisión de Newgate. Con todo, lo que se explicaba sobre la institución y sobre los métodos que allí se empleaban era bastante atroz. Sarah recordó estremecida la visita a la clínica Saint James, cercana a París, que había realizado con Maurice du Gard hacía, al menos eso le parecía, una eternidad. A ojos de Sarah, la tenebrosidad y la tristeza de aquel centro eran insuperables, y eso que entre los expertos en Medicina tenía fama de ser una de las instituciones más modernas y avanzadas de Europa.

Por muchas vueltas que se le diera, las perspectivas que se le ofrecían a Kamal no eran de color de rosa. El idilio que habían disfrutado durante su estancia en Yorkshire había sido destruido de una manera brutal, el sueño de un amor pleno, al que se habían entregado plenamente, había resultado ser una mentira.

A pesar de todo, Sarah no estaba dispuesta a abandonar.

Había tenido que ver cómo le arrebataban sin poder evitarlo a dos personas a las que había querido por encima de todo; no quería y no podría soportar que ocurriera de nuevo.

Lucharía.

Con todos los medios.

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID

Milton Fox tenía razón. Teniendo en cuenta lo obvio de la cuestión, la fiscalía ha apremiado en el caso de Kamal y se ha ocupado de que se fijara el día del juicio para el jueves de la semana que viene.

Me abruma la comparación con un animal acorralado; mi instinto me dice que se acerca una tormenta, pero no alcanzo a comprender los procedimientos ni puedo hacer nada por evitarlo. Me embarga un sentimiento de profunda impotencia que intento contrarrestar ofreciéndole mi ayuda a sir Jeffrey. Pero, puesto que no entiendo de cuestiones jurídicas, probablemente solo soy una carga para él. No deja de darle vueltas, día y noche, a su alegato inicial, del que seguramente dependerá todo. Si no consigue sembrar la duda en los corazones de los jueces al inicio del proceso, el destino de Kamal está sellado.

No existen perspectivas de que mi amado pueda salir indemne de este asunto; él mismo ha confesado y se trata únicamente de sacar a la luz los móviles del crimen, que serán decisivos para determinar la pena. La fiscalía afirmará que Kamal actuó por codicia y otros bajos instintos, en tanto que sir Jeffrey pondrá sobre la mesa los antecedentes del asesinato. Sin embargo, puesto que el proceso acabó entonces con la absolución de las futuras víctimas, las probabilidades de éxito también son remotas.

Cuanto más lo pienso, más me desespero. Añoro Kincaid Manor y los días felices y despreocupados que vivimos allí, sabiendo que han acabado irremisiblemente. La cuestión de a quién debemos este cambio desfavorable del destino no se me va de la cabeza, pero mis intentos por descubrir al autor del escrito anónimo que puso a Scotland Yard sobre la pista de Kamal han resultado infructuosos. Creo que la única esperanza radica en preguntárselo a Kamal, aunque tengo claro que mi amado no estará muy dispuesto a hablar conmigo, puesto que, para mi aflicción, sigue considerándome la causante de su desgracia...

Sarah notó un nudo en el estómago cuando se abrió el portalón de hierro. No era habitual que un civil, aún menos una mujer, tuviera acceso a los lóbregos muros de Newgate. Milton Fox, seguramente por mala conciencia, había conseguido una autorización especial.

Las alas del portalón cedieron con un graznido ronco, y Sarah pudo entrar. Acompañada por uno de los guardianes, que llevaba un uniforme sucio y gastado, cruzó el patio interior, rodeado por altos muros desoladores, y se adentró en la prisión, un edificio adusto cuya fachada enlucida con cal parecía fundirse con la niebla matutina. El hedor que la recibió fue aturdidor, una mezcla de podredumbre, sudor y excrementos. Unos faroles de gas iluminaban el corredor sin ventanas; al parecer, nadie quería gastar dinero para alumbrar con electricidad la mísera existencia de los prisioneros.

—Todo recto. —La voz del guardia no revelaba ninguna emoción, tampoco su semblante tosco, como tallado en piedra, ni su mirada apática. Por lo visto, y a no notaba la escalofriante miseria de su entorno.

Al contrario que la visitante.

Sarah se estremeció ante la visión de los corredores estrechos y oscuros a los que daban las puertas de hierro, pintadas de gris y con un ventanuco, de las celdas. Los internos que Sarah pudo distinguir al pasar por delante estaban tan pálidos y demacrados que parecían más muertos que vivos. Pero si alguno se percataba de la extraña visita, en sus ojos brillaba el deseo y a veces enseñaba los dientes podridos esbozando una sonrisa lasciva. Si la cosa no pasaba de ahí, el guardia no reaccionaba, pero cuando uno de los prisioneros se atrevió a aporrear la puerta de su celda y a dirigirle la palabra a Sarah de manera indecente, el guardia sacó su porra de madera y golpeó en el cierre de la puerta con una violencia brutal.

—¡Cierra el pico, Creed! —gritó malhumorado—. ¿O quieres pasar dos días en el agujero?

—No, señor —fue la respuesta implorante—. A la ratonera, no, por favor. ¡No, por favor!

En el semblante del carcelero se dibujó una sonrisa maliciosa en la que se reflejaba el gusto por su omnipotencia, lo cual no gustó en absoluto a Sarah. Pero no se vio ni en posición ni con ánimos para sermonear al hombre por ello: la idea de que a Kamal también lo trataran con semejante rudeza hizo que se pusiera aún más tensa.

—¿Falta mucho? —preguntó.

A pesar de la humedad que imperaba en la cárcel, notaba el sudor en la frente. Un sudor frío, constató desconcertada...

El guardia gruñó algo ininteligible. Al llegar al cruce de dos corredores, se encontraron en un puesto de guardia donde desempeñaban sus funciones otros dos hombres de uniforme. Desde allí siguieron el pasillo más estrecho hasta el final.

—Allí —dijo el guardia señalando la puerta de la celda que estaba situada al final del corredor y que apenas se distinguía a la luz de los faroles de gas.

Sarah le dio las gracias con un movimiento de cabeza (no estaba en condiciones de hacer más) y luego se acercó indecisa a la celda. Apenas si se percató de que en los ventanucos de las puertas cercanas aparecían pares de ojos brillando con lascivia.

—¿Kamal...?

Espantada por el sonido ronco y sordo que había adoptado su voz, Sarah se mordió los labios. Siguió en silencio el resto del camino hasta que alcanzó la puerta de la celda y pudo echar un vistazo a través de la diminuta ventana.

Lo que vio la trastornó profundamente.

Un habitáculo que a lo sumo medía medio palmo cuadrado; un catre duro de madera para dormir, que estaba plegado en la pared; un agujero en el suelo donde el prisionero tenía que hacer sus necesidades y que estaba rodeado de vómitos y, finalmente, una figura de aspecto mísero y andrajosa, que llevaba la ropa de color crudo de los internos y estaba sentada en el suelo, con las piernas recogidas y la cara hundida entre las rodillas.

—¿Kamal?

Al oír la voz, irguió la cabeza y levantó la vista, con lo cual Sarah se horrorizó de nuevo. A Kamal le habían rapado la cabeza, una medida de precaución que se tomaba para proteger de piojos y otros bichos a todos los nuevos internos. También le habían afeitado la barba, cosa que, según sus convicciones religiosas, equivalía a una terrible humillación. Pero, para Sarah, lo más terrible fue ver la desesperación que había en su rostro, que había adoptado un tono ceniciento en aquel lugar siniestro donde nunca penetraba un rayo de sol.

Con todo, si esperaba ver en los ojos de Kamal un poco de alegría o, al menos, que la reconociera, se llevó una amarga decepción. La mirada de su amado no se diferenciaba en nada de la mirada apática del carcelero y parecía atravesarla sin verla.

—Kamal, soy yo, Sarah.

No recibió respuesta, la mirada de Kamal seguía perdida en el vacío.

—He venido a hablar contigo. Quiero ayudarte...

—Muy considerado por tu parte —fue la apagada respuesta—. Pero no necesito tu ayuda.

La frialdad y el tono ausente con que pronunció las palabras la espantaron, pero al menos Kamal había reaccionado a su presencia. Eso era un principio...

—¿Sigues creyendo que te delaté yo? —preguntó Sarah con dulzura.

—Lo sé —puntualizó él—, porque nadie más conocía el asunto.

—No exactamente —replicó Sarah—. Tú sabes que, desde aquella noche junto al fuego, ya hace casi un año, nunca más hemos hablado de aquellos hechos.

—¿Y?

—No mencionaste el apellido de tu madre —explicó Sarah—, ni entonces ni tampoco después. ¿Cómo podía dárselo, pues, a los agentes?

—Eso no demuestra nada. Podrías haber conseguido la información por otros derroteros.

—Tal vez, pero, si yo tenía esa posibilidad, ¿no podrían haberla utilizado también otros?

Kamal no contestó de inmediato y, por primera vez, Sarah tuvo la sensación de que la miraba.

—Lo que te conté aquella noche te lo confié con la condición de que guardaras el secreto, Sarah. Ante la ley del desierto.

—Y yo me he atenido a esa ley —aseguró Sarah con énfasis—. Nunca ante nadie he pronunciado una sola palabra de lo que me confiaste, ¡tienes que creerme, Kamal!

—Entonces, ¿cómo se ha enterado la policía?

—No lo sé. Milton Fox dice que llegó un escrito anónimo a Scotland Yard en el que se incluía toda la información.

—¿Y quién lo había escrito?

—No se sabe... y seguramente no lo descubrirán nunca. Porque, desgraciadamente —Sarah bajó la mirada con un sentimiento de culpabilidad, porque comprendía que aquello le sonaría extraño a Kamal—, la carta se perdió poco después.

—¿Se perdió? ¿La única prueba con la que tal vez habrías podido convencerme de tu inocencia ya no existe?

Sarah se limitó a asentir con la cabeza, ¿qué podría haberle contestado? Lo pasado, pasado estaba, y no estaba en sus manos cambiarlo.

Kamal soltó una carcajada amarga. Luego se levantó lentamente y se acercó a la puerta. Cojeaba, el frío húmedo parecía habersele metido en los huesos.

—¿De verdad esperas que te crea? —preguntó meneando la cabeza en un gesto de resignación—. Yo creía que tú no eras como todos esos idiotas estrechos de miras. Que tu padre te habría enseñado a valorar a las personas por su corazón y no por su origen o por el color de su piel.

—Sabes muy bien —aseguró Sarah— que esas son mis convicciones.

—¿Lo son?

—Nadie en el mundo me conoce tan bien como tú, Kamal. Te he revelado mis miedos y mis deseos, te he dejado mirar en lo más hondo de mi corazón. ¿Qué has visto?

—¿Qué he visto? —Kamal meneó la cabeza—. Para ser te sincero, no lo sé. Todo es tan confuso, y a no sé qué debo sentir...

—Entonces no recurras a los sentimientos, sino a la razón —replicó la joven—. Si hubiera tenido la intención de delatarte a la policía, ¿por qué habría esperado tanto tiempo?

—¿Quién sabe? Tal vez para gozar de unos meses de diversión.

—Si hubiera sido así —resopló Sarah, anonadada ante el hecho de que la considerara capaz de algo semejante—, ¿por qué estaría ahora aquí? ¿Por qué me molestaría en venir a este lugar horrible para saber cómo estás? ¿Por qué haría todo lo posible por encontrar al autor de la carta anónima que ha destruido súbitamente nuestra felicidad? ¿Por qué haría todo lo humanamente posible para impedir que permanezcas entre estos tétricos muros y acabes tus días en medio de una oscuridad eterna?

En contra de su propósito de mantener la compostura, Sarah había estallado en lágrimas, lo cual no solo la consternó a ella, sino también a Kamal, a quien la consternación le borró la indiferencia del semblante.

—Tú eres lo único que tengo, Kamal —añadió Sarah en un susurro—. Perdí a mi padre y también a Maurice, y la sola idea de perderte a ti me hace enloquecer. Permaneceré a tu lado, lo quieras o no, porque eres lo único que me queda...

Mientras pronunciaba esas palabras, le falló la voz. Sacudida por un llanto convulsivo, bajó la cabeza y por un instante abrigó la esperanza de que aquello solo fuera una terrible pesadilla, una de las muchas que la atormentaban y de la que despertaría sobresaltada en cualquier momento. Pero el frío, los gritos y el espantoso hedor le recordaron que aquello era la realidad. La implacable realidad de la que no se podía despertar...

—Sarah...

La joven se sobresaltó y levantó la vista. Había sido Kamal quien había pronunciado su nombre, y por primera vez creyó reconocer en su semblante un soplo de calidez humana en vez de ira y desconcierto.

Aunque la mano con la que Kamal se aferraba al borde inferior del ventanuco estaba sucia y grisácea, Sarah la cogió, la apretó contra sus mejillas y la humedeció con sus lágrimas.

—Por favor, amor mío —susurró—, tienes que creerme. Yo no te he delatado ni lo haría nunca, antes moriría. Mi corazón te pertenece para siempre.

—Igual que a ti el mío —contestó Kamal.

Sus miradas se encontraron a través del pequeño hueco abierto en el frío metal y mientras Sarah volvía a tener la sensación de hundirse en la profundidad abismal de los ojos de su amado, él la sometió a un último examen. Y por mucho que se esforzó en mirar en el interior de Sarah a través de sus ojos enrojecidos por las lágrimas, no pudo distinguir malicia alguna.

—Mi pueblo tiene una máxima —dijo en voz baja—. Solo los necios siguen la senda de la ceguera. Los sabios abren los ojos.

—¿Y qué ves? —preguntó Sarah en un susurro.

—La verdad —contestó sin más—. Perdóname por haber dudado de ti.

—Para perdonarte, tendría que haberte guardado rencor —contestó ella—, y no lo he hecho. Quizá y o habría pensado lo mismo de haber estado en tu lugar.

—No —dijo convencido—, no lo habrías hecho.

Sus labios se rozaron a través de la pequeña abertura, en un beso fugaz que los internos de las celdas vecinas, que curioseaban boquiabiertos junto a sus puertas, contestaron con risotadas vulgares.

—No deberías haber venido —le susurró Kamal a Sarah—. No es lugar para ti.

—Tampoco lo es para ti —replicó ella—. Tu sitio no está entre ladrones, asesinos y violadores.

—La justicia tiene otra opinión.

—Lo sé —asintió Sarah—. Por eso nuestra única esperanza es ablandar a los jueces. Sir Jeffrey se encarga del caso, ¿te acuerdas de él?

—Por supuesto. —Kamal no parecía muy contento—. Un viejo león desdentado y sin uñas en las garras.

—Puede que así fuera durante nuestra aventura en Egipto —admitió Sarah—, pero desde que se encarga del caso, al león le han salido dientes afilados. Sir Jeffrey goza de toda mi confianza, Kamal. Si alguien puede ayudarte, es él.

—*Inshallah* —replicó Kamal en voz baja—. Si tiene tu confianza, también cuenta con la mía. Pero me temo que lo tenemos todo en contra.

—Como siempre, ¿no? —Un amago de sonrisa se deslizó por su semblante, marcado por las lágrimas—. Por eso tenemos que trabajar juntos. Necesito tu colaboración, Kamal.

—¿Mi colaboración? —Con la mirada señaló las rejas que los separaban—. ¿A qué te refieres?

—Tienes que pensar en ello, Kamal. Intenta recordar.

—¿Pensar en qué?

—La carta que puso a Scotland Yard sobre tu pista... Alguien tuvo que escribirla y enviarla. Alguien que te conoce mejor de lo que tú sospechas y quiere perjudicarte.

—¿Quién podría ser? —Kamal se encogió de hombros—. Sabes que no conozco a casi nadie en Inglaterra. Aunque más bien...

—¿Sí? —preguntó Sarah, esperanzada.

—... pienso que se trata de ti, Sarah.

—No —dijo la joven con rapidez y determinación.

—Sabes que tu padre no solo te dejó Kincaid Manor, sino también enemigos poderosos. Puede que el fuego de Ra se destruyera, pero los herederos de

Meheret...

—Ya no existen —murmuró Sarah, horrorizada—, tú mismo lo dijiste.

—Tenía la esperanza fundada de que habíamos desarticulado la banda y que las lúgubres insinuaciones de Mortimer Laydon no eran más que sandeces de un hombre que ha perdido la razón. Pero, en estos últimos días y horas, he tenido mucho tiempo para pensar, Sarah, y considero que probablemente...

—No —repitió con determinación, casi obcecadamente—. No nos ha alcanzado mi pasado, sino el tuyo, Kamal. Egipto no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque...

Se interrumpió en busca de un argumento acertado. Evidentemente, Kamal tenía razón y, si ella era sincera consigo misma, debía reconocer que también había especulado con esa posibilidad, aunque solo muy por encima. Las consecuencias que eso arrojaría eran demasiado inquietantes...

En ese momento, el tiempo de visita tocó a su fin. El guardia que había guiado a Sarah y que, a pesar de su carácter tosco se había mantenido discretamente en un segundo plano durante la conversación, se acercó y carraspeó sonoramente.

—Tienes que irte —señaló Kamal.

—Aún no. —Su voz sonó casi suplicante—. Acabo de encontrarte...

—Tienes que irte si quieres volver —replicó él, y le acarició cariñosamente la frente—. Entretanto pensaré en lo que me has dicho e intentaré recordar.

—Hazlo, por favor —contestó Sarah, y una tímida sonrisa iluminó de nuevo su semblante—. Nunca te abandonaré —dijo a modo de despedida.

—¿Lo prometes? —preguntó él.

—Lo prometo —contestó la joven, y una vez más sus miradas se encontraron por un instante que pareció infinito, hasta que ella se dio la vuelta y salió de la sección de las celdas.

En aquel momento albergaba sensaciones encontradas. Por un lado, se sentía aliviada porque Kamal la creía y ya no la consideraba la causante de su desgracia; por otro, sentía el temor de lo que vendría, puesto que no había cambiado nada en cuanto a la falta de perspectivas para salir de aquella situación; y, por último, ahí estaba también el presentimiento vago de que los temores de Kamal en relación con el escrito anónimo tal vez eran acertados...

Sarah reprimió esos pensamientos, pero en su corazón permanecieron las tinieblas mientras seguía al carcelero por los pasillos de la prisión, acompañada por un griterío ronco y un hedor brutal. Hacía rato que había perdido la orientación, no sabía decir si el guardia la llevaba por el mismo camino por donde habían entrado o si utilizaba otro. Iba a preguntárselo cuando, de repente, un frío glacial la penetró como un cuchillo hasta las entrañas.

La corazonada de una desgracia inminente se cumplió al cabo de un instante, cuando Sarah oyó una voz ronca muy conocida.

—¿E... eres tú, pequeña?

Sarah se detuvo como si la hubiera alcanzado un rayo. Aunque ya había pasado casi un año desde que oyó por última vez aquella voz, la habría reconocido entre miles, hasta tal punto se había grabado en su recuerdo de manera profunda e imborrable.

—¿Has venido a hacerme una visita?

Sarah se acercó lentamente, como si estuviera en trance, a la celda de donde salía la voz enronquecida. El tono delata que el propietario no era dueño de su juicio, por lo que Sarah aún temía más el encuentro.

Las risitas que la recibieron estaban tan cargadas de maldad que nadie habría creído que provenían de una garganta humana. Con todo, el semblante que la observaba fijamente desde la pequeña ventanilla cuadrada era de carne y hueso.

El rostro estaba demacrado y marcado por la locura. Tenía la cabeza rapada, una mirada febril en los ojos; aun así, en aquellos rasgos Sarah reconoció con un escalofrío a su Némesis, al causante de sus pesadillas.

¡Mortimer Laydon!

—Qué alegría me da verte, pequeña...

El asesino de su padre volvió a soltar una risita, que para Sarah fue como una bofetada en la cara. Laydon había traicionado a Gardiner Kincaid y lo había asesinado cobardemente por la espalda mientras continuaba actuando ante Sarah como su padrino y amigo paternal. No fue hasta la búsqueda del Libro de Thot cuando mostró su verdadero rostro, después de que su falsedad hubiera estado a punto de costarles la vida a Sarah y a Kamal. Durante unos instantes memorables, Sarah había sostenido una pistola en sus manos y había tenido la posibilidad de acabar con la criminal existencia de Laydon. Pero había decidido no hacerlo, de lo cual casi se arrepentía en aquel momento.

Puesto que suponía a su padrino internado en la institución de Bedlam, no había contado con verlo allí. Por eso la conmocionó tanto el encuentro, como podía deducirse fácilmente a partir de la palidez cérea de su semblante.

—No parece muy contenta de verme —señaló Laydon, y torció a un lado la cabeza rasurada mientras la observaba a través del ventanuco—. ¿No has venido a verme a mí? ¿Tienes más conocidos entre estos adustos muros? ¿Tal vez un amante secreto...?

De nuevo soltó una risita maliciosa, y Sarah notó que la rabia le corría por las venas. Se acercó a la puerta de la celda hecha una furia, el odio le brillaba en los ojos.

—¿Qué sabes tú? —masculló—. ¡Vamos, dímelo!

Las risas de Laydon sonaron aún más malévolas.

—Vaya, ¿de repente hablas conmigo?

—Si sabes algo de Kamal, ¡dilo! ¡Ahora mismo! ¿Oyes?

—Sarah. Mi buena Sarah. —Laydon meneó compasivo la cabeza—. De tu

reacción deduzco que ha vuelto a ocurrirte algo que ha sacudido tu mundo hasta los cimientos. Y como en todas las ocasiones anteriores, como con el viejo Kincaid y con tu maledado amigo francés, echas la culpa a los demás. Ni en sueños se te ocurriría pensar que tú eres el motivo de...

—No te atrevas siquiera a mencionar a mi padre ni a Maurice —replicó temblando, mientras se esforzaba por contener su ira—. Los dos seguirían con vida si no hubiera sido por ti.

—¿Eso crees realmente?

—Lo sé. Del mismo modo que sé que tus palabras no son de fiar. Una vez y a envenenaste mi mente y mi corazón, como le hiciste a mi padre. Pero, a diferencia de él, yo abrí los ojos a tiempo y descubrí tu verdadero ser.

—Pero únicamente porque yo te lo revelé. De lo contrario, aún continuarías buscando desesperadamente la verdad. Estás ciega, Sarah Kincaid, y no solo en lo tocante a tu pasado...

—Eso a ti no te importa —resopló, enfadada porque él conocía su secreto más íntimo.

—Sé muchas cosas de ti, Sarah. Más de las que crees... Y más de las que te gustaría.

De nuevo soltó aquella risita odiosa, marcada por la locura, que a Sarah le llegó hasta el alma.

—¿Qué sabes? —volvió a preguntar, esta vez con mayor acritud—. Habla o...

—¿Vas a amenazarme? ¿Después de habérmelo quitado todo?

—Tú tienes la culpa de lo que te ha ocurrido. Con tu ansia de riquezas y de poder, te has mezclado con gente de la que deberías haberte mantenido alejado.

—Igual que tú y tu padre —replicó Laydon tranquilamente—. A pesar de todo lo sucedido, sigues sin comprender lo antigua y poderosa que es aquella organización y hasta dónde llegan sus tentáculos... Incluso aquí, entre estos muros sombríos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sarah con cautela, remarcando cada sílaba.

Mortimer Laydon la había manipulado y engañado repetidamente. Y aunque se había apoderado de él la locura, continuaba siendo peligroso...

—Tanto en Alejandría como en la búsqueda del Libro de Thot, te cruzaste en su camino —respondió él burlonamente—, pero aún no te has dado cuenta de a quién te enfrentas realmente. Tal vez Gardiner se equivocó contigo y no eres ni con mucho tan brillante como siempre supuso...

Sarah se estremeció.

Oír pronunciar a Laydon el nombre de su padre desataba aún más su ira. Intentó en vano serenarse y convencerse de que aquello solo eran tonterías de un enfermo mental. Las palabras del asesino la agitaron y el veneno que aquel hombre esparcía como antaño surtió efecto. Un miedo irracional se apoderó

súbitamente de Sarah, quien se dijo que lo mejor sería abandonar aquel lugar lo más deprisa posible.

Sin pronunciar una sola palabra a modo de saludo, se separó de la puerta de la celda, dio media vuelta y prosiguió el camino hacia el exterior en compañía del guardia, seguida por los estúpidos gritos de Laydon.

—¡Esto no ha acabado todavía! Volveremos a vernos, Sarah Kincaid —gritó a sus espaldas, y enseguida se explayó en una carcajada histérica que rebotó en el bajo techo abovedado y sonó como el chillido de un mono.

Algunos de los presidiarios, sobre todo aquellos que ya llevaban suficiente tiempo en aquel infierno húmedo y oscuro para haber perdido en gran parte la razón, se sumaron al griterío, y Sarah y su acompañante fueron embestidos por una oleada de carcajadas estridentes y arrastrados de vuelta al adusto patio interior.

Absorta en pensamientos sombríos, Sarah cruzó el patio y el portalón, y regresó al carruaje que sir Jeffrey había puesto a su disposición mientras durara su estancia en Londres. El cochero, un hombre corpulento al servicio de sir Jeffrey y que llevaba una levita demasiado estrecha, la ayudó a subir. Agotada, Sarah se dejó caer en el banco forrado de terciopelo oscuro y miró fuera ensimismada.

El carruaje arrancó bruscamente y tanto los muros intimidantes de Newgate como los edificios colindantes desaparecieron tras la densa niebla, que tenía a Londres en sus garras y que no parecía dispuesta a disiparse nunca más.

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID

Mortimer Laydon.

La sola mención de ese nombre me provoca escalofríos, pues me recuerda al mismo tiempo mis momentos más sombríos y el mayor de mis errores: el terrible instante en que murió mi padre, abatido por el puñal del asesino, y que yo, demasiado inexperta y ciega debido al dolor y a la pena, no supe reconocer al verdadero autor del crimen.

Aunque las palabras de Laydon me persiguen y sigo viendo sus rasgos demacrados y desfigurados por el odio y la locura, mis miedos y mis miserias me parecen insignificantes comparados con los de mi amado, en quien estos días se concentra toda mi preocupación. Me aferro a la esperanza de que los esfuerzos de sir Jeffrey tal vez sean coronados por el éxito y que exista un modo de salvar a Kamal... Pero a medida que el tiempo pasa y el semblante de sir Jeffrey se vuelve más ceñudo, yo también me veo obligada a reconocer que humanamente no tenemos ninguna posibilidad.

Lo que necesitamos es un milagro...

MAIFAIR, LONDRES, NOCHE DEL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1884

En el comedor reinaba el silencio. Solo se oía el tictac del gran reloj de pared, cuyo péndulo oscilaba perezosamente, tomando nota con indiferencia del paso del tiempo.

Al contrario que Sarah.

Le estaba muy agradecida a sir Jeffrey, no solo porque la había acogido en su villa de Mayfair durante su estancia en Londres, sino también porque intentaba con todas sus fuerzas ser un buen abogado y también un amigo paternal. Sin embargo, habría preferido pasar las veladas aislada en su habitación en vez de

cenando en compañía de sir Jeffrey. El consejero real había renunciado al menos a invitar a amigos y colegas, como era usual en su círculo, para que Sarah no se viera obligada a mantener conversaciones banales mientras sus pensamientos vagaban por otros lugares. Pero, incluso así, habría preferido la soledad de su habitación. Había tantas cosas que tenía que poner en claro, sentimientos y sensaciones a los que debía sobreponerse.

—¿Algún problema con el rosbif? —preguntó preocupado sir Jeffrey, que estaba sentado al otro extremo de la larga mesa y se había dado cuenta de que el tenedor de plata de Sarah hurgaba sin propósito alguno en la comida y muy raramente trasladaba un mordisco a su boca. Naturalmente, la carne estaba impecable y tenía aquel color rosa que prometía un verdadero manjar a los entendidors, pero como buen caballero que era intentaba tenderle un puente.

—No, sir Jeffrey —replicó Sarah meneando la cabeza—. El rosbif está delicioso. El problema es que no tengo hambre.

—Es comprensible, querida. Sin embargo, debería comer algo. Oblíguese si es necesario. Nos esperan días agotadores, o semanas.

—Lo sé, sir Jeffrey, lo sé —aseguró Sarah mirando fijamente su plato.

—Por favor, créame si le digo que haré todo lo humanamente posible por conseguir que a Kamal le impongan la mínima pena posible. Los conocimientos que he acumulado durante mi larga vida de abogado están a su disposición, Sarah; y eso sin contar con que la cámara del Temple Bar le proporcionará todo el apoyo imaginable.

—Eso lo tengo claro, sir Jeffrey —aseguró Sarah, esbozando una sonrisa—, y le ruego que no piense que no aprecio sus esfuerzos. Es solo que...

—¿Lay don, verdad?

La pregunta de sir Jeffrey fue tan directa que Sarah levantó la vista espantada. Una vez más, le bastó con oír aquel nombre para estremecerse.

—Ese miserable tunante —maldijo sir Jeffrey—. Que haya tenido que encontrárselo...

En un primer momento, Sarah iba a contradecirlo y a asegurar lo que había escrito en su diario: que reprimía todo pensamiento sobre Lay don y concentraba toda su preocupación en Kamal.

Sin embargo, eso no correspondía a la verdad.

—Por lo visto, sabe algo —dijo en voz baja.

—¿Quién? ¿Lay don?

Sarah asintió tímidamente.

—Imposible. Ese miserable criminal no sabe ni qué hace, por no hablar de lo que sucede a su alrededor.

—No lo subestime, sir Jeffrey. Lo conozco mejor que usted...

—Eso no se lo discuto, querida. Y comprendo que le haya afectado el encuentro después de todo lo que les hizo a usted y a su familia. Pero no puede

confundir lo ocurrido con el presente. Mortimer Laydon ya no supone ningún peligro. Lo arrestaron y un tribunal real probó sus crímenes y lo declaró culpable. Nunca más podrá hacer daño, ni a usted ni a nadie más.

—Dios le oiga, sir Jeffrey —contestó Sarah—. Pero eso no es lo que más me espanta.

—¿No?

—Ya me defendí una vez de Mortimer Laydon y volvería a hacerlo —señaló Sarah—. Lo que me preocupa es qué puede saber él.

—¿Y qué puede saber? —preguntó el consejero real sin disimular su escepticismo.

—Está relacionado con algo que me dijo Kamal —explicó Sarah—. Al visitarla esta tarde, formuló la sospecha de que todo este asunto no tiene que ver con él, sino que en realidad alguien intenta perjudicarme a mí.

—¿Cree usted que eso es posible?

—Al principio intenté rechazar la idea, probablemente porque quería creer que había dejado definitivamente atrás mi pasado, que este había concluido como el capítulo de un libro que ya has leído y devuelves al estante. Sin embargo, el encuentro con Laydon me ha demostrado que no es así. Las heridas siguen existiendo, sir Jeffrey. Es posible que se hayan curado superficialmente, pero todavía existen.

—Mi querida amiga —comentó el consejero real, inclinando respetuosamente la cabeza—, después de todo lo ocurrido, me sorprendería que no fuera así. Sin embargo, eso no significa que deba seguir teniendo miedo del pasado. Lo que Laydon y esa gente querían de usted está destruido y enterrado en la arena del desierto.

—Eso es verdad —admitió Sarah—, pero aun así no consigo tranquilizarme. Laydon me preguntó por Kamal, como si supiera de su internamiento. ¿No es extraño?

—En realidad, no. —Sir Jeffrey frunció los labios—. Aunque los presos de Newgate están sometidos a un severo régimen de incomunicación, conocen maneras de comunicarse entre ellos. Y de este modo se divulgan algunas informaciones.

—No fue solo eso —dijo Sarah meneando la cabeza—. También fue el brillo en los ojos de Laydon y aquella risa malvada. Y, al despedirme, me gritó algo.

—¿Qué?

—« Esto no ha acabado todavía » —contestó Sarah con voz apagada, y volvió a estremecerse.

—Bueno, admito que eso suena amenazador —aceptó sir Jeffrey—. Sin embargo, creo que esas palabras salieron de una mente trastocada y vengativa. Laydon pretendía sembrar veneno, y constato preocupado que, por lo visto, lo ha conseguido.

—Yo también soy consciente de ello, sir Jeffrey —aseguró Sarah, pensativa—. Soy muy consciente de lo peligroso que es Mortimer Laydon, tal vez por eso tengo la sensación de que me oculta algo. Por un momento vi un brillo en sus ojos, un extraño resplandor...

—El resplandor de la locura —gruñó sir Jeffrey.

—Sin duda —admitió Sarah—, pero ¿y si hay algo más? ¿Y si Laydon sabe realmente algo? Si lo que se oculta detrás de todo esto es aquella...

—¿Aquella? ¿A quién se refiere, querida?

—¿A quién va a ser? —Sarah rio con amargura—. A aquella fuerza secreta a la que ya me he enfrentado dos veces, primero en Alejandría y después en La Sombra de Thot. A aquella misteriosa organización a cuyas órdenes estaba Laydon...

—... y que probablemente solo existe en su mente. Después de todo, las investigaciones de Scotland Yard no arrojaron ni un solo indicio aprovechable. Los cómplices de Laydon murieron en la arena del desierto libio. La Liga Egipcia ha sido disuelta y ya no existe.

—No estoy hablando de la Liga Egipcia, sir Jeffrey. Laydon dijo que la verdadera organización para la que trabajaba era mucho más grande y extensa que la Liga, y que nunca podríamos ponerle coto. ¿Y si...?

—No concluya la frase, hija mía —la interrumpió bruscamente sir Jeffrey—, ni siquiera piense el final, puesto que la senda que tomaría con ello es sumamente peligrosa. ¿O es que quiere acabar como Laydon?

—No... —admitió Sarah.

—El camino hacia la locura se pavimenta con ideas de ese estilo —prosiguió convencido el consejero real—. Uno se imagina una conjura ominosa y cree ver indicios ocultos detrás de cualquier suceso, por insignificante que sea. Se empieza a observar el mundo con otros ojos y, antes de que uno se dé cuenta de lo que ocurre, está rodeado de enemigos. Y mientras uno está convencido de que hace lo correcto y de que lucha por una causa justa, su cordura se desliza hacia las criptas frías y sin luz de las que no hay vuelta atrás. ¿Comprende lo que intento decirle?

—Creo que sí, sir Jeffrey —replicó Sarah con voz queda—, y le agradezco la sinceridad. No pretendo perder la cordura, créame.

—Entonces convénczase de que una cosa no tiene nada que ver con la otra. Los planes de los rebeldes, fueran quienes fueran, quedaron desbaratados y Laydon está en la cárcel. Eso es lo que cuenta... Todo eso no tiene nada que ver ni con Kamal ni con usted.

—¿Lo cree realmente?

—Por supuesto, mi querida amiga —dijo sir Jeffrey, y levantó su copa, en la que aún quedaba un resto del vino rosado con que habían acompañado la cena—. ¿Brindamos por ello?

Sarah dudó mientras seguía dando vueltas a los argumentos de sir Jeffrey, y llegó a la conclusión de que su amigo probablemente tenía razón. Mortimer Laydon podía sembrar todo el veneno que quisiera: eso no cambiaría nada respecto a que sus planes habían fracasado y él estaba encerrado en la cárcel, de donde jamás saldría. Guiada por esa idea tranquilizadora, Sarah también cogió su copa de vino y la levantó; la luz de las velas que había sobre la mesa resplandeció a través del líquido rosado.

—Por Kamal —dijo sir Jeffrey solemnemente—. Por nuestra contribución al triunfo de una causa justa.

—Por Kamal —repitió Sarah, y ambos bebieron.

Sarah solo sorbió un poco de vino. Pero, puesto que apenas había comido nada en todo el día, el alcohol hizo efecto y la joven notó un ligero mareo, acompañado por una sensación de calidez y sosiego que le sentó bien.

—Gracias, sir Jeffrey —dijo entonces, disponiéndose a levantarse—. No solo por la cena, sino también por sus consejos y por su ayuda.

—¿Para qué están los amigos? —preguntó el consejero real, que también hizo ademán de levantarse—. ¿Se retira ya?

—Discúlpeme, no querría parecer maleducada, pero ha sido un día muy largo y mañana a primera hora me gustaría ir de nuevo a ver a Kamal.

—¿Está segura?

Sarah percibió una preocupación sincera en el semblante de su amigo y no pudo evitar una sonrisa.

—Puede que haya sido un día difícil y, en muchos sentidos, duro —reconoció—, pero eso no significa que no vaya a hacer todo lo posible por proteger a Kamal de la soga del verdugo. Le di mi palabra y pienso cumplirla.

—Comprendo. —Sir Jeffrey asintió, y entonces fue él quien esbozó una sonrisa—. Su padre estaría orgulloso de usted.

—Gracias, sir Jeffrey. Significa mucho para mí que lo diga usted.

—Es la verdad. La mayoría de los padres desean tener hijos varones que los sucedan y demuestren ser dignos de su herencia material. Pero Gardiner fue obsequiado con mucha mayor generosidad, puesto que usted no le va a la zaga en valor, intrepidez y lealtad, y además aún inteligencia y belleza, una combinación no muy frecuente.

—Se lo agradezco —replicó Sarah, agachando un poco la cabeza con timidez. Esperó hasta que el criado le retiró la silla y se levantó de la mesa—. Buenas noches, sir Jeffrey.

—Buenas noches, Sarah, que descanse... sin que la importunen las sombras del pasado.

—Eso estaría bien —contestó la joven.

Luego dio media vuelta y salió del comedor. Oyó el suspiro que sir Jeffrey soltó al volver a sentarse a la mesa y cómo le pedía whisky escocés y tabaco al

criado.

Lamentaba profundamente causarle problemas a Jeffrey Hull, que no solo era un buen amigo suyo, sino que también lo había sido de su padre, con quien estudió en Oxford. Habría preferido visitarlo por motivos más alegres o haberlo recibido en Kincaid Manor. Pero lo que había pasado, y ya había pasado; el tiempo no iba marcha atrás y trabajaba en su contra...

Está de pie en la orilla.

Aunque lleva un camión fino y el agua fría que murmura a sus pies le llega hasta los tobillos, no tiene frío. En el fondo sabe que no se encuentra realmente en ese sitio, pero, aun así, se deja fascinar por la majestuosidad del árido paisaje: montañas altas con cumbres peladas y cubiertas de nieve; bosques con árboles teñidos de otoño y rocas solitarias.

Sarah no sabría decir si amanece o anochece. El sol, que se alza sobre el horizonte como un resplandeciente disco amarillo, ha transformado el cielo en un mar de color anaranjado, entremezclado con azul y lila, a través del cual relucen las estrellas. Sin conocer la situación de los puntos cardinales es imposible determinar si aquel impresionante espectáculo en el firmamento marca el colofón del viejo día o el comienzo de uno nuevo, si supone un final o un nuevo principio.

Se levanta un viento que sopla en sus cabellos y le tira del camión... Trae consigo voces. Sonidos quejumbrosos cargados de dolor y de pena...

Sarah mira a su alrededor, buscando el origen de las voces, y se da cuenta de que no está sola en la orilla del río. Una procesión, que tan pronto parece estar cerca como lejos, se mueve sobre el amplio lecho de guijarros de la corriente. Delante van cuatro guerreros, figuras gigantes armadas con largas lanzas y que llevan cascos adornados con crines de caballo. Les siguen seis hombres que portan un féretro con un cadáver. A continuación, una comitiva de duelo que rinde el último homenaje al muerto.

Sarah observa con el corazón encogido cómo la comitiva llega a la orilla y los portadores dejan en el suelo el féretro. Uno de los guerreros se adelanta y pronuncia unas palabras en una lengua extraña que Sarah no comprende. Luego toca el cuerno, y el sonido hueco y escalofriante retumba en el valle. El viento parece amainar momentáneamente y sobre el agua se levanta una niebla blanca que se extiende hacia la orilla en forma de vapores densos.

Los enlutados se han reunido alrededor del cadáver y lo preparan para su último viaje. Desde donde está, Sarah no puede ver qué hacen

exactamente, pero es obvio que proceden con suma gravedad y cuidado. Finalmente, acaban su trabajo y retroceden.

Un silencio total se impone.

Los sonidos quejumbrosos han enmudecido, incluso el viento ha cesado. La niebla, que ya ha alcanzado la orilla y es cada vez más densa, parece haberlo ahuyentado.

Tan súbitamente como han aparecido, los enlutados se retiran. Se dan la vuelta en silencio, se alejan de la orilla y pronto están a punto de desaparecer en la niebla. Han dejado atrás el féretro con el cadáver.

Sin poder explicarse el motivo, Sarah siente de repente curiosidad. Quiere ver quién es el muerto que, siguiendo una antigua costumbre, ha sido llevado a la orilla del río del más allá para emprender el viaje hacia el reino de los muertos. Se pone en movimiento con cautela y le da la impresión de que se desliza sobre los guijarros que bordean el río. Poco después llega hasta el féretro.

El muerto es un hombre de unos treinta y cinco años. Su semblante orgulloso sigue pareciendo agraciado y hermoso incluso en la muerte, y Sarah se pregunta inconscientemente quién debía de ser. Tiene la boca entreabierta. En la penumbra, Sarah ve brillar algo entre los dientes impecables: una moneda, sin duda, que le han puesto en la boca para pagar al barquero por el viaje al reino de los muertos.

Sarah se estremece y no sabe si es a causa del frío o de la presencia del muerto. Intenta convencerse desesperadamente de que la historia del Estigia, el río de los muertos, y del barquero Caronte tiene su origen en una antigua superstición, cuando oye de repente un chapoteo a sus espaldas.

Espantada, se da la vuelta y, a través de la niebla densa, distingue una barca que se acerca por el río. De pie, en la popa, se alza una figura altísima, gigantesca, que gobierna la embarcación con una vara larga. En la penumbra no se puede apreciar nada más de aquella silueta, pero Sarah sabe a quién tiene delante.

¡Caronte!

El barquero del reino de los muertos...

El horror se apodera de ella. Reprimiendo un grito en los labios, se da la vuelta dispuesta a emprender la huida, pero no lo consigue. Porque cuando su mirada se detiene por segunda vez en los rasgos del muerto, agraciados y hermosos aun estando inanimados, el terror la paraliza.

El muerto es... ¡Kamal!

—¡Kamal!

Su propio grito ronco le devolvió la conciencia a Sarah y le hizo comprender que lo que había visto solo era un espejismo, el engendro de un duende de las pesadillas que la había perseguido en sus sueños.

Con todo, no consiguió tranquilizarse.

Se sentó en la cama. Respiraba entrecortadamente, jadeando. El camisón se le pegaba, frío y húmedo, al cuerpo, pero no lo había empapado la niebla, sino su propio sudor. Aún la estremecía el terror, por mucho que su intelecto intentara tranquilizarla y le dejara bien claro que nada de lo que había visto era real.

No obstante, se preguntó por qué aquel sueño le había parecido tan real, tan definitivo. ¿Por qué había tenido la sensación de percibir la tristeza en su propio cuerpo y también el halo gélido de la muerte?

Sarah estaba acostumbrada a tener sueños.

La habían perseguido desde niña, y desde la muerte de su padre parecía como si las compuertas de su alma se hubieran abierto y todo lo que había estado oculto en lo más profundo de su ser saliera a la luz con una fuerza brutal. Sarah siempre había supuesto que esos sueños estaban relacionados con la época oscura, aquel período de su temprana infancia que no podía recordar, pero en esos sueños nunca había percibido más que siluetas borrosas o impresiones fugaces. Nunca antes un sueño había tenido semejante nitidez, y Sarah se preguntó a qué se debería. Además, le daba que pensar el hecho de que, últimamente, había tenido menos sueños relacionados con la época oscura, cosa que había atribuido a la proximidad y a la influencia tranquilizadora de Kamal.

¿Qué significado tenía entonces el hecho de que soñara con mayor intensidad que antes? ¿El hecho de que lo que veía en sueños pareciera tan real que incluso la perseguía al despertar?

¿Había sido aquello algo más que un sueño?

¿Había tenido... una visión?

Dos años antes, Sarah se habría reído de semejante idea y la habría tachado de absurda. Siempre se había considerado un ser racional, una persona cerebral comprometida con los principios de la ciencia. Sin embargo, los acontecimientos que había dejado atrás y su contacto con Maurice du Gard y Kamal Ben Nara habían sembrado dudas. Porque, por muy diferentes que fueran, los dos compartían la creencia de que el destino estaba predeterminado y de que existía un poder superior que guiaba sus pasos.

Con todo, los métodos de ambos se diferenciaban considerablemente: mientras que du Gard perseguía el dragón del opio y utilizaba las cartas del tarot para ver el futuro, Kamal creía con todo su corazón en la sabiduría y la omnipotencia de Alá.

¿Y Sarah?

¿En qué creía?

A diferencia de Kamal y de du Gard, ella no era capaz de reconocer un significado profundo en sus sueños. Su padre le había pedido perdón mientras agonizaba, pero no tuvo tiempo de explicarle el fondo de los misteriosos sucesos que lo habían llevado a Alejandría; igual que du Gard, que había dedicado sus últimas palabras a Sarah y a su amor hacia ella. Los dos sabían algo sobre su pasado y se lo habían llevado consigo a la tumba. Solo había quedado el caos.

Pistas que se perdían en la nada.

Insinuaciones que no tenían sentido.

Sucesos que Sarah no conseguía interpretar.

Sueños que la atemorizaban.

Seguía viendo a Kamal yaciendo en aquel féretro, cubierto por la niebla y con una moneda debajo de la lengua para pagar su pasaje por el Estigia.

Empujada por el desasosiego, saltó de la cama. El frío parqué crujió bajo sus pies. Se deslizó hacia la ventana y corrió un poco las cortinas. Sobre los tejados planos y las chimeneas puntiagudas de Mayfair ya había empezado a amanecer. Un resplandor rojizo, con pinceladas de violeta claro, que a Sarah le recordó de manera inquietante el sueño, ardía en el cielo por el este. Despuntaba el nuevo día y Sarah decidió que no podía esperar más.

Tenía que volver a Newgate.

Con Kamal...

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Regresé por segunda vez a Newgate en el carruaje Brougham de sir Jeffrey. Las avenidas principales estaban muy transitadas y casi me dio la impresión de que nuestro coche, tirado por dos caballos, tenía que enfrentarse con todas sus fuerzas a la multitud que acudía a la ciudad a esas horas tempranas: jornaleros y obreros, artesanos y comerciantes, señores de postín que preferían pernoctar fuera de la ciudad y partir por la mañana hacia Inns of Court o a la Bolsa para ejercer su poder. Algunos iban a caballo, pero la mayoría optaba por hacerse llevar en un Hansom, los coches de caballos más modernos y ligeros, con los que también se causaba buena impresión y que se disputaban las calles con carros macizos cargados hasta los topes. Carruajes abiertos, carromatos cargados de barriles de cerveza, carretas tiradas por bueyes que se dirigían a los mercados de Covent Garden o de Billingsgate, todos parecían impacientes por adentrarse en la gran ciudad.

En consecuencia, avanzábamos despacio, y el trayecto hasta Newgate se me hizo angustiosamente eterno. No dejaba de preguntarme qué significaba mi enigmático sueño, y cuanto más me acercaba a los adustos muros del presidio, más crecía mi inquietud. Estaba impaciente por ver a Kamal y asegurarme de que se encontraba bien. Intuía una desgracia inminente, y con razón, como pronto descubriría...

PRISIÓN DE NEWGATE, MAÑANA DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1884

Los pasos de Sarah Kincaid y su acompañante resonaban sucesivamente en el techo abovedado de baja altura.

Era el mismo guardia que la había escoltado el día anterior, de modo que Sarah no tuvo que entretenerse dando largas explicaciones. Al enseñar de nuevo

el escrito que Milton Fox había conseguido para ella en el Ministerio de Justicia, enseguida la autorizaron a acceder a la sección de las celdas, que esa mañana le pareció aún más adusta y ruinoso que el día anterior. Sarah intentó en vano grabar en su memoria la enmarañada sucesión de escaleras y corredores que iban dejando atrás de camino hacia las oscuras entrañas del presidio. Le daba la impresión de que el guardia la llevaba de nuevo por un camino distinto, ya fuera para impresionarla o bien para confundirla intencionadamente.

Pasaron por delante de un recinto que estaba separado del corredor por una reja de hierro. Detrás había media docena de hombres alineados, figuras encorvadas, demacradas y desnudas, tal como Dios las trajo al mundo. Les habían rapado la cabeza y tenían la piel blanquecina plagada de incontables cicatrices y heridas, que permitían entrever una vida dura y llena de privaciones. Dos carceleros uniformados cargaban con un recipiente metálico al que habían incorporado una bomba de manivela y un trozo de manguera. Y antes de que los presos entendieran qué les sucedía, los dos guardias ya los estaban rociando con un producto químico de color rojizo que, por la reacción de los hombres, debía de quemar como el fuego en la piel desnuda.

—Nuevos internos, madam —explicó el guardia, impasible—. Cuando llegan, hay que lavarlos y despiojarlos. Hace falta, créame.

Sarah no contestó. No tenía la menor duda de que la había llevado por allí para hacerle pasar un mal trago y ver cómo se ruborizaba al ver a los hombres desnudos. Sarah se sonrojó realmente, pero no de vergüenza sino de ira, pensando que Kamal también había tenido que pasar por aquella ceremonia humillante...

Por fin llegaron al pasillo al final del cual se hallaba la celda de Kamal. En los últimos metros, Sarah no pudo reprimirse más. Aceleró el paso, echó a correr y adelantó al guardia, que reaccionó soltando un gruñido de enfado.

—¿Kamal? Soy yo, Sarah...

La voz le tembló por culpa de la preocupación, que se esforzaba por contener y que no cedió hasta que su amado empezó a moverse.

—Tú, ¿no has oído? —bramó el guardia hacia el interior de la celda—. ¡Despierta!

Para enfatizar sus palabras, blandió la porra de madera y aporreó la puerta. El estruendo metálico no solo consiguió que se levantara Kamal, sino todos los internos de las celdas cercanas.

—Sir —protestó Sarah, enojada—, ¿le importaría no provocar semejante ruido infernal?

—Quería que se despertara, ¿no? —contestó el guardia encogiéndose de hombros—. Pues ya está despierto...

Eso era indiscutible.

Kamal se había incorporado y se frotaba los ojos para despertarse. Al ver a

Sarah, se sobresaltó.

—Buenos días —lo saludó ella con cariño.

—¿Qué..., qué haces aquí? —preguntó Kamal, que saltó del catre y se acercó a la puerta—. Todavía es muy pronto...

—Ya lo sé —dijo Sarah—. Tenía que verte.

—¿Por qué? —preguntó con una leve sonrisa—. ¿Has vuelto a tener uno de tus sueños? ¿Hay que consolarte?

—No, claro que no —se apresuró a asegurar mientras volvía a asombrarse de lo bien que Kamal había llegado a conocerla en tan pocos meses.

—Da igual —comentó—, me alegro de que hayas venido. Cuando apareces delante de mi celda, es como si la luz clara del sol penetrara en estos miserables muros.

—Vaya, veo que conservas tu encanto —constató Sarah esbozando también una sonrisa que, sin embargo, se borró enseguida—. ¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Y? —Sarah abrigó una súbita esperanza—. ¿Tienes alguna sospecha sobre quién pudo enviar la nota a Scotland Yard?

—No —reconoció Kamal con sinceridad, para decepción de Sarah—. Pero he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Quiero que eximas a sir Jeffrey de su tarea.

—¿Qué?

—Le agradezco la ayuda —se ratificó Kamal—, pero no voy a requerirla más. Dale saludos de mi parte. Dile que le estoy muy agradecido por sus servicios, pero que ya no los necesito.

—¿No? ¿Y quién va a defenderte?

—Nadie —contestó, y su respuesta fue tan simple como escalofriante.

—¿Nadie? —Sarah abrió mucho los ojos, sin comprender—. Pero si no te defiende nadie no tendrás ninguna posibilidad en el juicio. Has confesado los hechos. El fiscal hará todo lo posible por enviarte a la horca.

—Lo sé, Sarah.

—Entonces, también sabrás que sin una defensa experta no tienes perspectivas de eludir al verdugo —dijo Sarah con una franqueza brutal.

—Eso también lo tengo claro.

—Pe... pero... entonces... —balbuceó Sarah antes de enmudecer. Tenía muy claro qué significaba la decisión de Kamal, pero no tuvo el valor de expresarlo.

—Como tú bien has dicho, Sarah —prosiguió Kamal en su lugar—, soy un asesino confeso. Y, puesto que el delito se cometió contra dos miembros del ejército, el fiscal pedirá la pena capital. Si renuncio a la defensa, el tribunal aceptará la petición. Pero si sir Jeffrey me representa como abogado, tal vez solo

me condenarán por homicidio y pasaré los próximos veinte años entre estos muros. ¿Te imaginas lo que eso significaría?

Sarah lo miraba fijamente, sin decir nada, incapaz de asentir o de llevarle la contraria.

—Soy un hijo del desierto, Sarah. Amo el mar infinito de las dunas, el viento en mis cabellos y la arena entre los dientes. Y aquí no hay nada de todo eso, solo penumbra y suciedad, y una muerte lenta.

—Quieres decir que...

—Prefiero que la soga del verdugo ponga fin rápidamente a mi existencia a seguir encerrado aquí. No lo soportaría, Sarah, y moriría de una manera atroz.

Ella seguía mirándolo fijamente, y sus miradas se encontraron de nuevo durante una breve eternidad. Solo fue capaz de asentir convulsivamente mientras reprimía con todas sus fuerzas las lágrimas... Kamal no tenía que verla llorar. Cuando la pena estaba a punto de vencerla, Sarah se dio la vuelta.

—Sarah —susurró Kamal, que malinterpretó su reacción—. Intenta comprenderme...

—Te comprendo —dijo ella, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Te comprendo perfectamente. Es solo que... —dijo meneando la cabeza.

Mentalmente podía comprender que Kamal prefiriera la muerte a largos años de presidio, pero su corazón hablaba otro idioma. Sarah no quería perder a su amado y se aferraba a él con todas sus fuerzas. Pero ¿qué sentido tenía luchar por la vida de Kamal si él no quería? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

De nuevo aparecía la cuestión del destino, de una fuerza que ponía orden en medio del caos, y Sarah, en su desesperación, no podía más que negarlo. ¿Por qué, se preguntó, una y otra vez solo le quedaban instantes fugaces de felicidad? ¿Por qué su destino era perder siempre a quien amaba de todo corazón? La obstinación se apoderó de ella, la voluntad irrefrenable de no permitir que volvieran a arrebatárle la felicidad.

De pronto sopesó la opción de un plan tan audaz como desesperado, que hasta entonces había descartado por peligroso y desatinado, y decidió hacer todo lo que estuviera en su mano para llevarlo a la práctica.

—Acompáñeme fuera —le indicó al guardia—, pero por el mismo camino que ayer. ¿Puede ser?

—Pues claro —contestó el carcelero, enseñando unos dientes amarillos y descuidados—. Hay un montón de caminos para entrar en Newgate, y otro montón para salir..., a no ser que hayas hecho algo malo.

Soltó una carcajada estruendosa al reírse de su propio chiste y se puso lentamente en camino. Sarah lo siguió sin volverse de nuevo hacia Kamal. Por un lado, no quería que viera sus lágrimas; por otro, temía que sospechara lo que se proponía hacer. Era muy importante que Kamal no conociera los planes de Sarah. Era mejor que no supiera nada de ellos por si su liberación fracasaba.

—¡Sarah! —le gritó Kamal—. ¡No te vayas, por favor! ¡Quédate...!

Pero ella no vaciló y siguió sin pestañear al carcelero. Los gritos desesperados de Kamal resonaron a sus espaldas:

—Me lo prometiste, ¿recuerdas? Prometiste que no me abandonarías.

Aunque todo en ella la empujaba a dar media vuelta, Sarah se mantuvo firme y continuó sin reaccionar. Por supuesto que recordaba la promesa que había hecho y, precisamente porque se proponía cumplirla, no podía ceder.

Si Sarah hubiera sospechado que con ello desperdiciaba un tiempo precioso, su decisión habría sido otra.

Sarah fue haciendo inventario mentalmente. Cada celda, cada recoveco, cada escalera y cada cruce quedaron anotados en el plan que esbozaba en su mente. Tenía a su favor su experiencia como arqueóloga, puesto que en más de una ocasión su padre y ella se habían adentrado en cámaras funerarias profundas y en catacumbas subterráneas, y recordar el camino exacto había sido imprescindible para sobrevivir. En los recorridos anteriores a través de las entrañas lúgubres y malolientes de la prisión, Sarah iba distraída y, por lo tanto, se había desorientado, pero esta vez se concentraba en grabar el camino en su memoria.

El camino hacia la libertad...

Pasaron por delante de algunas celdas cuyos internos le dedicaron comentarios indecentes que el guardia castigó al instante con su porra. Poco después encontraron compañía: cuatro carceleros se cruzaron con ellos en el pasillo escasamente iluminado. Aquellos hombres pasaron en silencio por su lado y Sarah, concentrada como estaba, probablemente no se habría percatado de nada si no la hubiera embargado de repente una sensación.

¡Una sensación de amenaza!

¡El mismo halo funesto que había notado en Yorkshire cuando aquella silueta tenebrosa la había perseguido en la niebla! ¿Había sido, por tanto, algo más que la sombra recurrente de antiguos temores?

—¿Pasa algo, madam? —preguntó el guardia cuando Sarah se detuvo en seco.

—No, es solo que... —dudó, no estaba segura de si debía comentarlo—. Esos hombres, los que acabamos de cruzarnos, ¿también son guardias?

—Eso parece.

—¿Eso parece? ¿No los conoce?

—No, madam, pero eso no quiere decir nada. Aquí hay muchos guardias. No es un trabajo fácil, sabe. No todo el mundo puede hacerlo...

—Comprendo —dijo Sarah, pensativa, y se dispuso a reemprender la marcha, pero no pudo, porque todos sus temores y malos presentimientos

regresaron repentinamente. Irrumpieron como una marea viva en su conciencia y anegaron su el sentido común.

—Volvamos —dijo—. Tengo que volver.

—¿Adónde?

—A la celda de mister Ben Nara.

—Pero...

Sarah no tenía tiempo para entretenerse en explicaciones. Dio media vuelta, se arremangó el vestido para poder correr más deprisa y se puso en marcha siguiendo el camino que había grabado en su memoria. No le importó que con ello pudiera desvelar sus propósitos de liberar a Kamal. El ansia por regresar de inmediato con su amado y verlo era tan imperiosa que Sarah no pudo resistirla.

La asaltaron los recuerdos de su padre. Entonces también había errado por un laberinto oscuro, buscando desesperada a Gardiner Kincaid, y al final lo había encontrado yaciendo sobre un charco de sangre. Esperaba encarecidamente encontrar a Kamal sano y salvo en su celda y que sus temores resultaran ser simples proyecciones de sus recuerdos sombríos, pero esa esperanza se truncó enseguida.

—¡Kamal! —gritó Sarah desde lejos, para alegría de algunos presos, que replicaron con obscenidades—. ¡Kamal!

No obtuvo respuesta de su amado.

Seguida por el guardia, que le pisaba los talones jadeando, Sarah giró hacia el estrecho corredor en el que se encontraba la celda de Kamal y vio, aterrada, que la puerta estaba abierta.

—¿Kamal...?

El hombre yacía de espaldas en el suelo, pero no como si lo hubieran derribado o se hubiera desplomado, sino echado de una manera poco natural y con los brazos cruzados sobre el pecho.

En su frente se distinguían unos caracteres.

Tres letras escritas con hollín.

A, M y T...

—¡Kamal!

A Sarah le falló la voz. Sin pedir permiso al guardia, entró en la celda y se precipitó junto a su amado, que yacía inmóvil.

Su rostro continuaba mostrando orgullo y dignidad, ni las privaciones ni la falta de luz del sol habían logrado cambiarlo. Tenía las mejillas de un tono ceniciento y los ojos cerrados. Su boca, en cambio, estaba entreabierta, pero Sarah no pudo detectar que respirara...

—¡Kamal! ¡Kamal...!

No dejaba de repetir su nombre mientras lo sacudía por los hombros, pero Kamal no despertó. Los gritos de Sarah se ahogaron. Un sudor frío le cubrió la frente mientras, presa del pánico, buscaba algún signo de vida. Con manos

temblorosas, le buscó el pulso, pero no lo encontró.

—No —sollozó Sarah suplicante—, otra vez no, por favor...

En su desesperación, se inclinó sobre Kamal y apoyó la cabeza en su pecho para ver si oía algo. Lo abrazó como si así pudiera mantenerlo con vida. Las lágrimas brotaron en sus ojos mientras escuchaba.

De repente, un latido.

Débil y contenido, pero era un signo de vida.

—¿Ka... Kamal?

Sarah volvió a escuchar y oyó un segundo latido. Este también era débil, y la frecuencia era pavorosamente baja. Sarah vio entonces unas minúsculas perlas de sudor en la frente de su amado. Las secó con ternura y notó una piel ardiente bajo sus manos.

«Fiebre», pensó.

Kamal tenía fiebre...

—¡Un médico! —gritó Sarah bien alto—. ¡Necesitamos un médico! Es cuestión de vida o muerte...

El guardia simplón replicó algo incomprensible, cogió el silbato que llevaba colgado al cuello con una cinta corta y sopló varias veces dando pitidos breves. Los silbidos que resonaron en la bóveda fueron tan estridentes y penetrantes que tenían que haberlos oído, y pronto obtendrían respuesta.

—Acabo de dar la señal de alarma. El doctor Billings ya está en camino.

—¿Billings? ¿Quién es?

—El médico de la prisión —contestó el guardia, lo cual infundió un poco de esperanza a Sarah, aunque dudaba de que el médico de una prisión pudiera ayudar a Kamal. Lo que le había ocurrido a su amado, lo que se había adueñado de él, parecía mucho más profundo que cualquier sueño o desmayo.

—Todo irá bien, Kamal —le susurró—. ¿Me oyes? Todo irá bien...

Temblando, le tocó la mano derecha para estrechársela y consolarlo, igual que él le había hecho tantas veces. Su mirada se posó entonces en la boca entreabierta de Kamal y se dio cuenta de que la lengua estaba extrañamente doblada, como si tuviera algo debajo...

Sarah fue consciente al instante de que ya había vivido esa situación, en un sueño que parecía hacerse extrañamente realidad. Un escalofrío como nunca antes había sentido le recorrió la espalda. Con manos temblorosas abrió la boca de su amado y metió los dedos dentro.

¡No se había engañado!

Realmente había algo debajo de la lengua de Kamal, aunque no se trataba de monedas, como Sarah había temido, sino de un trocito de papel. Sarah lo cogió, lo desplegó... y casi se quedó sin aire cuando vio lo que contenía.

Se trataba de un simple dibujo, pero para aquellos que sabían interpretarlo equivalía a una amenaza de muerte: una elipse con numerosos ornamentos en

forma de haz.

—El ojo del ciclope —dijo Sarah sin aliento, y tiró la nota como si estuviera impregnada de veneno.

No se podía concebir de golpe lo que aquel hallazgo, aquel simple dibujo, significaba. Sarah solo tenía clara una cosa: que las sospechas de Kamal habían resultado ser ciertas.

Aquel poder inquietante y oscuro, con el que ya se había topado dos veces a lo largo de su vida y que había sido el responsable de la muerte de Maurice du Gard y del asesinato de su padre, no había sido vencido ni desarticulado, sino que seguía existiendo.

Y se había vengado cruelmente...

ENFERMERÍA DE NEWGATE, LONDRES, NOCHE DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1884

—No sé —dijo el médico por enésima vez mientras observaba desconcertado el semblante inmóvil de Kamal Ben Nara.

—¿Qué es lo que no sabe, doctor? —preguntó Sarah, que estaba a punto de perder al paciencia.

Cuatro médicos se ocupaban de examinar a Kamal desde hacía horas. Intercambiaban miradas elocuentes y hacían malabarismos con palabras en latín, igual que hacían los golfillos en las calles con manzanas podridas, pero no llegaban a un resultado definitivo.

Norman Sykes, el director de la prisión, se había negado a trasladar a Kamal desde Newgate mientras no le presentaran un diagnóstico claro sobre su estado. Por lo tanto, a Sarah no le había quedado más remedio que consultar con unos cuantos especialistas externos y pedirles que fueran a Newgate. Además de James Billings, el médico de la prisión, que tenía la nariz demasiado roja para el gusto de Sarah y que parecía mucho más entendido en tabernuchas del barrio londinense de East End que en la anatomía de sus pacientes, también estaban presentes el doctor Raymond Markin, un exmédico de la Armada Real y especialista en enfermedades tropicales, así como el doctor Lionel Teague, un médico de Mayfair amigo de sir Jeffrey que, por amistad, se había mostrado enseguida dispuesto a acudir presto a Newgate con él.

El cuarto médico era Horace Cranston, un hombre delgado de unos cuarenta años, que llevaba una elegante levita y el cabello rubio bien peinado con raya. El bigote, perfectamente recortado, la tez pálida, los pómulos marcados y unos rasgos delicados completaban la imagen del caballero perfecto. Sarah no habría adivinado que tras aquellos ojos grises había un psiquiatra. A diferencia de sus colegas, Cranston no se dedicaba a examinar dolencias físicas, sino mentales, y

formaba parte del equipo médico del hospital Saint Mary of Bethlehem, cosa que a Sarah no le hizo ninguna gracia. Aun así, debía estarle agradecida al doctor, que había ido a Newgate por otros motivos pero, a instancias de Sykes, se había declarado enseguida dispuesto a examinar a Kamal...

—Como ya he dicho, caballeros —dijo Cranston, tomando la palabra—, no creo que esto tenga nada que ver con un fenómeno físico. Las causas parecen encontrarse más bien en la cabeza del paciente.

—¿En la cabeza? —preguntó Sarah—. ¿Qué insinúa?

—Nada. Solo digo que deberíamos buscar el motivo de su estado en su mente.

—¿Y? ¿Qué pretende? ¿Abrirle el cráneo?

—Eso podría contribuir a la solución del enigma, efectivamente —asintió Cranston, que por lo visto no había captado el sarcasmo en la voz de Sarah.

—¡Abominable matasanos! —masculló Sarah—. ¡No se atreva a ponerle un solo dedo encima!

—Sarah, por favor —intervino sir Jeffrey, tranquilizador—. Estoy seguro de que el doctor Cranston solo quiere lo mejor para su paciente.

—Y a mí me gustaría remarcar que el doctor Cranston no solo es un gran experto en su campo, sino que también tiene buen corazón. Cuando es necesario, realiza dictámenes médicos a los presos de Newgate y se ocupa de que los trasladen a Bedlam; de este modo evita que los ejecuten. Hoy también ha venido por ese motivo.

—Está bien, director —comentó Cranston visiblemente azorado—, pero eso ahora no viene a cuento.

—Tal vez —admitió Sykes—. Solo quería asegurarme de que lady Kincaid lo apreciara como es debido.

—Yo... probablemente me he precipitado al juzgar —reconoció Sarah—, y le pido disculpas si lo he ofendido. Es solo que... Llevan horas discutiendo, señores, sin resultados concretos.

—Eso no es del todo cierto —objetó el doctor Teague, un hombre de aspecto robusto y avejentado, de la edad de sir Jeffrey—. Hemos podido constatar que el estado del paciente no se debe a un acto de violencia. En el examen, ni mis colegas ni yo mismo hemos podido descubrir ningún indicio que apuntara en esa dirección.

—¿No era usted especialista en enfermedades raras?

—Debo de serlo; al fin y al cabo, he escrito dos trabajos importantes sobre el tema. Pero nunca me había topado con un caso como este. Las funciones corporales del paciente se han reducido a la mínima expresión, seguramente a consecuencia de la fiebre, pero parecen bastar para mantenerlo con vida.

—¿No es eso habitual en los pacientes que pierden el conocimiento debido a una fiebre alta? —Preguntó Sarah.

—A veces sí —admitió Markin—. El cuerpo reduce la actividad con el fin de

ahorrar fuerzas para luchar contra la enfermedad. Sin embargo, en esos casos hay un precedente, una infección provocada por un germen, por ejemplo, o una intoxicación de la sangre. Pero, aquí, ambas posibilidades quedan excluidas, puesto que el paciente se encontraba bien y en plena forma unos minutos antes.

—Cierto —confirmó Sarah—. Kamal parecía completamente despierto y sano. Su estado actual tiene que estar relacionado con algo que le han hecho esos extraños...

—Ya que habla de ellos —dijo el director Sykes carraspeando como si le resultara poco agradable lo que iba a decir—, no estamos seguros de que se tratara de extraños como usted supone.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lady Kincaid —Sykes sonrió tímidamente—, comprendo que todo esto le resulte extraño y agobiante. Teniendo en cuenta lo que ha sufrido, no sería de extrañar que viera usted enemigos...

—Escúcheme bien, señor director —dijo Sarah enérgicamente—, ni estoy histérica ni he perdido la razón. Pero algo me dice que esos hombres han tenido algo que ver con lo que le ha ocurrido a Kamal.

—¿Aunque fueran simples carceleros? —Sykes meneó la cabeza—. En Newgate trabaja mucha gente, lady Kincaid. Ni siquiera yo los conozco a todos. Por lo tanto, es muy posible que usted se haya encontrado con una simple patrulla de guardias camino del relevo.

—No lo creo —replicó Sarah—. ¿Qué dice el guardia que me acompañaba?

—Él tampoco está seguro de nada en lo tocante a esos supuestos intrusos.

—¿Y los demás presos?

—Nadie ha notado nada sospechoso que permita concluir una entrada no autorizada en la sección de las celdas.

—¿Y quién ha dibujado esas letras en la frente de Kamal? —preguntó Sarah—. ¿Quién le ha puesto el trozo de papel en la boca?

—Seamos francos, lady Kincaid, hablando en rigor, podría haberlo hecho el propio mister Ben Nara.

—Tonterías —insistió Sarah categóricamente—. Esa gente era tan real como usted y yo... ¡Y aquel halo! Pude sentir que... —Se interrumpió como si notara las miradas de incompreensión que le dedicaban tanto el director de la cárcel como los médicos y sir Jeffrey. Sarah comprendió que lo mejor era callarse si quería que continuaran tomándola en serio, y recibió ayuda por un lado que no esperaba.

—No veo motivos para dudar de las afirmaciones de lady Kincaid, caballeros —dijo el doctor Cranston, que no le guardaba rencor—. Puesto que, por un lado, hemos constatado que el estado del paciente no se debe a un acto violento y, por otro, sabemos que se ha declarado en un tiempo muy breve, solo nos queda suponer la posibilidad de una manipulación intencionada.

—¿Qué insinúa, estimado colega? —La voz del doctor Teague sonó acre, casi enojada—. A este paciente no lo han narcotizado sin más, sino que se le han reducido las funciones corporales. ¿Pretende hacernos creer que hay alguien capaz de llevar a alguien a ese estado instantáneamente?

—Creo que es posible, suponiendo que se utilicen los medios adecuados.

—¿Y cuáles serían? —inquirió el doctor Markin, que parecía compartir tan poco como su colega la opinión de Cranston.

—Caballeros —replicó el médico de Bedlam—, me recuerdan ustedes a los cazadores en la caza del zorro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sarah.

—¿Ha participado usted alguna vez en la caza del zorro?

—No —negó Sarah meneando la cabeza—. Francamente, nunca he comprendido qué le encuentra la gente a todo ese jaleo de perros ladrando y gente gritando « *tally-ho* ». Además, tiendo a simpatizar con el zorro.

—Eso nos diferencia —replicó el doctor—. Yo soy un apasionado cazador y ansío que empiece la temporada la semana que viene. Pero tiene usted razón al adjudicarle al zorro un papel esencial, puesto que sin él no existiría el deporte ni el acontecimiento social, ¿no es así?

—Cierto —admitió Sarah—, pero sigo sin ver...

—La mayoría de la gente que participa en la caza del zorro ha perdido de vista el verdadero sentido de la cacería. Para ellos solo se trata de pasear al aire libre, de exhibir sus caballos y sus dotes como jinetes o, simplemente, de dejarse ver. Para ellos, el zorro es una parte tan obvia de la cacería que ya no le dan importancia, aunque realmente sea el elemento principal. Lo mismo ocurre con el cerebro humano. Si bien es cierto que acabamos de empezar a investigar esa fascinante zona del cuerpo humano, sabemos que es el órgano de control principal. Y aunque pueda parecer insignificante en comparación con otros órganos, considero posible que, manipulando el cerebro, se pueda provocar un estado febril en un tiempo brevísimo.

—Qué disparate —se acaloró el doctor Markin—. En todos mis años ejerciendo de médico de la Armada Real jamás me he encontrado con nada parecido, y tenga por seguro que he visto más mundo que usted, estimado colega.

—No se lo discuto —aseguró Cranston con serenidad—. Pero si partimos de la base de que el cerebro no solo controla la circulación sanguínea, la respiración, el aparato motor y el digestivo, sino también funciones como el aumento y el descenso de la temperatura corporal...

—Eso es una teoría arbitraria que no se puede corroborar —espetó Markin.

—Al contrario, querido colega. En Bedlam he tratado en repetidas ocasiones a pacientes cuyas funciones cerebrales habían resultado dañadas por la aparición de coágulos de sangre causados por una herida en la cabeza. Los ataques de fiebre descontrolados solían ser la consecuencia.

—Pero aquí no nos enfrentamos ni a un ataque de fiebre ni a una herida en la cabeza —señaló el doctor Teague.

—Cierto —admitió Cranston—, pero eso no cambia que mi teoría sea en principio correcta. La diferencia entre este caso y otros que he examinado es únicamente que el estado febril no se ha producido a causa de una agresión violenta ni del trauma craneal resultante, sino por una manipulación de otro género.

—Comprendo —dijo Sarah, a quien convencían los argumentos de Cranston, a pesar de no entender mucho de medicina, o quizá por eso—. ¿Y en qué consistiría esa manipulación?

—Veneno —dijo Cranston, y un murmullo se extendió entre sus colegas. Nadie se mostró de acuerdo, pero, a diferencia de antes, el médico de Bedlam no cosechó ninguna objeción.

—¿Veneno? ¿Cree que esa gente le ha administrado un suero a Kamal?

—O eso o lo han infectado con un germen que ha afectado las regiones más externas del cerebro y es el responsable de esta fiebre misteriosa.

—Cranston —masculló el doctor Markin—, ¿es consciente de lo que está diciendo? En los últimos años, lady Kincaid, la investigación médica ha realizado progresos importantes en ese campo, pero no estamos en condiciones de comprobar la validez de las hipótesis del doctor Cranston y, aunque tuviera razón, no podríamos hacer nada.

—¿Y qué propone usted, doctor? —preguntó Sarah con acritud—. ¿Que me adhiera a una teoría más cómoda? No creo que eso le hiciera ningún favor a Kamal —afirmó, y paseó una mirada llena de pesar y compasión por el cuerpo inmóvil de su amado, que yacía cubierto con un trapo sobre una litera. Soltó un leve suspiro y recuperó el dominio—. De tratarse de un suero, o de un germen, habría tenido que hacer efecto muy deprisa —prosiguió—. Los autores solo dispusieron de unos minutos.

—En efecto —la secundó Markin—. Esa es otra de las razones por las que no comparto la teoría del doctor Cranston.

—¿Por qué no, doctor? —preguntó Cranston—. Conocemos venenos que provocan la muerte en pocos segundos. ¿Por qué no pueden influir también masivamente en la actividad cerebral?

—Porque nunca se ha descrito un caso semejante —objetó Markin torpemente.

—Eso no significa que no sea posible, ¿verdad? —inquirió Sarah escrutando al grupo—. Caballeros, si alguno de ustedes puede ofrecer una explicación mejor o más plausible sobre lo que le ha ocurrido a mister Ben Nara, me gustaría oírlo. De lo contrario, debo considerar únicamente la teoría del doctor Cranston.

Los médicos dieron la callada por respuesta. A Markin le temblaba el labio superior de franca indignación, pero guardó silencio. Y, por lo visto, Billings y

Teague también preferían mirar fijamente al suelo, avergonzados, a presentar una contrapropuesta.

—Aclarado, pues —dijo Sarah, y volvió a dirigirse a Cranston—. ¿Qué tipo de veneno podría ser? ¿Tiene alguna idea, doctor?

—No —reconoció Cranston abiertamente—. Además, como ya he comentado, no estoy seguro de que se trate realmente de un veneno. Naturalmente, la fiebre elevada podría ser una especie de reacción de defensa frente a una sustancia dañina, pero también podría ser el resultado de una infección. Por lo tanto, no sabemos qué le han administrado al paciente. Podría tratarse tanto de una sustancia extraída de plantas como de un veneno de origen animal. Puesto que, como ha señalado el doctor Markin, nunca se ha descrito un caso como este, buscamos a ciegas.

—No obstante, si realmente se trata de un veneno, con toda probabilidad existirá un antídoto —interrumpió la conversación el doctor Teague.

—Eso es mucho decir —objetó Cranston—. Y considero que es una irresponsabilidad prometerle algo así a lady Kincaid.

—¿Prometerme qué? —Sarah enarcó sus finas cejas—. ¿De qué está hablando?

—Me refiero a la teoría de que hay un antídoto para cualquier veneno que exista en la naturaleza —respondió el médico de Mayfair.

—Una teoría sumamente cuestionable, que aún no cuenta con pruebas concluyentes —criticó Cranston.

—Nunca habrá una prueba definitiva —resopló Teague con desdén—, la cantidad de venenos que se encuentra en la naturaleza es demasiado grande. No obstante, ciertos puntos corroboran la certeza de la teoría...

—... y otros tantos la rebaten —objetó Cranston.

—Eso no viene al caso.

—Pues claro que sí...

La discusión entre los dos médicos continuó, y Sarah tuvo que respirar hondo para tranquilizarse. En vez de hacer algo por salvar a Kamal, se veía obligada a presenciar la rivalidad entre unos pavos reales que se hinchaban y desplegaban la cola con vanidad, y a perder un tiempo precioso con ello. Aquella feria de las vanidades duraba demasiado para su gusto.

Ella necesitaba resultados...

—Caballeros, ¿cómo describirían el estado de Kamal en estos momentos? —Se hizo oír con energía.

Los dos hombres interrumpieron la disputa y la miraron con los ojos muy abiertos.

—Bueno —comentó el doctor Markin, tras recuperarse de la sorpresa que le provocó haber sido interrumpido por una mujer—, puesto que el corazón, la circulación de la sangre y los pulmones parecen funcionar correctamente, de

momento no cabe temer por su vida... Eso suponiendo que consigamos suministrarle suficiente alimento y, aún más importante, líquidos.

—¿Y cómo lo logrará? —preguntó Teague.

—Hay maneras —dijo Billings, convencido—. En Newgate, a menudo tenemos presos que creen que deben protestar contra las condiciones de su arresto, que ellos consideran inhumanas, y se declaran en huelga de hambre. En esos casos utilizamos un método simple, pero eficaz, que también podríamos aplicar aquí: mediante una bomba de vacío, compuesta por dos cilindros de vidrio y una manguera de caucho, introducimos una papilla directamente en el estómago del presidiario sin que él pueda hacer nada por evitarlo.

—Un procedimiento cruel y humillante —no pudo por menos que censurar sir Jeffrey.

La idea de que tuvieran que alimentar por la fuerza a su amado también le produjo escalofríos a Sarah.

—Si ese es el único medio para mantener con vida a Kamal, lo aplicaremos —dijo, sin embargo, con voz firme.

—Bien, pero la alimentación del paciente no es el único problema —objetó el doctor Cranston—. Si, como supongo, debemos atribuir su estado a una actividad cerebral reducida, su situación es sumamente inestable y puede cambiar en poco tiempo.

—¿En cuánto tiempo? —inquirió Sarah, aunque temía la respuesta—. ¿De qué estamos hablando? ¿De semanas? ¿Días?

—Probablemente... Tal vez horas —respondió Cranston, y a Sarah no le pasó por alto la mirada severa que sir Jeffrey dedicaba al médico.

—En cualquier caso, el tiempo trabaja en nuestra contra, ¿cierto? —preguntó Sarah mientras acariciaba cariñosamente la frente de Kamal y le secaba las perlas de sudor. De nuevo recordó que pocos días antes había estado en sus brazos, que se habían amado y habían deseado que la noche no acabara jamás y que el nuevo día no llegara nunca.

Un deseo que se había frustrado súbitamente...

Las lágrimas volvían a estar a punto de brotar en sus ojos, y esta vez no pudo evitarlo del todo. Una lágrima se deslizó por su mejilla derecha mientras sujetaba la mano inerte de su amado y recordaba el juramento que le había prestado, la promesa de no abandonarlo jamás.

—Jamás —dijo en voz baja.

Por ínfimas que fueran las perspectivas de éxito y por muy vagas que fueran las tesis que el doctor Cranston y sus colegas habían formulado, había algo que reforzaba su creencia de que los médicos podían estar en lo cierto. Porque, aunque nadie creía en su teoría de los cuatro intrusos, Sarah sabía lo que había visto y lo que había sentido, y no albergaba la menor duda de que ellos eran los causantes del estado de Kamal, ni se hacía ilusiones en lo tocante al motivo de tal

acto. Si aquellos hombres hubieran querido matar a Kamal, podrían haberlo hecho. Pero seguía con vida, y no por casualidad, sino porque sus verdugos así lo habían querido. Estaba clarísimo que perseguían un objetivo determinado, y ese objetivo no era Kamal, sino ella...

Sarah recordó que se había defendido con uñas y dientes contra la sospecha que había apuntado Kamal de que su detención podía haber sido instigada por aquel poder ominoso al que él solía llamar «herederos de Meheret» y que ya había aparecido dos veces en la vida de la joven y había causado estragos en ella. Lo ocurrido llevaba la firma de la organización, que era experta en conseguir de manera extraordinariamente ardua que sus objetivos se convirtieran en los objetivos de otros y en obligar a Sarah a hacer cosas que no quería hacer, igual que le ocurrió a su padre. Fuera quien fuera el que tiraba de los hilos en la sombra, una vez más demostraba ser un verdadero maestro de la manipulación y de la intriga, y Sarah tuvo la inefable sensación de haber caído en sus redes.

Partiendo de esa conclusión, solo cabían dos posibilidades. O bien se retiraba, abandonaba a Kamal a su suerte y de ese modo evitaba volver a convertirse en el juguete de aquella organización, cuya ansia de poder y de influencia habría eclipsado incluso a Bonaparte, o bien emprendía la búsqueda de una medicina para Kamal y, con ello, aun en contra de sus propias convicciones, volvía a convertirse en cómplice de los conspiradores, fuera cual fuese su siniestro objetivo.

Sarah sabía perfectamente qué le habría aconsejado Kamal. Su amado habría considerado sin duda insoportable que, por su causa, ella volviera a enfrentarse a su Némesis, a la pesadilla que la perseguía desde la muerte de su padre. Pero Kamal no estaba allí para convencerla. Vagaba en tierra de nadie, en algún lugar entre la vida y la muerte, y Sarah tenía que decidir sola. Sin embargo, la decisión estaba más que madurada, la había tomado en el momento en que le dio a Kamal su palabra de no abandonarlo.

La idea de que se movía en un terreno peligroso, de que la esperaban horrores aún peores que los que había dejado atrás, de que estaría trabajando para el enemigo desconocido y probablemente haría lo que se esperaba de ella, de que tal vez causaría aún más desgracia... Todos esos pensamientos le vinieron a la mente, pero ella los apartó. Ningún reparo, por importante que fuera, podía contrarrestar su amor por Kamal. Esta vez, y no sería ni la única ni la última vez en su vida, decidiría con el corazón.

Sarah era arqueóloga y científica, pero también era una mujer y haría todo lo posible por salvar la vida del hombre al que amaba, fueran cuales fueran las consecuencias. Durante los dos años anteriores había renunciado a muchas cosas y había sufrido muchas pérdidas... Esta vez solo pensaría en ella y en su felicidad...

—Está decidido —anunció con voz queda.

—¿Está decidido? —Sir Jeffrey la miró interrogativo—. ¿Había algo que decidir?

—Por supuesto —confirmó Sarah—. Haré todo lo posible por salvar a Kamal y emprenderé la búsqueda del antídoto.

—¿El antídoto? —Cranston abrió mucho los ojos—. Pero ya le he dicho que no sé si hay...

—Lo hay, créame —lo interrumpió Sarah con voz firme—. Y espera a ser descubierto.

—¿Dónde? —preguntó sir Jeffrey, asombrado.

En el semblante de los otros hombres también se reflejaba la sorpresa.

—No lo sé —respondió Sarah con sinceridad—, pero lo encontraré.

—Querida —intervino el doctor Teague con cierta displicencia—, si no sabe si tal remedio existe realmente ni dónde debe buscar..., ¿cómo puede estar tan segura?

—Porque se lo preguntaré a alguien que me dará información —contestó Sarah.

—¿A quién? —preguntó sir Jeffrey, cuyo semblante preocupado daba a entender que intuía la respuesta.

—Caballeros, ya me disculparán —replicó Sarah mirándolos—, pero no he consultado al médico adecuado...

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID

¿Es esta la suerte que debo sufrir una y otra vez? ¿Igual que Prometeo, que, encadenado a las rocas del Cáucaso, debe soportar eternamente el mismo tormento? ¿O que Sísifo, condenado a realizar siempre el mismo esfuerzo sin perspectivas de éxito ni de descanso? ¿Me ocurre a mí lo mismo? ¿Debo revivir una y otra vez mi pasado?

En mi último encuentro con Mortimer Laydon, que tuvo lugar de manera tan inesperada entre los sombríos muros de Newgate, no estaba preparada para enfrentarme ni a mi pena ni a mis miedos. Me asaltó el horror de nuevo y me prometí no volver a ver nunca al hombre que tanto sufrimiento nos había causado a mí y a mi familia.

He cambiado de opinión, no por propia voluntad, sino porque la necesidad me obliga.

Hasta hace unos días no me habría imaginado que existiera ningún poder lo suficientemente fuerte para obligarme a encararme de nuevo con el asesino de mi padre. Pero las cosas han cambiado y, con tal de salvar a Kamal, incluso miraría al ojo candente de un dragón que escupiera fuego. Por muy ínfimas que sean las perspectivas de éxito, no puedo dejar de intentar nada, aunque eso signifique que deba encontrarme de nuevo con mi acérrimo enemigo.

Igual que un guerrero medieval se lanzaba a la batalla equipado con cota de malla y yelmo, yo también intento protegerme para la entrevista inminente. Sin embargo, por mucho que intento escudarme en mi interior, sospecho que al final no habrá protección alguna contra las miradas de Laydon y el veneno de sus palabras.

Al fin y al cabo, será su personalidad la que se enfrente a la mía, su locura a mi razón. Y aunque sé que no me haré con la victoria en esa batalla, no puedo rehuir la lucha. Porque mi derrota significa esperanza para mi amado Kamal...

SALA DE INTERROGATORIOS 5, NEWGATE, LONDRES

—¿Está segura, mi querida amiga, de que realmente desea hacerlo? —Sir Jeffrey tenía el ceño fruncido y su voz sonora delataba una sincera preocupación —. No quiero ni pensar cómo la afectará volver a encontrarse con ese asesino.

—Si he de serle sincera, sir Jeffrey, yo tampoco quiero pensarlo —replicó Sarah—. Y, créame, si hubiera alguna otra posibilidad, me aferraría a ella sin dudarle. Pero creo que Mortimer Laydon es la única persona que puede darme información y no puedo dejar pasar esa oportunidad, ¿me comprende?

—Por supuesto —aseguró el consejero real, a quien Sarah había explicado sus motivos con todo detalle en las últimas horas—, pero sigo sin entender por qué tiene que hablar personalmente con él. Permítame que sea yo quien se encargue del asunto. O el doctor Cranston, o...

—Para mí, sería un placer —confirmó el médico de Bedlam, el único de todos sus colegas que aún seguía allí: el doctor Billings, Markin y Teague se habían despedido ya por lo avanzado de la hora.

—Es usted muy amable, caballero —dijo Sarah— y le aseguro que me encantaría aceptar su oferta, puesto que me horroriza encontrarme con ese hombre. Pero no me queda más remedio, puesto que, por un lado, conozco a Mortimer Laydon mucho mejor que ustedes y, por otro, tengo motivos para suponer que soy la única que está en condiciones de entender sus insinuaciones.

—¿Insinuaciones? —gruñó el director Sykes—. Delirios de una mente enferma, nada más. Al menos, haría bien en no presentarse sola delante de ese monstruo. Seguro que el doctor Cranston estará dispuesto a asistir con usted... Sobre todo porque conoce a Laydon mejor de lo usted piensa.

—¿Qué quiere decir?

—El director se refiere a que Laydon es uno de los presos a los que he examinado.

—¿Y?

—No cabe duda de que nos enfrentamos a un hombre cuya cordura, cómo lo diría, se está desintegrando. No he conseguido descubrir las causas, pero Mortimer Laydon tiene sin duda una de las personalidades más siniestras y peligrosas con las que me he topado.

—Explíquenos algo que aún no sepamos —replicó sir Jeffrey secamente—. Francamente, nos ha sorprendido mucho que Laydon estuviera encerrado aquí, en Newgate.

—No por mucho tiempo —aseguró Sykes.

—¿Por qué lo dice? —inquirió Sarah.

—Como ustedes saben, Laydon fue condenado por el tribunal a cumplir internamiento de por vida en el hospital Saint Mary's of Bethlehem. Sin embargo,

al poco de su ingreso se puso violento e hirió a un enfermero, de manera que fue trasladado a Newgate y sometido a régimen de aislamiento. Gracias a la rápida intervención del doctor Cranston, que ha examinado en diversas ocasiones su estado mental y ha corroborado el dictamen del tribunal, contamos con que esta situación pronto cambiará. El traslado de Laydon desde Newgate a Bedlam es cuestión de días.

—Y justo antes de que llegue el momento se me presenta como la única conexión con los autores —dijo Sarah en voz baja. Hablaba para sí misma, pero Sykes la oyó.

—Lady Kincaid —replicó—, le aseguro que cualquier relación que imagine carece de fundamento. Nadie goza del poder de influir en esas cosas, ni siquiera la reina.

—Naturalmente —Sarah esbozó una vaga sonrisa.

—Entonces ¿qué decide? —Consultó Sykes—. ¿Seguro que no prefiere seguir mi consejo y permitir que el doctor Cranston la acompañe? Conoce el caso...

—Me encantaría, señor director, créame —aseguró Sarah—. Pero si de algo estoy segura es de que Laydon no se avendrá. Si acepta, solo a mí me revelará lo que sabe, a nadie más. Tengo que presentarme ante él sola.

—No lo comprendo...

—¿No? —Sarah enarcó las cejas—. Entonces, señor director, recuerde que Mortimer Laydon es un asesino sanguinario. Mató a mi padre y a la persona que, después de él, me era más próxima. Y después hizo todo lo posible por acabar conmigo. Ese hombre deseó mi muerte, sir, y aún la desea... y por eso aceptará entrevistarse conmigo. Quiere verme sufrir y quiere destruirme, pero, ironías del destino, al mismo tiempo parece ser mi única posibilidad de salvar a Kamal.

Sarah entró en silencio en la sala, que olía a moho y a sudor frío, y cuyo único mobiliario consistía en una mesa vieja y dos sillas. Los hombres parecieron comprender entonces lo que Sarah se disponía a hacer y el sacrificio que estaba a punto de realizar por ayudar a su amado.

—Entonces tenga mucho cuidado —dijo finalmente Sykes con voz queda—, porque está a punto de cerrar un pacto con el diablo.

—Lo sé, señor director —se limitó a contestar Sarah.

En ese momento llamaron desde fuera a la puerta de acero de la sala de interrogatorios. Abrió Cranston, y apareció un hombre de rostro chupado, vestido con uniforme de carcelero.

—El preso está listo para el interrogatorio.

Sykes, el doctor Cranston y sir Jeffrey volvieron a escrutar de nuevo el semblante de Sarah, que se esforzó por parecer decidida y ocultar su miedo.

—De acuerdo —dijo Sykes finalmente—, es su decisión. Traigan al preso.

—Sí, señor.

El uniformado salió y, mientras Sarah tomaba asiento a un lado de la mesa de

interrogatorios, sus tres acompañantes se dieron la vuelta para irse, no sin antes dedicarle una mirada elocuente que contenía una mezcla de incomprensión, admiración y pena. Sir Jeffrey fue el último en salir de la sala. Se detuvo en el umbral y se volvió.

—¿Está realmente segura...?

—Por supuesto. —Sarah se esforzó por sonreír—. Puede irse, mi viejo amigo.

—Tenga cuidado, Sarah. Incluso una mente muy sana puede soportar la locura únicamente por un tiempo limitado sin resultar dañada.

—Lo sé —dijo Sarah con voz velada.

Era muy consciente de los riesgos a que se exponía. Pero no había otro camino.

Eso pareció convencer a Jeffrey Hull, puesto que asintió con un movimiento de cabeza y salió de la sala, cuyas paredes de ladrillo rojizas se sumergieron en la luz mortecina de un farol de gas. Durante un instante angustiosamente largo, Sarah se quedó sola con sus miedos y sus temores. Tenía las palmas de las manos húmedas y notaba un doloroso nudo en el estómago. Luego se oyeron pasos que se acercaban, acompañados por el tintineo estridente de unos grilletes de hierro. La puerta de acero pintada de gris se abrió y aparecieron dos guardias de uniforme. Arrastraban a un hombre que a Sarah le pareció más que nunca su Némesis particular, su pesadilla hecha carne.

Mortimer Laydon no parecía sorprendido de verla. Esbozando una sonrisa malévola y repugnante, se sentó en la silla que estaba libre. Mantuvo su mirada penetrante clavada en Sarah mientras los guardias fijaban los grilletes de manos y pies a las argollas previstas para ello que había en el suelo. De ese modo se excluían posibles agresiones por parte del preso. Sarah sabía que aquellos esfuerzos rayaban lo ridículo: el peligro que emanaba de Mortimer Laydon no era de carácter físico. Lo que hería eran sus palabras y lo que envenenaba eran sus pensamientos...

Le costó horrores sostenerle la mirada. Había tanta ira y agresividad en ella, tanta locura apenas contenida, que Sarah se estremeció. La ola de maldad que la embestía desde el otro lado de la mesa, y eso sin que aún se hubiera pronunciado una sola palabra, la martirizaba, pero mantuvo el coraje.

Finalmente, los guardias también salieron de la sala y cerraron la puerta. Sarah se quedó a solas con Laydon.

—Bravo —dijo el hombre, y su voz estaba tan impregnada de burla y escarnio que Sarah casi sintió dolor físico.

La joven escrutó el semblante demacrado y deformado por el odio de aquel hombre, y se preguntó cómo había podido ver en él en otras épocas a un amigo. A pesar del acto sanguinario que había cometido en Alejandría, a pesar de los atroces asesinatos con que había sembrado el miedo y el terror en el barrio londinense de East End, Mortimer Laydon había seguido presentándose ante ella

como un amigo, como un benefactor paternal y como su padrino. No fue hasta que se encontraron en La Sombra de Thot cuando se desveló que no solo había asesinado a su padre, sino mucho más...

—¿Un elogio en tu boca? —preguntó Sarah con frialdad y apenas capaz de reprimir su asco—. Me honra bien poco.

—¿En serio? —replicó Laydon, y soltó de nuevo una de sus risitas roncadas y marcadas por la locura—. ¿Cómo se puede ser tan desagradecido? Al fin y al cabo, no he sido yo quien ha solicitado esta entrevista, sino tú... Y, la verdad, considerando este lugar, te suponía mejor gusto. La última vez me invitaste a un buen clarete.

—La última vez —contestó Sarah esforzándose por mantener la serenidad—, aún no sabía que eras un monstruo.

—¿Y ahora lo sabes?

—Por supuesto.

—Entonces me pregunto por qué estamos aquí. ¿Qué te ha llevado a cambiar de opinión sobre mí?

—No he cambiado en absoluto de opinión —puntualizó Sarah—. Sigo considerándote un monstruo con figura humana, y me repugna lo que has hecho...

—¿Pero? —la interrumpió.

—Nada de peros —se apresuró a asegurar Sarah. La joven notaba que se estaba moviendo en un terreno resbaladizo. Sarah no habría sabido decir cómo había sucedido, pero Laydon la estaba manipulando de nuevo, y una vez más le dio la impresión de que él la calaba hasta el alma—. El último día que hablamos me dijiste que volveríamos a vernos.

—Y tenía razón, ¿verdad?

—En efecto —asintió Sarah—. ¿Por qué estabas tan seguro?

—¿Tú que crees? —De nuevo soltó una risita gutural y desalmada—. Mis conocimientos.

—¿Qué conocimientos?

—Los que tengo desde hace mucho tiempo. Los que también podría haber adquirido tu padre si no hubiera sido tan necio. Y que tú también podrías hacer tuyos, pequeña.

—No me llames así. Eso se acabó.

—Sigo siendo tu padrino, ¿no?

—Dejaste de serlo hace tiempo.

Sarah meneó la cabeza. La idea de que su padre hubiera considerado a Laydon digno de ser el padrino de su única hija le repugnaba.

—Esos lazos no se rompen nunca —objetó él.

—Tú los cortaste con tus propias manos.

—Vaya si lo hice. —En su semblante demacrado y ceniciento se dibujó una

sonrisa diabólica—. Con un puñal a filado.

—Eres repulsivo.

—¿Sabes qué dijo tu padre cuando le clavé el puñal por la espalda?

—Me da lo mismo —replicó Sarah, aunque no pudo evitar que su voz sonara ronca y delatara que se sentía agredida. Le habría gustado añadir que no quería saberlo, pero no podía mostrar debilidad delante de Laydon. Tenía que mostrarse serena e indiferente, como si las palabras de Laydon no la afectaran. Solo así tendría la oportunidad de salir indemne de aquella entrevista.

—Te lo contaré de todos modos —contestó él, gozoso, y bajó la voz como si fuera a revelarle un secreto de Estado—. No dijo nada. De su garganta no salió ni un sonido. Antes pensaba que fue porque el dolor le había sellado los labios, pero ahora lo sé mejor. He tenido mucho tiempo para reflexionar... —De nuevo soltó una risita, y en sus ojos brilló la chispa de la locura—. Ahora sé que no fue el dolor lo que hizo enmudecer a Gardiner Kincaid, sino el terror... Porque en aquel preciso instante, su mente limitada comprendió con quién se había mezclado. ¿Captas la ironía, Sarah? ¿Comprendes lo que intento decirte? Hasta el final de sus días, cuando el reluciente acero penetró en sus entrañas, el viejo tonto no comprendió el error funesto que había cometido.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió Sarah, que luchaba con todas sus fuerzas contra las lágrimas. El hecho de que precisamente el asesino de Gardiner le recordara aquellos dolorosos momentos era un suplicio para su alma.

—¿Tú qué crees? —preguntó Laydon poniendo cara de inocente, y se la arregló para sonreír de un modo que despertó un recuerdo melancólico del antiguo Mortimer Laydon, al que Sarah había querido y respetado. Pero solo fue una ilusión.

—Para atormentarme —gruñó Sarah con voz queda.

—¡Por supuesto que no! ¡Confundes mis intenciones! Yo siempre he tratado de protegerte y ayudarte, Sarah.

—¿Por eso quisiste borrar me del mapa?

—No albergué ese propósito hasta que se hizo evidente que no te pondrías de nuestra parte, que seguirías la misma senda funesta que había tomado tu padre... y que lo llevé directo al abismo.

—Tú fuiste ese abismo —dijo Sarah con acritud.

—¿De verdad lo crees? —Laydon esbozó una sonrisa maliciosa que le deformó el semblante arrugado y provocó que la luz del farol proyectara en él sombras grotescas—. ¿Es culpable la bala que alcanza el corazón del enemigo?

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo, Sarah —musitó Laydon, y se inclinó sobre la mesa tanto como le permitieron los grilletes—. Que tanto tu padre como yo no éramos más que personajes sin importancia en esta obra. Pero en tus manos está la posibilidad de cambiarlo todo. No la deseches, ¡acepta tu destino!

—No me gusta que hables del destino. Siempre que lo haces te refieres únicamente al tuyo.

—Piensas así porque aún no has comprendido lo que a mí me fue revelado hace mucho tiempo —respondió Laydon con un brillo de locura en la mirada—. Un poder inimaginable que proviene de lo más profundo de los tiempos. Nada puede resistirsele, y tú formas parte de él...

—Desvarías —constató Sarah—. Mejor dime a qué te referías cuando me dijiste que no había acabado.

—¿Tú qué crees? Que la organización no ha sido vencida. Puede que tú le infligieras una derrota, pero continúa existiendo, igual que ha existido siempre, desde el inicio de los tiempos.

Sarah frunció los labios. Le habría gustado rechazar todo lo que Laydon decía tomándolo por disparates de un loco, pero no era tan sencillo. Su padre también había afirmado que las raíces de aquel poder misterioso se remontaban en la historia de la humanidad hasta los comienzos de la civilización...

Laydon soltó una carcajada sarcástica.

—Has desafiado a fuerzas que no alcanzas a entender ni de lejos. ¿Qué esperabas? ¿Que te dejarían tranquila? ¿Que podrías tener una vida sencilla, banal, ensimismada? ¿Que tu destino podría ser encontrar la felicidad en el amor y traer al mundo a unos cuantos mocosos llorones? ¿Era eso lo que querías?

—Tal vez —contestó Sarah en voz baja, conmocionada por el hecho de que Laydon hubiera descubierto su punto flaco. Era cierto que, secretamente, había acariciado la idea de dejar reposar definitivamente el pasado y disfrutar con Kamal de la dicha de una vida sencilla y tranquila...

Laydon se partía de risa. Las carcajadas a las que Sarah se enfrentaba no eran risas de alegría, sino un balido malévolamente cargado de odio y burla.

—¿Tan bien estabas con él? ¿Cuidaba el hombre del desierto como es debido a la pequeña Sarah? ¿Lo hacía mejor que Du Gard?

—Eres repulsivo.

—¿Lo soy? Entonces, ¿por qué no te levantas y te vas de esta sala? Como puedes ver, yo no puedo hacerlo, pero tú eres libre de irte. ¿Por qué no le das la espalda al viejo Mortimer y le demuestras qué opinión te merecen sus palabras?

—Te lo diré —musitó la joven, atravesándolo con la mirada—. Me quedo porque mi amor por Kamal lo supera.

—¿Qué supera? ¿Tu orgullo?

—Tu odio —replicó, y lo hizo enmudecer por un momento.

—Así pues, yo tenía razón —murmuró Laydon finalmente, y de nuevo soltó una risita ronca—. Amas con toda tu alma a tu príncipe del desierto y realmente esperabas acabar tus días feliz a su lado. ¡Qué conmovedor! Y ahora que tu esperanza parece haberse truncado, vienes a verme y a suplicarme ayuda.

—Yo no suplico nada —dejó bien claro Sarah.

—¿No? —Laydon entornó los ojos—. Entonces, ¿de qué se trata? ¿Qué le han hecho a tu amado para que tú superes el recelo y te reúnas con el asesino de tu padre? ¿Lo han matado? —Meneó la cabeza—. No, eso sería demasiado simple... y, además, ¿por qué estarías aquí? Así pues, ¿qué es? Kamal sigue con nosotros, eso es incuestionable, pero su vida corre peligro. Por eso has venido a verme, solo ese motivo sería lo bastante fuerte. Quieres que te diga cómo puedes salvar a tu amado, ¿verdad?

A Sarah le temblaban los labios. Así debían de sentirse los guerreros que cabalgaban hacia la batalla sin armadura, pensó. Los habían despojado del escudo y del arnés, y su espada no tenía filo y estaba oxidada. El valor que les daba la desesperación era la única arma que les quedaba...

—Efectivamente —admitió—. Así es.

—Bien —asintió Laydon mientras una sonrisa indescifrable se dibujaba en sus labios. En ese preciso instante, se apagó el brillo inquieto de sus ojos y, por un momento, dio la impresión de que se le aclaraba la cordura—. Por fin somos sinceros.

—¿Tú vas a ser sincero conmigo? —resopló Sarah con menosprecio—. Entonces, dime cómo puedo ayudar a Kamal. ¿Qué significan los caracteres que le dibujaron en la frente?

—No. —Laydon meneó la cabeza con determinación—. Este juego no se juega así.

—¿Qué juego?

—El juego por el poder. A vida o muerte. A todo o nada —contestó Laydon.

—No me interesan los juegos.

—Pues te has metido en uno —señaló él con una sonrisa pícaro—; de lo contrario, no estarías aquí. ¿O pensabas que iba a ayudarte sin obtener una contrapartida?

—No —reconoció con decepción—, probablemente no. Pero yo no puedo darte lo que deseas.

—Buena pregunta: ¿qué deseo?

—La libertad —conjeturó Sarah—. Y yo no puedo ayudarte a conseguirla, aunque quisiera. Lo que les hiciste a aquellas mujeres y a mi padre te mantendrá encadenado para siempre a tus grilletes.

—¿Y tú crees que se trata de despojarme de estas cadenas? —Laydon meneó su cabeza rasurada y se echó a reír de nuevo—. Qué poco me conoces. Nunca me ha importado la libertad, Sarah, sino algo infinitamente más valioso y raro.

—¿Y de qué se trata?

—De la verdad —contestó—. Es lo único que espero de ti como contrapartida.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre ti —dijo Laydon simplemente—. Contéstame una sola pregunta muy

sencilla con sinceridad, y te doy mi palabra de que te ayudaré con todos mis conocimientos.

—¿Tú me das tu palabra? —Sarah remarcó la primera y la última palabra, ya que en su mente no encajaban. Por su experiencia, la palabra de honor de Mortimer Laydon tenía el mismo valor que el estiércol de caballo que por la noche la gente rascaba por las calles para encender las chimeneas.

—Vaya, ¿no te fías de mí? —preguntó Laydon, y la carcajada que salió de su garganta sonó como la risa de un idiota—. ¿Por qué será?

Sarah se mordió los labios.

Laydon sabía que ella no se fiaba de él, y precisamente eso era lo que lo estimulaba. Quería que ella cruzara los límites invisibles que él había trazado y conseguir que hiciera cosas que la joven no quería hacer. Esa era su táctica.

Igual que antes...

—¿Quién me garantiza que realmente puedes ayudar a Kamal? —inquirió.

—Nadie; tendrás que confiar en mí. Pero piénsalo bien, Sarah: una sola respuesta a cambio de salvar la vida de tu amado. El precio es mínimo, ¿no crees?

—En efecto.

—Entonces, ¿qué? ¿Hacemos un trato?

Sarah respiraba entrecortadamente mientras se esforzaba por dominar la ira. En vez de cantarle las cuarenta a Laydon y mandarlo al diablo, tenía que aceptar su juego, no había elección. Ella era la que quería algo de él; por lo tanto, él fijaba las reglas y, por mucho que le repugnara, a ella no le quedaba más remedio que ceder y conformarse.

—De acuerdo —dijo Sarah, y volvió a sentir un nudo en el estómago, que parecía querer advertirla de que estaba a punto de cometer un error fatal.

—¿Llegamos a un acuerdo?

—Sí. Haz la pregunta.

—¿Estás segura?

—Absolutamente —insistió Sarah, que tenía la sensación de que el muy canalla intentaba ganar tiempo, un tiempo del que Kamal no disponía—. Vamos, hazme la maldita pregunta.

—De acuerdo. Ya verás que es muy sencilla. Reza así: ¿quién eres tú?

—¿A qué viene eso?

—Hemos hecho un trato —le recordó Laydon—, ¿lo has olvidado? Contesta la pregunta conforme a la verdad y te ayudaré.

Sarah respiró hondo y notó el olor a moho y putrefacción. No tenía ni idea de qué perseguía Laydon con esa pregunta, y la consideró un intento más de jugar con ella. Así pues, quiso rematarla lo antes posible.

—Soy Sarah Kincaid —contestó—, la hija de Gardiner Kincaid, a quien tú asesinaste.

—Respuesta incorrecta —se limitó a replicar Laydon—. Pero hoy me siento generoso y te concedo otra oportunidad.

—¿Para decirte quién soy?

—Exactamente.

—Acabo de decírtelo, soy la hija del hombre al que mataste.

—¡Y esa respuesta es incorrecta! —bramó Laydon en un ataque de furia que sobresaltó a Sarah, súbitamente más que consciente de que estaba delante de un peligroso criminal, de un monstruo con forma humana cuya alma había revelado verdaderos bajos instintos—. Esa no es la respuesta que busco.

—Lamento que no te guste la verdad —manifestó Sarah, impasible—, pero es lo que hay.

—Pequeña —susurró él en un repentino cambio anímico, cuyo origen solo podía atribuirse a una mente enferma—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que lo que tú has considerado que era verdad durante todos estos años no tiene por qué serlo?

—¡No! —contestó Sarah enérgicamente, y levantó exigente el índice de la mano derecha—. ¡No lo harás! ¡No sembrarás la duda en mi corazón! ¿Me has oído?

—Una semilla solo fructifica si encuentra suelo fértil —replicó Laydon serenamente—, y la tierra abonada para la duda es la incertidumbre. ¿Hay algo que no tengas claro, Sarah Kincaid?

—No —aseguró.

—Veo tu obstinación. La obstinación de una niña pequeña. ¿Estás segura de que siempre has sido así, Sarah?

A Sarah le costaba respirar, el pulso se le aceleró. Ya sabía adónde quería ir a parar Laydon, y no le gustó nada...

—No lo sabes —constató Laydon, implacable—. Simplemente porque no puedes recordar tu infancia, ¿verdad? Porque no sabes nada de lo que te pasó antes de los ocho años, ¿cierto?

—¿Y eso qué tiene que ver ahora? —preguntó Sarah mientras soportaba las miradas penetrantes de aquel hombre y se sentía desnuda ante él.

—Todo —dijo él—. La época oscura oculta más de un enigma.

—¿Qué sabes tú? —masculló Sarah—. ¡Vamos, dímelo!

—¿No querías saber cómo podías ayudar a tu querido Kamal? —Laydon chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Qué deprisa cambian tus intereses...

—Tergiversas mis palabras.

—Y tú no quieres escuchar lo que te digo. Aún me debes una respuesta, Sarah: ¿quién eres?

—Ya te lo he dicho, y te lo repito —contestó con voz temblorosa, casi rota—. Soy Sarah Kincaid, la hija de lord...

—Ciega es lo que eres, Sarah Kincaid —la interrumpió Laydon bruscamente —. Demasiado ciega y temerosa para reconocer lo evidente.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién es tu madre? ¿La conociste?

—Murió al nacer yo, ya lo sabes.

—¿Te habló tu padre de ella? ¿Te dijo alguna vez que eras su vivo retrato?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Te lo dijo alguna vez? —bramó Laydon tan fuerte que la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y aparecieron en ella los rostros preocupados de los dos guardias.

Sarah les hizo un gesto con la mano para darles a entender que todo iba bien, aunque no era eso lo que sentía. Le sudaban las manos, pero las tenía heladas, y el color se había borrado de su rostro. Tenía náuseas, que le subían por el estómago como un reptil venenoso...

—No —contestó, esforzándose por que su voz sonara lo más digna posible—, no lo hizo. Pero eso no cambia nada.

—¿En qué?

—En el hecho de que soy la hija de Gardiner Kincaid.

—¿Y si te dijera que no es así?

—No te creería.

—¿Y si te revelara algo? Algo que Gardiner supo toda la vida, pero que jamás tuvo el valor de confesarte.

—No existe algo así.

—¿Estás segura? ¿La búsqueda de tu padre no te reveló muchas cosas sobre él que no sabías? ¿Secretos que guardaba en lo más hondo de su ser sin haberte hablado jamás de ellos?

Sarah tragó saliva, tenía la garganta seca. De hecho, el viaje a Alejandría había sacado a la luz cosas sobre su padre de las que ella no había sospechado nada antes. Informaciones que había ocultado a su hija adrede, para protegerla, según dijo.

¿Quién podía asegurar con certeza que no habían existido aún más secretos...?

—¿De qué me estás hablando exactamente? —preguntó Sarah con cautela, y se mordió los labios al ver la sonrisa triunfal con que Mortimer Laydon recibía la pregunta.

—¿Te gustaría averiguar el secreto? —preguntó él.

—De no ser así, no te habría preguntado nada.

—¿No tienes miedo de lo que podría desvelarte?

—¿Debería? Ya me has arrebatado todo lo que significaba algo para mí. Ya no eres más que una sombra. No me das miedo.

—¿De verdad? —En los ojos de Laydon apareció un brillo peligroso—. Qué

ingenua y candorosa eres. Incluso aquí, en este lugar, a pesar de los grilletes que me sujetan, continúo teniendo poder para destruirte.

—Atrévete... y llamaré a los guardias, que volverán a encerrarte en el agujero tenebroso de donde te han sacado.

—Para sacudir tu mundo, Sarah, no necesito tocarte. Por eso mismo deberías temerme, igual que deberías temer la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que te han ocultado toda la vida. La que tu padre jamás se atrevió a contarte, aunque la conocía. La verdad sobre tu origen, Sarah Kincaid. La verdad que dice que Gardiner Kincaid no es tu padre carnal.

—¿Ah, no?

—No —se reafirmó Laydon, susurrando—, soy yo.

—¿Qué? —Sarah creyó que no había oído bien—. Mira que has dicho tonterías, pero esta es la más absurda de las que jamás han salido de tu boca...

—Puede que Gardiner Kincaid fuera el hombre que te crio y al que tú llamabas padre —prosiguió Laydon, impasible—, pero eso no cambia el hecho de que fui yo quien amó a tu madre y quien sembró la semilla en su seno.

—No —dijo Sarah mientras todo en ella se sublevaba. Las náuseas empeoraron y notó flojera en las rodillas—. ¡Eso no es verdad!

Laydon se reía.

—Gardiner siempre supo que tú no eras de su misma sangre, aunque seguramente no sospechaba nada por lo que a mí respecta. Por eso nunca te habló de tu madre, pequeña. Porque hacerlo le recordaba su derrota más grande y amarga.

—¡Mentiroso! —gritó Sarah, levantándose—. Te lo has inventado...

—Podría ser —reconoció Laydon, sonriendo burlón—. Entonces, no hace falta que concedas importancia a mis palabras. Pero una parte de ti siempre ha sabido que no le pertenecías realmente, ¿verdad? A pesar de los fuertes lazos de unión entre vosotros, siempre existieron dudas, ¿no es cierto? Siempre persistió un poso de extrañeza...

—Bastardo —masculló Sarah, y tuvo que contenerse para no golpear con los puños cerrados al preso, que estaba encadenado, pero en ningún caso indefenso—. ¡Miserable bastardo! ¡Estoy harta de tus mentiras y de tu veneno!

Se apartó de él, furiosa y dispuesta a abandonar la sala de interrogatorios... Y si no lo hizo, fue por Laydon, que estalló en carcajadas.

—Lo ves, Sarah Kincaid —exclamó a sus espaldas—. Tu odio es más grande que tu amor.

Sarah se detuvo en seco y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Reconócelo —la exhortó Laydon—. Tú y yo nos parecemos más de que te gustaría admitir.

—¿Era esto lo que querías? —preguntó la joven—. ¿Me has explicado esa

historia falsa para provocarme?

—Lo preferirías, ¿verdad? —preguntó él a su vez, carcajeándose—. Pero no era mentira, tú tienes tanto de hija carnal de Gardiner Kincaid como yo de ciudadano intachable. Pero ambos somos personas apasionadas. Eso es algo que tenemos en común, Sarah, te guste o no.

—Tú y yo no tenemos nada en común —replicó Sarah, indignada—. Tú eres un asesino malvado que mató brutalmente a jóvenes indefensas...

—No lo hice por placer, como bien sabes... Al menos, no solo por placer.

—... y asesinaste a mi padre —concluyó Sarah, imperturbable.

—Tú también serías capaz de hacerlo, pero aún no lo sabes. Está en ti, Sarah, la misma pasión que me inunda a mí. La misma afición por lo oscuro. Tu padre siempre lo supo. Por eso, y solo por eso, te ocultó cosas. Temía que siguieras tu verdadero destino.

—¿Qué destino?

—¿Tú qué crees? —contestó Laydon, y la locura que latía en él volvió a desfigurarle el rostro—. Hablo de ocupar tu puesto dentro de la organización. Tu padre siempre intuyó que llegaría ese día y se empeñó en hacer todo lo posible por impedirlo.

—Estás mintiendo —insistió Sarah, pero sus palabras habían perdido la acritud, estaban mustias y vacías. Le temblaban los labios, y apretó las mandíbulas mientras intentaba con todas sus fuerzas cerrarse herméticamente a las dudas que Laydon había sembrado en ella... Sin embargo, no acabó de conseguirlo.

¿Tendría razón finalmente aquel asesino? ¿Habría sido aquella la razón por la que su padre le había ocultado ciertas cosas y no le había explicado nada de los herederos de Meheret en mucho tiempo?

Recordó con angustia que su padre le había pedido perdón mientras agonizaba, que había querido aprovechar su último aliento para confesarle algo. Pero sus labios se cerraron antes de que tuviera tiempo de hacerlo, y Sarah se había preguntado en más de una ocasión qué había querido decirle su padre.

¿Era eso? ¿Él lo sospechaba? ¿O tal vez conocía la terrible verdad?

—Con todo lo que ahora sabes —la voz de Mortimer Laydon, temblorosa por la impaciencia, devolvió a Sarah al presente—, me gustaría repetirte la pregunta con la que ha empezado todo: ¿quién eres, Sarah Kincaid? ¡Dímelo!

Sarah, que tenía los ojos clavados en el suelo debido a la consternación, levantó la vista y fijó la mirada en los ojos brillantes de su enemigo más acérrimo.

—Sé qué es lo que quieres oír —contestó en voz baja—, pero no voy a pronunciar esas palabras. Aunque lo que dices fuera verdad, antes me cortarían la lengua con mis propias manos que llamar « padre » a un monstruo como tú.

—Como quieras. —Laydon se encogió de hombros, y los grilletes tintinearon

al entrechocar—. Entonces yo tampoco te ayudaré.

Sarah no había vuelto a sentarse después del arranque de furia. Fuera de sí, estaba de pie delante de él, temblando interiormente y apretando los puños. La agitación que la embargaba era indescriptible y, contra su voluntad, tuvo que reconocer que Mortimer Laydon había vuelto a salirse con la suya sacudiendo los cimientos de su mundo.

Libraba una lucha en su interior; se decía que tan solo eran palabras huecas, que Laydon solo quería humillarla, que ella tenía que doblegarse a sus exigencias por Kamal... Pero no logró convencerse.

¿Tenía razón Laydon? ¿Era su orgullo realmente más grande que su amor? ¿Había en ella una cara oscura que ella no conocía?

De nuevo sintió que la duda la carcomía y supo que debía concluir la entrevista. Cuanto más tiempo estuviera en compañía de Laydon, mayor peligro corría de que la envenenara con sus ideas. Debía intentar conseguir ayuda para Kamal en otro sitio, antes de que, despojada de todas sus ilusiones y siendo una sombra de sí misma, la devoraran sus miedos y temores. Laydon estaba a punto de lograrlo...

—De acuerdo —dijo entonces la joven quedamente—, contestaré a tu pregunta a mi manera: soy lo que soy. Ni más ni menos. Si esa respuesta te basta, cumple tu parte del trato. Y si no es así, vete al diablo.

Puesto que Sarah no esperaba que Laydon se diera por satisfecho, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, firmemente decidida a cruzarla. Sin embargo, cuando ya estaba junto al umbral, Laydon la llamó.

—Una cosa más —le pidió.

—Pero date prisa —lo urgió—. Ya he desperdiciado mucho tiempo.

—¿Nunca has pensado que la historia se repite? —preguntó Laydon—. ¿Que a tu querido Kamal le ha pasado lo mismo que te ocurrió a ti hace muchos años?

—¿Te refieres a...?

—Como ya sabes, a ti te acometió una fiebre misteriosa que te tuvo en sus garras durante semanas. Habías perdido el conocimiento y el viejo Gardiner creyó que te había perdido. Espero que no hayas olvidado quién te curó de la fiebre en aquel entonces...

—¿Y tú crees que Kamal sufre la misma fiebre? —preguntó Sarah, pasando por alto adrede la autoalabanza de Laydon.

—Es posible, ¿no?

Sarah no pudo más que asentir.

¿Por qué no se le había ocurrido a ella la idea? Probablemente, porque eso llevaba a una conclusión que la atemorizaba muchísimo más que la presencia de Laydon y todo lo que este aún pudiera revelar. Si la fiebre que sufrió Sarah de niña y la que mantenía entre sus garras a Kamal las había originado lo mismo, eso significaba ni más ni menos que aquel poder siniestro que, según creía hasta

el momento, se había cruzado por primera vez en su camino en París, en realidad había aparecido antes en su vida.

Mucho antes.

Y ya en aquel entonces la había cambiado...

—Suponiendo que fuera así —murmuró Sarah, estremecida ante aquella idea —, ¿qué significaría eso para Kamal? ¿Puede curarse?

—¿Como tú entonces?

Sarah asintió.

—Deja que te lo explique, pequeña. Si Kamal realmente sufre la fiebre oscura, está prácticamente muerto y se encuentra de camino hacia el más allá. Si quieres revocar esos hechos, tienes que buscar allí donde cobra vida lo inanimado. Pero te advierto que el viaje te llevará directamente a las tinieblas.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Sarah resoplando—. ¿Dónde debo buscar?

—¿Tú qué crees? —contestó Laydon, y en ese instante la clarividencia que había despejado su mente, nublada por locura, volvió a declinar—. Evidentemente, donde empezó todo —murmuró de manera casi incomprensible—. Donde se creó vida a partir de lo inanimado.

—¿Qué quieres decir? —Sarah enarcó las cejas, recelando de que Laydon solo quisiera humillarla de nuevo, pero parecía hablar en serio, puesto que no soltó una de sus carcajadas—. ¿De qué estás hablando? ¿Del Génesis?

—¿El viejo Gardiner no te enseñó a interpretar los secretos del Antiguo Testamento? ¿La Torá? ¿La Biblia? ¿No conoces la palabra del Todopoderoso?

—Lo suficiente para saber que un sacrilegio como tú no debería ponerla en su boca.

—En el libro del Génesis está escrito: « La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas» .

—¿Y? —preguntó Sarah, pero la única respuesta que recibió fue una risotada maliciosa.

La mirada de Laydon ya no parecía dirigirse a ella, sino a algún punto de una lejanía insospechada. Fuera lo que fuese lo que veía aquel criminal, no parecía tener nada que ver con la realidad. La risa chillona se repitió y la mente de Laydon volvió a sumergirse en las tinieblas de las que Sarah parecía haberlo arrancado por poco tiempo.

—Has perdido el juicio —constató Sarah.

—Quizá... Pero los judíos son los hombres que no serán culpados por nada —graznó Laydon, soltando una carcajada tan ampulosa y estentórea que le falló la voz y amenazó con ahogarlo, a la vez que ponía los ojos en blanco.

Sarah se alejó de él, asqueada. Estaba impaciente por dejar atrás los muros de Newgate y poder respirar por fin al aire libre.

La embargó una sensación de alivio al salir de la sala y no tener que seguir mirando a los ojos enfebrecidos por la locura de aquel asesino. Y, mientras oía a sus espaldas aquella risa agónica, comprendió que se había cortado definitivamente el delgado hilo que hasta entonces había impedido que la cordura de Laydon se precipitara a un abismo insospechado.

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Decir que me he sentido desolada al salir de la prisión de Newgate rayaría el comedimiento más descarado. Sabía que encararme con Mortimer Laydon sería duro, que aquel canalla intentaría cualquier cosa para causarme daño y, si temía el encuentro, no era sin razón. Sin embargo, la realidad ha superado con creces mis peores temores.

Abrigaba la esperanza de que Laydon me desvelaría alguna información, una pista sobre lo que le había ocurrido a Kamal y qué podía hacer yo para salvarlo. Sin embargo, lo único que he recibido ha sido un cúmulo de insinuaciones y de medias verdades, de mentiras y de intrigas, guarnecidas con miedo y dudas. Un discurso críptico cuyo sentido, si es que lo tiene, no comprendo; acusaciones malévolas que, por el motivo que sea, me han sacudido hasta el alma; y me he enterado de cosas que jamás he ansiado saber y con las que ahora debo cargar... ¿O tal vez solo eran fantasmagorías, engendros de una mente arrastrada por la locura?

Durante el camino de vuelta a Mayfair, no he podido sino pensar en lo que Laydon había dicho y, aunque en lo más hondo de mi ser me resistía, me he preguntado si podría ser verdad lo que aquel canalla me había contado.

La búsqueda de mi padre, que hace más de dos años me llevó primero a París, desde allí a Malta y, finalmente, a la lejana Alejandría, me enseñó que realmente se me habían ocultado cosas, que existía un Gardiner Kincaid que me resultaba extraño y al que jamás conocí. Saber que mi padre no siempre había sido sincero conmigo quebrantó profundamente mi confianza en él. Aun así, estoy firmemente convencida de que jamás me habría escondido algo tan trascendente.

¿O sí?

Mientras agonizaba, mi padre intentó contarme algo, igual que Maurice du Gard cuando perdió la vida en la cubierta del Egypt Star. Ninguno de los dos tuvo tiempo de acabar su última frase, y a menudo me pregunto qué

querían decirme. ¿He recibido hoy la respuesta a esa pregunta? ¿Quisieron ambos contarme con su último aliento que yo no soy la que hasta hoy creía ser?

Esa posibilidad me estremece, la sola idea es capaz de arrastrarme a los terrenos oscuros por donde ya vaga Laydon y de los que no hay retorno. No debo ceder; tengo que concentrarme en el presente y en salvar a Kamal.

Según me dijo el doctor Billings, su estado sigue siendo estable, pero eso no significa nada. ¿Tendrá razón Laydon? ¿Ha sido alcanzado Kamal por aquel misterioso fenómeno que también me afectó a mí en mi niñez y por el cual no soy capaz de recordar nada? ¿Y qué significa esto en lo tocante a la siniestra organización que ansía poder y dominio y pretende servirse del pasado para conseguir sus objetivos? ¿Me topé con ella antes y no lo recuerdo?

Me vienen a la memoria ciertas cosas que me dijo el cíclope cuando estábamos en la biblioteca de Alejandría y que en aquel entonces taché de mentiras descaradas. Me llamó estúpida y me reprochó que no hubiera entendido nada. ¿Puede deducirse de esas palabras que él me conocía desde mucho antes que yo a él? Y el gigante de un solo ojo ¿no se llamaba Caronte en honor al barquero de los muertos de la mitología griega?

En cierto modo, que no acabo de comprender, hay cosas que parecen encajar, pero ni se me revela su sentido ni intuyo el fin. Con una única vela de llama trémula, intento explorar un enorme laberinto sumido en la oscuridad. No conozco el camino ni el destino, pero sé que debo hallar ambas cosas si no quiero que Kamal muera.

Puesto que Laydon es la única conexión con los que le han hecho esto a mi amado, no me queda más remedio que seguir sus indicaciones. Quizá, eso espero y temo, tras la palabrería del perturbado asesino se esconde una chispa de verdad. Buscar esa verdad debe ser mi tarea prioritaria, sin importar lo que suponga para mí ni qué lúgubres secretos pueda descubrir. Laydon habló de un viaje a las tinieblas; en eso, al menos, parece tener razón...

MAYFAIR, LONDRES, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1884

—¿Cómo se encuentra?

Sarah se sobresaltó. Sentada en el amplio sillón de piel que ocupaba el centro de la pequeña biblioteca de Jeffrey Hull, dedicada básicamente a obras de Derecho, Sarah estaba profundamente absorta en la lectura.

—¡Sir Jeffrey! —exclamó—. No lo he oído llegar...

—No me extraña —comentó el consejero real sonriendo con dulzura—. Cuando he entrado, tenía usted los ojos cerrados.

—¿Los ojos cerrados? ¿No me diga? —La sorpresa de Sarah era sincera. Si realmente había echado una cabezada durante unos minutos, no se había dado cuenta...

—¿Cuánto ha dormido esta noche?

—Ni siquiera una hora —reconoció Sarah, cansada.

—Comprendo —asintió sir Jeffrey—. Pero se alegrará de oír que hay buenas noticias.

—¿De verdad?

—Acabo de llegar de la Corte Suprema —informó el consejero real—. Con motivo de los recientes acontecimientos he conseguido la suspensión temporal del juicio. Luego presentaré en Newgate una solicitud de puesta en libertad transitoria. Seguramente se empeñarán en continuar controlando a Kamal, pero entonces les propondré albergarlo aquí, en mi casa, y la palabra de un *barrister*^[2] tiene cierto peso. De ese modo, Kamal estaría con nosotros y usted podría tenerlo a su lado.

—Eso sería maravilloso —contestó Sarah—. Le agradezco sus esfuerzos, sir Jeffrey.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quiere decir?

—¿Me permite que le sea sincero, amiga mía?

—Por favor —asintió Sarah.

—Francamente, esperaba que se alegraría un poco más —admitió sir Jeffrey—. Y, en vez de eso, la encuentro agotada en mi biblioteca. ¿A qué se debe, Sarah? ¿Qué lectura puede ser tan importante que le impida irse a la cama y disfrutar de las horas de sueño que tanto necesi...?

Se interrumpió cuando Sarah levantó el libro encuadernado en piel para que pudiera leer el título escrito en letras doradas.

—El *Antiguo Testamento. Los libros de Moisés* —leyó sir Jeffrey con cierta perplejidad.

—¿Le sorprende?

—Un poco —reconoció el consejero real—. ¿Ha llegado usted a la conclusión de que solo el Todopoderoso puede salvar a Kamal?

—A esa conclusión, mi querido amigo, he llegado hace rato —contestó Sarah con una sonrisa apagada—. Sin embargo, en este caso se trata de un posible indicio que podría hallarse oculto entre estas líneas.

—¿Un indicio? ¿De parte de quién? —preguntó el consejero real, y por el tono de desconfianza de su voz podía deducirse que intuía la respuesta.

—De Laydon —respondió Sarah.

—Laydon —repitió sir Jeffrey sin el menor entusiasmo—. Sarah, a pesar de

todo lo que ese hombre le ha hecho, ¿aún no ha comprendido lo peligroso que es? ¿Y que ha perdido por completo la razón? ¿Que no dejará pasar la más mínima oportunidad para vengarse de usted y causarle daño?

—Soy plenamente consciente de ello —aseguró Sarah—. La cuestión es que durante gran parte de nuestra entrevista no tuve la sensación de estar frente a un hombre perturbado. La mayor parte del tiempo, Laydon tuvo la mente clara.

—¿Y le recomendó estudiar la Biblia?

—Efectivamente.

—¿Para qué?

—Para buscar una cura para Kamal —contestó simplemente Sarah.

—¿Habla en serio? —La perplejidad de sir Jeffrey se había transformado en indignación—. Después de haber consultado con algunos de los médicos más versados del imperio, ¿va a confiar precisamente en el dictamen de un asesino que ha sido declarado culpable?

—Sé que le sonará extraño, pero...

—No, Sarah —señaló Hull con severidad—, «extraño» no es ni de lejos la expresión adecuada. Laydon mató a su padre y asesinó brutalmente a varias mujeres, lo cual seguramente no lo capacita como galeno milagroso. Sin embargo, usted parece otorgar mayor importancia a su opinión que a la de los médicos que le llevé y que, por su amistad conmigo, no dudaron un momento en ayudarnos.

—Lo sé, sir Jeffrey, y créame si le digo que se lo agradezco de todo corazón —afirmó Sarah—. Pero se trata de algo que me es imposible explicar con palabras. Es una sensación, ¿comprende?

—Me resulta muy difícil, querida, me resulta muy difícil —musitó sir Jeffrey, a quien únicamente su conciencia de caballero impedía reprender a gritos a Sarah—. La previne expresamente contra esa entrevista, puesto que tenía muy claro que Laydon aprovecharía la ocasión para contaminarle la mente.

—Aprecio su preocupación —aseguró Sarah—. Pero no tenía alternativa, debía entrevistarme con él.

—¿Fue ese el motivo por el que ayer por la noche se fue de Newgate sin pronunciar palabra, sin despedirse del director Sykes, del doctor Cranston ni tampoco de mí? —En la voz del consejero real se hacía patente el agravio.

—Le ruego que acepte mis disculpas, sir Jeffrey. No quise parecer maleducada ni cuestionar su valía ni la de los demás caballeros. Pero tenía que poner en claro algunas cosas antes de poder hablar de ello con otras personas.

—¿De verdad? Y, si me permite la pregunta, ¿de qué cosas se trataba?

Sarah sostuvo la mirada escrutadora de sir Jeffrey. Sabía que él solo pretendía ayudarla, tanto en calidad de persona como de jurista. Pero había secretos que no quería confiarle sin más, precisamente porque temía que dudara de su cordura...

Sir Jeffrey notó sus vacilaciones y formuló la pregunta de nuevo, esta vez en un tono más comprensivo y suave.

—Sarah —dijo en voz baja—, no puedo obligarla a que confíe en mí. Pero puedo asegurarle que su padre sí lo hacía y...

—Mi padre, ¿verdad? —Sarah sonrió débilmente.

—... y que haré todo lo humanamente posible para ayudarla —prosiguió, sin reaccionar al comentario de la joven—. Pero solo puedo hacerlo si me explica qué ocurrió entre usted y Laydon. ¿Qué le dijo aquel canalla para que yo la encuentre estudiando la Biblia después de una noche en vela, pálida como la cera y con profundas ojeras? Me preocupo por usted, Sarah, y no solo como abogado, sino también como amigo.

—Es usted muy amable, sir Jeffrey. Y le aseguro que ni he perdido la razón ni estoy tan agotada que no sé lo que me hago.

—Entonces, le pido que me cuente qué ocurre. ¿Por qué cree que precisamente Laydon sabe cómo se puede salvar a Kamal?

—La respuesta es muy simple, sir Jeffrey —contestó Sarah con voz queda y velada—. Porque Laydon también me curó a mí.

—¿Qué... qué quiere decir?

—¿Oyó alguna vez a mi padre usar la expresión *tempora atra*?

—¿*Tempora atra*? —La frente surcada de arrugas del consejero real se frunció aún más—. No que yo recuerde...

—¿Sabía que yo estuve enferma de niña? ¿Qué sufrí una fiebre misteriosa y estuve mucho tiempo inconsciente?

—No, Sarah, no lo sabía —aseguró sir Jeffrey, cuyo enojo se estaba transformando en franca consternación—. Después de Oxford, perdí de vista a Gardiner durante un tiempo.

Sarah asintió. Aunque le costaba un esfuerzo enorme, había decidido revelar a Jeffrey Hull su secreto, movida por la esperanza de poder ayudar con ello a Kamal...

—Según me explicaron —prosiguió en voz baja—, aquella fiebre apareció de un día para otro. Los médicos no sabían qué hacer y a mi padre no le quedó más remedio que permanecer día y noche junto a mi cama, rezando por un milagro. Finalmente sucedió... en la figura de Mortimer Laydon.

—¿Laydon? —gimió sir Jeffrey.

—En efecto. Fue él quien me curó de aquella fiebre, aunque pagué un precio muy alto.

—¿Cuál?

—No recuerdo nada de lo que había ocurrido antes de aquel momento —contestó Sarah sinceramente—. Toda mi infancia está cubierta por el velo del olvido. Mi padre solía llamar a esa época *tempora atra*, época oscura.

—Co... comprendo —replicó sir Jeffrey conmovido—. Y usted cree que

aquella fiebre misteriosa y el estado en que se encuentra Kamal...

—Al principio no quise admitirlo, porque las conclusiones que derivaban de ello me espantaban —reconoció abiertamente Sarah—. Pero los paralelismos son evidentes. Todo parece indicar que a Kamal le ha ocurrido lo mismo que me ocurrió a mí de niña... y que Laydon conoce el secreto de la curación.

—Entonces tendrá que revelarlo de inmediato —estalló sir Jeffrey—. Avisaré ahora mismo al superintendente Fox. La policía conoce maneras de hacer hablar a los testigos que guardan silencio. Iré...

—No —se limitó a decir Sarah.

—¿No? Pero...

—Como ya le he dicho, la mente de Laydon está envenenada de maldad. No revelaré lo que no quiera revelar. Lo único que puedo hacer es jugar ateniéndome a sus reglas y seguir las indicaciones que me dio.

—¿Y él le aconsejó que consultara la Biblia? —preguntó sir Jeffrey, receloso.

—Para ser exactos, el Antiguo Testamento —confirmó Sarah con una sonrisa cansada—. El libro del Génesis.

—¿Y no cree que ese canalla redomado pretende engañarla de nuevo? No olvide lo que ya le ha hecho...

—Sir Jeffrey —dijo Sarah frunciendo el ceño, y todo rastro de alegría se borró de su semblante—. Créame, desde los sucesos de Alejandría no pasa un solo día en que no piense en mi padre y en todos los horrores que Mortimer Laydon nos causó. Aun así, no puedo prescindir de él. Tal vez solo sea una sensación, pero no puedo reprimir la impresión de que todo está conectado.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Hull cruzándose de brazos como solía hacer cuando llamaba a los testigos ante el juez y los interrogaba—. Explíquemelo, por favor.

—Como quiera —Sarah comprendió que el camino que había emprendido no tenía retorno. Había decidido compartir su secreto con sir Jeffrey, y eso significaba que debía proseguir...—. Hace dos noches tuve un sueño extraño.

—Un sueño —repitió sir Jeffrey.

—Se trataba de una escena de la mitología griega: una comitiva fúnebre se acercó a la orilla del río Estigia, donde dejaron al muerto para entregárselo a Caronte, el barquero del Hades.

—¿Y? —Sir Jeffrey frunció los labios—. Perdone mi ignorancia, Sarah, pero no me parece un sueño demasiado insólito para una arqueóloga.

—Aún no he acabado —puntualizó Sarah—. Al acercarme a la orilla para inspeccionar el cadáver, vi que era Kamal. Y, como los muertos en la antigua Grecia, tenía una moneda debajo de la lengua para pagar el tributo al barquero.

—¿Habla en serio?

—Totalmente en serio, sir Jeffrey. Aún no habían transcurrido ni cuatro horas desde que me desperté de ese sueño cuando encontré a Kamal yaciendo en su

celda, muerto a primera vista y con un papel debajo de la lengua. Y ahora le pregunto: ¿fue una casualidad?

—Quién sabe, Sarah. Como científica, usted debería...

—Toda la vida he seguido la senda de la ciencia, sir Jeffrey, pero llegó un momento en que me vi obligada a reconocer que entre el cielo y la tierra hay cosas que la ciencia no puede explicar. Y me da la impresión de que esta es una de ellas.

—Sí, claro, tiene derecho a suponerlo. Pero no veo dónde está la conexión...

—Caronte no es solo el nombre del barquero de la Antigüedad —prosiguió Sarah su explicación—, sino que también se llamaba así el ciclope que atentó contra nuestra vida en Alejandría. Y, por último, la nota que hallé en la boca de Kamal contenía el símbolo del ciclope, el símbolo de la organización criminal a cuyas órdenes estaba Laydon.

—Pero...

—Si me pregunta adónde nos lleva todo esto, no conozco la respuesta, sir Jeffrey —prosiguió Sarah—, al menos de momento. Mi padre dijo que las raíces de la organización se remontaban a los inicios de la humanidad y que estaba unida a grandes nombres. Conseguir el poder absoluto parece ser uno de los objetivos que persiguen sin contemplaciones sus adeptos. No tengo ni idea de cuál es el papel que yo desempeño en sus planes, pero sé que Mortimer Laydon es la única conexión que tengo con esa gente y que cualquier indicación suya, por increíble que sea, representa de momento mi única posibilidad de salvar a Kamal.

Sir Jeffrey la había escuchando con mucha atención. Cualquiera que supiera interpretar los gestos de su rostro podía ver claramente que el recelo del consejero real no se había atenuado, pero parecía respetar los argumentos de Sarah.

—¿Y eso es todo? —preguntó finalmente, como si intuyera que Sarah no le había revelado toda la verdad.

—Eso es todo —contestó la joven, que aún no estaba dispuesta a contarle a sir Jeffrey la otra terrible sospecha que la reconcomía.

—De acuerdo —dijo el consejero real, asintiendo pensativo—. Ahora que me ha explicado qué la mueve, me resulta más fácil comprender su modo de actuar, Sarah, aunque no esté de acuerdo con usted en todos los puntos.

—Lo sé, sir Jeffrey —contestó Sarah—. Y agradezco su comprensión.

—Sin embargo —prosiguió impasible el letrado—, me gustaría saber si ya ha encontrado algo. ¿Le ha revelado la Biblia algún secreto que hasta ahora hubiera permanecido oculto para usted?

—No, sir Jeffrey —admitió Sarah con franqueza—, de momento no. He estudiado el Génesis, he leído detenidamente lo que en él se explica sobre el pecado original, el Arca de Noé, la torre de Babel y los patriarcas de Israel...

Pero, en contra de las afirmaciones de Laydon, no he encontrado nada que pudiera ayudar ni por asomo a Kamal.

—En tal caso —comentó el consejero real, adoptando un tono conciliador— me gustaría arrancarla de aquí y llevarla al comedor. Mi mayordoma, Kathy, me ha dicho que hoy no ha probado bocado. Y me he permitido ordenar que prepararan un almuerzo ligero.

—Es usted muy amable —replicó Sarah—, pero no tengo hambre.

—No acepto un «no» por respuesta —señaló sir Jeffrey—. Tiene que cuidar de su salud y conservar las fuerzas; de lo contrario, no podrá ayudar a Kamal, y eso es lo que usted desea, ¿no?

—Más que nada en el mundo —admitió Sarah.

—Entonces, venga conmigo y coma algo —ordenó en tono paternal pero resolutivo.

A Sarah no le quedó más remedio que obedecer, sobre todo porque sabía que sir Jeffrey tenía razón. Si se derrumbaba por culpa de la debilidad y el agotamiento, no le sería de ninguna utilidad a Kamal.

Suspirando, cerró el libro encuadernado en piel y lo dejó sin haber marcado antes la página por donde iba. Luego siguió a su anfitrión hacia el pasillo, al final del cual se encontraba el comedor. El olor a sopa de pescado recién hecha que salía de una sopera de plata humeante llenaba la sala y Sarah fue de pronto consciente de lo hambrienta que estaba. Se sentó de buen grado y una de las criadas le ofreció un plato de porcelana blanca y se lo llenó de sopa con un aroma succulento.

—Coma —la exhortó sir Jeffrey desde el extremo opuesto de la mesa—. Ya verá como le sienta bien.

Sarah asintió, cogió la cuchara y la sumergió en el caldo humeante, en el que flotaban unos redondeles de grasa amarillenta.

—¿Sabe qué no puedo quitarme de la cabeza? —preguntó entretanto.

—¿Qué?

—Las últimas palabras de Laydon. Dijo algo que no tenía sentido, pero, aun así, no consigo desprenderme de la sensación de que podría ser importante.

—¿Y qué dijo?

—Que los judíos son los hombres que no serán culpados por nada —dijo Sarah citando al canalla.

Sir Jeffrey murmuró algo despectivo.

—Desvaríos de un perturbado mental —comentó convencido.

—Es muy probable —especuló Sarah—. La frase estaba totalmente fuera de contexto y, a primera vista, no tenía sentido. Sin embargo, tengo la sensación de que Laydon quería decirme algo con ella. Algo que establecía una relación entre el estado en que se encuentra Kamal y el libro del Génesis. Al parecer, los judíos desempeñan un papel en todo esto, pero no consigo...

Se interrumpió al ver que sir Jeffrey se levantaba de repente y se iba de la mesa sin pronunciar una sola palabra de disculpa o de pesar, actuando en contra de las buenas formas. Sarah suspiró. Estaba claro que su obstinación había sido la causante de que el consejero real hubiera abandonado su propio comedor, y se reprendió por haber expresado sus pensamientos en voz alta.

Cuando se disponía a disfrutar de una cucharada de sopa, sir Jeffrey volvió con un periódico en la mano.

—Temía que el bueno de Finnegan lo hubiera utilizado para encender la chimenea —dijo, y dejó el periódico sobre la mesa, delante de Sarah—. En la página cuatro. Lea.

Sarah estaba sorprendida. En contra de lo que esperaba, no distinguió ni crítica ni enojo en el rostro de su anfitrión. Al contrario, sir Jeffrey estaba muy serio y el aire paternal había desaparecido de su semblante.

Sarah cumplió solícitamente la orden. El periódico tenía fecha del 19 de septiembre, o sea que era de hacía una semana. Los titulares informaban de ganancias récord en la Bolsa y de un cambio de dirección en la cúpula del almirantazgo. Obediente, Sarah fue a la página indicada y se quedó de piedra al leer el titular destacado:

¿EL RETORNO DEL GOLEM?

Los judíos de Praga aterrados por la legendaria figura

Sarah levantó confusa la vista y le dirigió una mirada interrogativa a sir Jeffrey.

—Lea —volvió a pedirle, y Sarah le echó una ojeada al artículo.

La historia del Golem es bien conocida. Según la leyenda, en el siglo XVI el enigmático rabí Löw creó una criatura de barro que debía ayudar a los ciudadanos del barrio judío de Praga. Sin embargo, el ansia humana de originar vida a partir de algo inanimado fracasó y el Golem se convirtió paulatinamente en una amenaza, de manera que al rabí no le quedó más remedio que destruir a su criatura. No obstante, algunas voces afirman que el Golem ha continuado existiendo hasta nuestros días y que se albergaba en algún lugar situado por debajo de la ciudad. Naturalmente, se trata de meras leyendas que, sin embargo, estos días vuelven a recuperar peso porque hay quienes aseguran haber visto varias veces a ese gigantesco ser en las callejuelas de Josefov durante las semanas pasadas. En tanto que la policía se enfrenta a un misterio y los representantes de la Iglesia católica niegan la existencia de semejante criatura, el miedo ronda por el barrio judío, ya que, según

cuenta el rabí Mordechai Oppenheim, experto en la interpretación de escritos, el regreso del Golem anuncia la llegada del fin del mundo...

Después de leer la noticia, Sarah se quedó unos momentos en silencio.

—Originar vida —repitió pensativa—, eso es lo que significa « Génesis» . ¿A eso aludía Laydon cuando...?

—Mientras la escuchaba, me vino a la cabeza ese artículo —dijo sir Jeffrey—. Debo confesarle que cuando lo leí por primera vez no creí una palabra. Pero después de lo que usted me ha explicado...

—... considera posible que Laydon se refiriera a esto —concluyó Sarah la frase.

—Sigue pareciéndome bastante inverosímil —dijo el consejero real, mostrando sus reservas—. Tal vez Laydon se enteró de algún modo de la noticia y solo intentaba despistarla.

—No —negó Sarah meneando la cabeza—. El director Sykes me explicó que a los presos no se les permite leer los periódicos.

—Entonces, ¿cómo podría haberlo sabido?

—Esa es la cuestión —confirmó Sarah—. O él no sabía nada de todo esto y nosotros intuimos relaciones donde no las hay, o alguien ha instruido a Laydon para que me diera esas indicaciones porque ese alguien sabía que yo hablaría con él.

—Una idea angustiosa —constató sir Jeffrey.

—Sin duda —le dio la razón Sarah—, pero ni de lejos tan angustiosa como la perspectiva de no poder hacer nada por Kamal y estar a merced de aquel poder extraño sin salvación posible.

—¿Qué piensa hacer?

—Necesito más información —respondió Sarah—. ¿Podría conseguirme hora de visita en la biblioteca del Museo Británico?

—Por supuesto, Sarah. Pero antes debe descansar y, sobre todo, tiene que comer algo.

—No hay tiempo, sir Jeffrey —objetó Sarah, cuyo afán de investigar había despertado por completo—. Este enigma exige ser descifrado y, si en él se alberga alguna posibilidad de salvar a Kamal, tengo que encontrarla...

DIARIO PERSONAL DE SARAH KINCAID

¿Puede tratarse de una casualidad? ¿Sigo realmente el rastro que me llevará a la solución del misterio que se me ha impuesto? ¿O, en mi desesperación, he sucumbido a un engaño que me hace suponer conexiones donde no las hay? En algunos momentos tengo la sensación de que estoy sobre una buena pista, mientras que en otros me corroen las dudas. ¿Los desvaríos de un enfermo mental y una noticia sensacionalista en una gaceta justifican una visita nocturna a la biblioteca?

Sir Jeffrey no oculta sus dudas, pero, por su vieja amistad con mi padre, me deja hacer. Gracias a sus buenas relaciones con la Casa Real, se ha ocupado no solo de que me abran las puertas de la biblioteca del Museo Británico, sino de que no me echen cuando caiga la noche y el resto de los visitantes ya se hayan ido. A la luz mortecina de una lámpara de gas, prosigo la búsqueda desesperada, mientras el veneno de la duda no deja de corroerme. ¿Dijo Mortimer Laydon la verdad cuando afirmó que era mi padre? ¿Me he pasado toda la vida tragándome una mentira?

Tengo la sensación de estar avanzando por aguas bravas sobre un témpano de hielo, esperando el momento en que el suelo inseguro se resquebrajará bajo mis pies...

BIBLIOTECA DEL MUSEO BRITÁNICO, GOWER STREET, LONDRES,
 NOCHE DEL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1884

El lugar imponía respeto. Por encima de la amplia rotonda de la sala de lectura se alzaba la enorme cúpula que suponía el centro y el elemento distintivo del imponente edificio, que había sido diseñado por Robert Smirke y que albergaba desde hacía casi cuarenta años no solo la colección de objetos de arte más importante del imperio, sino probablemente también la mayor concentración de

saber. Los fondos básicos de la biblioteca del Museo Británico los constituían la biblioteca privada de Jorge III y las colecciones de particulares acomodados y comprometidos que habían hecho méritos en la investigación y la cultura del reino. Sarah sabía que uno de los objetivos de Gardiner Kincaid había sido pertenecer a ese círculo ilustre y que hubieran mencionado su nombre junto a los de Robert Harley, duque de Oxford, o de sir Hans Sloane. Tal deseo no le fue concedido en vida, pero Sarah se proponía legar algún día al museo la biblioteca de Kincaid Manor y, de ese modo, encargarse de que al viejo Gardiner le otorgaran el honor que siempre había ansiado.

Le dolían los ojos. Cada vez apartaba la vista más a menudo de los libros que tenía abiertos sobre la gran mesa de roble, y se frotaba el entrecejo o se masajeaba las sienes. Las letras de los textos, la mayoría antiguos e impresos en papel de pasta de madera, desaparecían ante sus ojos, pero se obligó a concentrarse y a continuar leyendo. Con movimientos rápidos de la mano, tomaba notas cuando una información le parecía destacable, y así, trabajando minuciosamente, consiguió reunir conocimientos sobre lo que supuestamente ocurría en las callejuelas del barrio judío de Praga.

Aunque ya era de noche y las campanas de Saint George acababan de tocar las once, Sarah continuaba inmersa en la lectura. El tiempo acuciaba y no le quedaban muchas tentativas de salvar a Kamal y encontrar un remedio. Debía tener alguna certeza antes de emprender la búsqueda y, cuanto más tarde era y más información recababa, más convencida estaba de que seguía la pista correcta.

Por desgracia, no podía compartirlo con nadie.

Sir Jeffrey, que le había hecho compañía por la tarde porque debía de considerarlo el deber formal de un caballero, se había despedido al hacerse de noche, aunque no sin dejarle como vigilante al fornido cochero, que tenía que llevar a Sarah de vuelta a Mayfair cuando acabara el trabajo. Sarah compadecía al pobre Jonathan, que pasaría la noche en vela por su culpa mientras su señor estaba acostado en su mullida cama durmiendo a pierna suelta.

En cuanto a esto, Sarah se equivocaba de lleno con sir Jeffrey...

De repente se oyó un fuerte ruido.

Sarah se sobresaltó y comprobó con espanto que la había vencido el cansancio y se había quedado dormida encima de los libros abiertos, con la barbilla apoyada sobre la mano. Una ojeada al reloj de bolsillo que había heredado de su padre le reveló que solo se había permitido unos pocos minutos de sueño, y respiró tranquila. Luego recordó el ruido que la había despertado y automáticamente se preguntó si había sido real o tan solo había existido en sueños...

—¿Jonathan? —llamó, y miró a su alrededor. Pero, aparte de la luz macilenta de la lámpara de gas, la sala de lectura estaba sumida en la más profunda

oscuridad y, además, la llama había cegado a Sarah y sus ojos no veían más que manchas claras—. ¿Jonathan? ¿Es usted?

El eco de su voz resonó en el techo abovedado y alto de la cúpula, pero no obtuvo respuesta.

De repente oyó ruido de pasos. Eran unos pasos lentos y pesados sobre la piedra dura, que se deslizaban hacia ella.

—¿Jonathan...?

Sarah se asustó al oír el tono desventurado y quebradizo de su voz y notó que un escalofrío le recorría la espalda. Verdaderamente, hacía frío en aquella sala de techo alto; la niebla que en esa época del año se deslizaba por las calles y callejuelas de Londres parecía no detenerse a las puertas del museo, por lo cual Sarah llevaba puesto el abrigo y un chal. Sin embargo, el frío que sentía en ese momento no se debía al clima otoñal.

Lo que Sarah sentía y la hacía estremecer era un halo de amenaza...

—¿Jonathan...?

El tono de su voz sonó casi suplicante, pues a cada segundo que pasaba la joven tenía más claro que quien se acercaba no era el fornido cochero, sino otra persona.

Un enemigo...

Sarah se levantó lentamente, como si estuviera en trance, dirigiendo la mirada hacia la oscuridad impenetrable que se extendía más allá de la luz de la lámpara, y de repente creyó ver el contorno de una figura siniestra. Tenía la altura de un gigante, llevaba un bastón largo en el que se apoyaba al andar y avanzaba envuelto en una capa ancha con capucha que acompañaba sus pasos entre crujidos terroríficos.

Sarah contuvo el aliento y se tapó la boca con la mano, como si se diera cuenta de que se trataba del mismo espectro que la había perseguido en los pantanos de Yorkshire...

—¿Qui... quién es? —Se oyó preguntar a sí misma mientras empezaba a albergar una terrible sospecha—. ¿Qué quiere de mí?

La figura envuelta en una capa seguía sin responder, pero continuaba acercándose, y Sarah notó que el miedo le atenazaba el corazón. Se le ocurrió la idea de huir, pero ¿hacia dónde? La oscuridad imperaba por doquier; si se quedaba donde estaba, al menos podría ver al siniestro visitante...

—Sarah —dijo este entonces, con una voz que no sonó desagradable ni amenazadora, sino más bien familiar—. ¡Sarah...!

La joven contuvo el aliento cuando el desconocido se le puso delante y alargó la mano para tocarle el hombro. Sarah intentó en vano distinguir el rostro que se ocultaba bajo las sombras de la capucha.

—Sarah —repitió, y la sacudió ligeramente por el hombro. Entonces se echó atrás la capucha y la luz del farol iluminó los rasgos de aquella silueta gigantesca.

—¿Caronte...?

Sarah jadeó al ver un rostro desfigurado, desde el cual un solo ojo le devolvía la mirada. Profirió un grito y se levantó... Y entonces descubrió perpleja que seguía sentada a la mesa, rodeada de montañas de libros abiertos, apilados y amontonados...

—Sarah, ¿qué le ocurre? —preguntó la voz, y Sarah se dio cuenta entonces de que aquella voz no pertenecía a un cíclope descomunal, sino ni más ni menos que a sir Jeffrey. El consejero real se había inclinado hacia ella con el rostro tenso y la miraba con preocupación—. ¿Va todo bien? —preguntó.

—Su... supongo —contestó Sarah, mirando asombrada a su alrededor. Poco a poco iba comprendiendo lo ocurrido, y una ojeada al reloj de bolsillo disipó sus últimas dudas.

Las once y media.

Realmente se había dormido, aunque no solo unos instantes, como le había hecho creer el breve pero vívido sueño que había tenido, sino durante casi media hora. Si sir Jeffrey no se hubiera presentado, aquella cabezadita probablemente habría durado toda la noche. Y aquella silueta siniestra no había sido más que una quimera que había invadido su sueño, aunque daba la sensación de ser tan real que Sarah aún se estremecía.

—Parece que haya visto un fantasma, mi querida amiga —dijo sir Jeffrey con cierto tono de reproche.

—A mí también me da un poco esa impresión —admitió Sarah.

—Lo cual confirma mi convencimiento de que se está exigiendo usted demasiado. Apenas ha dormido en dos días y no ha comido nada. Kamal no sacará ningún provecho de que usted se consuma.

—Lo sé, sir Jeffrey, lo sé.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —Se oyó decir a una segunda voz.

Hasta ese momento, Sarah no se había dado cuenta de que Jeffrey Hull no había ido solo. Un hombre, vestido también con levita y sombrero de copa, había esperado en silencio en un segundo plano. Entonces se acercó a la luz de la lámpara con una sonrisa indescifrable en el semblante.

—*Tally-ho* —dijo.

—Doctor Cranston —señaló asombrada Sarah—. ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Si he de serle sincero, la curiosidad —contestó el médico con franqueza.

—Me he encontrado al doctor Cranston delante del museo —añadió sir Jeffrey a modo de explicación—. Me ha preguntado por el estado de Kamal y le he hablado de la entrevista que usted mantuvo con Laydon y de sus suposiciones sobre el remedio.

—Interesante, sumamente interesante —comentó Cranston.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sarah, que volvía a estar totalmente

despierta. La somnolencia había desaparecido de sus ojos.

—Me refiero a que pase usted media noche en vela investigando las pistas que le ha dado un enfermo mental. ¿Por qué no acudió a mí? Podría haberla ayudado.

—¿En qué?

—En la búsqueda de la verdad.

—¿La verdad? —Sarah rio amargamente.

—¿No ha pensado en ningún momento que el asunto del artículo del periódico podía ser una simple coincidencia? ¿Algo que solo adquiere sentido en su mente?

—Por supuesto —admitió Sarah—. Pero quizá sir Jeffrey ha olvidado mencionarle que Mortimer Laydon ya curó una vez a un paciente de esa fiebre misteriosa.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Hace muchos años.

—¿Está usted realmente segura?

—Tan segura como se puede estar —replicó Sarah dedicándole una mirada elocuente: no pensaba decir nada más al respecto y le estaba agradecida a sir Jeffrey por no haber revelado su secreto.

—Bueno —comentó Cranston—, eso cambia algunas cosas. Pero sigo sin entender qué tiene que ver con eso el artículo sobre aquella criatura.

—Es otra de las pistas de Laydon que sigo —explicó Sarah—. Dijo algo de los judíos. Y que el remedio se encuentra donde surge vida de lo inanimado. Al principio supuse que se refería a la Biblia, al libro del Génesis. Pero ahora creo que se refería a un lugar que realmente existe.

—¿Qué la ha llevado a formarse esa opinión?

—¿Conoce bien Praga? —preguntó a su vez Sarah—. ¿Ha estado alguna vez allí?

—Lamentablemente, no.

—En el artículo del periódico que me enseñó sir Jeffrey se habla del Golem. ¿Le suena ese nombre?

—Por desgracia, tengo que responder de nuevo que no —contestó Cranston con una tímida sonrisa—. Esos temas no pertenecen al ámbito de mis competencias.

—Para serle sincera, hasta hace unas horas me ocurría lo mismo que a usted —reconoció Sarah—. Solamente sabía que el Golem era un personaje de leyendas judías de la Edad Media.

—Pero eso ha cambiado, ¿verdad? —Conjeturó Cranston a la vista de los muchos libros que había sobre la mesa.

—Cierto —confirmó Sarah—. Las insinuaciones de Laydon y el artículo de sir Jeffrey me han movido a realizar investigaciones precisas en relación con el Golem y su origen.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—¿Le interesa realmente? —preguntó Sarah—. ¿O solo intenta convencerme de que se trata de una quimera?

—Hagamos un trato —propuso Cranston—. Escucharé todo lo que tenga que decirme. Si consigue disipar mis dudas, haré todo lo posible por ayudarles, a usted y a Kamal.

—¿Y si no lo consigo?

—Le diré con toda franqueza lo que opino del asunto. Lo que usted haga o deje de hacer después, lo dejo en sus manos.

—De acuerdo —aceptó Sarah—. Pero tomen asiento. La historia que tengo que explicarles es larga y se remonta al siglo XII.

—¿Ah, sí? —preguntó sir Jeffrey, y él y el médico aceptaron la invitación de Sarah y se sentaron con ella a la mesa de lectura—. ¿Qué ocurrió en aquella época?

—El primer documento escrito sobre el Golem —explicó Sarah— data de aquella época. Por cierto, la palabra «Golem» procede del hebreo y significa ni más ni menos que «sin acabar», «sin formar». Curiosamente, la primera mención por escrito aparece en un anexo del *Libro de la Creación* atribuido a la Cábala.

—¿La Cábala? —Cranston no disimuló su desconocimiento.

—La Cábala es una enigmática ciencia judía que, a partir de números y letras, intenta descubrir mensajes divinos contenidos en los escritos sagrados. Utilizada convenientemente, también ofrece la posibilidad de cifrar noticias cuyo significado solo esté abierto a los iniciados.

—¿Y qué más?

—En ese primer texto, del que desgraciadamente solo se conservan algunos fragmentos, se describía un supuesto método para insuflar vida a la materia inanimada.

—El Génesis —susurró sir Jeffrey.

—Así es —confirmó Sarah—. La posibilidad de hacer lo mismo que el Creador y de poder disponer sobre la vida es un viejo sueño de la humanidad que también tuvieron nuestros antepasados. En la tradición judía, ese sueño se encuentra en la leyenda del Golem. El don de otorgar vida se consideraba un privilegio que solo se concedía a hombres especialmente sabios y justos, que no lo utilizarían para sus propios fines, sino en aras de un objetivo más elevado.

» Hacia el año 1520 —prosiguió su relato Sarah, mirando las notas que había tomado—, nació Judah Löw, que ejerció de rabino, filósofo y erudito en la Praga de los Habsburgo. Cuentan que incluso el emperador buscaba de tanto en tanto su consejo. Además, Löw también era experto en la enseñanza de la Cábala y conocía los secretos que contenía.

—La creación del Golem —concluyó sir Jeffrey.

—Efectivamente. Hay que saber que, en aquella época, Praga era el centro de la vida intelectual judía en Europa. Durante la Alta Edad Media, existían dos comunidades que acabaron por unirse y formaron la ciudad judía amurallada, un asentamiento independiente cuyos habitantes fueron injuriados y atacados por el resto de la población de Praga durante siglos, hasta que José II promulgó un edicto de tolerancia a finales del siglo pasado. El barrio pasó a llamarse Josefov, «la ciudad de José», en su honor. Sin embargo, en la época del rabí Löw la comunidad judía se vio expuesta a ataques violentos. Entre otras cosas, les recriminaban que los rabinos realizaban atroces rituales de sangre en las sinagogas y pretendían que el emperador aprobara un decreto contra ellos.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Cranston, cuya curiosidad se había despertado.

—Ante lo apurado de la situación, el rabí Löw recurrió a los antiguos escritos y al saber secreto de la Cábala. Al parecer, imploró ayuda y recibió el encargo de modelar una figura humana de barro que ayudaría a los judíos de Praga y los defendería de todas las acusaciones. Löw hizo lo que le había sido dictado. Después de una semana de oración a fin de prepararse para su tarea, se dirigió a la orilla del Moldava y modeló con fango a una persona a la que dotó de vida de manera milagrosa: la hora de nacimiento del Golem, como pronto la llamarían.

—Interesante —reconoció el médico.

—Aunque el Golem era capaz de moverse y de obedecer las órdenes de su amo, no era una persona real: no podía hablar ni pensar por su cuenta. Durante el día, Löw lo mantenía escondido, pero de noche el Golem despertaba a la vida y ayudaba a protegerse a la comunidad judía. Un día, el rabí hubo de reconocer que su criatura escapaba cada vez más a su control y que se estaba convirtiendo en una amenaza para la ciudad, y lo destruyó con sus propias manos.

—Una historia fascinante —afirmó sir Jeffrey, asintiendo con la cabeza.

—Cierto —le dio la razón Sarah—, y aún no ha acabado. Se han tejido incontables relatos alrededor de Löw y el Golem: lo que ustedes acaban de oír es tan solo una pequeña parte. También existen diversos mitos y profecías sobre el regreso del Golem. En una de ellas se dice que el Golem regresará cuando los habitantes de Josefov vuelvan a estar en peligro. Otros creen que en realidad nunca ha desaparecido. Y otros interpretan el regreso del Golem como una señal del advenimiento del fin del mundo.

—Algo de eso se decía en el periódico —recordó sir Jeffrey.

—Cierto —ratificó Sarah—. Un rabino llamado Mordechai Oppenheim expresó esa suposición. Curiosamente, un hombre llamado David Oppenheim fue el rabino mayor de la comunidad praguense hará un siglo. Cuentan que poseía la mayor colección de la época de escritos hebreos antiguos y se cree que muchos de ellos procedían del legado del rabí Löw.

—¿Cree que hay alguna relación?

—Bueno —dijo Sarah, pensativa—, la coincidencia del nombre permite suponer que Mordechai Oppenheim es un descendiente de aquel sabio... y que probablemente está en posesión de los escritos antiguos que revelaron al rabí Löw el secreto de la fuerza creadora y facilitaron la creación del Golem.

—Es posible —reconoció sir Jeffrey—. Pero, sinceramente, sigo sin entender qué tiene que ver todo esto con Kamal y su lastimoso estado.

—Espere un momento —pidió Sarah—, ahora voy a eso. ¿Recuerdan ustedes, caballeros, en qué estado encontré a Kamal cuando regresé a su celda?

—He leído el informe —respondió Cranston—. Lo encontraron tendido en el suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho. En la frente tenía dibujadas las letras A, M y T, y en la boca un trozo de papel.

—Efectivamente —asintió Sarah, e hizo una pequeña pausa teatral durante la cual dedicó miradas penetrantes a sus dos oyentes—. ¿Saben qué cuenta la tradición respecto al ritual con el que el Golem cobró vida? —les preguntó.

—Díganoslo usted.

—Según la leyenda, el rabí y su criado realizaron toda una serie de actos de culto. Sin embargo, dos cosas fueron esenciales para que la figura de barro se transformara en un ser vivo que respiraba: por un lado, al Golem le dibujaron en la frente una señal compuesta por las tres letras A, M y T.

—¡Imposible! —exclamó sir Jeffrey.

—¿Y qué significan esas letras? —inquirió Cranston.

—Es un criptograma —explicó Sarah—, uno de aquellos logogrifos que en la Edad Media gozaban de mucha popularidad, y no solo entre los judíos. Reflejaban la necesidad, profundamente arraigada en la gente de la época, de examinar y comprender la verdadera esencia del mundo.

—Bueno, y ¿qué significa? —insistió Cranston—. ¿Ha conseguido descifrar el enigma?

—Creo que sí. Esas letras remiten a la palabra hebrea *emet*, que significa «verdad», y Laydon también mencionó la «verdad» cuando me entrevisté con él.

—Increíble —dijo sir Jeffrey, meneando perplejo la cabeza.

—¿Y cuál era el otro ritual con el que el Golem cobraba vida? —preguntó el doctor Cranston—. Usted ha mencionado dos cosas...

—Cierto —confirmó Sarah—. Además del sello en la frente, era muy importante también un «esquema».

—¿Un esquema? —Sir Jeffrey enarcó las cejas.

—Un trozo de papel con el nombre de Dios escrito —contestó Sarah—. Lo colocaron debajo de la lengua del Golem.

—¡Como a Kamal! —exclamó Cranston, que por primera vez mostraba signos de interés personal.

—Efectivamente, doctor —replicó Sarah con semblante serio—. Aunque no

con el nombre del Todopoderoso, sino con el emblema de esa gente con la que ya me he cruzado otras veces y que cargan en su conciencia con la muerte de mi padre.

—¿Y quién es « esa gente » ?

Una sonrisa triste se deslizó por el semblante de Sarah.

—Me gustaría poder contestar a su pregunta de manera simple. Se trata de una organización que quiere aprovecharse de los enigmas del pasado para someter el presente. Sé por mi padre que las raíces de esa sociedad se remontan a un pasado lejano. Personajes célebres como Alejandro Magno, Julio César o Napoleón pertenecieron a ella.

—¿Y ya se ha encontrado antes con esa organización?

Sarah asintió.

—En Alejandría, donde buscaba a mi padre, ellos perseguían la biblioteca desaparecida. Y el invierno pasado, cuando intentaba descifrar el Libro de Thot y el secreto asociado a él, comprendí que me seguían el rastro... a través de Mortimer Laydon, que abusó de mi confianza y me engañó.

—Y juro por Dios que yo soy testigo de ello —añadió sir Jeffrey sombríamente.

Cranston escrutó primero a Sarah y luego al consejero real.

—¿Se dan cuenta de lo que dicen? —preguntó dubitativo—. Están hablando de una conjura. De una conspiración que probablemente amenaza a todo el imperio...

—En efecto.

—Entonces ¿por qué no han informado a Scotland Yard?

—Lo hicimos, tiempo atrás —aseguró Sarah—. En lo que respecta a Scotland Yard, la investigación está cerrada y archivada. Además, ¿cómo quiere combatir a un enemigo que no se deja ver? Esa gente trabaja en la clandestinidad. Llevan máscaras cubriéndoles el rostro y parecen conocer los enigmas del pasado mucho mejor que mi padre, que yo o que cualquiera que los estudie.

—Hmm —murmuró Cranston, pensativo—. Debo admitir, lady Kincaid, que esas circunstancias desvelan aspectos totalmente nuevos. Empiezo a comprender por qué estaba usted tan convencida de que precisamente Laydon podría ayudarla y por qué intuía conexiones que a otros se nos escapaban.

—Entonces también sabrá que no he perdido la razón ni persigo a un fantasma, doctor. Todas esas indicaciones son evidentes únicamente para quien sabe interpretarlas, pero no cabe duda de que existen, y yo me propongo seguirlas.

—¿Dónde? —preguntó sir Jeffrey, confuso.

—En Praga, por supuesto —contestó Sarah sin dudar.

—¿Piensa emprender un viaje tan largo y agotador?

—¿Tengo elección?

—Sarah... —Sir Jeffrey se mordió los labios y se removió en la silla mientras parecía buscar las palabras adecuadas—. Usted sabe que la tengo en gran estima, igual que a su padre. Pero, a mi juicio, está usted a punto de cometer un grave error. Lo que usted considera indicios también podrían ser simples casualidades.

—¿Casualidades? —Sarah meneó la cabeza—. ¿No ve las coincidencias? ¿Los paralelismos entre Kamal y el Golem? En ambos casos se trata de dar vida a lo que parece sumido en lo inanimado.

—¿Pretende decirme en serio que cree en esas cosas? —preguntó airado el abogado—. ¿En una figura de barro que cobra vida de manera misteriosa? ¿En profecías enigmáticas? ¿En un monstruo que vaga por la ciudad de los judíos? Usted es científica, ¡no lo olvide!

—No lo olvido, sir Jeffrey —afirmó Sarah—. Pero sé por experiencia que detrás de todas las leyendas se oculta un fondo de verdad.

—No pretendo cuestionar su experiencia. Pero sigo sin comprender cómo puede estar tan segura. ¿Está realmente dispuesta a creer en un mito de hace trescientos años? ¿O es su desesperación lo que la lleva a aferrarse a un clavo ardiendo?

Sarah le dedicó una mirada, larga y penetrante, al consejero real. Sabía que sir Jeffrey tenía buenas intenciones respecto a ella y que solo pretendía impedir que tomara una decisión que él consideraba equivocada. Pero el tono de voz y la elección de palabras la habían herido.

—Le agradezco la franqueza, sir Jeffrey —dijo, tensa—, y le aseguro que haría cualquier cosa por Kamal, aunque las perspectivas de éxito fueran mínimas. Sin embargo, en este caso no son ni mis creencias ni mi desesperación lo que me mueve a actuar.

—¿No? Pero si acaba de decir que...

—Que viajaré a Praga, en efecto —confirmó—, pero no porque la fuerza del mito me arrastre hasta allí, sino porque estoy segura de que quieren que vaya. De no ser así, habrían asesinado a Kamal en vez de postrarlo en ese deplorable estado. Y las letras dibujadas en su frente habrían sido otras.

—¿A qué se refiere?

—Si se elimina la primera letra de la palabra hebrea *emet*, queda la palabra *met*, que significa «muerte»... Así fue como el rabí Löw inutilizó al Golem cuando se convirtió en una amenaza.

—Así pues, ¿el escrito en su frente era una especie de mensaje? —preguntó el doctor Cranston.

—Efectivamente. Un llamamiento para ir a Praga y buscar allí la verdad, sea cual sea.

—¿Y cómo encaja Lay don en ese rompecabezas?

—Después de lo que he averiguado, no creo que me ayudara por iniciativa propia; estoy convencida de que lo incitaron. La organización sabía que lo

trasladarían a Bedlam y también sabía que yo me dirigiría a él en primer lugar. Por lo tanto, lo utilizaron para que llamara mi atención y me diera un primer indicio. El artículo del periódico fue el indicio número dos.

—¿Me está diciendo que el artículo se publicó en el *Times* solo por ese motivo? —preguntó Cranston—. ¿Que la influencia de esa gente llega hasta tan lejos?

—No me atrevo a juzgar hasta dónde alcanza realmente —contestó Sarah—. Pero ha quedado demostrado en diversas ocasiones que la organización dispone de un gran poder. Y si algo aprendí en *La Sombra de Thot* es que son capaces de cualquier cosa.

—Empiezo a comprender. —La conclusión de que la hija de Gardiner Kincaid no había sucumbido a una extraña quimera, sino que seguía siendo dueña de su juicio y su razón, tranquilizó visiblemente a sir Jeffrey—. Sin embargo, debería tener en cuenta una cosa, Sarah.

—¿Cuál?

—Si toda esa información ha sido divulgada únicamente con el objetivo de atraerla a usted a Praga, debería considerar que este juego infame es una trampa. Después de todo lo ocurrido, la organización no tiene ningún motivo para tener buenas intenciones con usted.

—Soy consciente de ello, sir Jeffrey. Pero no creo que nuestros enemigos pretendan vengarse de mí; si fuera así, Kamal estaría muerto y no habrían hecho semejante despliegue para engatusarme. Es evidente que quieren algo de mí y que Kamal es la prenda. Tengo muy claro que eso supone cierto peligro y, créame, nada me gustaría más que regresar con Kamal a Kincaid Manor y olvidar lo más deprisa posible esta pesadilla. Pero ese peligro es al mismo tiempo una posibilidad para Kamal; de hecho, es la única que tiene.

—Comprendo.

—Además —añadió Sarah en tono conciliador—, les llevo ventaja a mis enemigos.

—¿Y eso por qué?

—La otra parte no sospecha que he descubierto sus planes. A diferencia del año pasado, estoy preparada y no pienso dejarme engatusar con los mismos trucos. Las pistas conducen a Praga.

—Si va, tendrá que hacerlo sola —dijo sir Jeffrey—. El viaje a Egipto puso en evidencia mis límites. Soy demasiado viejo para esas cosas...

—Lo comprendo —afirmó Sarah—. No se aflija, mi querido amigo. Usted ya me ha prestado más ayuda de la que jamás podré devolverle.

—Sin embargo, no debería viajar sola —objetó sir Jeffrey.

—No lo haré. Kamal me acompañará.

—¿Qui... quiere llevárselo con usted? —gimió Cranston.

—Por supuesto. Si realmente existe un remedio, tiene que tomarlo de

inmediato. Usted mismo dijo que el tiempo apremiaba.

—Pero un viaje de esas características está asociado a numerosos imprevistos y fatigas. Y para un paciente en el estado de Kamal, incluso el cambio más insignificante puede tener consecuencias fatales...

—Y si se queda aquí y no ocurre nada, morirá, ¿no es cierto? —lo interrumpió Sarah.

—Su... supongo —se vio obligado a admitir el médico.

—Entonces está decidido —replicó Sarah con dureza—. Sir Jeffrey, si es tan amable de ocuparse de que pongan a Kamal en libertad de inmediato.

—No le permitirán abandonar el país —dijo Cranston convencido—. Al fin y al cabo, sigue siendo sospechoso de dos asesinatos.

—El doctor tiene razón —secundó sir Jeffrey—. Por lo menos insistirán en que participe en el viaje y acompañante designado por la autoridad.

—Un guardián, ¿no? —preguntó Sarah con poco entusiasmo.

—Un observador —dijo Cranston, expresándolo de modo más neutral—. Además, estaría bien contar con un médico que se ocupara de Kamal y que, si se da el caso, pudiera hacer un seguimiento de su convalecencia y favorecerla.

—Seguramente tiene razón —admitió Sarah—, pero no creo que en tan poco tiempo...

—Yo estaría dispuesto —anunció Cranston inesperadamente.

—¿Usted...?

—Si la justicia lo autoriza, la acompañaría en el viaje, lady Kincaid, tanto en calidad de observador oficial como en mi condición de médico.

—Una idea excelente —alabó sir Jeffrey—. Considerando la reputación intachable del doctor Cranston y su compromiso en Newgate, la justicia no podrá sino acceder a nuestra petición.

—Naturalmente, siempre y cuando usted también esté de acuerdo, lady Kincaid —dijo Cranston dirigiéndose a Sarah.

—Pues claro que estoy de acuerdo —aseguró Sarah, asombrada ante aquel feliz cambio de rumbo—. No sé cómo agradecerle su amable ofrecimiento...

—No hace falta que me agradezca nada, lady Kincaid —replicó Cranston galantemente y sonriendo con simpatía—. Siento la profunda necesidad de hacerlo y sería para mí un honor ayudarla en la búsqueda.

—En ese caso, le doy doblemente las gracias —contestó Sarah.

—Excelente, excelente —exclamó sir Jeffrey en tono triunfal—. Así pues, está todo claro. Lo único que necesita es a alguien de confianza en el continente para que organice los preparativos necesarios.

—Ya tengo a alguien en el punto de mira —aseguró Sarah—, y creo que se prestará encantado a ayudarme.

—¿Cuándo piensa partir?

—Lo antes posible —respondió Sarah—. Cuanto antes empezemos la

búsqueda de un remedio para Kamal, mejor.

—*Tally-ho* —dijo Cranston—. Es lo que se dice al salir de cacería y, si lo he entendido bien, estamos a punto de iniciar una, ¿tengo razón?

—Por supuesto, doctor —secundó Sarah, y en su semblante tenso se dibujó una sonrisa irónica—. Por supuesto...

KINCAID MANOR, YORKSHIRE, NOCHE DEL 2 DE OCTUBRE DE 1884

Un sonido estridente arrancó a Trevor Gordon del profundo sueño en que se hallaba sumido.

El viejo mayordomo, que estaba al servicio de la familia Kincaid desde hacía muchos años, asumía las funciones de administrador de la casa cuando la propietaria de la finca se encontraba en otro sitio.

Tenía que ocuparse de los ingresos y de los gastos, y de que las tierras rindieran beneficios también en ausencia de la dueña; incluso se encargaba de que la servidumbre, los mozos de cuadra y las sirvientas de la cocina hicieran su trabajo, cuidaran la propiedad y se ocuparan de los animales de las cuadras. También era el responsable de la seguridad de la finca mientras lady Kincaid se hallaba en la lejana Londres.

En noches anteriores, el peso de esa responsabilidad apenas había permitido pegar ojo al anciano. Sin embargo, esa noche, tal vez a causa de la luna nueva o del vaso de leche caliente que se había bebido antes de meterse en la cama, se había dormido profundamente. Hasta que el ruido mencionado lo arrancó de sus sueños de café caliente, galletas de manteca recién hechas y manzanas escarchadas.

El administrador se incorporó alarmado.

Lo primero que notó fue un crepitar y un chisporroteo frenéticos que parecían provenir del exterior. Al instante siguiente, su mirada, todavía ebria de sueño, abarcó las llamas rojizas que iluminaban la pared situada enfrente de su ventana.

¡Fuego!

Sintiendo una punzada dolorosa en el corazón, el administrador saltó de la cama. Envuelto en el camión de lana que le llegaba hasta los tobillos, se precipitó hacia la ventana, corrió las cortinas y miró fuera. Entonces vio que los edificios anexos que albergaban las cuadras y los alojamientos de los labradores... ¡se estaban incendiando!

De las vigas de los tejados salían lenguas de fuego amarillas y el pajar de heno ardía en llamas. Lanzando una exclamación de espanto, Trevor se apartó de la ventana, abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo tan deprisa como le

permitieron sus huesos doloridos a causa del frío. Quiso gritar «¡Fuego! ¡Fuego!», pero el pánico hizo que le fallara la voz. Recorrió el pasillo a toda prisa, pasó de largo por la cocina y se dirigió al comedor, donde había un pequeño gong de latón con el que se solía llamar a los criados. Con manos temblorosas cogió la maza y martilleó el disco metálico, que produjo un sonido estridente. Y, finalmente, el viejo administrador consiguió recuperar la voz.

—¡Fuego! —gritó tan fuerte que su voz ronca sonó aguda—. ¡Fuego...!

Desde el ala este del edificio principal, donde se encontraban las habitaciones del servicio, le llegaron gritos de espanto. Oyó que se abrían puertas y resonaban pasos, y se apresuró a salir al exterior para organizar los trabajos de extinción. Había que formar una cadena de cubos para traer agua del pozo cercano. La ayuda llegaría demasiado tarde para las cuadras, pero había que hacer todo lo posible para evitar que las llamas se propagaran hacia la casa principal...

Llegó hasta el majestuoso vestíbulo, flanqueado por armaduras de hierro. A través de los ventanales que se alzaban en la pared de piedra a ambos lados de la puerta principal, divisó las cuadras ardiendo. Delante se veían las siluetas de unos hombres en las que Trevor creyó reconocer al cochero y a los mozos de cuadra. Por aquí y por allá corrían caballos sin montura; estaba claro que al menos habían conseguido salvarlos de las llamas.

El administrador se dispuso a abalanzarse hacia el exterior para ayudar. Pero entonces se percató de la presencia de dos jinetes que parecían llegar directamente del fuego. Los vio a contraluz a causa del brillo de las llamas, y solo pudo vislumbrar sus siluetas, pero distinguió los sables relucientes que resplandecían en sus manos y que golpeaban con ímpetu al cochero y a sus ayudantes. Abatieron a uno de los mozos y, sin perder tiempo, atravesaron a otro. El cochero seguía en pie, pero de pronto el acero de uno de los atacantes le seccionó la cabeza de los hombros. El cuerpo se desplomó con una lentitud escalofriante hacia delante y quedó inmóvil en el suelo... y Trevor se preguntó qué fauces siniestras e infernales habrían escupido a aquellos jinetes de fuego.

Retrocedió con los ojos muy abiertos, temblando enteramente y negándose a creer lo que había visto. De repente oyó ruido de objetos entrechocando y gritos de terror en la cocina.

Una voz aguda, en la que el administrador reconoció a Kelly, la criada irlandesa, gritaba suplicando piedad y, un instante después, enmudecía súbitamente. En el pasillo apareció de pronto un reguero sangre, que chorreó por el umbral de la puerta de la cocina y enseguida formó un charco.

—Dios —exclamó el viejo Trevor, y mientras rezaba por que el Señor le concediera un corazón templado y una mano aún más templada, se dirigió a la biblioteca, que se encontraba en la parte de atrás de la casa principal y sobre cuya chimenea estaba colgado el pesado rifle Martini Henry que había acompañado a Lord Kincaid en más de un viaje...

Firmemente decidido a defender tanto la posesión que le habían confiado como la vida de sus subordinados, Trevor recorrió el pasillo a toda prisa. Desde lejos reparó en que la puerta de la biblioteca estaba abierta de par en par, aunque él mismo solía ocuparse de que permaneciera siempre cerrada en ausencia de lady Kincaid. Habían forzado brutalmente la cerradura y habían arrancado la puerta de las bisagras. Alguien había conseguido entrar con extrema violencia, y el viejo Trevor ardía en deseos de enfrentarse a ese alguien y ajustarle las cuentas.

Pero no fue así.

El administrador cruzó rápidamente la puerta abierta. Notó el olor penetrante del petróleo y un instante después se vio enfrentado a una superioridad numérica aplastante. Eran cinco hombres, vestidos de negro de la cabeza a los pies, y embozados hasta los ojos con pañuelos negros. Unas miradas asesinas fulminaron a Trevor y volatizaron toda su determinación.

Se quedó de una pieza, mirando fijamente a los encapuchados que estallaron en risas burlonas ante aquel viejo en camisa de dormir. De pronto, alguien encendió una cerilla y Trevor se vio obligado a presenciar aterrado cómo prendían fuego a la primera de las estanterías, repletas de libros hasta el techo alto. El fuego se inició con un estallido sordo, y el tesoro del saber que tanto estimaban lord Kincaid y su hija se convirtió en pasto de unas llamas azules y amarillas.

—¡Noooo! —gritó el administrador.

Se le saltaron las lágrimas. Los encapuchados, en cambio, soltaron una carcajada y se dispusieron a prenderle fuego a la siguiente estantería. Abrieron otro bidón de petróleo, rociaron el contenido por encima de los libros... y una nueva cerilla convirtió en humo el saber de siglos.

—¡Miserables, malditos...!

Apretando los puños huesudos, Trevor se dispuso a abalanzarse contra los asaltantes, a abrirse paso hasta la chimenea y el arma que estaba allí colgada... Sin embargo, un chasquido agudo y estridente paró en seco su acometida.

El viejo mayordomo se detuvo como fulminado por un rayo.

No sentía dolor, pero notaba que algo había cambiado. Lentamente, como si estuviera en trance, bajó la vista y vio que la blancura de su camisa de dormir se teñía de rojo a la altura del corazón. La sangre salía a borbotones de la herida que le había causado la bala de uno de los encapuchados.

Trevor levantó la vista. Escrutó los ojos fríos de su asesino, que todavía sostenía en la mano el revólver humeante. Luego se desplomó con un gemido ronco en los labios.

Tendido en su propia sangre, se dio la vuelta y contempló el techo alto de la sala, atenazado por la lumbre de la destrucción. Luego cayó la siguiente cerilla, y lo último que el mayordomo vio fueron las llamas cegadoras que se extendían

sobre él, que devastaban la biblioteca y transformaban Kincaid Manor en un infierno en llamas.

LIBRO SEGUNDO

PRAGA

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, 2 DE OCTUBRE DE 1884

Hemos salido de la ciudad al amanecer, la única hora del día en que Londres, ese Moloch ruidoso, humeante y maloliente por todos sus poros, parece contener el aliento unos instantes antes de ponerse de nuevo a gritar; a pisotear y a amenazar.

La solicitud de libertad provisional para Kamal fue presentada con gran premura y, tal como sir Jeffrey había supuesto, el tribunal la aceptó. Ello se debió sin lugar a dudas a las influencias de sir Jeffrey, que continúa gozando de gran prestigio entre los jueces de la Corte Suprema y que ha garantizado personalmente el regreso de Kamal, pero también al hecho de que Horace Cranston, un médico de reputación intachable, se declarara dispuesto a tomar parte en el viaje en calidad de observador oficial.

No ha habido tiempo para realizar cuidadosamente los preparativos. La decisión de volver a emprender un viaje me fue impuesta tan de repente como los sucesos que me han llevado a tomarla. Bastaba con empaquetar y adquirir las cosas más imprescindibles, entre ellas un Colt Frontier 1878, el modelo que usaba mi padre y que en viajes anteriores siempre fue un acompañante de confianza. Habida cuenta de las palabras de sir Jeffrey respecto a que Praga podría ser una trampa, quiero tener al menos la posibilidad de defenderme de posibles atacantes.

Sin embargo, creo que lo más importante es estar armada interiormente contra lo que pueda esperarme en la lejana Bohemia...

3 DE OCTUBRE DE 1884

Hemos cruzado el canal de la Mancha con tormenta y el mar encrespado. No me atrevo a imaginar lo que esas fatigas adicionales pueden significar para el pobre Kamal, y me aferro a la idea de que es la

única manera de salvarlo. Además del agua hervida que intentamos hacerle beber continuamente, una vez al día le suministramos alimento con medios artificiales, mediante un procedimiento que me hace estremecer. Si no conociera la naturaleza robusta de Kamal y su férrea voluntad, tal vez ya habría abandonado y lo habría dejado descansar en paz en vez de someterlo a estos avatares. Pero, como hijo del desierto que es, conoce la lucha por la supervivencia y sé que hará todo lo posible por volver conmigo...

El criado de Cranston, que nos acompañó una parte del viaje por deseo de su señor, nos ha dejado en Dover. Igual que en anteriores viajes, renuncio a llevar servidumbre conmigo, aunque no sea lo más adecuado para alguien de mi sexo y mi condición social. A mí me enseñaron que la obligación suprema de un señor hacia sus sirvientes es cuidar de ellos y soy incapaz de poner en peligro imprudentemente la vida de ninguno de mis criados.

Desde Calais viajamos en tren hacia la frontera belga, cuyos bosques de abetos ya están cubiertos de nieve. Esperamos llegar a Bruselas cuando oscurezca y hoy mismo cogeremos el tren que nos llevará a Alemania.

4 DE OCTUBRE

Lo que esperábamos no se ha cumplido. Después de que nos haya sorprendido una tormenta de nieve en las Ardenas y hayamos llegado a Bruselas bien entrada la noche, no nos ha quedado más remedio que pernoctar en la ciudad... No quiero imaginar las consecuencias que estas fatigas añadidas puedan tener para Kamal, y me alegro de tener conmigo al doctor Cranston, que se ocupa con todas sus fuerzas del bienestar del paciente.

Aunque el médico se esfuerza por ser un acompañante atento y por ocuparse de mi bienestar, no puedo evitar echar de menos con toda mi alma la compañía de Maurice du Gard, y las personas que oigo hablar en francés a mi alrededor no hacen más que aumentar mi melancolía. No dejo de prometerme que haré todo lo posible para que no me arrebaten a otro ser querido...

6 DE OCTUBRE

Hemos llegado a la frontera alemana. Una vez más, agradezco a mi

padre que me hiciera tomar clases de idiomas. Dominar la lengua alemana parece ser un requisito constante para cruzar en tren este país. Una cantidad increíble de pequeñas y pequeñísimas líneas ferroviarias forman una red confusa que, a mi entender, expresa la agitada historia de estas tierras que, después de siglos de división y de desgarramiento interno, se unificaron tan solo hace unos años, y eso también se logró mediante una guerra encarnizada y sangrienta.

Desde Colonia partimos hacia Coblenza. Un coche cama del ISG^[3] que cubre ese trayecto nos ofrece un agradable confort que hasta ahora no habíamos hallado, y una vez más lamento no haber optado por el recorrido París-Viena, que ofrece muchísima mayor comodidad, pero para el que fue imposible conseguir pasajes en el último momento.

Desde Coblenza, el viaje continúa hacia Francfort, donde esperamos enlazar lo antes posible con un tren que se dirija hacia el este...

8 DE OCTUBRE

Eisenach. Gotha. Erfurt. Jena.

Las ciudades impregnadas de cultura se alinean como perlas en el corazón del Imperio alemán y despiertan en mí recuerdos de viajes que emprendí en otra época con mi padre. Sin embargo, para reavivarlos me falta la calma, pues el destino de nuestro viaje se va acercando y confieso que noto una creciente inquietud.

El estado de Kamal no parece haber cambiado... ¿O quizá el doctor Cranston solo quiere tranquilizarme? A veces creo ver dudas en su semblante, pero no tengo valor para preguntarle. Mientras haya esperanza, querría aferrarme a ella, por muy pequeña que sea...

9 DE OCTUBRE

En Leipzig hemos subido al tren expreso que nos llevará a Praga, vía Dresde. El paisaje que se ve desde las ventanillas de nuestro vagón ha cambiado y me da la impresión de que se ha tornado enigmático, casi lúgubre.

En esta época otoñal, por los extensos bosques parece haberse extendido una sombra, que se manifiesta en forma de nubarrones grises y niebla espesa. Solo de vez en cuando se distinguen huellas de civilización: granjas solitarias que se arriman a las colinas oscuras y, aquí y allá, las

ruinas de castillos antes orgullosos que se elevan solitarias hacia el cielo encapotado.

No para de llover, y me da la impresión de que la tristeza del tiempo es un reflejo de mi interior. Paso las horas sentada junto a Kamal, cogiéndole la mano inerte y caliente, y secándole las perlas de sudor de la frente mientras oigo el traqueteo monótono del tren. Y aunque una parte de mí lo teme, estoy ansiosa por llegar a Praga y comenzar de una vez la búsqueda que ha de devolverme a mi amor...

MASARYKOVO NÁDRAŽÍ, PRAGA, TARDE DEL 9 DE OCTUBRE DE 1884

Como si se tratara de un ser vivo al que hubieran pasado factura las fatigas del largo camino, la locomotora de vapor negra dejó oír un bufido ronco al detenerse en la vía principal de la estación. El vapor brotaba silbando por las válvulas y se depositaba cual vaho blanco sobre el andén, donde al cabo de un instante se perfilaron numerosas siluetas: obreros del ferrocarril e interventores, portamaletas y guías turísticos, vendedores ambulantes y cocheros, niños con periódicos y limpiabotas, gente que esperaba a alguien y curiosos. Todos se apiñaban bajo la marquesina de cristal, sostenida por columnas de hierro del andén, donde resonó la voz fuerte del revisor anunciando la llegada del tren expreso.

Las puertas de los vagones se abrieron. Decenas de pasajeros se desparpararon por el andén y se mezclaron con los que allí esperaban, formando una multitud impenetrable. Algunos contrataban portamaletas y cocheros, o pedían a los empleados del ferrocarril información del lugar; otros tomaban el camino hacia la cantina, de donde llegaba un delicioso aroma a gulasch y a cerveza Pilsener que se mezclaba con el olor acre del vapor y el hollín. Entretanto, algunos muchachos se afanaban por ganarse las simpatías de los recién llegados y entusiasmarlos para que fueran a este o a aquel hotel.

Sarah Kincaid se encontraba en el andén, en medio de ese caos, buscando un rostro conocido en aquel mar de caras de alivio y de agotamiento, sonrientes y malhumoradas, hambrientas y hartas, sudorosas y heladas, silenciosas y vociferantes. En varias ocasiones la empujaron con brusquedad y otras tantas veces le pidieron disculpas no muy sentidas, hasta que el gentío se despejó por fin en el andén y pudo distinguir un semblante que le resultaba conocido y familiar.

Pertenecía a un hombre que no tenía muchos más años que ella, pero parecía muy serio y solemne, lo cual podía deberse, por un lado, a su manera formal de vestir, con abrigo y sombrero de copa, y, por otro, a las gafas de montura de níquel que se apoyaban en su nariz y le prestaban cierto aspecto de sabelotodo. El tiempo que había transcurrido desde la última vez que se vieron lo había

fortalecido un poco, según lo recordaba Sarah, pero su cabello negro y rizado continuaba revuelto como si se resistiera deliberadamente a la doma por parte de cualquier peine o cepillo.

Si unos años atrás alguien le hubiera dicho que algún día se alegraría de ver a ese hombre y daría gracias por ello, se habría echado a reír con sarcasmo. Pero desde entonces habían cambiado muchas cosas y el hecho de que realmente se encontrara en el andén para recogerla a la hora que le había comunicado telegráficamente suponía una prueba más de que Friedrich Hingis ya no era un rival, sino un estimado amigo.

Aliviada, Sarah le hizo señas y cuando el suizo se percató se acercó a ella deprisa con una amplia sonrisa de alegría en el semblante por el reencuentro. Saltaba a la vista que la mano que asomaba por la manga izquierda de su abrigo estaba especialmente rígida y, a diferencia de la derecha, iba cubierta con un guante de cuero negro: el triste recuerdo de los momentos más oscuros en la vida de Friedrich Hingis.

—Friedrich —dijo Sarah mientras se cogían de las manos y se saludaban—. Ha venido.

—Por supuesto, mi querida amiga, ¿qué esperaba?

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos años y cuatro meses. —La respuesta fue como un pistoletazo—. Sin embargo, tengo la sensación de que nuestra aventura no ha acabado hasta ahora.

—A mí me ocurre lo mismo, amigo mío —replicó Sarah, y a pesar de la tensión que acumulaba, la leve sonrisa que se deslizó por su semblante no fue forzada—. Pero han ocurrido tantas cosas desde Alejandría.

—Lo sé. —Hingis adoptó un ademán serio—. Me enteré de lo de Du Gard. Lo siento muchísimo...

—Gracias. Aprecio sus condolencias.

—Aunque durante mucho tiempo él y yo no estuvimos de acuerdo, fue un camarada fiel... y un buen amigo.

—Lo fue —confirmó Sarah, que no pudo evitar que una tristeza taciturna la embargara por un instante. Sin embargo, volvió a pensar en el presente y se conció de que no estaba en absoluto sola—. Disculpen, soy una maleducada —dijo, y se dio la vuelta para dirigirse a Cranston que, educadamente, se había quedado unos pasos atrás y esperaba ser presentado—. Friedrich, el doctor Horace Cranston, del hospital Saint Mary of Bethlehem, que ha tenido la amabilidad de acompañarme en este viaje. Doctor, este es el señor Friedrich Hingis, doctor por la Universidad de Ginebra, un buen y estimado amigo.

—Encantado, señor Hingis.

—Es un placer conocerlo, doctor Cranston.

—El señor Hingis y mi padre fueron rivales acérrimos, enemigos en disputas académicas —explicó Sarah—. Pero luego...

—... llegué a la conclusión de que yo era un ignorante pagado de sí mismo — prosiguió Hingis en tono distendido—. Por desgracia, pagué ese conocimiento con la pérdida de la mano izquierda.

Lo dijo sin amargura, y Sarah no podía ni imaginar que tiempo atrás hubiera despreciado con toda su alma y más que a nadie al erudito que se había encontrado a sí mismo en las profundidades de Alejandría. En el primer telegrama que Sarah le había enviado desde Londres, solo le pedía que efectuara algunos preparativos para ella en el continente. El hecho de que Hingis se hubiera empeñado en ir a Praga para ayudarla *in situ* en su búsqueda demostraba una vez más cuánto había cambiado. La intrigante rata de biblioteca se había convertido en un hombre de honor...

—No sé cómo darle las gracias, Friedrich. Cuando leí en su telegrama de respuesta que vendría personalmente a Praga no podía creerlo.

—Para mí es un placer —aseguró el suizo—. Además, era una buena ocasión para escapar una vez más de los muros del campus.

—Increíble. —Sarah volvió a sonreír—. Esas palabras en su boca...

—Cuando me enteré del motivo de su viaje, ninguna fuerza terrenal podría haberme impedido venir aquí y ayudarla, querida amiga. Lamento mucho lo ocurrido y espero que encontremos la medicina.

—Yo también lo espero, Friedrich —convino Sarah—, pero sería una mala amiga si le ocultara que puede ser peligroso.

—¿Peligroso? —Hingis arrugó la nariz, señal de que se había puesto nervioso.

—En efecto, porque tengo motivos más que suficientes para suponer que la gente que ordenó envenenar a Kamal es la misma que asesinó a mi padre...

—Bromea...

—No suelo bromear con esas cosas —aseguró Sarah con voz seria y firme—. Al parecer, aquel poder misterioso al que nos enfrentamos en Alejandría ha regresado.

—Bueno —replicó Hingis, que solo necesitó unos instantes para superar la sorpresa—, entonces es lógico que volvamos a encontrarnos, ¿no? Además —añadió en un tono más ligero—, será una buena ocasión para refrescar viejos recuerdos.

—Sí —contestó la joven sonriendo débilmente—. Viejos recuerdos...

Sarah volvió la cabeza hacia el vagón de tren, donde los portamaletas ya se ocupaban de descargar tanto su equipaje como el del doctor Cranston. A continuación, bajaron la litera en la que Kamal yacía inconsciente y atado. Sarah se cuidó de que los hombres procedieran con el máximo cuidado y no chocaran en ningún sitio.

—Delante de la estación nos espera un vehículo adecuado para transportarlo —explicó Hingis, esforzándose a todas luces por no dejar que se le notara cuánto lo consternaba el estado de Kamal—. Me he permitido solicitar ayuda a los

militares y les he pedido una ambulancia de campaña.

—¿A los militares? —preguntó Sarah con asombro—. ¿Tiene contactos aquí?

—Personalmente, no —respondió el suizo con picardía—. A veces basta con conocer a gente con contactos...

Dejaron el andén y entraron en el amplio vestíbulo de la estación, plagado de puestos y quioscos de periódicos. Sarah no pudo evitar pensar en Londres, ya que los vendedores de pastelillos, las floristas y los limpiabotas no se diferenciaban en nada de los que andaban en busca de clientes por la estación de King's Cross. Y allí, igual que en Londres, también parecía haber personajes sospechosos que se agazapaban en rincones oscuros y se ganaban la vida despojando literalmente de sus bienes a los demás.

A Sarah le hizo gracia ver que, sin que fuera necesario, sus acompañantes masculinos asumían el papel de protectores y se apostaban a su lado como una Guardia de Corps. Protegida de esa manera, cruzó el vestíbulo y salió por unas enormes puertas de madera al exterior, donde había muchísimos carruajes y coches de plaza a la espera de clientes, y también la ambulancia de campaña.

El doctor Cranston controló que cargaran correctamente la litera e insistió en permanecer junto al paciente durante el viaje. Puesto que el carro no ofrecía sitio para nadie más, a Sarah no le quedó más remedio que subir al coche tirado por un solo caballo que Hingis había alquilado. El vehículo era parecido a un *Hansom cab* inglés, lo cual significaba que el pescante del cochero estaba detrás de los pasajeros y que estos tenían visión directa sobre las calles y el entorno.

Hingis indicó en alemán al cochero que fuera despacio para que la ambulancia de campaña pudiera seguir al carruaje, mucho más ágil y veloz. Este se puso en marcha y giró hacia la calle ancha que conducía hacia la ciudad.

—¿Había estado alguna vez en Praga? —preguntó Hingis a Sarah.

—No, nunca.

—No sabe lo que se ha perdido. Es una de las ciudades más bellas del mundo.

—¿Lo dice por experiencia?

—Ya lo creo. ¿Nunca le he explicado que estuve unos cuantos años en Praga estudiando Historia?

Sarah meneó la cabeza.

—No, que yo recuerde...

—No le habría ofrecido mi apoyo si no hubiera estado convencido de que realmente podía ayudarla, Sarah —aseguró Hingis, levantando su remedo de mano izquierda—. Al fin y al cabo, con esto suelo ser más un estorbo que una ayuda. Pero puedo afirmar que conozco esta ciudad mejor que algunos praguenses y me he permitido realizar algunos preparativos.

—Y yo le estoy muy agradecida por ello —afirmó Sarah—. ¿En qué hotel nos alojaremos?

—Nada de hoteles —rehusó el suizo—. Tendrá usted el honor de alojarse en

la mansión de la condesa de Czerny como invitada.

—¿La condesa de Czerny?

—Una mecenas de la cultura y la ciencia conocida en toda la ciudad, que me fue recomendada a través de uno de mis contactos —explicó el suizo—. Su marido, que murió hace unos años, fue profesor mío en la Universidad de Praga. Y, si me permite la observación, la condesa se parece a usted en algunos aspectos.

—¿Se parece a mí? —Sarah enarcó las cejas—. ¿Cómo debo interpretarlo?

—Espere y verá, amiga mía. Espere y verá...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Debo confesar que la observación de Friedrich Hingis despertó mi curiosidad. ¿A qué se refería nuestro amigo suizo cuando dijo que la condesa se parecía a mí en algunos aspectos?

¿La observación apuntaba a los rasgos físicos? ¿O tal vez, después de tantos años afirmándome en una disciplina científica dominada por los hombres, en ese viaje encontraría a una correligionaria? ¿A una mujer que, como yo, se había consagrado a la investigación del pasado y no se sometía a las limitaciones que la sociedad pretendía imponer a las personas de nuestro sexo?

Me sorprendí pensando que me gustaba la idea y confieso que le presté más atención de lo debido teniendo en cuenta la situación. Mi amor se encontraba en peligro de muerte y yo no tenía derecho a ensimismarme en mi propio bienestar ni en cosas que me resultaran gratas. Aun así, me sentía impaciente por conocer a nuestra anfitriona...

El carruaje ligero, tirado por un solo caballo, se dirigió hacia la ciudad, cuyas altas cúpulas y torres, dotadas de incontables saledizos y agujas, se perfilaban en el horizonte rojizo, acompañadas por miríadas de finas columnas de humo que ascendían por el cielo crepuscular y se diluían en él tiñéndose de violeta y azul. Se abrieron claros entre las nubes, como si el sol quisiera dar la bienvenida con sus últimos rayos a los recién llegados. El astro rey sumergía los tejados y las torres en la luz dorada que había dado su sobrenombre a la ciudad situada a orillas del Moldava.

El camino que seguía el carruaje pasaba junto a la Corte Real y cruzaba la aldea torre de la Pólvara, cuya decoración gótica brillaba con nuevo esplendor después de que, según explicó Hingis, la hubieran restaurado hacia unos años. A continuación se abría una calle ancha y espléndida, que no tenía nada que

envidiar al Mall de Londres: grandes mansiones y palacios con altos ventanales y muchos ornamentos, las fachadas barrocas alternaban con casas de entramado de madera de aspecto medieval, que proclamaban la larga historia de tradiciones de la ciudad. Al final, la calle desembocaba en una plaza amplia, dominada por una gran torre cuadrangular, en cuyos ángulos se elevaban otras cuatro torres pequeñas hacia el cielo. Por la plaza transitaban personas, carruajes e incluso un tranvía tirado por caballos, y semejante ajeteo volvió a recordarle a Sarah la capital del Imperio británico.

—La plaza Mayor de la Ciudad Vieja —comentó Hingis, que realmente parecía estar muy versado y adoptaba de buena gana el papel de cicerone—. Ese impresionante edificio de la derecha es la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, debajo de esas torres puntiagudas están enterrados los restos mortales de Tycho Brahe, el célebre astrónomo danés. Y aquella torre que abarca en gran medida la plaza es la del Ayuntamiento de la Ciudad Vieja.

—¿Y aquel extraño artefacto? —preguntó Sarah cuando el carruaje pasó por la cara sur del edificio, que presentaba una curiosa mezcla de ornamentos italianos y góticos.

—El reloj del Ayuntamiento —explicó Hingis señalando el extraño dispositivo, compuesto por diversos círculos excéntricos y decorado con cifras doradas, cuerpos celestes y signos del zodiaco—. Cuentan que lo construyó en el año 1490 un relojero llamado Hanuš y que luego los concejales de la ciudad lo dejaron ciego para impedir que jamás volviera a construir una obra maestra similar.

—¿En serio? —preguntó Sarah, y no pudo reprimir un escalofrío, que también podía deberse al viento frío que soplaba entre las casas.

La joven levantó la vista hacia la impresionante fachada y se asustó al ver que un esqueleto situado sobre un saledizo, a la derecha de la enorme esfera, ¡se movía! Con una de sus manos huesudas tiraba de una cuerda y, con la otra, levantaba un reloj de arena y le daba la vuelta. A una hora más temprana, el espectáculo, que se ejecutaba cada hora desde que el relojero Jan Táborsk había renovado el mecanismo en 1572, habría provocado admiración en Sarah. Sin embargo, en aquel momento, iluminado como estaba por la claridad postrera del día y la luz mortecina de los faroles de gas que se habían encendido a lo largo de la calle, y cubierto por la niebla que se levantaba desde el río cercano, le pareció un mal presagio, lúgubre y siniestro.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Hingis mientras las campanas comenzaban a sonar en la torre y recibían por respuesta las campanadas de las iglesias circundantes, con lo cual el sonido pareció repetirse como un eco por todas partes—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto —replicó Sarah, estremeciéndose de nuevo—. Todo va bien, amigo mío...

El carruaje dejó atrás la plaza y giró por la calle de Carlos: un paseo flanqueado por majestuosos edificios de viviendas y de oficinas que, contradiciendo su modesto nombre, parecía ser la avenida principal de la Ciudad Vieja. Jinetes, carros y carruajes se apiñaban todavía a esas horas sobre el pavimento y, a pesar del frío y de la niebla, las aceras estaban llenas de transeúntes.

—Aquel impresionante edificio —explicó Hingis señalando a la derecha, donde se alzaba una iglesia en medio de una fachada románica—, es el Clementinum. Fue fundado por los jesuitas, pero actualmente alberga parte de la Universidad de Praga y también su extensa biblioteca. Puedo afirmar que ahí pasé ratos de una gran iluminación.

A pesar de la tensión interior que sentía, Sarah no pudo evitar una sonrisa. Tener de guía turístico a Friedrich Hingis, que antes fue un erudito reservado que solo pensaba en su carrera, no era algo habitual y mostraba una cara totalmente nueva de él. Sarah nunca había visto al suizo tan romántico y soñador, con una manifiesta tendencia al sentimentalismo. Deseaba de todo corazón compartir sus sensaciones, pero no dejaba de tener la impresión de que aquella ciudad era amenazadora a pesar de toda su opulencia y de su glorioso pasado.

Volvió instintivamente la cabeza para mirar la ambulancia de campaña. En medio de la confusión que imperaba en la calle de Carlos, el carruaje tirado por dos caballos había quedado un poco atrás, pero Sarah pudo distinguir claramente el vehículo de caja alta. Más tranquila, volvió la vista hacia delante y vio otro edificio con una torre alta perfilarse en la oscuridad que caía y en la niebla, cada vez más espesa. En ella se abría una enorme puerta que parecía engullir la calle como las fauces de una bestia voraz; detrás, en la amenazadora negrura, se distinguían las formas arqueadas de un puente flanqueado por esculturas de piedra y farolas de gas.

—El puente de Carlos —explicó Hingis—. La primera piedra se colocó en el año 1357 y, desde entonces, se extiende sobre el río con una longitud de más de 500 metros. Hasta finales del siglo pasado, el puente de Carlos era la única posibilidad de cruzar el Moldava sin necesidad de recurrir a un traspbordador. Se dice que el mortero con que se construyó el puente está compuesto por una mezcla secreta, entre cuyos ingredientes principales, ver para creer, había huevos crudos. Increíble, ¿verdad?

Sarah ya no escuchaba.

Cuando el carruaje cruzó la puerta y entró en el puente, que estaba flanqueado por estatuas de santos talladas en piedra, tuvo la sensación de adentrarse en un reino desconocido, en el futuro que, como Shakespeare habría expresado, se alzaba ante ella como tierras lejanas aún por descubrir.

Con la mirada clavada al otro lado del río, donde podía distinguirse vagamente la silueta del Castillo de Praga y los edificios del barrio de Malá

Strana que parecían crecer a sus pies, Sarah se preguntó qué la esperaba allí... y, por un breve instante, la embargaron las dudas sobre su misión.

¿Y si sir Jeffrey tenía razón? ¿Y si sus enemigos invisibles le habían tendido una trampa hacia la que ahora avanzaba a ciegas? ¿Actuaba realmente solo por el bienestar de Kamal? ¿O habían sido la curiosidad y la vanidad lo que la había empujado hasta allí?

Las dudas duraron el tiempo que el carruaje tardó en cruzar el río. Cuando la torre del otro extremo del puente apareció a la vista y el carruaje franqueó la puerta, la razón se impuso a los miedos irracionales y, poco después, Sarah se preguntaba qué le había ocurrido. Durante unos instantes había tenido la sensación de que cruzar el puente lo cambiaba todo, como si las aguas que rumoreaban perezosas y oscuras por debajo de aquel puente fueran las del legendario río Estigia y no existiera ninguna posibilidad de retorno...

A Hingis no le pasó por alto el ánimo sombrío que embargaba a su amiga.

—Ya falta poco —dijo, intentando animarla mientras el carruaje pasaba de nuevo por delante de edificios barrocos y construcciones medievales cuyas fachadas estaban provistas de escudos de armas y emblemas de gremios.

La calle, bordeada por faroles de gas, subía empinada por la ladera, y el carruaje aminoró la marcha. En un momento dado, Hingis indicó al cochero que girara a la izquierda y se detuviera poco después.

—El palacio Czerny —anunció con orgullo—, el final del trayecto.

Sarah esperó a que el cochero bajara y pudiera ayudarla a salir del vehículo. Luego miró la imponente mansión, cuya fachada rebosaba de suntuosidad barroca y cuyos ventanales, tan altos como estrechos, estaban tapados con cortinajes. Encima del amplio portal había un escudo de armas que mostraba un paladín medieval a lomos de un caballo y con armadura negra.

—Estoy impresionada —tuvo que admitir Sarah.

—Espere a verlo por dentro —replicó Hingis sonriendo—. La familia Czerny es conocida en gran medida por su colección privada de arte.

Antes de que Sarah pudiera contestar, se abrió un ala de la puerta de entrada y salió un hombre delgado con un aspecto que podría calificarse, en el buen sentido de la palabra, de chapado a la antigua. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y recogido en una pequeña trenza en la nuca, y vestía una librea de color verde oscuro y pantalón hasta la rodilla al estilo bohemio. Por lo visto, pensó Sarah, la condesa Czerny concede valor a las tradiciones...

—Buenas noches —dijo el criado en buen inglés, solo con un leve acento eslavo—. Bienvenida a Praga, lady Kincaid. Espero que haya tenido un viaje agradable.

—Gracias —replicó Sarah, inclinando ligeramente la cabeza: no estaba familiarizada con las costumbres continentales, pero ningún criado inglés, aunque se tratara de un mayordomo, habría esperado recibir una respuesta más

detallada.

—Me llamo Antonín —se presentó el hombre con la librea—. Si hace el favor de seguirme. La condesa la está esperando.

—Por supuesto —contestó Sarah, que no quería parecer maleducada, pero echó una mirada calle abajo para interesarse por la ambulancia de campaña.

—Le aseguro que nos ocuparemos del equipaje —prometió el criado, dando a entender que no estaba informado de la naturaleza del viaje de Sarah. Por lo visto, la discreción también era una cualidad de la condesa.

Sarah dedicó una mirada interrogativa a Hingis, cosechó una sonrisa de ánimo y decidió aceptar la invitación. Subió los empinados escalones del portal, cruzó la alta puerta y entró en el vestíbulo bien iluminado, de cuyo techo colgaba una lámpara de araña deslumbrante. A diferencia del vestíbulo de Kincaid Manor, que tenía un aire gótico que a Sarah le resultaba familiar pero que debería de parecer oscuro y sombrío a las visitas desprevenidas, las paredes estaban sumergidas en un blanco radiante y el techo estaba revestido con un estuco fastuoso. La sala estaba decorada con cuadros de marcos dorados, en los que predominaban los colores cálidos y oscuros y que mostraban escenas de la historia de Praga.

Dos criadas se apresuraron en ayudar a Sarah y a Hingis a quitarse los sombreros y los abrigos. Después, Antonín los guio hasta el primer piso por una escalinata ancha y empinada. Un pasillo corto conducía a un salón espacioso, cuyas dimensiones y suntuosidad barroca dejaron de nuevo profundamente impresionada a Sarah. Unas arañas de gas proporcionaban una luz clara, y el olor penetrante de la cera para pulir el suelo colmaba el aire.

Los altos ventanales estaban tapados con terciopelo oscuro; las paredes frontales del salón estaban adornadas con tapices enormes que mostraban escenas de una batalla de la guerra de los Treinta Años. Unos rosetones de estuco embellecían el techo y el *parquet* estaba pulido a la perfección. El único mobiliario lo formaban una mesa alargada con sillas forradas de terciopelo y una estufa de hierro que desprendía un agradable calor. Delante había una mujer de pie que tendría la misma edad que Sarah y que a esta, curiosamente, le pareció extraña y familiar a la vez.

Tanto su figura esbelta y erguida como su porte orgulloso, su semblante pálido y sus pómulos marcados revelaban nobleza. El rostro, alargado y enmarcado entre cabellos rubios rojizos, era de una belleza extraña y distante. Unos labios finos formaban una boca pequeña, debajo de la cual se extendía una barbilla que reflejaba determinación. Tenía la nariz fina y quizá un poco demasiado larga, pero los ojos, brillantes y de un enigmático color verde esmeralda, borraban ese insignificante defecto. A diferencia de Sarah, que iba vestida con ropa oscura y sencilla, práctica para viajar, aquella mujer llevaba un vestido de seda con encajes, de un color beige que hacía que su rostro pareciera aún más pálido y

noble, y con un gran cuello y falda abombada que casi causaban la impresión de realeza. Eso y el hecho de que llevara joyas ostentosas de oro indicaba claramente que concedía más importancia a aquel encuentro de la que Sarah había considerado hasta ese momento.

—La condesa de Czerny —anunció Antonín innecesariamente.

Acto seguido, Hingis hizo una profunda reverencia y Sarah, en reconocimiento al título nobiliario más alto y antiguo de la condesa, inclinó la cabeza e hizo una ligera genuflexión.

—Lady Kincaid —dijo la condesa mientras se le acercaba extendiendo las manos para saludarla. En Inglaterra, ese gesto se consideraba un signo de gran confianza y, aunque Sarah no sabía qué significaba en aquel lugar, se sintió aliviada al ver que su anfitriona parecía conceder tan poca importancia como ella a la etiqueta—. Es un placer darle la bienvenida a mi casa.

La condesa había hablado en alemán, con un marcado acento eslavo. Puesto que Sarah no dominaba el checo, el alemán parecía ser la lengua de entendimiento común.

—Se lo agradezco, condesa —replicó por tanto en alemán, mientras ambas se estrechaban las manos y se miraban a los ojos. Una vez más, Sarah tuvo la sensación de vislumbrar en ella algo muy familiar, aunque estaba segura de que nunca había visto a la condesa antes. ¿Se refería a eso Hingis al hablar del parecido entre las dos?—. Aunque no sé a qué debo el inesperado honor de ser acogida como huésped en su casa —añadió Sarah educadamente.

—Es usted demasiado modesta —contestó la condesa sonriendo—. Su fama la precede, querida, y eso desde antes de que nuestro amigo suizo —añadió saludando a Hingis con un amable movimiento de cabeza, a lo que él contestó con una nueva reverencia— viniera a hablar conmigo en su nombre. Mi difunto esposo seguía con mucho interés los trabajos de su padre. Y, por lo que he oído, usted sigue sus pasos.

—En cierto modo, sí —confirmó Sarah—. Aunque no de manera tan voluntaria como me gustaría.

—Estoy enterada del terrible asunto —replicó la condesa—, y le aseguro que haré todo lo posible por ayudarla a que su estancia en Praga sea un éxito.

—Se lo agradezco, condesa. Es usted muy amable.

—Por favor. No sé qué pensará usted, pero cuando el señor Hingis me contó el apuro en que se encuentra, tomé la firme decisión de ayudarla puesto que, en cierto modo, somos hermanas.

—¿Hermanas?

—Hijas de los mismos padres, que no son otros que el ansia de saber y el luto —explicó la condesa—. Yo también he perdido a un ser querido, que para mí significaba más que nada en el mundo y que solo me legó dos cosas: su pasión por el pasado y las herramientas para tratarlo. ¡Mire a su alrededor! Los pasillos

y las salas de este palacio están repletos de reliquias de la historia que reunió mi esposo. Cuando me dejó, no pude sino continuar su trabajo, siguiendo sus objetivos, y dedicarme al estudio del pasado.

—¿Es... es usted arqueóloga?—preguntó Sarah albergando ciertas dudas.

—¡Querida! Cuánto me gustaría responder afirmativamente a esa pregunta, pero, a diferencia de usted, a mí no se me ha concedido la posibilidad de superar los límites marcados por mi procedencia y de viajar a tierras lejanas en compañía de un hombre que fuera para mí padre y maestro a un tiempo. Así pues, por desgracia solo me queda el estudio de los libros. Sin embargo, en ellos también he hallado consuelo y esperanza, no sé si me entiende.

—Creo que sí—afirmó Sarah.

—La familia Czerny —explicó la condesa sin que nadie se lo pidiera— es una de las más antiguas y con mayor tradición nobiliaria de Praga. Mis antepasados estuvieron presentes cuando la ciudad recibió los fueros en el año 1257; también cuando se fundó la universidad y el emperador hizo su entrada en el Castillo; estuvieron cuando quemaron a Jan Hus por hereje y tuvieron que presenciar cómo sus seguidores hundían el reino en una guerra cruenta; vivieron la época de esplendor del reinado de Rodolfo II y vieron cómo Bohemia perdía la libertad en la batalla de la Montaña Blanca, luchando contra sajones y franceses. Pero todo eso me resulta insignificante desde que mi esposo no se encuentra entre los vivos. Me dejan disfrutar de títulos y propiedades, pero, a diferencia de los años en que mi marido enseñaba en la universidad, no toleran mi presencia en ella. Han quedado olvidados los generosos donativos que mi familia entregó al Consejo Científico, se acabaron los tiempos en que alababan a Ludmilla de Czerny por su inteligencia y su erudición —añadió asqueada—. Ahora, a esos intrigantes tiralevitas solo les interesa saber cuándo volveré a casarme y quién heredará algún día todo esto. Puesto que no nos fue dado tener hijos, el terreno está abonado para todo tipo de especulaciones, como bien podrá imaginarse.

—Ya lo creo que puedo—afirmó Sarah, sorprendida no solo por la franqueza de su anfitriona, sino también por su valor, y empezó a entender a qué parecido se refería Friedrich Hingis.

Igual que ella misma, Ludmilla de Czerny parecía una mujer con un interés por el mundo mucho mayor y más amplio de lo que la sociedad quería permitirle. Si bien su posición social y sus propiedades le brindaban ciertas posibilidades, parecía estar muy lejos de encontrar el reconocimiento público. Realmente, aquella injusticia las convertía en cierto modo en hermanas, pero sobre todo en aliadas, y Sarah admitió que se reconocía un poco en aquella mujer. La comprendía como si las uniera una amistad de hacía años, y eso que acababan de conocerse...

—¿Me permite invitarla a una taza de té?—preguntó la condesa señalando la mesa, donde habían un servicio de plata—. Soy consciente —prosiguió en tono de

disculpa— de que ya es muy tarde para las costumbres británicas. Pero, desgraciadamente, como no sabía la hora exacta de su llegada, no me ha sido posible ordenar a tiempo que prepararan la cena...

—Es usted muy amable —contestó Sarah sonriendo—. Una taza de té me iría de maravilla.

—Siéntense —invitó la condesa a Sarah y a Hingis, mientras Antonín hacía señas a dos criados para que les llevaran té recién hecho y se lo sirvieran.

Cuando empezaron a beber, a Sarah le llamó la atención la joya que la condesa lucía en el dedo índice de la mano derecha. Era un anillo dorado con un sello ovalado que mostraba un motivo nada común.

Un obelisco egipcio...

Teniendo en cuenta la marcada tendencia por las joyas extravagantes que podía apreciarse en la condesa, el anillo no habría llamado la atención a un observador atento. Pero Sarah recordó que ya había visto una joya como aquella... en la mano del hombre que algún día heredaría la corona británica...

—Veo que admira mi anillo —dijo la condesa, a quien no pasó desapercibida la mirada curiosa de Sarah—. ¿A usted también le gustan estos chismes?

—A decir verdad, no —replicó Sarah—. Nunca he sabido que hacer con ellas. Siempre he preferido un libro interesante al oro y las alhajas...

—Bueno, hemos encontrado algo que nos diferencia —comentó la condesa con una sonrisa comedida.

—... Sin embargo —prosiguió Sarah, imperturbable—, creo que esa alhaja es especial.

—¿Esta alhaja? —La condesa posó una mirada de desdén en su mano derecha—. No, que yo sepa. Encontré este anillo en el legado de mi esposo y, si he de serle sincera, lo he escogido por motivos sentimentales.

—Comprendo —se limitó a decir Sarah.

—Los recuerdos son algo curioso, ¿no es cierto? —añadió la condesa—. Unos días pueden procurar consuelo y la esperanza de un futuro mejor, y otros nos precipitan a abismos que ni siquiera sospechábamos.

—Cierto —afirmó Sarah—. El anillo representa un obelisco, ¿verdad?

—En efecto. El antiguo Egipto y sus secretos siempre me han fascinado.

—Igual que a mí —afirmó Sarah.

—Sin embargo, si he entendido bien al señor Hingis, no ha viajado usted a Praga debido a su interés por la arqueología. Sobre todo teniendo en cuenta que hay lugares seguramente más apropiados...

—Eso también es cierto —admitió Sarah—. He venido a Praga porque tengo motivos para suponer que aquí, y solo aquí, podré obtener cierta información.

—¿Y de qué información se trata, si me permite la pregunta? Naturalmente, no querría parecerle indiscreta, pero si tengo que ayudarla me sería muy útil saber exactamente qué busca. El señor Hingis solo aludió a una medicina para su

esposo enfermo...

—No estamos casados —explicó Sarah, y le dedicó una mirada divertida a su acompañante: era evidente que Hingis había considerado necesario encubrir un poco la chocante verdad. Sin embargo, después de que la condesa Czerny se hubiera mostrado tan abierta y sincera con ella, Sarah no vio motivos para continuar manteniendo esa táctica—. Kamal es el hombre al que amo y al que no querría perder en ningún caso.

—Tiene usted toda mi comprensión y mi entera simpatía —aseguró la condesa—. Pero ¿qué espera encontrar exactamente en nuestra ciudad?

Sarah tomó pensativa un sorbo de té.

—Si pudiera contestar a su pregunta, condesa, ya habría hecho un gran progreso. En lo que respecta al objetivo exacto de mi viaje, de momento aún ando a ciegas.

—Así pues, ¿no sabe lo que busca?

—Sinceramente, no.

—¿Y aun así ha emprendido un viaje hasta tan lejos? ¿Ha sometido a su amado enfermo a las fatigas de un trayecto tan largo?

—Sé que tiene que parecer sumamente insólito —reconoció Sarah—, y no le reprocharé que me tome por loca. Pero le aseguro que mi presencia en esta ciudad se debe a motivos fundados.

—No tengo por qué dudar de su palabra, querida amiga —replicó la condesa sin vacilar—. Usted dígame dónde quiere empezar la búsqueda y yo me ocuparé de que disponga de toda la ayuda imaginable.

—En el barrio judío —dijo Sarah abiertamente.

—¿En el...? —El semblante pálido de la condesa se desfiguró y dio la impresión de que no quería pronunciar el nombre—. ¿Qué piensa hacer en ese terrible lugar?

A diferencia de Sarah, que no conseguía explicarse la reacción negativa de la condesa, Hingis parecía conocer los motivos.

—Ha oído bien, condesa —intervino Hingis—, y puedo asegurarle que he intentado convencer a lady Kincaid de que abandonara ese proyecto. Pero está convencida de que allí podrá encontrar los indicios ocultos por los que ha venido a Praga.

—De acuerdo. —Ludmilla de Czerny parecía un poco más tranquila—. En ese caso, probablemente no tenemos otra elección...

—¿Por qué? —preguntó Sarah con ingenuidad—. ¿Qué tiene de malo ese lugar?

—Josefov —explicó la condesa lúgubrementemente— forma un poblado aparte dentro de los límites de Praga. Hace mucho que no está habitada solo por judíos, sino también por obreros, jornaleros, mendigos, vagabundos... Y por allí callejea también chusma de todo tipo. Por no hablar de la suciedad, la porquería y el

hedor que cubre el barrio.

—Es innegable que tiene cierto parecido con el East End de Londres —añadió Hingis ilustrativamente.

—Eso parece —dijo Sarah con voz queda.

—De día, ya es peligroso caminar por la judería —prosiguió indignada la condesa—, pero visitar el barrio cuando cae la noche equivale a un intento de suicidio. No pasa una noche sin que alguien acabe degollado en el arroyo.

—¿Si es tan grave, por qué no se toman medidas? —preguntó Sarah—. ¿No hay policía?

—Por supuesto —musitó la condesa—, y han hecho tentativas, pero es como intentar quitarle las pulgas a un perro sarnoso. Inútil, ¿comprende?

—Perfectamente —aseguró Sarah.

La comparación que había utilizado la condesa había sido algo impropia de una dama y, por eso mismo, mucho más gráfica. Igual que ella, Ludmilla de Czerny parecía ser partidaria de hablar sin remilgos.

—En las incontables callejuelas y rincones del barrio se esconde más chusma de la se podría expulsar —continuó la condesa—. Y no solo el crimen encuentra allí un terreno abonado, sino también las epidemias de todo tipo. Según los cálculos más recientes, en la judería se hacían entre diez y quince mil personas, y allí no hay suficientes instalaciones sanitarias ni un alcantarillado en condiciones... Dejo a su imaginación lo que eso significa.

—Gracias —dijo Sarah secamente.

—No obstante —añadió tranquilizadora la condesa—, hay planes para acabar de una vez por todas con esa penosa situación.

—¿De verdad?

—El barrio judío será demolido y en su lugar se construirá un barrio con grandes edificios nuevos que satisfarán las exigencias de la época moderna.

—Con ello se destruirán las tradiciones —objetó Sarah.

—Y se allanará el camino hacia el futuro —argumentó la condesa serenamente—. Sin el fin de lo antiguo no hay inicio de lo nuevo.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Discrepa usted, lady Kincaid?

—Bueno —respondió Sarah—, en mis viajes he aprendido que a veces el pasado alberga las claves del futuro. Y, si he de serle sincera, todas mis esperanzas se cimientan en que esta vez también sea así.

—¿Se refiere a la medicina que busca?

Sarah asintió con la cabeza.

—Si es cierto lo que supongo, en ese lugar que usted ha descrito tan lúgubremente se oculta el saber que necesito para salvar la vida de mi amado.

—¿Y si no es así? —inquirió la condesa.

—De momento, no quiero ni pensarlo —contestó Sarah con voz queda, y de

repente tuvo que combatir las lágrimas de desesperación que estaban a punto de brotar en sus ojos.

¿Tal vez tenía razón su anfitriona?

¿Se había precipitado al emprender aquel viaje? Cegada por el dolor y la pena, ¿había emprendido una cruzada insensata y absurda, al final de la cual solo la esperaba la perdición? Laydon la había advertido: «El viaje te llevará directamente a las tinieblas».

Si las objeciones hubieran procedido de otra persona, Sarah se habría limitado a no tenerlas en cuenta. Sin embargo, en boca de aquella mujer que parecía asemejarse a ella en tantos aspectos, tenían mucho más peso. Sarah no podía pasarlas por alto sin más, pero había recorrido aquel camino hasta demasiado lejos para poder regresar.

—No hay otro modo —dijo Sarah con voz apagada—. O encuentro ayuda para Kamal en ese lugar o no existe ninguna ayuda.

—Comprendo. —Ludmilla de Czerny asintió. Su semblante pálido y estático no dejó traslucir lo que pensaba sobre la decisión de Sarah—. ¿Existe algún indicio? ¿Un punto de partida donde pueda usted comenzar la búsqueda?

—En un periódico londinense —explicó Hingis en lugar de Sarah— mencionaban a un rabino llamado Oppenheim. A lady Kincaid le gustaría hablar con él.

—¿Oppenheim? —La condesa enarcó las cejas, finas y de color rojizo.

—¿Lo conoce?

—Personalmente, no. Pero últimamente ha dado mucho que hablar porque asegura haber visto un monstruo en la judería...

—El Golem —dijo Sarah quedamente.

—¿Lo sabía usted?

—No solo eso, sino que el Golem es el verdadero motivo de nuestro viaje a Praga.

—¿Qué quiere decir?

—Es difícil de explicar —contestó Sarah—, pero tengo motivos para suponer que las fuerzas secretas que están tras el Golem también podrían contribuir a devolverle la vida a Kamal.

—Entonces, ¿da usted crédito a lo que afirma el rabino? —Los ojos verde esmeralda de la anfitriona reflejaban un asombro desmesurado—. ¿Cree que esa historia del Golem es algo más que una simple historia de fantasmas?

—No sé qué debo creer y qué no, condesa —reconoció Sarah abiertamente—. En los últimos meses, mi visión del mundo se ha visto sacudida en tantas ocasiones, son tantas las cosas que estaba segura de saber y que han resultado falsas... Si quiero descubrir la verdad, solo hay un modo.

—Comprendo. —La condesa asintió con un movimiento de cabeza—. Pero permítame darle un consejo.

—Por supuesto.

—¡Tenga mucho cuidado! Con todo lo que diga y aún más con lo que oiga. Los rabinos son gente extraña. Suelen hablar con acertijos y algunas personas se han extraviado en el embrollo de sus palabras.

—Le agradezco la advertencia, condesa —replicó Sarah—. Pero, créame, no tengo nada que perder.

—Eso nunca se sabe —contestó la condesa enigmáticamente—. Por otro lado, necesitará un guía que conozca bien el lugar.

—¿Conoce usted a alguno? —preguntó Hingis.

—Creo que sí: a un muchacho que ha estado a mi servicio como traductor en varias ocasiones. Todavía va a la escuela, pero su interés por la Historia y sus conocimientos del barrio judío son extraordinarios. Además, es de toda confianza. Mandaré a Antonín a buscarlo.

—Es usted muy amable, condesa —dijo Sarah—. Muchas gracias por su ayuda.

—No me dé las gracias, lady Kincaid. Considero un deber personal apoyarla. En cierto modo, de hermana a hermana...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

A pesar de las lúgubres advertencias que expresó ayer por la noche, la condesa de Czerny ha organizado un encuentro para esta mañana con el guía que me recomendó. Este, un muchacho de unos dieciséis años que responde al nombre de Gustav y aún estudia en un instituto de Praga, me parece un acompañante ideal para iniciar la búsqueda en el laberinto de Josefov. No solo parece digno de confianza y experto en el tema, sino que también es muy erudito y culto para su edad. Además de hablar fluidamente nuestra lengua, es un lector entusiasta de las obras de Dickens, igual que yo, y acaricia la idea de traducir algunas al alemán.

Han concertado una cita a primera hora de la tarde con Mordechai Oppenheim, el rabino del que se hablaba en el periódico y que parece convencidísimo de que el Golem ha regresado. Hasta entonces, paso el tiempo esperando inquieta junto a Kamal. Su estado sigue pudiendo calificarse de estable, aunque no me pasa desapercibida la creciente preocupación del doctor Cranston. La pregunta de cuánto tiempo soportará Kamal las fatigas de una fiebre tan alta me acucia, y sé que debo actuar.

A ello se añade otra preocupación que me ha llevado a pedirle a Friedrich Hingis que recabe algunas informaciones para mí, con la esperanza de que mis sospechas resulten infundadas.

Teniendo en cuenta las palabras de la condesa, llevaré conmigo el revólver para poder defenderme si es necesario. También llevaré conmigo lo de siempre: utensilios para escribir, un cuaderno, cerillas y algo de dinero para hacer hablar si hace falta a los que no se muerden la lengua...

JOSEFOV, PRAGA, TARDE DEL 10 DE OCTUBRE DE 1884

Llovía a mares. Si en la vigilia los rayos de sol habían conseguido traspasar

ocasionalmente la capa de nubes grises que se extendía sobre la ciudad, al día siguiente no tuvieron ninguna posibilidad frente a su tétrica y amenazadora supremacía, que se precipitaba en forma de fuerte chubasco. La lluvia caía torrencialmente sobre la ciudad, golpeaba los tejados inclinados y se acumulaba en canales y arroyos. Y, a pesar del grueso velo gris que se había desplegado sobre el barrio judío, Sarah comprobó con espanto que la condesa de Czerny no había exagerado.

Quien entraba en la judería tenía realmente la sensación de haber ido a parar a otro mundo, mucho peor.

Sarah y sus acompañantes habían dejado el carruaje delante de la muralla del barrio, puesto que habría sido más un estorbo que una ayuda en aquella angostura apabullante. En Josefov había grandes edificios que se alzaban impresionantes a lo largo de unas pocas calles anchas: antiguas mansiones de comerciantes judíos acomodados, así como el Ayuntamiento y las sinagogas, diseminadas entre el cementerio, situado al oeste, y el meandro que el Moldava formaba al norte. Entre ellos, sin embargo, se apiñaban innumerables casas viejas, algunas construidas siglos atrás, que a menudo presentaban un aspecto tan deplorable y mísero como las personas que vivían en ellas. El hecho de que estuvieran construidas tan juntas, de manera que una se apoyaba en la otra, parecía ser lo único que las preservaba del derrumbe. Una densa red de tejados angulosos, con saledizos y buhardillas que semejaban tumores y de los que sobresalían incontables chimeneas, parecía cubrir todo el barrio.

Debajo, en las callejuelas estrechas, a menudo de unos pocos pies de anchura, competían entre sí la pobreza, la escasez y la miseria.

A pesar de la baja temperatura y de que llovía sin cesar, Sarah vio a niños semidesnudos acurrucados sobre el pavimento sucio de las calles y en cuyos ojos se reflejaba pura desesperanza. En las esquinas haraganeaban ciegos y tullidos pidiendo limosna, y por las ventanas, que en vez de cristales tenían cortinas apolilladas, escapaban voces de desaliento.

Resultaba casi inimaginable que en un lugar como aquel pudiera existir vida normal, cotidiana. Y, sin embargo, en las plantas bajas de los edificios ruinosos había fondas, tiendas y talleres de artesanos, y algunos comerciantes con carretillas vendían verduras cuyo olor permitía deducir que allí se trapicheaba con lo que otros habían tirado. Entre ellos se abría paso la gente, en su mayoría personas vestidas de negro y que llevaban alzado el cuello de sus abrigos y chaquetas desgastadas. La cantidad de basura y suciedad en las calles era abrumadora. Sarah pudo ver más de una vez cómo vaciaban cubos llenos de excrementos directamente a la vía pública. A pesar de la lluvia torrencial, el hedor acre que flotaba como una nube de contaminación sobre el barrio se percibía claramente. Sarah no quiso ni imaginar cómo sería aquello en un día caluroso de verano. Las condiciones higiénicas eran desastrosas, peores incluso

que las del East End de Londres, cosa que Sarah había considerado totalmente imposible hasta aquel momento.

—La condesa tenía razón —musitó Hingis con una mezcla de consternación y desaprobación—. No deberíamos haber venido. Una lady no debería acudir a un lugar como este.

—*Nadie* debería estar en un lugar como este —puntualizó Sarah, y abandonó por un momento el resguardo del paraguas para echar unas monedas en el bacín oxidado que un mendigo ciego extendía con mano temblorosa.

—No debería hacer eso, lady Kincaid —la reprendió Cranston cuando volvió a resguardarse bajo el paraguas—. Tarde o temprano se verá rodeada de pedigüeños.

—Qué más da —replicó Sarah—. Esta miseria es insoportable.

—¿Y cree usted que soluciona algo regalando unos peniques? —preguntó el doctor—. ¿O se trata simplemente de tranquilizar su conciencia para poder descansar de nuevo esta noche sobre almohadones de seda?

—Es usted detestable —rezongó Sarah, aunque su ira se dirigía más a sí misma que al médico. Interiormente, no podía por menos que reconocer que el reproche de Cranston estaba justificado.

Hacía rato que había perdido la orientación en aquel laberinto de callejuelas y casas plagadas de recovecos, cuando ante ella se perfiló la silueta de un gran edificio de piedra bajo la lluvia. La fachada estaba decorada con sencillos ornamentos del gótico primitivo que descendían en vertical. El sobrio edificio estaba rodeado por un peristilo cerrado.

—La sinagoga Vieja-Nueva —explicó Gustav mientras subían las escaleras hacia el portal y se ponían a cubierto en el pórtico, que no era demasiado grande, pero permitía resguardarse de la lluvia—. Tiene más de seiscientos años.

—Lo sé —replicó Sarah mientras sus acompañantes cerraban los paraguas—. Aquí era donde el rabí Löw enseñaba, ¿verdad?

—Exacto. —El muchacho, que conocía muy bien la historia del barrio, asintió apasionadamente—. Su tumba está en el cementerio, no muy lejos de aquí. Puede visitarla si lo desea.

—Tal vez más tarde —contestó Sarah.

Le alegraba ver que el muchacho se implicaba en su papel de guía y, si las cosas hubieran ido de otra manera, le habría encantado que le enseñara más monumentos. Pero no había tiempo para distracciones...

—Las cinco en punto —constató Cranston mirando su reloj de bolsillo—. Hemos sido puntuales.

—No esté tan orgulloso de su puntualidad británica. El tiempo en este mundo pertenece únicamente a Dios.

Sarah y sus acompañantes se volvieron. Con el ruido de fondo de la lluvia no se habían dado cuenta de que la puerta de la sinagoga se entreabría y en ella

aparecía un rostro redondeado y sonrosado, enmarcado por cabellos y barba grises, que al cabo de un momento los saludaba en voz baja con un «*Shalom*».

—*Shalom* —contestó Gustav, haciendo una reverencia—. Rabí Oppenheim, estos son lady Kincaid y sus acompañantes.

—Ya lo suponía —replicó el rabino, que parecía dominar la lengua inglesa tanto como el muchacho. Su voz tenía una agradable dulzura, aunque Sarah creyó notar en ella un matiz de burla.

—*Shalom*, rabí Oppenheim —dijo la joven, inclinando la cabeza respetuosamente—. Gracias por recibirnos. Es para mí un honor.

—Sus palabras parecen sinceras —constató Oppenheim, y por un momento dio la impresión de que la miraba con mayor simpatía—. Gustav me ha dicho que desea hablar conmigo.

—Así es.

—¿Y estos dos caballeros?

—Son mis acompañantes. El señor Friedrich Hingis, de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Ginebra...

—Y el doctor Horace Cranston, especialista en enfermedades mentales —se apresuró a decir Cranston, a quien parecía resultar insoportable que lo presentara una dama.

—Hm —murmuró el rabino, haciendo una ligera mueca de fingido respeto con los labios—. Así pues, hoy tenemos personas sabias como invitados en la casa del Señor. Gustav me dijo que quería hablar conmigo del Golem...

—Exacto —asintió Sarah—. Si me lo permite, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿Cree usted en su existencia?

—¿Cómo dice?

—Hace unas semanas, lady Kincaid, se presentaron aquí mismo dos compatriotas suyos, periodistas del *London Times*.

—Lo sé —afirmó Sarah—. Leí el artículo...

—Ellos también querían saber qué ocurría con el Golem y su regreso, pero no mostraron el más mínimo respeto ni consideración, solo parecían buscar un buen titular. Por eso vuelvo a hacerle la pregunta, lady Kincaid: ¿cree usted en la existencia del Golem?

—Creo que eso dependerá de sus respuestas —contestó Sarah elocuentemente—. En cualquier caso, la experiencia me ha enseñado que hay cosas para las que el raciocinio no encuentra explicación de buenas a primeras.

—Está bien —comentó el rabino, y abrió de par en par la puerta de la sinagoga. Entonces se vio la toga negra que llevaba, distintiva de su rango—. Con esas palabras, milady, ha abierto usted las puertas de la casa de Dios. Pase.

Sarah asintió agradecida y siguió la invitación. Sin embargo, cuando Hingis se dispuso a hacer lo mismo, Oppenheim le cerró el paso.

—Solo lady Kincaid y el muchacho —señaló.

—Pero nosotros somos sus acompañantes —objetó Cranston enérgicamente—. No puede cuestionarse que...

—Por favor, doctor —lo interrumpió Sarah, y con una mirada penetrante le dio a entender que también se las arreglaría sola. Cranston soltó un sonoro bufido y su figura magra adoptó un aire estirado.

—Como guste —se limitó a comentar—. Mucha suerte en la caza. *Tally-ho*.

Sarah asintió y siguió al rabino que, después de que el joven Gustav hubiera cruzado el umbral, cerró la puerta a cal y canto. La luz de unas velas y de unas lámparas de aceite de bronce iluminaban el recinto que se extendía ante ellos y que tenía una bóveda gótica muy alta, sostenida por dos columnas octogonales. Una sillería de madera oscura bordeaba los muros y el centro de la nave estaba ocupado por un púlpito cercado por una imponente reja de hierro forjado. Más allá de las columnas, debajo de un artístico tímpano, se hallaba el verdadero corazón de la sinagoga: el arca de la Tora, donde se guardaban los rollos con los escritos sagrados.

—Este lugar —dijo Oppenheim en voz baja— ha resistido a todas las protestas a las que mi pueblo fue sometido en siglos pasados. Ha proporcionado refugio y protección en muchísimas ocasiones y aquí han ocurrido cosas importantes.

—Lo sé —dijo Sarah inclinando respetuosamente la cabeza, un gesto que pareció gustar al rabino.

—¿De verdad es usted una lady inglesa? —preguntó francamente asombrado—. Sinceramente, no es usted como esperaba...

—¿Y qué esperaba?

—A decir verdad, no lo sé. En cualquier caso, la idea de que una joven británica de origen noble viniera precisamente a este lugar me pareció tan descabellada que no tuve más remedio que aceptar el encuentro. En cierto modo, pues, tiene que agradecerle a mi curiosidad el hecho de estar aquí ahora.

—Le estoy muy agradecida a su curiosidad —afirmó sonriendo Sarah, a la que complacían las maneras sencillas y el humor soterrado del rabino—. Y me alegro de que se haya tomado un tiempo para esta entrevista.

—Como bien puede imaginarse, no ocurre demasiado a menudo que nos visite alguien de fuera, y en su caso me pareció algo descabellado por tres motivos: es usted mujer, pertenece a la nobleza y, no lo olvidemos, si no me equivoco, es usted cristiana.

—No se equivoca —admitió Sarah—. Pero mi padre me enseñó que, aunque las personas busquen a Dios de distintas maneras, todas son hijos suyos.

—Sabias palabras —asintió el rabino—. Su padre debe de ser un hombre inteligente.

—Era un hombre inteligente —puntualizó Sarah.

—Disculpe. —Oppenheim escrutó su rostro y pareció distinguir el dolor que se reflejaba en él. Por eso cambió de tema enseguida—. Así pues, ¿ha venido usted por el Golem?

—Efectivamente.

—¿Qué desea saber?

—A ser posible, todo.

—Entonces le contaré los orígenes de la leyenda. Le hablaré de la historia de los judíos de Praga que tantas cosas tuvieron que soportar. Y de un lacayo de barro que les fue enviado para liberarlos de una terrible sospecha...

—Todo eso ya lo sé, rabí Oppenheim —objetó Sarah—. Debo decirle que no he emprendido este viaje sin prepararme antes. He investigado y he encontrado mucha información sobre el Golem y su origen.

—Pues aún me sorprende más que haya emprendido este largo viaje —replicó Oppenheim.

—He venido porque esperaba que usted podría contarme más cosas.

—¿Más? ¿A qué se refiere?

—Me refiero al saber que no se encuentra en los libros —contestó Sarah quedamente—. A los conocimientos que se transmitían de generación en generación y que incluso trataban del secreto de la vida.

—¿El secreto de la vida? —El rabino miró de reojo a Gustav, que seguía aquel intercambio de palabras sin parpadear y con los ojos abiertos como platos. Por un momento dio la impresión de que sopesaba la idea de echar al muchacho, pero luego se lo repensó—. Eso son palabras mayores, lady Kincaid.

—Lo sé, rabí.

—¿Qué le hace pensar que yo podría saber algo?

—Gracias a mis pesquisas, sé que un tal David Oppenheim fue el rabino mayor de Praga en el siglo XVII —contestó Sarah—. Al parecer, estaba en posesión de numerosos textos antiguos de gran valor, entre los que se contaban los procedentes del legado del rabí Löw. Y no hay que ser vidente para suponer que aquel David Oppenheim era un antepasado suyo y que al menos dejaría una parte de aquellos escritos a su familia.

Oppenheim no contestó de inmediato. En su rostro barbudo se reflejaba la congoja; sin embargo, era imposible adivinar qué estaba pensando.

—Asombroso —dijo finalmente—. Sumamente asombroso...

—¿Qué quiere decir?

—Lady Kincaid, debo decirle que aquellos antiguos escritos están ligados a una profecía.

—¿Una profecía?

—Así es. A lo largo de los siglos en que esos libros se han encontrado en nuestra posesión, siempre se ha dicho que un día llegaría alguien que preguntaría por su paradero. Probablemente, y esa idea me aterra profundamente, usted es

ese alguien.

—¿Por qué le parece tan terrible la idea? —preguntó Sarah—. ¿Porque soy mujer? ¿Porque no soy judía?

—No —contestó el rabino con voz lúgubre—. Es porque... —se interrumpió, caviló un momento y luego pareció repensárselo—. ¿Por qué intenta averiguar el secreto del Golem? —preguntó finalmente.

—¿Cómo debo interpretar su pregunta?

—¿Busca la fama? ¿Quiere conseguir la inmortalidad? ¿Pretende imitar la Creación divina? ¿O incluso hacerle frente?

El rabino había entornado los ojos, y la manera en que había remarcado sus palabras para darles más peso le revelaron a Sarah que hablaba muy en serio. La joven recordó sin querer que ya le habían planteado una pregunta parecida en otro lugar y en otro tiempo. La persona que lo había hecho no era menos inteligente y sabia que el viejo rabino...

—El hombre al que amo está agonizando —explicó sin ambages y un poco a la ventura—. Una fiebre misteriosa se ha apoderado de él, y ninguno de los médicos a quienes he consultado conoce ninguna medicina para hacerle frente. He venido solo por eso.

—Comprendo —replicó el rabino, de nuevo en un tono dulce y comprensivo—. Con todo, no comprendo por qué la búsqueda la ha traído precisamente aquí...

—El estado que mantiene cautivo a mi amado fue provocado artificialmente —contestó Sarah—. Un veneno, un bebedizo, algo que le administraron. No puedo explicarlo de manera concluyente, pero existen paralelismos.

—¿Paralelismos? —Oppenheim enarcó las cejas.

—Con el modo en que, según la leyenda, el Golem cobró vida —explicó Sarah—. Además, he llegado a la desalentadora conclusión de que cierto círculo de personas tienen un gran interés en que realice este viaje.

—¿A qué se refiere? Habla usted con acertijos...

Sarah suspiró. ¿Cómo podía explicar algo que ella apenas comprendía? ¿Cómo podía hacer entender algo que escapaba a su entendimiento?

—Es difícil expresarlo en palabras —admitió—. Alguien quería que yo viniera aquí. Me dieron una serie de indicaciones que debía seguir y que me han traído hasta este lugar. Hasta usted.

—¿Hasta mí? —El rabino le dedicó una mirada interrogadora, la duda que se reflejaba en sus ojos no pasaba desapercibida.

—Ya sé que parece extraño y es usted muy libre de tomarme por loca —dijo Sarah—, por una mujer de la nobleza que ha perdido la razón estudiando sus libros y que ha emprendido un viaje tan largo como absurdo para perseguir una quimera. Pero eso no cambia el hecho de que he venido aquí en busca de respuestas... Porque esas respuestas son lo único que puede salvar a mi pobre

Kamal.

—¿Kamal? ¿Así se llama?

—Sí, rabino.

—Entonces, ¿no es cristiano, sino seguidor de Mahoma?

—Así es.

Oppenheim asintió con la cabeza, y una sonrisa de satisfacción se deslizó por su semblante surcado de arrugas.

—Ahora sé que cuando hablaba de los hijos de Dios, no se trataba de palabras vacías.

—En absoluto —aseguró Sarah—. Hace un tiempo pensaba de otra manera, pero ahora creo que todos somos hijos de un destino superior. Durante mucho tiempo intenté negar ese destino y buscar respuestas con la razón, pero un día tuve que reconocer que existe un saber que está más allá del entendimiento humano. Por eso he venido, rabí Oppenheim. Buscando respuestas he seguido mi destino, y este me ha traído hasta aquí.

El rabino le escatimó de nuevo una respuesta. Durante un momento que pareció infinito, fijó una mirada escrutadora en el semblante de Sarah, hasta que se decidió a asentir con cautela.

—Lady Kincaid —dijo finalmente con voz suave—, no sé qué significa todo esto ni cómo debo considerarlo. Pero hay algo en sus palabras y en su manera de pronunciarlas que me mueve a confiar en usted. Por eso me gustaría enseñarle algo que hasta ahora solo han visto unos pocos ojos. Sígame, por favor.

El rabino dio media vuelta y se puso en movimiento, seguida por Sarah, muy intrigada por lo que le enseñaría. El joven Gustav estuvo indeciso un momento, pero como nadie le pidió que se quedara, se les unió. Salieron de la sinagoga por una puerta y regresaron al peristilo que rodeaba el edificio. Después de pasar por varias salas iluminadas con velas, llegaron a una puerta que Oppenheim abrió con una gran llave oxidada que había sacado del sayo.

La puerta carcomida se abrió con un crujido y dejó ver una escalera de madera que subía empinada. En el fondo, se trataba más bien de una escalera de mano que no inspiraba mucha confianza. No obstante, Oppenheim se agarró sin dudarla a los largueros y trepó ágilmente.

Sarah y Gustav intercambiaron una mirada. Ruborizado y con un carraspeo tímido, el muchacho le dio a entender que no pretendía en absoluto abrirse paso a codazos, pero, naturalmente, no quería subir detrás de ella por motivos de discreción.

Sarah esbozó una sonrisa.

—Permíteme decirte, Gustav Meyrink —le comentó—, que, a tu edad, ya eres más caballero que algunos hombres maduros.

El muchacho se ruborizó aún más y se apresuró a subir detrás del rabino. Sarah miró con un poco de recelo la escalera, que conducía a la más absoluta

oscuridad a través de un tragaluz cuadrado. Luego inició también la temeraria ascensión.

Los travesaños de la escalera crujían a cada paso, pero resistieron. El frío y un olor a madera vieja bajaban desde lo alto y, de pronto, empezó a arder la llama trémula de una vela. Sarah pudo reconocer entonces dónde se encontraba: en un hueco estrecho, de unos sesenta centímetros de anchura y con un techo inclinadísimo que permitía deducir que se encontraba justo debajo del tejado de la sinagoga. A la izquierda, quedaba delimitado por tejas de barro, contra las que golpeaba la lluvia; a la derecha, por la tablazón de madera que habían colocado encima de las vigas. Sarah dudó de que desde el interior de la sinagoga se intuyera la existencia de esa cámara: no era más que una cavidad, en cierto modo, un doble suelo al estilo de los que utilizaban los ilusionistas en los escenarios y en los teatros de variedades para sus espectáculos.

Sarah lanzó un suspiro al llegar al final de la escalera.

Gustav le tendió una mano para ayudarla, y la joven llegó por un tragaluz a una sala que debía de encontrarse en el ángulo más alto del tejado. A ambos lados ascendían unas cubiertas inclinadas que coincidían a casi dos metros de altura, de manera que solo se podía estar de pie en el centro. El suelo estaba revestido con tablas de madera ennegrecidas. Longitudinalmente, la sala se perdía en la oscuridad; la luz de la vela que el rabino Oppenheim había encendido no bastaba para iluminarla entera.

—¿Sabe qué es este lugar, lady Kincaid? —preguntó el rabino, cuyo semblante parecía más viejo y enigmático a la luz de la vela.

—Una cámara secreta, supongo —contestó Sarah.

—Cierto. Dicen que el rabí Löw escondía aquí al Golem... durante el día, cuando dormía y habría sido una víctima fácil para sus enemigos.

—El Golem —repitió Sarah, y miró boquiabierto a su alrededor. Todas las tablas, todas las vigas parecían exhalar el espíritu del pasado por todos sus poros...

—Nadie sabe si realmente fue así —objetó el rabino—, pero este lugar se ha acreditado realmente durante siglos como un escondite seguro. Igual que en ese caso.

Se dio la vuelta con la vela en la mano y dio unos pasos agachado, hasta que la luz trémula iluminó un arca grande con herrajes que se encontraba en el rincón más apartado de la buhardilla. Los distintos laterales del arca estaban adornados con todo tipo de tallas y símbolos judíos; en la tapa lucía una estrella de David con un sombrero de formas extrañas y acabado en punta.

—El símbolo de la comunidad de Praga —explicó Gustav mientras Oppenheim volvía a introducir la mano en su sayo y sacaba otra llave oxidada.

—¿Qué significa el sombrero? —inquirió Sarah.

—En el siglo XIV se proclamó un decreto por el que todos los miembros de la

comunidad judía debían llevarlo. Tenían que ser reconocidos como judíos a primera vista.

—Yo no lo habría explicado mejor —elogió el rabí Oppenheim mientras abría la cerradura y la tapa del arca—. El alma de las personas —comentó a continuación— alberga instintos más oscuros que cualquier noche y más fríos que la muerte.

Dejó caer la tapa hacia el otro lado, con lo que se levantó una densa nube de polvo que los hizo toser a todos. Cuando el polvo se posó, Sarah pudo ver lo que había en el interior del arca y soltó un grito ahogado de alegría.

Eran rollos.

Libros enrollados según la tradición judía, y sellados con cera para protegerlos de los estragos del tiempo. Con éxito, a juzgar por la apariencia.

—Su perspicacia no la ha engañado, lady Kincaid —constató Oppenheim—. No todos, pero sí algunos escritos que pertenecieron al venerable Judah Löw se encuentran en mi poder.

—¿De qué tratan?—preguntó Sarah.

—Los textos se han conservado en hebreo, sin excepción. Algunos están impresos, pero la mayoría son manuscritos, aunque no son los originales, evidentemente. En el transcurso de los siglos, han sido copiados y renovados una y otra vez.

—¿Siglos?

Oppenheim sonrió.

—Algunos de estos escritos fueron redactados hace más de tres mil años, lady Kincaid. No olvide que se trata de la fe más antigua del mundo.

—¿Por qué me ha traído aquí, rabí? ¿Por qué me enseña a mí, una desconocida, algo tan valioso e inestimable?

—Porque he reconocido en usted a alguien que busca, lady Kincaid. Y porque tal vez aquí —dijo señalando los rollos que se apilaban en el arca— se hallen unas cuantas respuestas. ¿Domina usted el hebreo?

—Lo lamento, pero no —dijo Sarah meneando la cabeza.

—Entonces le explicaré de qué se habla en este escrito.

El rabino metió la mano en el arca sin dudarle y sacó uno de los muchos rollos que había dentro, lo cual demostraba que estaba más familiarizado con el contenido del arca de lo que el polvo y la recóndita ubicación permitían suponer.

—¿Qué es?—preguntó Sarah.

—Un documento antiquísimo. Fue escrito en el año 246 antes de la era cristiana por un sabio judío llamado Josefo, que en esa época se hallaba en la corte de Ptolomeo II.

—¿En Alejandría?—Sarah aguzó el oído.

—Así es. Por lo que sabemos, Josefo debió de ser un hombre de muchos talentos. Dio clases en la Biblioteca y fue uno de los eruditos que tradujeron al

griego las enseñanzas de la Tora.

—La *Septuaginta*.

—¿Conoce los sucesos de aquella época?

—Ya lo creo —afirmó mientras un sinfín de recuerdos afloraban en su mente, y ni mucho menos todos fueron bienvenidos—. Como deferencia hacia los judíos establecidos en Alejandría, que a menudo ya no sabían hebreo o arameo, Ptolomeo mandó traducir el Antiguo Testamento al griego. A tal fin, reclutó a setenta sabios judíos, algunas fuentes hablan también de setenta y dos, que, según cuenta Aristeas, tradujeron la obra en setenta y dos días.

—Exacto. ¿Cómo es que sabe tanto de estos temas?

—He estado en Alejandría —se limitó a responder Sarah. ¿Qué más podía contestar? ¿Que había emprendido junto a su padre la búsqueda de la biblioteca desaparecida? ¿Que precisamente había sido la Septuaginta lo que les había brindado las pistas decisivas? ¿Que no podía olvidar la muerte de Gardiner Kincaid en las profundidades de Alejandría?

El rabino pareció notar de nuevo su dolor, ya que no siguió preguntando.

—Si conoce la historia del reino de Ptolomeo —prosiguió entonces—, seguramente también sabrá lo que ocurrió en el año 246.

—Si mal no recuerdo, Ptolomeo murió ese año...

—Eso también se corresponde con la realidad. Ptolomeo II estuvo rodeado en su lecho de muerte por sus consejeros y personas de confianza, entre los que se contaba Josefo, a quien habían prohibido regresar a Jerusalén una vez terminado el trabajo de traducción. Se quedó en Alejandría como historiador y cronista personal de Ptolomeo, y registró la época de su reinado.

—¿De verdad? —Sarah enarcó las cejas, asombrada—. No conozco nada de esas crónicas...

—Porque se perdieron en el transcurso de los años. Solo se conservó este rollo, en el que se describen con todo lujo de detalles las últimas horas de vida de Ptolomeo.

—¿Qué pone exactamente en el rollo? —inquirió Sarah, que seguía sin imaginar qué tenía que ver todo aquello con el Golem o con las respuestas que ella buscaba.

—Josefo escribió que, en sus últimas horas, Ptolomeo estuvo poseído por una extraña certidumbre. En aquel momento, su rival Antígonos ya había muerto, y Ptolomeo no parecía dispuesto a seguirlo al más allá. Se aferraba a la vida con todas sus fuerzas y, por lo que cuenta, su esperanza se basaba en el contenido de una redoma que le había dejado su hermana y esposa, Arsínoe.

—Arsínoe —repitió Sarah quedamente.

También había tropezado antes con ese nombre. ¿Era simple casualidad que todas aquellas personas y nombres se toparan de nuevo con ella o bien se ocultaba algo detrás...?

—Pronunciando las palabras *bios aiónios*, se acercó la redoma a los labios y apuró el contenido. *Bios aiónios* es griego y significa...

—... vida eterna —tradujo Sarah.

—Efectivamente. Pero según el relato de Josefo, el contenido de la redoma no proporcionó vida a Ptolomeo, sino un final atroz. Cuenta que murió convencido de que Arsinoe lo había engañado y lo había envenenado.

—¿Y? —preguntó Sarah.

—Aunque Ptolomeo había dispuesto en su testamento que Josefo quedaría libre y podría regresar a su patria, este se quedó un tiempo más en Alejandría para indagar el secreto de la redoma. Luego se le pierde el rastro hasta muchos años después, cuando se recupera en Atenas, donde apareció como orador en el ágora. Y precisamente de Atenas, donde al parecer Josefo se despidió de la vida en el año 289, a una avanzada edad, unos comerciantes judíos trajeron en el siglo XII a Europa una sustancia misteriosa a la que llamaban *hydor biou*.

—Agua de la vida —tradujo Sarah.

—Y precisamente de esa época data la primera mención del Golem por escrito, en una nota aclaratoria en alemán incorporada a la Cábala —prosiguió el rabí Oppenheim.

—¿Cree que hay alguna relación? —preguntó Sarah, desconcertada.

—¿Qué sabe usted del ritual con que se dio vida al Golem? —preguntó a su vez el rabino.

—Tan solo lo que puede encontrarse en la bibliografía especializada: que el rabí Löw trazó unas líneas en la frente del Golem para darle vida. Y le puso debajo de la lengua una nota donde estaba escrito el nombre de Dios...

—Un esquema —confirmó Oppenheim—. Y, por supuesto, también se habla de todo tipo de fórmulas mágicas y artes de birlibirloque alquimistas. Evidentemente, eso no se corresponde con los hechos, lady Kincaid. Judah Löw no era un mago, sino un simple hombre piadoso que conocía los secretos de la Historia y podía aprovecharlos. Porque, a diferencia de lo que cuentan las leyendas, el Golem no fue creado con agua del Moldava, sino con el líquido que algunos siglos atrás fue llevado desde Grecia hasta Europa central.

—El agua de la vida —concluyó Sarah.

—Exactamente.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como se puede estar, lady Kincaid. Si busca pruebas por escrito, no encontrará nada, puesto que ese saber secreto se transmite oralmente y cada rabino mayor de la comunidad se lo lega a su sucesor.

Sarah asintió moviendo pensativa la cabeza, intentando poner en orden la nueva información. Alejandría, el sabio Josefo, la antigua Grecia... ¿No había presenciado en sueños una ceremonia funeraria en la antigua Hélade? Y, en ese sueño, ¿no tenía Kamal una moneda debajo de la lengua, como era costumbre en

aquella época en Grecia...?

—Pero ¿qué relación guarda con todo lo demás? ¿Qué tiene que ver con Josefo? ¿Y con el bebedizo mortal que le fue administrado a Ptolomeo?

—No lo sé con certeza —reconoció el rabino—. Pero, si lo consideramos, podemos concluir que antaño existían dos elixires que obraban milagros: uno capaz de dar vida, y el otro, de quitarla.

—¿Y cree usted que engañaron a Ptolomeo? ¿Que Arsínoe le dejó el elixir falso?

—Si conoce bien la historia, sabrá que Arsínoe II no era una persona piadosa. Según las crónicas, era una intrigante peligrosa y gozaba de mala fama entre el pueblo por su vida disoluta y sus malas costumbres. Al fin y al cabo, no tuvo reparos en compartir cama con su propio hermano.

—¿No era eso usual en Egipto? —intervino Gustav discretamente.

—En esa época, ya no —explicó Sarah—. Los ptolomeos eran los sucesores de Alejandro en Egipto; por consiguiente, su visión del mundo estaba marcada por la cultura helena, y los griegos detestaban toda forma de incesto. Por otro lado, Arsínoe murió muchos años antes que Ptolomeo. ¿Qué razones podría haber tenido para hacerle algo así después de muerta?

—Como ya he dicho antes, el alma de las personas alberga ciertos abismos.

—Rabí —dijo Sarah, empleando todas sus fuerzas para obligarse a permanecer tranquila—, ¿intenta decirme que..., que tiene usted en su poder el elixir que da vida? ¿Que por eso está tan convencido de la existencia del Golem, porque usted mismo ha sido quien lo ha hecho volver a la vida?

—Lady Kincaid —replicó el rabino con los ojos brillándole húmedos—, desearía de todo corazón que así fuera. Si se me hubiera otorgado el poder de mi célebre antecesor, podría contribuir en algo al bienestar de mi pueblo en vez de estar condenado a la inactividad. Porque los hijos de Israel vuelven a estar en apuros en estos días, igual que hace más de trescientos años. Van a demoler el barrio, lo arrasarán...

—Algo he oído —confirmó Sarah.

—Ojalá fuera yo quien hubiera descifrado el secreto y hubiera devuelto a nuestro pueblo a su antiguo protector, pero no lo soy. No me falta fe ni determinación, pero carezco del agua misteriosa. La que quedaba en posesión de nuestra comunidad nos fue robada hará unos diecinueve años.

—¿Se la robaron?

—Así es, después de haber permanecido durante trescientos años en nuestro poder, desde el día en que Judah Löw dio vida a la criatura de barro.

—¿Trescientos años? —Sarah comenzó a contar y, restando 319 a 1884, el resultado era 1565...—. Creía que el año del Golem había sido el 1580 —objetó.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, teniendo en cuenta los acontecimientos que llevaron a la creación

del Golem, puede concluirse que sucedieron en el 5430 del calendario hebreo, lo cual correspondería a marzo de 1580 de la era cristiana...

Oppenheim rio quedamente.

—¿No esperará que los autores de los libros que lee conozcan toda la verdad? ¿Que sean expertos en los secretos de la cabalística? ¿De la mística de las letras? ¿De los sefirot?

—No, claro que no —admitió Sarah—. Pero una desviación de quince años...

—Para el dios de Jacob, eso es un instante —le dio que pensar el rabino—. Hay muchas historias alrededor de la creación, las acciones y la desaparición del Golem, lady Kincaid, y la verdad se encuentra en algún punto entre ellas. Es cierto que el Golem apareció por primera vez en el año 1580, pero la criatura fue creada muchos años antes y permaneció oculta a los ojos del mundo.

—Co... comprendo —contestó Sarah, dubitativa—. ¿Está realmente seguro en lo que respecta al año 1565?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ese año es muy importante por otros motivos —aclaró Sarah solícitamente.

—¿De verdad? ¿Qué ocurrió?

—En el año 1565, el jefe del ejército otomano Dragut Rais intentó penetrar con una flota en la región occidental del Mediterráneo y conquistar la isla de Malta. En aquella época, Malta pertenecía a los caballeros de la Orden Hospitalaria de San Juan, que opusieron una enconada resistencia contra Rais y finalmente consiguieron rechazar la invasión.

—¿Y? —preguntó el rabino.

—Hasta aquí, la parte oficial de la historia; ahora depende de usted si continuó o no con la transmisión oral.

—Adelante.

—Muy pocos saben —prosiguió Sarah—, que Dragut Rais tenía en su poder un artefacto antiquísimo, de tiempos remotos, llamado codicubus.

—¿Un qué? —preguntó Gustav, que atendía con asombro a la conversación y parecía no saber qué debía pensar de todo aquello.

—Un recipiente metálico en forma de cubo, destinado a guardar mensajes e informaciones secretas a través de los siglos —explicó Sarah—. Al parecer, antiguamente perteneció a Alejandro Magno.

—Interesante —reconoció Oppenheim—. ¿Cómo sabe usted todo eso?

—Lo sé porque tuve en mis manos ese codicubus... y porque las personas que querían apoderarse de él son las mismas que le han hecho esto a Kamal.

—El estado de su amado... ¿fue provocado artificialmente?

—Todo parece indicar que sí —confirmó Sarah—, porque el símbolo de esa gente es un único ojo, que aparece en una de las seis caras del cubo, y también estaba en una nota que habían colocado debajo de la lengua de Kamal.

—Como el esquema —gimió el rabino, y se notó que se estremecía.

—Además, tenía una señal en la frente, compuesta por tres letras: A, M y T. Seguro que las conoce.

—*Emeth* —murmuró Oppenheim—. Igual que en el Golem...

—¿Comprende ahora por qué estoy aquí, rabino? —preguntó Sarah, dirigiendo una mirada interrogativa al anciano—. ¿Comprende por qué estoy tan convencida de que precisamente aquí podría encontrar lo que librará a mi pobre Kamal de sufrir un final demasiado prematuro y azaroso?

—Absolutamente, lady Kincaid... Y lo considero una confirmación más de que usted es la persona de la que habla la profecía. Ha venido usted desde muy lejos para indagar sobre el Golem y su existencia, tal como estaba vaticinado. Sin embargo, debería tener mucho cuidado...

—Es la segunda vez que insinúa algo así. ¿Qué quiere decirme exactamente, rabí?

Por un momento pareció que Oppenheim iba a contestar, pero luego se lo repensó. La única reacción que Sarah obtuvo por respuesta fue un obstinado cabeceo de desaprobación. Sin querer recordó la advertencia de la condesa de Czerny: « Los rabinos son gente extraña. Suelen hablar con acertijos y algunas personas se han extraviado en el embrollo de sus palabras » .

Sarah estaba harta de alusiones imprecisas. Cansada de andar a ciegas por laberintos que otros levantaban a su alrededor, y por eso habló con aspereza.

—Con simples insinuaciones no puedo hacer nada —puntualizó—. Lo que ha dicho solo refuerza mi propósito de buscar y encontrar al Golem.

—¿Qui... quiere encontrar al Golem?

—Efectivamente. Al entrar me ha preguntado si creía en el Golem. A decir verdad, estoy dispuesta a hacer casi cualquier cosa y a creer todo lo que sea necesario para salvar a Kamal. Si encuentro al Golem, probablemente también encontraré el agua que da la vida... y que probablemente podrá salvar a mi amor. ¿Comprende?

—Creo que sí...

—¿Sabe dónde se encuentra actualmente el Golem?

El rabino meneó la cabeza.

—No, lady Kincaid.

—Pero usted dijo que lo había visto.

—Casualmente, hace unas semanas. Mi amigo Daniel, el lechero, me había invitado a su casa y regresé a una hora avanzada. A la luz pálida de la luna distinguí una figura enorme, gigantesca, que avanzaba caminando pesadamente...

—El Golem —continuó Sarah.

—Tal como lo describen en los antiguos escritos.

—¿Adónde fue?

—No lo sé.

—¿No lo siguió?

—Lady Kincaid, soy un servidor de Dios, no un superhombre —reconoció el rabino avergonzado—. Al principio, tuve tanto miedo que no podía ni mover las piernas. Cuando por fin volvieron a obedecerme, el Golem había desaparecido. Corren rumores de que se esconde en las profundidades de la ciudad, en una habitación sin entrada.

—¿Una habitación sin entrada? —preguntó Gustav, que escuchaba absorto.

—Dicen que solo la encontrará quien tiene que encontrarla —afirmó el rabino.

—Ha hablado usted de rumores —dijo Sarah—. ¿Hay más gente que ha visto al Golem?

—Ciertamente, lady Kincaid, y cada vez son más. Porque, como ya le he dicho, el Golem ha regresado para anunciar el fin del mundo.

—¿El fin del mundo? ¿Se refiere al Apocalipsis? —Sarah enarcó las cejas—. ¿No es eso un poco exagerado? Al fin y al cabo, se trata de una de las muchas historias...

—Para nosotros, no, lady Kincaid —aseguró el rabino con mirada sombría—. Si el Golem ha regresado, eso significa que el mal también ha regresado... Y ese mal amenaza a nuestra comunidad tanto como a usted y a su amado Kamal. No sé si...

Se interrumpió súbitamente al oír unos gritos fuera, tan fuertes y estridentes que incluso se oyeron a través de la lluvia y de la pared doble del tejado. Una voz aguda gritó algo en una lengua extranjera que Sarah no entendía... Pero se oyó claramente una palabra...

Golem...

—¿Qué ocurre ahí fuera? —inquirió.

—El Golem —contestó el rabino susurrando—. Han vuelto a verlo. Muy cerca...

Sarah no perdió un instante. Dio media vuelta y se dispuso a pasar al tragaluz para bajar por la escalera. Pero la mano del rabino se lo impidió.

—Suélteme —exigió la joven—. Tengo que encontrar a esa criatura y descubrir qué oculta.

—Solo una cosa más —dijo Oppenheim.

—¿Qué?

—Le debo una respuesta, lady Kincaid. Según la profecía, aquel que intente averiguar el secreto del Golem...

—¿Sí? —lo apremió Sarah.

—... encontrará la muerte —contestó el rabino en un tono que contenía a la vez un pesar infinito y una contundencia terrible.

Sarah notó que se apoderaba de ella un nuevo temor, aún leve, que nunca

antes había sentido.

—Qué más da —dijo aun así—. Todos seguimos nuestro destino, ¿no?

Se soltó y dio media vuelta, bajó por la escalera carcomida y empinada. Los travesaños crujieron de nuevo a sus pies y se alegró al volver a pisar el suelo de piedra del peristilo. Cruzó las salas iluminadas por velas y regresó a la entrada, esperando encontrar allí a sus acompañantes... Sin embargo, ni Friedrich Hingis ni Horace Cranston estaban en su sitio.

—¿Friedrich? —llamó Sarah en voz alta—. ¿Doctor...?

Nada.

—Friedrich, ¿dónde está? Doctor Cranston, ¿dónde está usted?

Sarah continuó sin recibir más respuesta que el golpeteo de la lluvia, que seguía cayendo con fuerza y casi había anegado la callejuela donde estaba la sinagoga.

Sarah miró hacia el exterior, hacia la oscuridad que entretanto había irrumpido, pero en la desoladora penumbra, surcada por hilos de lluvia resplandecientes, solo se distinguían las siluetas de los edificios colindantes. De sus acompañantes, ni rastro.

—¿Friedrich? —volvió a gritar—. ¿Doctor Cranston...?

Un instante después, se quedó sin aliento... Porque a pocos metros de distancia, al otro lado de la callejuela, vislumbró una sombra fornida que se agazapaba allí inmóvil y no le quitaba la vista de encima.

¡El Golem!

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Estaba sola.

Abandonada por mis compañeros, me hallaba en el portal de la sinagoga y vi a aquella criatura legendaria y enigmática de la que me había hablado el rabino Oppenheim y de la que en aquel momento solo me separaban ocho pasos a través de una cortina de lluvia casi impenetrable. Y, sin poder evitarlo, me embargaron los viejos temores que creía desaparecidos hacía mucho tiempo...

Sarah no daba crédito a sus ojos.

Primero pensó que era víctima de una ilusión, porque cuando intentó volver a distinguir la silueta negruzca, esta pareció haberse desvanecido. Sin embargo, algo se movió de repente en la penumbra de aquel rincón, y todas las dudas desaparecieron.

Un verdadero espanto se apoderó de Sarah cuando aquella figura se incorporó con toda su altura gigantesca. Llevaba una capa holgada para protegerse de la lluvia, y una capucha le tapaba el rostro. No obstante, Sarah estaba convencida, aunque su intelecto se resistiera con vehemencia a creerlo, de que se trataba de aquella criatura legendaria de la que le había hablado el rabino Oppenheim...

Durante unos segundos, la joven fue incapaz de moverse. Sin embargo, luego recuperó la calma y actuó. Metió las manos temblorosas dentro del abrigo para sacar el Colt Frontier que llevaba en la pistolera: ya no era el que había heredado de su padre y que había perdido en la búsqueda del Libro de Thot, sino un arma prácticamente nueva del mismo tipo que le había comprado a un armero en Londres. Notó en la mano derecha la frialdad y el peso de la culata de nácar, que le transmitió una sensación de seguridad que resultó engañosa.

Sarah no llegó a sacar el arma, ya que la sombra gigantesca se movió en

aquel momento. La capa le ondeó al viento al dar media vuelta y comenzar a caminar calle abajo sin haberle dedicado una sola mirada más a Sarah. Era como si la hubiera evaluado y hubiera decidido que ella no le suponía ninguna amenaza.

¿Quién era aquella criatura extraña?

Sarah tenía que averiguarlo. No podía quedarse a esperar el regreso de sus compañeros; tenía que aprovechar la oportunidad que se le presentaba. Aunque ello significara hacer caso omiso a todas las advertencias que la condesa de Czerny le había formulado con respecto a Josefov y la situación que imperaba en aquel barrio.

Sarah notó que se le hacía un nudo en la garganta. Sintió malestar, pero se obligó a salir del amparo del peristilo y se deslizó rápidamente bajo la lluvia tras aquel espectro. Pudo distinguir la silueta gigantesca un buen trecho por delante. El Golem caminaba por el centro de la calle desierta como si no existieran la noche ni la lluvia, dando grandes zancadas, aunque lentas y, en cierto modo, vacilantes.

La luz de los pocos faroles de gas que aún funcionaban luchaba en vano contra la oscuridad y la espesa cortina de agua; resultaba ineficaz y no aportaba más que manchas opacas y de color leonado a la triste penumbra, sin dispensar ni iluminación ni consuelo. Con la cabeza agachada entre los hombros, como si así pudiera protegerse de la lluvia, Sarah anduvo deprisa por unas cuantas callejuelas. Al principio se deslizaba del saliente de un muro a otro para que no la descubriera. Pero aquella criatura simplona caminaba en silencio sin mirar atrás, de manera que Sarah pronto abandonó las precauciones.

Al pasar bajo la marquesina de una tienda, que ya había cerrado puertas y ventanas con rejas, vio dos figuras harapientas en la penumbra: dos mujeres jóvenes, abrigadas con unas capas ajadas, que se estrechaban atemorizadas y miraron despavoridas a Sarah. Aceleró el paso y divisó a más gente sin hogar que intentaba resguardarse de la lluvia bajo algún portal angosto o en cualquier rincón; también en sus semblantes pálidos se reflejaba sin excepción el pavor.

Sarah no dudó de que la causa era el encuentro con el Golem y comprendió que aquella gente no veía en la legendaria criatura a un salvador, sino un mal presagio para la comunidad de Praga, igual que el rabino. A diferencia de trescientos años atrás, el hombre de barro sembraba miedo y pavor. Pero ¿por qué lo habían devuelto a la vida? ¿Qué siniestros propósitos ocultaba el regreso del Golem?

La arqueóloga no albergaba ninguna duda sobre la existencia de conexiones. No podía ser casual que el año 1565 señalara tanto la aparición del codicibus como la del Golem. Solo faltaba determinar el vínculo. Probablemente se trataba del «agua de la vida» de la que había hablado Oppenheim.

Le estaba muy agradecida al rabino por la información que le había dado. Mientras perseguía al Golem por las callejuelas, intentaba poner en orden y

relacionar los conocimientos que había adquirido, aunque solo lo consiguió en parte. Aún quedaban demasiadas preguntas abiertas para que las numerosas piezas del rompecabezas pudieran componer un todo con sentido, pero Sarah estaba más que decidida a resolver el enigma con la misma precisión y tenacidad con que un arqueólogo se ocupaba de unir los fragmentos de una vasija antigua...

Un buen trecho por delante de ella, la figura gigantesca se dispuso a torcer por un callejón, y en ese momento se volvió por primera vez.

Sarah no estaba preparada para ello, pero reaccionó a la velocidad del rayo. Con gran presencia de ánimo, buscó cobijo detrás de una hilera de toneles llenos de agua de lluvia que alguien había abandonado allí. La mirada escrutadora que examinaba la callejuela desde la oscuridad de la capucha no alcanzó a verla. Sarah respiró tranquila. Sin embargo, cuando se disponía a abandonar su escondite, una mano descarnada y huesuda la agarró del brazo.

—¿Adónde vas tan deprisa, preciosa...?

Un grito ahogado escapó de su garganta al darse cuenta de que no estaba sola. En la tenebrosidad impenetrable que imperaba entre los toneles se agazapaba una figura andrajosa que por lo visto se había instalado a vivir allí. Sentado debajo de una lona impermeable que había extendido entre los toneles, se protegía de la lluvia y, como una araña en su red, parecía al acecho de cualquier víctima desprevenida que se extraviara por las proximidades...

—¿Qué? ¿No quieres quedarte conmigo?

La voz, terriblemente ronca y de la que era imposible decir si pertenecía a un hombre o a una mujer, estalló en una risita maliciosa, y Sarah creyó reconocer por un instante un rostro alargado, enmarcado entre unos pocos mechones de cabello que caían desde una cabeza por lo demás calva. Unos ojos grandes y con profundas ojeras, en los que brillaba el placer de matar, miraban desde la oscuridad, y Sarah hizo lo único que se le ocurrió: golpear.

Con el puño derecho cerrado aporreó el brazo que la agarraba, pero este siguió sujetándola con fuerza, como si de un tornillo de banco se tratara, e intentó arrastrarla hacia la oscuridad. Las risitas fueron a más y, de repente, otra mano salió de la penumbra, agarró a Sarah por el cuello y apretó.

—Ven, cariño. Ven...

Sarah seguía sin poder asegurar si su verdugo era hombre o mujer. No obstante, era incuestionable que aquella voz pertenecía a una persona lo suficientemente desesperada para asesinar a alguien a sangre fría. La joven intentó apartar aquella mano de su cuello, pero solo logró cosechar una carcajada burlona.

Entonces se acordó del revólver...

Intentó meter en el abrigo la mano que tenía libre, pero no pudo porque llevaba la ropa empapada a causa de la lluvia. El maleante, fuera quien fuese,

soltó una risa aún más estentórea y apretó con más fuerza, de modo que Sarah apenas podía respirar. Sus movimientos se volvieron atolondrados e imprecisos, y procuró sin éxito asir la culata del arma.

Empezaba a ver puntitos oscuros. Le dolían los pulmones y las fuerzas estaban a punto de abandonarla. Las carcajadas de su verdugo penetraban en sus oídos y, durante unos segundos que parecieron eternos, temió que aquello sería lo último que oiría en este mundo... Entonces, con su mano derecha temblorosa encontró por fin la pistolera, asió la culata del revólver y lo empuñó.

Las risotadas enmudecieron de golpe y se transformaron en un jadeo de espanto; simultáneamente, cesó la presión en el cuello de Sarah. La joven cogió aire con dificultad y notó que al instante recuperaba el ánimo, aunque seguía sin ver nada más que puntitos centelleantes que no paraban de moverse con desorden.

—¡Largo! ¡Esfúmate! —masculló, apuntando el cañón del revólver hacia donde suponía que estaba su enemigo.

Acto seguido, la segunda mano también desapareció y algo se replegó entre los toneles lanzando un gemido de terror: algo que no tenía piernas, sino que, como Sarah creyó distinguir a pesar de tener la visión mermada, se movía apoyándose sobre los brazos.

La pretensión de mandarle un balazo al canalla se esfumó al instante.

Estremecida, Sarah se puso en pie como buenamente pudo, reculó tambaleándose y se apoyó de espaldas en la pared de una casa. Permaneció allí arrimada, respirando con dificultad bajo la lluvia torrencial, y quedó calada hasta los huesos. Miró angustiada a su alrededor y constató agradecida que su vista mejoraba. Seguía sosteniendo con ambas manos el Colt cargado.

Cuando ya nada se movía en su entorno y estuvo segura de que no estaba expuesta a otro ataque, recordó el motivo de aquella excursión nocturna. Después de dar una vuelta sobre sí misma para asegurarse de que nadie la seguía, prosiguió su camino por la callejuela. Sin embargo, no se veía ni rastro del Golem por ninguna parte.

Sarah se acordó de que la misteriosa criatura se disponía a torcer por un callejón lateral y decidió seguir en esa dirección. La calleja, un pasaje corto y estrecho, pasaba por debajo de un arco de piedra y conducía a un patio trasero repleto de porquería. En el lado opuesto había otro pasaje que Sarah tomó y que desembocaba en una callejuela un poco más ancha.

Hasta allí parecía obvio cuál era el camino que había seguido el Golem. Pero ¿hacia dónde se había dirigido después?

Sarah miró en todas direcciones. No pasaba nadie a quien poder preguntar; por lo tanto, tendría que confiar en su instinto. Le vinieron a la mente las palabras del rabino, que había hablado de una «habitación sin entrada» donde el Golem se escondía y que nadie podía encontrar si no quería ser encontrada...

Se mordió los labios y ya empezaba a tacharse de necia por haber perdido de vista su objetivo y haber desaprovechado una ocasión única...

... cuando se dio cuenta de algo.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la escasa luz, le pareció distinguir, más allá de la oscuridad y de la cortina de agua, un muro en el lateral izquierdo del callejón.

Efectivamente.

El muro tenía la altura de un hombre y estaba desconchado en muchas partes, de manera que provocaba una impresión miserable. Al otro lado no se divisaba ninguna casa. Por lo tanto, seguramente no se trataba de un patio particular. Sarah recordó las palabras del joven Gustav Meyrink y pensó que más bien tenía delante los muros del cementerio judío.

¿Se habría retirado allí el Golem?

A Sarah le pareció que esa era la opción acertada. Con los brazos cruzados a la altura del pecho y la mano empuñando el revólver por debajo del abrigo para que la lluvia no estropeará el arma, siguió el trazado del muro hasta llegar a una verja oxidada. A esas horas debería estar cerrada, pero una de los dos alas estaba abierta y, en el camino de tierra lleno de pisadas que conducía al cementerio, Sarah distinguió unas huellas de un tamaño desmesurado y tan recientes que la lluvia aún no las había borrado.

Una sonrisa triunfal se dibujó en su semblante. Había recuperado el rastro del Golem...

Sarah cruzó la verja y entró en el viejo cementerio que, bajo la espesa lluvia, se presentaba como un mar de lápidas de distintas formas, estrechas y anchas, altas y bajas, unas sin adornos y otras ornamentadas, pero todas antiguas y resquebrajadas, que se extendía por el oscuro horizonte. Avanzó poniendo con cautela un pie delante de otro, y habría dado cualquier cosa por tener un farol a mano. Fuera del cementerio, el alumbrado de las calles procuraba al menos una luz mortecina, pero dentro de los muros imperaba una negrura casi absoluta.

Sarah tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad para poder distinguir algo. Luego se apresuró a seguir el rastro. Había que darse prisa o la lluvia eliminaría las huellas. Inclínada hacia delante para no perder de vista el rastro a pesar de la mala visibilidad, Sarah se deslizó por el cementerio en plena noche. Se detuvo varias veces, allí donde la lluvia había hecho ilegibles las huellas, pero consiguió volver a encontrarlas y pudo seguir las.

Y, súbitamente, el rastro cambió.

En vez de avanzar como había hecho hasta entonces, el encapuchado parecía haberse quedado quieto y, a juzgar por la profundidad de las huellas, había permanecido allí un buen rato. Sarah se incorporó y se quedó petrificada al ver en la oscuridad el contorno de una gran lápida.

Entonces recordó que llevaba cerillas en el bolsillo del abrigo. Suponiendo que

la lluvia no las hubiera empapado, le proporcionarían claridad al menos durante un momento. Guardó el revólver en la pistolera. Sacó unas cuantas cerillas y probó suerte, con éxito. Saltaron unas chispas azuladas y consiguió mantener una pequeña llama que irradió suficiente luz para arrancar de la oscuridad la lápida y la inscripción.

El sepulcro estaba muy trabajado, lo cual indicaba que allí yacía una personalidad importante. Las piedrecitas que alguien había colocado encima en señal de estima también sugerían esa conclusión. Aunque Sarah no supo descifrar los caracteres hebreos de la lápida, intuyó de qué tumba se trataba: la de Judah Löw, el rabino que, según la leyenda, había dado vida al Golem hacía más de trescientos años.

¿Había ido allí la criatura para permanecer unos instantes junto a la tumba de su creador?

En aquel preciso momento se apagó la cerilla y Sarah volvió a estar rodeada de oscuridad. Sintió un ligero escalofrío y, a pesar de que había que darse prisa, no pudo evitar agacharse, coger una piedra del suelo y depositarla también sobre la tumba. Mientras lo hacía, deseó encarecidamente que el milagro del Golem pudiera ayudar también a Kamal.

Un crujido la arrancó súbitamente de sus pensamientos.

—¿Quién anda ahí?

Se volvió rápidamente, empuñando de nuevo el revólver. No tenía tiempo de encender otra cerilla. Sarah se quedó allí, sin aliento y con el corazón en un puño, viendo las tumbas que se perfilaban como bocetos amenazadores bajo la lluvia y, por primera vez desde que se había adentrado en el viejo cementerio, sintió miedo.

—¿Hay alguien ahí?

Tragó saliva, notaba la boca seca. Miró aquí y allá, angustiada, casi esperando que una sombra gigantesca se abalanzara sobre ella, pero no ocurrió nada parecido. Al contrario, de repente se encendió una luz en la oscuridad.

Sarah se sobresaltó al vislumbrar a unos cincuenta metros de distancia un brillo macilento que traspasaba débilmente la lluvia: la luz de una lámpara de petróleo que salía por la ventana cuadrada de una cabaña que se encontraba en un extremo del camposanto.

La casa del guarda...

La claridad se atenuó de repente, pero no porque la lámpara se hubiera apagado, sino porque una gran sombra se había puesto delante y la había oscurecido un momento.

¡El Golem!

Sarah renunció a la idea de encender otra cerilla. A paso ligero, tan deprisa

como le permitía el terreno accidentado y ablandado por la lluvia, bajó a toda prisa por el camino que llevaba a la cabaña. La inquietante sombra había vuelto a desaparecer, pero Sarah estaba segura de haber encontrado por fin lo que buscaba. El miedo había pasado a un segundo plano en beneficio del espíritu investigador que una vez más se había apoderado de ella y al que la esperanza de salvar a Kamal daba alas...

Corrió velozmente bajo la lluvia torrencial. Teniendo en cuenta las bajas temperaturas, debería haber estado helada, pero no notaba ni el frío ni la ropa empapada. Mientras avanzaba, sacó el revólver. Un instante después llegaba a la cabaña, construida junto al muro del cementerio.

Se metió debajo del alero del tejado. Con la espalda pegada a la pared, se acercó a una ventana y miró dentro con cautela.

Había una mesa sencilla, encima de la cual estaba el farol, y dos sillas. En el suelo, un arca con una jofaina de hojalata abollada encima; enfrente, un austero catre. Finalmente, una estufa de hierro fundido con un tubo de hojalata que atravesaba el techo.

Del gigante, ni rastro.

¿Se había escondido adrede?

¿Sospechaba que lo había seguido?

Para combatir el nerviosismo se obligó a respirar pausada y regularmente. Agazapada debajo de la ventana, se deslizó hacia la entrada. La puerta solo estaba entornada, un calor reconfortante salía por ella...

Sarah dudó un momento, luego hizo de tripas corazón. Se oyó un ligero clic cuando amartilló el revólver para poder abrir fuego si hacía falta, y luego se acercó a la puerta carcomida, que se abrió ruidosamente y le dejó vía libre. Sarah tuvo que agachar la cabeza para cruzar el umbral de poca altura y entró en la cabaña. Examinó los cuatro rincones de aquella misera morada apuntando con el cañón del arma, hasta que estuvo segura de que realmente no había nadie dentro. Pero ¿dónde diantre se había metido el gigante? ¿No había visto su sombra hacía un momento?

Sarah miró extrañada a su alrededor, examinó las paredes sin adornos y el frágil entablado que gemía con sus pisadas. Su mirada se posó en un pequeño charco que se había formado en el suelo delante del arca. Lo primero que pensó fue que el tejado probablemente tenía goteras por donde entraba el agua de la lluvia, pero una mirada al techo no corroboró esa suposición. Por muy vieja que fuera la cabaña, la cubierta de madera cumplía diligentemente su función. ¿De dónde salía pues el agua?

Sarah pasó a la siguiente idea y echó un vistazo a la jofaina de hojalata que había encima del arca y cuyo esmalte había saltado en algunos puntos. El interior del recipiente estaba mojado, lo cual permitía concluir que el agua del suelo había estado antes allí, pero ¿cómo había ido a parar al entarimado?

En el fondo, solo había una respuesta posible: alguien había abierto el arca y había hecho caer la jofaina.

Sarah agarró la tapa con una mano e intentó levantarla, pero no se movió ni un dedo. Se vio obligada a dejar el revólver y a intentarlo con las dos manos, pero la tapa del arca siguió sin moverse. El hecho de que no se viera ningún cerrojo ni nada semejante tenía que significar que había un mecanismo oculto.

Examinó la tapa y, luego, las distintas caras del arca, pero no logró descubrir nada sospechoso. Después de buscar en vano y de empezar a tacharse de necia por haber tenido una idea tan desacertada, su mirada se posó de nuevo en la jofaina... y tiró de ella en un último intento poco entusiasta.

El resultado fue asombroso.

El recipiente de hojalata, que no estaba colocado sobre el arca como parecía a simple vista, sino que estaba fijado en ella, se inclinó hacia delante con un ruido seco mecánico y, al cabo de un instante, la tapa del arca se abrió dejando oír el roce de las cadenas de un polispasto oculto. Desconcertada, Sarah dio un paso atrás antes de inclinarse con curiosidad para echar un vistazo al interior de la misteriosa caja. Y se llevó otra sorpresa.

El arca no tenía fondo ni era lo que parecía; se trataba más bien de la entrada a un pozo rectangular que penetraba verticalmente en una oscuridad insondable de la que emergían unos vapores malolientes que le hicieron arrugar la nariz.

¡Por allí había desaparecido el gigante!

Sopesó por un instante la idea de ir a buscar ayuda. Pero ¿a quién podía dirigirse a esas horas y con semejante tiempo de perros? Habría dado cualquier cosa por tener a su lado a Hingis o a Cranston, pero sus compañeros no estaban allí y no le quedaba más remedio que arriesgarse y explorar el terreno desconocido...

Empuñó el revólver con decisión y se acercó a la mesa para coger la lámpara. Equipada de este modo, entró en el arca y descendió por la escalera de mano hacia el misterioso fondo.

El hedor aumentaba con cada peldaño que bajaba. Asimismo, Sarah oyó un rumor lejano. Llegó al fondo del pozo, que debía de tener cinco metros de profundidad y tenía las paredes recubiertas con tablas de madera carcomida. Abajo había una galería estrecha que, por lo que pudo juzgar la joven, pasaba por debajo de los muros del cementerio.

Con la lámpara en una mano y el revólver en la otra, Sarah avanzó por la galería, que debía de medir unos tres pies de ancho y era lo bastante alta para poder caminar de pie. A Sarah le resultaba un misterio que el gigante encapuchado pudiera pasar por allí. En una de las vigas de madera que sostenían el techo a tramos regulares, encontró un jirón de lana negro: un trocito de capa, sin duda, y un nuevo indicio de que el coloso había tomado aquel camino.

Sarah contuvo la respiración. Las emanaciones malolientes que impregnaban

el aire aumentaban a medida que se adentraba en la galería, y el rumor también se hacía más fuerte. Era imposible saber cuánto tiempo llevaba recorriendo el pasadizo cuando este desembocó en un gran conducto de piedra, pero Sarah calculó que hacía un buen rato que no se encontraba ya debajo del barrio de Josefov, puesto que el río apestoso y de un metro y medio de anchura que corría a sus pies era sin duda ¡una alcantarilla!

—Así que esta es la solución al enigma —musitó—. Me encuentro en el alcantarillado.

Aunque solo había susurrado, su voz resonó una y mil veces por la bóveda, deambuló como un eco susurrante y finalmente reverberó en lo más hondo del conducto. A juzgar por las piedras toscamente labradas que componían el túnel, que tenía la altura y la anchura justa para que pasara una persona, existía desde hacía mucho tiempo. En cambio, la galería que llevaba allí desde el cementerio daba la impresión de haber sido construida mucho después, y Sarah dudó que formara parte del alcantarillado oficial de Praga. A juzgar por el mal estado del conducto, plagado de grietas y de cuyo techo colgaban retazos de musgo y raíces, la última inspección realizada en el túnel se remontaba a mucho tiempo atrás. Una circunstancia favorable para alguien que no quería que lo molestaran allá abajo...

Volvió a pensar en las palabras del rabino y en el escondrijo que había comentado. Una «habitación sin entrada», había dicho.

—Bueno —gruñó Sarah—, por lo visto, he encontrado la entrada.

A pesar del hedor, continuó avanzando siguiendo la corriente de la alcantarilla y fue a parar a un conducto más grande en el que se vertía el contenido de varios canales. El rumor aumentó y el hedor se hizo tan insoportable que Sarah se tapó la cara con el chal empapado por la lluvia para filtrar un poco el aire. Continuó caminando con la lámpara delante y teniendo cuidado de no resbalar en el estrecho saliente repleto de porquería y cieno. En aquellas tinieblas vio brillar un sinfín de ojos amarillos cuyos propietarios se escabullían chillando cuando la luz de la lámpara los alcanzaba: ratas, que seguramente poblaban a millares aquel siniestro lugar.

La idea no le hizo ninguna gracia, pero Sarah se obligó a seguir por el túnel. De repente notó que al rumor del agua se le había sumado un nuevo ruido que no encajaba en aquel lugar: un martilleo sordo y metálico, como si un herrero trabajara en el yunque.

El sonido estridente llegaba desde el fondo del conducto y, si quería descubrir su origen, Sarah tenía que seguir avanzando por las buenas o por las malas. Y hacía rato que no era por las buenas. Si bien estaba tan decidida como antes a proseguir, pocas veces se había sentido tan perdida y sola como entonces. No sabía ni dónde se encontraba ni adónde conducía aquel viaje. Aún sujetaba con fuerza el revólver en su mano derecha, pero se sentía como alguien que se está

ahogando y se aferra a un clavo ardiendo. Si se extraviaba en aquel laberinto subterráneo, el Colt Frontier no le serviría de mucho.

Sarah se dio cuenta de que no se había extraviado cuando reanudó la marcha por un ligero recodo del conducto y vio una abertura que estaba claro que había sido esculpida en el muro curvo mucho después de la construcción del túnel. La galería con la que conectaba, cuyo final no podía verse a la luz de la lámpara, se parecía en el tipo de construcción a la que Sarah había cruzado para llegar al alcantarillado, y la reja que normalmente la cerraba estaba solo entornada.

La curiosidad la impelía a entrar de inmediato a explorar la galería, pero la prudencia, que según Shakespeare era la mejor parte de la valentía, la detuvo.

¿Estaba a punto de caer en una trampa?

Las palabras de advertencia de sir Jeffrey resonaron en sus oídos, igual que las de la condesa. Sarah suponía que el gigante no la había visto cuando lo seguía por el cementerio, aunque le quedaba un resto de duda. Pero las dudas no salvarían a Kamal, solo el valor y la determinación. Así pues, hizo de tripas corazón, abrió la verja y entró.

El pasadizo era de techo bajo, el aire era tan denso y olía tan mal que a Sarah casi se le revolvió el estómago. No obstante, avanzó intrépida, con el revólver en la mano preparado para disparar. La galería descendía empinada por unos escalones. Allí las paredes ya no eran de madera carcomida, sino de piedra maciza, y a medida que Sarah descendía, el frío aumentaba y el aire mejoraba. La galería describía una curva y Sarah pudo divisar de pronto el final, de donde llegaba una luz débil y trémula.

De nuevo se le aceleró el pulso y la palma de la mano con que sostenía la empuñadura del Colt se le humedeció. Sarah contuvo el aliento. ¿Se airearía por fin el secreto de aquel siniestro lugar?

Avanzó deslizándose sin hacer ruido. Envuelta en su abrigo negro, empapado de agua y pesado, la joven apenas se distinguía de su propia sombra, proyectada en la pared por la luz de la lámpara de petróleo. Finalmente llegó al final del pasadizo que, al parecer, se transformaba en una especie de gruta o cámara.

Cautelosa, Sarah aminó el paso y echó un primer vistazo dentro.

La estancia, probablemente creada por un capricho de la naturaleza en tiempos remotos, tenía forma alargada. Dos antorchas situadas en unos soportes fijados en la pared a ambos lados de la entrada eran el origen de la luz trémula.

Saltaba a la vista que se trataba de una especie de gruta de sacrificios o de templo, quizá también de un laboratorio secreto; de otro modo no se explicaban las mesas de piedra excavadas en la roca a lo largo de las paredes. Esparcidos por encima se encontraban todo tipo de objetos que habrían hecho honor a un alquimista; entre estos se apilaban libros encuadernados en piel envejecida y mapas. El techo de la cámara subterránea estaba pulido, igual que el suelo, en el centro del cual destacaba un símbolo hartamente conocido.

¡El símbolo del único ojo!

Sarah no tuvo tiempo de reaccionar ante ese descubrimiento porque oyó un ruido procedente del lado opuesto del laboratorio. Empuñando el Colt, se dio la vuelta y constató que al otro extremo de la cámara longitudinal había un paso de techo bajo que parecía conducir a otra estancia. El ruido, que en ese momento se repitió, procedía de allí.

Un ruido de algo restregando y, luego, un bufido sordo o un gemido. Al parecer, había alguien en aquella sala...

Sarah decidió echar un vistazo.

Dejó la lámpara en el suelo de manera que la luz penetrara en la otra habitación. Luego sujetó el revólver con ambas manos y se acercó con cautela al pasadizo. Casi contaba con que se le abalanzaría encima el gigante encapuchado de negro, pero sus expectativas se vieron defraudadas de nuevo. Porque lo que encontró más allá del paso no era un gigante, sino un suizo no demasiado corpulento al que conocía muy bien.

—¡Friedrich! —exclamó espantada al descubrir a su amigo.

Hingis tenía las manos atadas a la espalda, y también le habían atado los pies. Una mordaza en la boca le impedía hablar y tenía las lentes torcidas sobre la nariz.

Su reacción al ver a Sarah fue contradictoria. En su mirada se reflejó esperanza, pero de su faringe salían sonidos inarticulados que sonaban a verdadero espanto.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Sarah precipitándose hacia él—. Ha desaparecido...

Le quitó la mordaza, pero cuando se dispuso a desatarle las manos y los pies, el suizo se lo impidió.

—Tiene que huir, Sarah —musitó—, es una trampa y yo soy el ceb...

No consiguió acabar la frase.

Antes de que llegara al final, se oyó un ruido metálico y una reja de barrotes macizos cayó desde el techo del pasadizo justo detrás de Sarah y golpeó en el suelo con gran estrépito.

—¡No!

Sarah, que en ese momento se dio cuenta de que había cometido un error fatal, se dio la vuelta. En un gesto espontáneo, pero bastante absurdo, se agarró a los hierros oxidados e intentó levantarlos en vano. Había caído en la trampa como un ratón al que echan de cebo un pedazo de tocino, y se tachó de necia por haber picado.

—Era lo que quería decirle —comentó Hingis, compungido mientras Sarah empezaba a liberarlo de sus ataduras—. Poco después de que usted entrara en la sinagoga, apareció de repente. Cranston y yo decidimos seguirlo, pero él ha sido más astuto. Nosotros nos hemos perdido de vista en la maraña de callejuelas.

Recuerdo que estaba llamando a Cranston y entonces he visto una sombra oscura en la pared; luego, todo se ha vuelto negro.

—¿Lo ha dejado inconsciente?

—No, me ha metido en un saco como si fuera un niño rebelde y me ha traído directamente aquí —dijo indignado el suizo.

—¿Quién? —preguntó Sarah—. ¿A quién se refiere?

En ese mismo instante se oyeron pasos en la galería situada más allá del laboratorio. Unos pasos pesados que producían crujidos sobre la piedra desnuda y se acercaban.

—¿Quién? —volvió a preguntar Sarah.

Hingis levantó el brazo izquierdo tullido.

—No me creería —murmuró con los ojos vidriosos.

Sarah se dio la vuelta y se acercó a la reja. La pieza no era lo suficientemente alta para poder estar de pie, por eso se agachó delante de los barrotes, empuñando con ambas manos el Colt cargado mientras los pasos parsimoniosos se aproximaban. De repente apareció una sombra en la pared, la silueta de un ser gigantesco que iba encogido, llevaba una capa holgada y caminaba lenta y torpemente.

—El Golem —prorrumpió Sarah, y, un instante después, el gigante entró en el laboratorio.

Sarah contuvo el aliento mientras la figura gigantesca, que ahora ya se veía perfectamente, se aproximaba a ella renqueando. La capucha seguía ocultando su rostro, pero Sarah jamás en la vida había visto a nadie que se moviera con semejante parsimonia. Por lo demás, una fuerza bruta, sin domar, se expresaba en cada paso que daba.

—¿Quién es usted y qué quiere? —exigió saber Sarah, empuñando el arma mientras el gigante se acercaba.

—¿No debería ser yo quien hiciera las preguntas? —Fue la respuesta que llegó desde la capucha. Era una voz sorda y lúgubre, como si saliera de las profundidades... o de un pasado lejano—. Al fin y al cabo, es usted la que ha entrado indebidamente en mi reino.

—Porque usted me ha atraído hasta aquí —replicó Sarah, imperturbable—. Y porque ha secuestrado a un amigo mío.

—Usted no sabía nada de su amigo. Solo trataba de adquirir conocimientos. De airear el secreto del Golem... —La voz del coloso se transformó en una risa cavernosa.

—¿Qué le parece tan gracioso? —inquirió Sarah.

—¿Qué le hace pensar que precisamente usted, lady Kincaid, sería digna de descubrir ese secreto?

—¿Sabe mi nombre?

—Sé quién es usted y conozco los motivos de su estancia en Praga...

—¿Quién es usted? —preguntó de nuevo Sarah—. ¡Quítese la capucha ahora mismo!

—¿Cree que entonces sabrá quién soy?

—Quítesela —ordenó Sarah duramente, y amartilló el Colt para dejar bien claro que estaba decidida a todo.

—Como quiera —replicó el gigante, cogió la capucha con la mano derecha, que llevaba enguantada, y se la echó hacia atrás.

Lo que apareció debajo horrorizó a Sarah, puesto que el gigante sin nombre no tenía facciones humanas. El semblante que la escrutaba era inerte, pétreo, el rostro de una escultura de barro a tamaño natural.

—El Golem —pronunció de nuevo—. Entonces, es verdad...

Las risas continuaron y Sarah se dio cuenta en aquel momento de que justo donde se encontraban la frente y la boca de la criatura de barro se abrían dos orificios oscuros. El gigante se cogió la piel con ambas manos y volvió a desenmascararse... Y lo que apareció entonces casi aterrizó más a Sarah que la visión del supuesto Golem. Porque el gigante que estaba frente a ella, al otro lado de la reja, no tenía dos ojos, sino tan solo uno, situado en el centro de su frente despejada y que le prestaba un aspecto horripilante.

—Usted no es el Golem —masculló Sarah, retrocediendo hasta chocar contra la pared—. Es un ciclope...

—Es lo que intentaba decirle —apuntó Hingis quedamente.

—Bueno, lady Kincaid —preguntó el ciclope—, ¿qué opina ahora?

Sarah no supo qué contestar. Su mente se esforzaba en contener el espanto y, con una lentitud pasmosa, se dio cuenta de que había incurrido en un error. La suposición de que el ciclope con el que había tropezado en Alejandría era un ejemplar único, un grotesco capricho de la naturaleza, acababa de resultar claramente falsa. Pues claro, se dijo Sarah, y se tachó de estúpida, puesto que esa teoría había sido ante todo de Mortimer Laydon: otra mentira salida de la boca del traidor...

—¿Qué ocurre? —preguntó el ciclope mientras Sarah seguía mirándolo fijamente. Comparado con el de Alejandría, aquel parecía muchísimo más alto y fuerte, un auténtico coloso al que no sin razón habían tomado por el Golem que había regresado—. ¿Verme la ha dejado sin habla?

—En absoluto —replicó Sarah con un deje de aversión—. Solo intento entender...

—¿Qué intenta entender, lady Kincaid? ¿Por qué existo? ¿Qué hago en este lugar? ¿Por qué ha vuelto a toparse con alguien de mi especie?

—Algo parecido —confesó Sarah con voz temblorosa.

—¿No se lo dijo Caronte? ¿Tal vez olvidó mencionar que hay más ejemplares de nuestra especie? ¿Que una vez fuimos intermediarios entre los dioses y los hombres?

—No —reconoció Sarah—, me habló de todo eso...

—Pero usted no le creyó, ¿verdad? Prefirió prestar atención a su asesino.

—En aquel momento no podía saber que Mortimer Laydon era un traidor.

—¿De verdad? —El único ojo se cerró en señal de reproche mudo—. Si hubiera escuchado a su corazón, habría conocido la verdad mucho antes.

—Eso no es cierto —objetó Sarah con vehemencia, sobre todo porque con aquel reproche había hurgado una herida. Cuántas veces se había preguntado si habría podido impedir la muerte de su padre...

—¿Por qué nos ha hecho prisioneros? —preguntó Hingis, que se había liberado por completo de sus ataduras y se acercó arrastrando los pies a la reja.

Le había atado las cuerdas tan fuerte que la sangre había circulado mal por sus piernas y ahora solo le obedecían con titubeos.

—Porque hay ciertas cosas que debo comunicarles —respondió el cíclope en voz baja.

—¿Eso es todo? —Sarah resopló despectivamente—. ¿Y por eso nos ha encerrado?

—Me pareció el camino más fácil.

—Para usted, quizá —afirmó Sarah con rabia—. Pero se ha olvidado de un pequeño detalle: que sigo teniendo un arma.

Levantó el revólver de manera ostensiva para recordárselo. No obstante, la criatura con un solo ojo se limitó a echarse a reír.

—¿Qué le parece tan divertido?

—Usted, lady Kincaid, porque sigue sin comprender la gravedad de la situación. ¿Qué ganaría disparándome? Yo me desplomaría y moriría desangrado, y ustedes se verían obligados a pasar el resto de sus días en esta jaula. Créame, nadie oiría sus gritos aquí abajo.

—Nos buscarían —replicó Sarah, convencidísima.

—¿Aquí? —Una sonrisa triste se deslizó por el semblante lúgubre del cíclope—. Lo dudo. Además, si me dispara, ¿quién le revelará cómo puede salvar a su querido Kamal?

—¿Sabe lo de Kamal? —preguntó Hingis, asombrado.

—Naturalmente —gruñó Sarah con furia—. Lo sabe todo, porque se lo ha oído a los que envenenaron a Kamal. ¿Qué sabe usted de Kamal? ¡Hable!

—Está usted sobre la pista correcta, lady Kincaid —contestó solícito el gigante—. En de todos los mitos de tiempos remotos hay un fondo real: yo mismo soy buena prueba de ello. ¿O habrían creído que los cíclopes de la mitología habían existido realmente y que aún existían?

—Eso no es exacto —objetó Hingis—. Los cíclopes de la leyenda homérica eran gigantes que vivían en islas remotas. El héroe griego Ulises se encontró a uno de ellos en su odisea, y lo cegó.

—Exageraciones creadas por los que nos envidiaban por nuestra fuerza. Fuimos perseguidos y acosados hasta que quedamos pocos. Para sobrevivir, tuvimos que escondernos en lo alto de las montañas, en el lugar más apartado de este mundo.

—Bonita historia —replicó Sarah fríamente—. Pero no explica por qué nos ha apresado ni qué quiere de nosotros.

—Quiero ayudarlos.

—No le creo.

—Pues debería, porque soy el único amigo que le queda.

—Ya sé que ni usted ni los suyos son responsables de la muerte de mi padre —contestó Sarah—. Pero que usted no sea el asesino de mi padre no lo convierte

necesariamente en mi aliado, y mucho menos en un amigo.

—Se deja cegar por mi aspecto —señaló el gigante—. Debo confesarle que eso no lo esperaba. No de usted, lady Kincaid.

—¿Y qué esperaba? —intervino Hingis para ayudarla—. La amistad es un privilegio que hay que ganarse.

—¿Y cree usted que no me corresponde ese mérito, señor Hingis? ¿Que no arriesgo nada hablando con ustedes? ¿Que no tendrían motivos para confiar en mí?

—Denos un motivo —exigió Sarah—. Déjenos en libertad y escucharemos lo que tiene que decirnos.

Durante un instante interminable, el ojo la miró fijamente, sin que Sarah pudiera decir qué pasaba por la mente del cíclope.

—No —manifestó finalmente—, no lo haré. En vez de eso, como signo de que soy de fiar, le revelaré qué encierra el *hydor biou*.

—¿El agua de la vida? —dijo Sarah con voz ahogada—. Entonces, ¿existe realmente?

—Eso usted ya lo sabe. De otro modo, no estaría aquí.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Laydon me curó usando el agua de la vida?

—Sí y no.

—¿Qué significa eso? Debería expresarse con mayor precisión, porque para ganarse mi confianza hace falta algo más que insinuaciones veladas.

—Las respuestas, lady Kincaid, las obtuvo usted hace mucho tiempo, pero aún no lo sabe.

—¿Y eso qué significa?

—Usted, igual que su padre, ha rastreado las huellas de Alejandro Magno. Sabe que él emprendió la búsqueda del fuego de Ra y sabe que estaba al servicio de los que también son mis señores.

—Eso me dijeron —confirmó impaciente Sarah—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el agua de la vida?

—Cuando los dioses llegaron a este mundo en tiempos inmemoriales, nos trajeron los misterios del cosmos: tres secretos para los que nos escogieron como guardianes, los elegidos que se señalan por tener un solo ojo.

—¿Qué secretos eran? —inquirió Sarah.

—Secretos de un poder inmenso y terrible, demasiado abrumador para que pudieran acabar en manos de los hombres. Por un lado, el misterio de la luz, capaz de desatar una energía y un poder de destrucción inimaginables...

—El fuego de Ra —murmuró Sarah, que en aquel momento comprendió que ella ya había aireado al menos uno de esos secretos.

—... Por otro —prosiguió el cíclope—, el misterio de la creación, oculto en el agua de la vida. ¿Sabe qué significa eso, lady Kincaid? Conocer el secreto de la creación significa poseer la clave de la inmortalidad.

—La inmortalidad —repitió Hingis, en cuyos ojos se reflejó un extraño brillo.

—¿Y el tercer misterio? —preguntó Sarah sin inmutarse—. ¿En qué consiste el tercer misterio?

—No me está permitido desvelárselo. Probablemente lo descubrirá usted misma algún día. Sin embargo, hasta entonces debería limitarse a lo que puede salvar la vida de su amado.

—Comprendo. —Sarah asintió de mala gana—. ¿Y de qué se trata exactamente? ¿Dónde encontraré el agua de la vida?

—Muchos la han buscado antes que usted, también Alejandro. En su juventud, cuando su padre, Filipo, agonizaba abatido por el acero de un traidor, Alejandro pidió ayuda a los dioses. Y, aunque sus ruegos no deberían haber sido escuchados nunca, uno de aquellos dioses le prometió auxiliarlo.

—¿Por qué motivo? —inquirió Sarah.

—Porque aquella divinidad —contestó el cíclope con voz sombría— se había apartado de la senda de la virtud y ansiaba imponerse como amo del mundo. Y eso sucedería si le confiaba los secretos del cosmos a un mortal.

—Prometeo —murmuró Hingis sin aliento—. Robó a los dioses el secreto del fuego y se lo entregó a los hombres...

—Cada cultura tiene su propia versión de los hechos —aclaró el coloso—, pero todas esas historias entrañan un mismo fondo. Aquel renegado ya había intentado antes legar a los hombres los secretos del poder, pero los dioses estaban alerta. Consiguieron desbaratar el complot y se enfrentaron al dilema de condenar a muerte al renegado o dejarlo con vida. Se decidieron por lo último y fueron duramente castigados por su bondad, puesto que el traidor hizo todo lo posible por seguir adelante con sus planes. Empezó a congregarse seguidores leales, que se dieron el nombre de la «Hermandad del Uniojo». Acto seguido se desataron violentas disputas entre los inmortales, que se enemistaron unos con otros y entablaron guerras entre ellos. El Libro de Thot, que contenía el secreto del fuego, fue llevado a un lugar seguro donde perduró durante milenios. Sin embargo, el secreto de la inmortalidad le fue revelado a Alejandro, quien a cambio declaró ceremoniosamente su voluntad de entrar al servicio de la hermandad y fundar un gran imperio en su nombre. Pero el agua de la vida no surtió efecto. Filipo murió y, si bien Alejandro utilizó el poder que le había prestado la organización, al cabo de un tiempo se apartó de sus enseñanzas y tomó otros derroteros.

—Lo sé —admitió Sarah, que empezaba a intuir alguna que otra relación—. Pero ¿por qué no surtió efecto el agua de la vida?

—Eso —contestó el cíclope esbozando una sonrisa, cosa que resultó extraña debido a la deformidad de su semblante— sigue siendo un misterio aún hoy en día, lady Kincaid. Pero si es cierto lo que se supone, usted desvelará ese misterio gracias a su carácter y a su vocación.

—Vuelve a hablar usted con enigmas —criticó Sarah—. No entiendo una palabra de lo que dice.

—Tal vez —replicó el cíclope, metiendo la mano por debajo de los pliegues de su capa—, esto la ayudará a contestar algunas de sus preguntas.

Sarah pensó que el coloso empuñaría un arma y volvió a apuntarlo con el revólver, que había ido bajando lentamente. Entonces vio que el cíclope no sacaba un arma, sino un objeto metálico cúbico cuya visión la abrumó aún más.

—¡Un codicibus! —exclamaron Hingis y ella casi al unísono al vislumbrar el curioso artefacto.

Las aristas del cubo medían diez centímetros de longitud; cinco de las seis caras estaban ornadas con caracteres griegos, los del sello de Alejandro, como Sarah ya sabía; y en la sexta cara resaltaba el emblema del único ojo que Sarah había aprendido a odiar y a temer...

—Exacto —confirmó el cíclope.

—¿Qué contiene?

—Antes de revelárselo, debo advertirla, lady Kincaid.

—¿De qué?

—Está rodeada de traidores.

—¿De verdad? —preguntó Sarah, lanzando a Hingis una mirada de espanto, aunque solo fingido—. ¿Espera que me lo crea? —le espetó al titán—. ¿Que por una insinuación malintencionada dé la espalda a personas a las que debo la vida? ¿Que lo considere algo más que un nuevo intento de sembrar dudas en mi corazón y manipularme?

—Lady Kincaid, malinterpreta usted mis intenciones.

—¿Qué malinterpreto? Está buscando otro medio de presión para influenciar me, pero no le hace falta. Esta vez, usted y los suyos pueden ahorrarse las intrigas, porque haré cualquier cosa por salvar a Kamal, ¿me oye? ¡Cualquier cosa! Dígaselo a su gente y a esa hermandad criminal cuyo nombre por fin conozco.

Si Sarah esperaba que su interlocutor se contentara con eso, se había equivocado totalmente, puesto que el cíclope se horrorizó ante esas palabras.

—¡No diga eso! —protestó—. ¡Ni siquiera lo piense!

—¿Por qué no?

—Porque con ello lo pone todo en peligro y tal vez pierda todo aquello por lo que tanto ha luchado en la vida.

—Pero eso es lo que quiere, ¿no? Que me someta a la voluntad de la organización...

—No, lady Kincaid, se equivoca usted...

Friedrich Hingis se preguntaba asombrado de dónde sacaba Sarah Kincaid las agallas para actuar con tanto aplomo ante aquel siniestro esbirro. Recibió la respuesta cuando percibió una sombra que, agazapada, se deslizaba al otro lado

del laboratorio de mesa en mesa, y en la que reconoció aliviado al doctor Cranston. Al parecer, Sarah también había descubierto al amigo, porque estaba haciendo todo lo posible para atraer hacia ella la atención del guardián, a diferencia de Hingis, que desvió la vista del cíclope durante un instante demasiado largo.

—¿Qué diantre...?

Alarmado, el gigante se dio la vuelta y vio a Cranston correr hacia él con los puños cerrados. Dispuesto a defenderse, levantó sus garras para derribar de un golpe fulminante al médico, a quien casi sacaba un metro de altura.

Entonces el Colt Frontier alzó su estruendosa voz.

Sarah había reaccionado muy deprisa, apuntando y apretando el gatillo. El pesado revólver trepidó en sus manos y envió una bala que perforó el hombro derecho del gigante. Brotó un hilo de sangre y el coloso se estremeció. Un instante después, Cranston lo había alcanzado.

—*Tally-ho!* —gritó el médico, seguramente para darse coraje; luego, se lanzó con todo el ímpetu de la carrera sobre el gigante herido y cayó al suelo con él.

Sarah se abstuvo de abrir fuego de nuevo porque no podía distinguir qué parte de aquel ovillo de carne y huesos que rodaba pertenecía a quién, y el peligro de darle a Cranston por error era demasiado grande.

Sin embargo, el médico no se proponía enzarzarse en una pelea cuerpo a cuerpo con el gigante, puesto que el cíclope continuaba siendo un temible rival a pesar de la herida que tenía en el hombro. Justo después de derribarlo, Cranston rodó para alejarse del alcance del coloso que, enfurecido, no dejaba de dar golpes por doquier; se levantó y cogió la lámpara de petróleo, que seguía estando donde Sarah la había dejado en el suelo. Dio una vuelta sobre sí mismo, como un lanzador de disco de la Antigüedad clásica, y lanzó la lámpara contra su rival.

El ojo que el cíclope tenía en la frente se abrió con espanto cuando la lámpara se estrelló justo delante de él y quedó hecha añicos con un ruido de cristales rotos. El petróleo salpicó por todas partes y, un instante después, no solo estaban en llamas el suelo mojado de petróleo y la capa del gigante, sino también sus botas y sus piernas.

Los gritos del coloso se transformaron en chillidos agudos. Daba golpes como un peso sobre el fuego que ascendía por su cuerpo. Sin embargo, lo único que consiguió fue avivar las llamas, que devoraban con un ansia salvaje la tela de su capa y ya casi le lamían la nuca. Intentó en vano quitarse la capa de encima y saltó como una antorcha viviente por toda la gruta.

Entretanto, Cranston no había perdido el tiempo. Sin dignarse mirar a su rival en llamas, se había acercado a toda prisa a la reja y había accionado el cabrestante que se encontraba a un lado, fijado a la pared de roca. Se oyó el ruido de un mecanismo oculto y por fin se alzó la reja.

—¡Salgan! —gritó el médico innecesariamente, puesto que Sarah y Hingis ya

estaban preparados para huir.

Cuando el espacio entre la reja y el suelo fue lo bastante amplio, se deslizaron por debajo y se liberaron.

La primera reacción de Sarah fue ayudar al coloso, que se tambaleaba ardiendo en llamas entre gritos. Pero Cranston y Hingis la detuvieron.

—¡Vámonos de aquí! —la urgieron, y Sarah obedeció, hasta que su mirada se posó en el codicibus, que estaba en el suelo.

El cíclope había dicho que tal vez aquello la ayudaría a contestar algunas de sus preguntas. Resuelta, se soltó de sus compañeros, recorrió a toda prisa los pocos pasos que la separaban del artefacto sin dueño y lo cogió.

—¡Sarah Kincaid! —Se oyó decir en aquel momento al coloso agonizante con una voz terriblemente chillona—. ¡Sarah Kincaid!

Sarah se quedó de piedra y miró aterrada al coloso, que se desplomó entre gritos horripilantes. De nuevo se dispuso a ayudarlo, pero sus compañeros la agarraron y se la llevaron a rastras fuera del laboratorio, de vuelta al alcantarillado a través de la galería larga y estrecha.

Los gritos del titán resonaban detrás de ellos.

Ninguno vio que el cíclope, presa del pánico, se revolcaba en el suelo y extinguía las llamas; ninguno vio que quedaba tendido sobre las ascuas de su propia ropa y rodeado del hedor de cabellos chamuscados y piel quemada; ninguno vio que su poderoso pecho subía y bajaba al ritmo de los jadeos.

Y ninguno vio que una mano derecha, ennegrecida por el fuego y el tizne, se aferraba al suelo de piedra y una figura gigantesca y desfigurada por las quemaduras se incorporaba tambaleándose pesadamente...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Esta mañana muy temprano he ido a misa a la iglesia de San Nicolás, con la esperanza de encontrar un poco de consuelo y paz interior, sin éxito.

No me apetece reconocerlo, pero los sucesos de la pasada noche me han impresionado profundamente. No solo porque nos apresaron y solo pudimos huir por los pelos de nuestro captor; no solo porque me embargan mil temores y todavía oigo constantemente los gritos del coloso agonizando, sino también porque no dejo de preguntarme si puedo confiar en la información que me proporcionó.

En algunos momentos me inclino a dar crédito a sus palabras, pero luego vuelven a asaltarme las dudas. Me pregunto qué entraña aquella enigmática historia de los misterios divinos y los secretos del cosmos. ¿Es esa la solución al enigma? ¿La pieza del rompecabezas que hace que todo encaje?

Hay cosas que parecen cobrar sentido, aunque de un modo extraño. Alejandria, la biblioteca desaparecida, La Sombra de Thot, el fuego de Ra... Visto en perspectiva, parece que realmente estén relacionados. ¿He participado sin saberlo en descifrar los tres mayores misterios de la historia de la humanidad? ¿En explorar la esencia del cosmos? Y, aunque la idea me espanta, ¿recorrió mi padre también ese camino? ¿Lo he seguido inconscientemente por esa senda y era eso lo que quiso decirme al final?

Son los mismos nombres, que siempre regresan. Los mismos personajes históricos, cuyo destino parece estar inseparablemente unido al del único ojo.

Alejandro.

Arsínoe.

Ptolomeo.

¿Qué relación existe entre ellos? ¿Qué los unía e hizo que sus destinos fueran tan semejantes? ¿Qué verdad se esconde tras todos esos mitos de los que me habló el ciclope? ¿Dónde se sitúa el origen de esos seres

extraños que fueron dotados de un solo ojo por la creación? ¿Cómo han podido pasar desapercibidos durante siglos? ¿Y qué entraña en sí el codicibus? ¿Qué indicios contendrá?

Por mucho que me atormenten tantas preguntas, me alivia seguir con vida. No quiero ni imaginar qué habría ocurrido si el doctor Cranston no llega a encontrarnos. Después de que Friedrich Hingis y el doctor se separaran mientras seguían al cíclope, el doctor continuó buscando por su cuenta y fue a parar por casualidad al viejo cementerio, donde dio con las huellas de unas botas de mujer que saltaba a la vista que iba sola. Puesto que eso le pareció muy raro, siguió el rastro, que lo condujo a la cabaña del guarda del cementerio y, finalmente, hasta nosotros.

Naturalmente, Friedrich y yo nos deshacemos en elogios hacia nuestro compañero y casi me avergüenzo de haberlo considerado tan negativamente al principio. Tengo por seguro que, sin la ayuda de Cranston, nuestra misión habría encontrado un final prematuro e inesperado, y con ello se habría esfumado toda esperanza para Kamal. Sin embargo, contamos con una segunda oportunidad y, más aún que antes, ardo en deseos de solucionar el misterio que parece rodearnos...

PALACIO DE CZERNY, MALÁ STRANA, PRAGA,
11 DE OCTUBRE DE 1884

Sarah Kincaid interrumpió su discurso cuando alguien llamó suavemente a la puerta de la habitación del enfermo.

—¿Sí?

La puerta se abrió y apareció en ella el rostro de rasgos delicados de Horace Cranston, que mostraba preocupación.

—Disculpe, lady Kincaid —dijo—, pero es la hora. La condesa la reclama.

—Gracias, doctor.

Sarah apartó el pequeño diario de viaje encuadernado en piel cuya última anotación había leído en voz alta mientras permanecía sentada junto a Kamal, estrechándole la mano. Cranston le había dicho que era dudoso que Kamal se enterara de lo que ocurría a su alrededor, pero Sarah estaba convencida de lo contrario. Lo que los había unido a Kamal y a ella había sido tan fuerte que no podía haberse disipado. Con su voz, quería mostrarle que estaba allí y que lo esperaba, como un faro que señala el camino a casa a los marineros en medio de la tempestad. Y aunque Cranston hubiera tenido razón y Kamal realmente no percibiera nada de lo que sucedía a su alrededor, Sarah no habría desistido. Porque sentándose al lado de su amado inconsciente, estrechándole la mano y hablándole en voz baja, tenía la sensación de que al menos hacía algo por él.

—¿Cómo está nuestro paciente? —preguntó Cranston, y entró—. ¿Sigue igual?

—Creo que sí —contestó ella. Cerró el cuaderno y lo guardó. Luego acarició por millonésima vez la frente ardiente de Kamal y contempló su semblante noble y proporcionado—. Parece que esté durmiendo.

—En el fondo es lo que hace —ratificó el doctor—. Se supone que las funciones corporales se reducen durante el sueño, como en un estado de inconsciencia.

—Con la diferencia de que el sueño normal termina al cabo de unas horas —añadió Sarah.

—En el mejor de los casos. —Cranston sonrió, y enseguida volvió a ponerse serio—. ¿Sabe usted que la considero una persona muy valiente y audaz, lady Kincaid?

—Gracias —replicó Sarah—, pero esas cualidades encajan mejor con usted, que fue quien nos salvó.

—Por casualidad. Si no me hubiera topado con sus pisadas...

—No me refiero a eso. Usted arriesgó la vida para salvarnos a Hingis y a mí: no se puede hacer mayor favor a un amigo. Me alegro mucho de tenerlo conmigo.

—Gracias, lady Kincaid.

—Sarah —lo corrigió.

—Horace —se presentó él con una sonrisa jovial, a la que ella respondió sonriendo débilmente.

Luego, Sarah se inclinó para cubrir de besos cariñosos la frente y los ojos de Kamal. A continuación se levantó y se dio la vuelta para irse.

—No se preocupe —dijo Cranston—, yo me quedaré aquí entretanto. Si hay algún cambio, mandaré a buscarla de inmediato.

—Gracias, Horace.

—*Tally-ho* —contestó él con una sonrisa de ánimo, y ella no pudo evitar corresponderle.

Salió de la habitación mirando una última vez a Kamal y bajó por la empinada escalera hasta el amplio vestíbulo, donde ya la estaban esperando Friedrich Hingis y Ludmilla, la condesa de Czerny.

Cuando su anfitriona se enteró de los dramáticos sucesos y del encierro de Sarah y Hingis, costó muchos esfuerzos y capacidad de persuasión evitar que diera aviso a la policía. Sarah había argumentado que, por un lado, los guardianes del orden en Praga no gozaban precisamente de una fama intachable, de manera que era más que dudoso que descubrieran algo con sus pesquisas; y por otro, les harían un montón de preguntas y, con ello, pondrían en peligro el éxito de la empresa.

—¿Está a punto? —preguntó la condesa, que, de pie en el vestíbulo y vestida ya para salir, solo parecía esperar a Sarah.

Igual que la tarde de su primer encuentro, llevaba un vestido de color beige con muchos adornos de encaje que, para el gusto británico, no era demasiado adecuado ni para esa época del año ni para la ocasión. Aquella vestimenta extravagante, de aire anticuado y, aun así, lucida ostentosamente, parecía expresar más bien el ánimo de la condesa, que se encontraba atrapada entre la tradición y la modernidad, entre la realidad y las exigencias, y eso era algo que Sarah comprendía muy bien.

—A punto —confirmó, y dejó que Antonín la ayudara a ponerse el abrigo que la condesa le había prestado amablemente, dado que, después de la excursión nocturna por las alcantarillas, su ropa había quedado inservible a causa del penetrante olor.

—Entonces vámonos —dijo la condesa—. Ya he ordenado enjaezar los caballos; el decano nos espera.

—Gracias, condesa. Aprecio mucho lo que hace por mí.

—Lo sé, querida —replicó Ludmilla esbozando una amplia sonrisa que parecía partir en dos su noble semblante—. Lo sé...

Un criado abrió la puerta y salieron a la calle, donde Friedrich Hingis y la esperaba delante de un enorme carruaje negro, identificado con el emblema de un caballero negro enmarcado en oro, el escudo de armas de la familia Czerny. El vehículo, sólido y con caja cerrada y alta, comparable al *hackney* británico, estaba tirado por cuatro corceles negros que piafaban impacientes.

—No crea que le doy importancia a toda esta opulencia, querida —le susurró al oído la condesa—, pero si las tradiciones aristocráticas me perjudican, al menos quiero sacar algo de ellas.

La lógica de esa argumentación era indiscutible, y Sarah y Ludmilla de Czerny subieron al carruaje por una escalerilla que el cochero había desplegado para ellas. El interior oscuro del vehículo estaba equipado con unos asientos cómodos forrados de terciopelo, en los que se sentaron las damas y Hingis, quien, siguiendo las normas de la cortesía, ocupó el banco que quedaba de espaldas al sentido de la marcha. Al cabo de un momento, el carruaje se puso en movimiento. Acompañado por el golpeteo de los cascos de los caballos, descendió hacia el río por la calle empinada, pasando por delante de mansiones y palacios.

—Y bien, señor Hingis —preguntó la condesa—, ¿han tenido éxito sus esfuerzos?

—Desgraciadamente no —contestó el suizo—. El herrero al que he consultado no ha logrado abrir el codicibus, y tampoco el cerrajero ni el escapista del teatro de variedades.

—Era de esperar —se limitó a decir Sarah, a quien aquello no la sorprendió demasiado.

—Al menos había que intentarlo —dijo Hingis defendiendo las infructuosas

molestias que se había tomado—. La información que se oculta en el cubo podría hacernos avanzar un buen trecho.

—Tal vez sí —admitió Sarah—, tal vez no. Probablemente solo se trata de otra maniobra de engaño.

—O de otro indicio en la búsqueda de una medicina para Kamal —objetó Hingis.

—¿Puedo ofrecerles mi ayuda? —preguntó la condesa educadamente—. Mi esposo tenía relaciones excelentes con muchos eruditos. Seguro que alguno de ellos...

—Es usted muy amable, condesa —rehusó Sarah—, pero nadie puede ayudarnos en este caso.

—¿Por qué no?

—Porque en todo el mundo solo hay un sitio donde puede abrirse ese recipiente: en una estela funeraria prevista para ello que se encuentra en una pequeña isla del Mediterráneo.

—¿Está usted segura?

—Absolutamente —confirmó Sarah.

—Comprendo —replicó la condesa, que parecía cavilar algo—. Si me dejara ver el artefacto, tal vez...

—No —dijo Sarah con determinación y con mayor dureza de lo que pretendía—. Disculpe, condesa —añadió al ver la expresión de desconcierto que se dibujó en el semblante de su anfitriona—, nada más lejos de mi intención que desconfiar de usted. Pero poseer un codicibus no es un privilegio, sino una carga. Algunas personas fueron asesinadas cruelmente por su culpa, otras han quedado destrozadas. Cuanto menos sepa de él, mejor para usted, créame.

—Pues claro que la creo, mi querida amiga —aseguró la condesa, aunque de su semblante pálido no podía deducirse si realmente era lo que pensaba—. Así pues, no le quedará más remedio que emprender el largo viaje hacia el Mediterráneo para abrir el artefacto.

—No tenemos tiempo —negó Sarah—. El doctor Cranston no está seguro en lo que respecta al estado de Kamal. Aunque parece estable, puede cambiar de un día a otro, en cualquier momento. No podemos permitirnos realizar ese largo viaje y perder un tiempo precioso para luego, probablemente, constatar que hemos sido víctimas de un engaño. Prefiero atenerme a lo que tenemos.

—Una buena decisión —reconoció la condesa, asintiendo con la cabeza—, ¿y qué tenemos hasta ahora?

—Ya veremos —fue la respuesta evasiva de Sarah.

El carruaje había cruzado el puente, cuyas dos torres se elevaban irreductibles por encima de las orillas y parecían taladrar las nubes bajas. Después de pasar la iglesia de San Francisco, con su gran portal y su cúpula reluciente y visible desde muy lejos, el vehículo tirado por cuatro caballos llegó

al Clementinum.

—Realmente impresionante —comentó Sarah cuando pasaron por delante de la fachada barroca de varias plantas, que encerraba varios patios interiores y cuyo frontispicio estaba dominado por la basílica de san Salvador.

—El Clementinum fue construido por los jesuitas a mediados del siglo XVI —explicó la condesa—. El emperador Fernando les pidió ayuda para combatir las revueltas de los herejes y, créanme, los jesuitas hicieron todo lo posible por devolver al redil a las ovejas descarriadas. Exceptuando una breve interrupción, su poder en Praga se prolongó durante más de doscientos años.

—Diría que he notado cierta admiración en vuestras palabras, condesa —constató Hingis.

—¿Y por qué no? Dos siglos son mucho tiempo.

—Cierto —admitió el suizo—. Pero está demostrado que el poder de los jesuitas se sirvió en Praga de medios extremadamente represivos. No fue casual que la ciudad fuese el punto de partida de la guerra de los Treinta Años.

—Tal vez. Pero eso no atenúa el mérito histórico, ¿verdad?

La condesa formuló la frase tan lapidariamente que replicarla habría equivalido a una ofensa. Por su buena educación y porque estaban en deuda con su anfitriona, Friedrich Hingis renunció a la réplica, pero se notaba que su concepto suizo de la libertad era incompatible con las opiniones de la condesa.

Si Ludmilla de Czerny se dio cuenta de ello, no dejó que eso le arrebatara el entusiasmo.

—Exceptuando el Castillo de Praga —continuó instruyéndolos—, el Clementinum es la edificación más grande de la ciudad. Además de aulas y bibliotecas, cuenta incluso con su propio observatorio astronómico. Alberga la biblioteca de la universidad desde hace más de cien años, lo cual la convierte en una de las más antiguas de Europa.

—Entonces estamos en el lugar adecuado —dijo Sarah mientras el carruaje cruzaba la puerta principal y entraba en el patio central—. Ojalá encontremos lo que buscamos.

—¿Cree usted que el ciclope le dijo la verdad? ¿Que esa «agua de la vida» existe realmente?

—Lo que yo crea no importa. Lo único que me permite confiar en que hay algo que descubrir es la coincidencia entre las palabras del ciclope y lo que el rabí Oppenheim me reveló.

—¿Y si es eso precisamente lo que espera de usted la parte contraria? —preguntó la condesa, expresando con ello la mayor preocupación de Sarah.

—Entonces, por el momento, lo haré —respondió a pesar de todo con voz firme—. Mi padre me enseñó que los mitos y los misterios están para ser descifrados, y eso haré exactamente.

—¿Como ha hecho con el Golem?

—Efectivamente.

El carruaje se detuvo y dos criados vestidos con librea se apresuraron a acercarse para desplegar la escalerilla y ayudar a las damas a apearse.

—¿Por qué no les explica lo que ha descubierto al rabino y a su joven amigo? ¿Por qué deja que sigan creyendo que un personaje de antiguas leyendas está cometiendo excesos en el barrio judío?

—Porque no creerían mi verdad, condesa —contestó Sarah quedamente—. Y porque un sueño cuyo recuerdo se desvanece lentamente es menos doloroso que una ilusión rota.

La condesa enarcó las cejas.

—¿Son sus convicciones como científica las que la hacen hablar así?

—No —contestó Sarah con voz queda—. Mi experiencia.

La puerta del carruaje se abrió y los pasajeros se apearon. Un hombre de cabellos canos y aspecto de ser alguien importante, con monóculo y una perilla recortada en punta, salió del edificio principal con una amplia sonrisa en los labios.

—El profesor Leopold Bogary —susurró la condesa a sus acompañantes—, el director de la biblioteca... Y un tiralevitas de manual, que se pronunció en contra de que una mujer pudiera ejercer de docente del Departamento de Humanística.

—Con todo mi respeto, condesa —intervino Hingis secamente—, entonces ¿por qué tenemos que tratar con ese ignorante?

—Muy sencillo —contestó la condesa, mientras en su semblante pálido se dibujaba una sonrisa muy dulce y, a la vez, distante—, porque no solo es un falso, sino también muy útil... Querido Leopold —prosiguió en voz alta, sin que la entonación variara de entrada—, cuánta amabilidad por su parte al recibirnos.

—Por favor, condesa —replicó Bogary agitando las manos antes de hacerle una reverencia exagerada y besarle la mano—. Es un placer para mí.

—También para mí, querido Leopold, también para mí. Permítame que le presente a mi buena amiga lady Kincaid. Lady Kincaid, el profesor Bogary.

—Encantada de conocerle, profesor —saludó Sarah formalmente.

Bogary se quitó el monóculo y entornó los ojos hasta casi cerrarlos antes de volver a ponérselo.

—Una mujer —constató, no muy ocurrente—. Y británica...

—Su perspicacia es insuperable, mi querido Leopold —elogió la condesa sonriendo.

—Pero su mensajero me habló de un especialista, de un reconocido experto extranjero...

—Lady Kincaid es ambas cosas: una maestra en el terreno de la arqueología aplicada y una científica que goza de prestigio y reconocimiento en los círculos competentes en la materia —aseguró la condesa.

—Efectivamente —añadió Hingis—. Yo mismo estuve presente cuando, hace

dos años, participó en el Simposio Internacional del Círculo de Investigaciones Arqueológicas que se celebró en la Sorbona de París...

Sarah esbozó una sonrisa irónica. Lo que el suizo decía era verdad. Sin embargo, se había callado adrede que había sido él quien había convertido aquel simposio en un desastre único para ella... por los mismos motivos que parecían mover a Bogary.

Estrechez de miras y arrogancia...

El director de la biblioteca se puso bien el monóculo y escrutó a Sarah de la cabeza a los pies. Lo que vio no pareció gustarle.

—De acuerdo —dijo, sin embargo, al cabo de un instante—, si la Sorbona es capaz de mostrarse tan generosa, nosotros también podemos permitirnoslo. Tiene permiso para consultar y para investigar en la biblioteca.

—Gracias, profesor —dijo Sarah con un amable movimiento de cabeza.

Había aprendido que era mejor ignorar a la gente chapada a la antigua de la ralea de Bogary, aunque ello solo funcionara si su limitada visión del mundo no le obstaculizaba el camino.

Las dos mujeres se dirigieron al portal de entrada y Hingis las siguió a una distancia respetuosa.

—¿Comprende ahora a qué me refería antes? —le susurró a Sarah la condesa.

—Ya lo creo —contestó—. Ya lo creo...

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD, CLEMENTINUM, PRAGA

Como tantas veces ocurría cuando estaba en una biblioteca y se movía entre libros y rollos, entre códices y antiguos pergaminos a la caza del pasado, Sarah se olvidó del tiempo y de cuanto había a su alrededor. Sobre una gran mesa situada en el centro de la sala de lectura, que estaba revestida de madera oscura, había decenas de libros y de infolios abiertos, bibliografía especializada en inglés y también en alemán, además de antiguos manuscritos en latín.

Junto a Friedrich Hingis y a la condesa de Czerny, que realmente poseía ciertos conocimientos históricos y dominaba tanto el latín como el griego antiguo, Sarah seguía cualquier posible indicio. El método que la joven aplicaba era muy simple. Se empezaba por un indicio concreto, por una pista que se tenía, y se buscaba un testimonio escrito al respecto. A continuación se investigaban las fuentes documentales, y así una y otra vez. El entramado que se tejía a partir de esa ramificación de informaciones formaba finalmente la base para verificar las propias teorías, y cuanto más se metía en la materia, más información obtenía y más convencida estaba de que el azaroso remedio del que le habían hablado tanto el rabino como el ciclope existía realmente.

Durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche, Sarah y sus compañeros examinaron anotaciones escritas a mano y pasajes impresos: leyeron las obras de los clásicos latinos y las reflexiones modernas al respecto y profundizaron en la mística medieval, en apuntes de alquimistas y en tratados filosóficos que giraban en torno a un mismo tema: la cuestión preponderante de cómo el hombre podría apropiarse de la creación, de cómo podría descifrar sus secretos y convertirse en amo y señor de la vida y la muerte.

Sarah nunca se había ocupado antes de esa materia, por eso la sorprendió tanto ver que las ideas fundamentales se manifestaban en numerosas obras tanto de Occidente como de Oriente. Ya fuera en la epopeya sumeria de Gilgamesh, en la mitología griega o en los poemas épicos medievales; ya fuera en la *Odisea* homérica o en las *Metamorfosis* de Ovidio; en el Golem de la tradición judía o en las leyendas cristianas del Santo Grial; en los libros de los muertos egipcios o en los estatutos redactados por galenos alquimistas: la idea de descifrar el misterio de la existencia y de asumir el papel de amos de la creación, ya fuera mediante la magia, la técnica o la intervención divina, parecía manifestarse en todas las culturas. Por mucho que las distintas obras se diferenciaron en los detalles, todas hacían suyo el viejo sueño de la humanidad: no tener que seguir aceptando el final de la vida como algo inexorable.

Una de las palabras claves era «inmortalidad», que, si bien no se mencionaba, se repetía en los textos como un eco prometedor y a la vez petulante; la otra era «génesis», la fuerza para crear vida de lo inanimado. Y, de cuando en cuando, también se mencionaba el medio que podía hacerlo realidad.

Hydor biou.

Aqua vitae.

L'eau de la vie.

Water of life.

Por mucho que las denominaciones en los distintos idiomas fueran diferentes, siempre aludían a lo mismo.

El agua de la vida...

—¿Está segura de que realmente existe ese elixir milagroso? —objetó Friedrich Hingis cuando por enésima vez interrumpieron sus lecturas para poner en común lo leído—. Quizá todos estos textos entrañan un contenido metafórico; al fin y al cabo, al agua se le atribuye un significado espiritual y de dispensador de vida en casi todas las culturas.

—Cierto —admitió Sarah—, ¿y no ha pensado nunca por qué?

—Bueno, supongo que sin agua no puede haber vida, ¿no? Porque es indispensable para la vida en este planeta.

—Cierto —admitió Sarah de nuevo—. Pero ¿y si detrás de todas estas historias se oculta una verdad más concreta? El hombre que me enseñó esta ciencia solía afirmar que todos los mitos tienen un fondo de realidad y, según mi

experiencia, tenía mucha razón.

—¿De quién habla? —preguntó la condesa de Czerny—. ¿De su padre?

Sarah asintió, y una sombra se deslizó por un momento por su semblante.

—De mi padre —confirmó con voz queda, y no pudo evitar que, por un instante, en su mente no apareciera el rostro bondadoso y encuadrado entre cabellos canos de su padre, sino la cara descompuesta por el odio de Mortimer Laydon.

—Entonces, ¿quiere decir que...? —La voz de Friedrich Hingis la retornó al presente.

—Estoy absolutamente convencida —puntualizó Sarah— de que ese fondo real también existe en este caso. Y que es la base donde arraigan todos estos textos. Pensemos en los ciclos. O en el Golem. En ambos casos nos hemos enfrentado a seres mitológicos que, como se ha visto, tenían una correspondencia real.

—Eso es bien cierto —se vio obligado a admitir Hingis.

—Supongamos que su teoría es acertada —comentó la condesa—. ¿Dónde iniciaremos la búsqueda? ¿Cómo separaremos lo que es verdad de lo que no lo es? ¿El fondo real de lo que se ha añadido y ornado a lo largo de los milenios?

—En este manuscrito medieval —dijo Sarah señalando un antiguo folio que tenía abierto delante— he descubierto una indicación interesante. Se trata de una crónica monástica de finales del siglo XII escrita en latín.

—¿Cómo se le ha ocurrido buscar ahí precisamente? —preguntó Hingis.

Sarah sonrió.

—En un tratado sobre alquimia medieval y cabalística judía he descubierto un indicio. Por suerte, en esta biblioteca disponen de una copia de esa crónica. Los monjes del monasterio donde se escribió el original eran conocidos por dedicarse a ciencias secretas. Por eso los procesó la Inquisición. Les cerraron el convento y no pocos monjes acabaron en la hoguera.

—¿Y la crónica sobrevivió a todos esos avatares? —preguntó incrédula la condesa.

—En efecto. Sin embargo, todas las indicaciones respecto a la localidad donde se encontraba el monasterio fueron suprimidas con minucioso cuidado, de manera que actualmente no se sabe dónde estaba situado. Algunos suponen que en Bohemia, lo cual explicaría por qué el Clementinum posee una copia de la crónica; otros, en el norte de Italia.

—Hmm —musitó Hingis—. ¿Y qué ha descubierto usted ahora?

—Un monje llamado Atanasio emprendió un viaje a la lejana Grecia en el año 1191, supuestamente para visitar a sus hermanos de orden bizantinos en los monasterios del noreste. Sin embargo, en la crónica se manifiesta la sospecha de que a aquel monje le habían confiado una misión secreta que tenía como objetivo conseguir *materiae mirandae*...

—Materias misteriosas —tradujo Hingis—. Sin duda, para elaborar mixturas alquímicas.

—Eso creo yo también —asintió Sarah.

—Aun así, no deja de ser un indicio vago —objetó la condesa de Czerny—. ¿Qué relación guarda con el «agua de la vida»?

—Sabemos por el rabino Oppenheim que el agua fue llevada al oeste de Europa desde Atenas por comerciantes judíos —explicó Sarah—. Además, en la mitología griega aparece mencionada en diversas ocasiones. El héroe griego Heracles, por ejemplo, murió a causa de un agua con poderes mágicos.

—¿Murió? —repitió la condesa—. ¿Cómo encaja eso?

—No olvidemos que, según dijo el rabino, existen dos elixires: uno que da vida y otro que la arrebató —explicó Sarah—. El pobre Ptolomeo también lo supo por experiencia propia.

—Ahora que lo menciono —insistió Hingis—, he intentado encontrar pruebas documentales sobre el supuesto envenenamiento de Ptolomeo II. No las hay. Aparte del tal Josefo, ningún historiador habla del suceso.

—Porque él fue el único que estuvo presente —replicó Sarah.

—Pero entonces ¿por qué no compartió la información con otros cronistas como era costumbre?

—¿Tal vez porque no quiso? —arguyó Sarah—. Según el rabino Oppenheim, el propio Josefo emprendió la búsqueda del agua de la vida y, al parecer, la encontró.

—¿Dónde? —preguntó la condesa.

—Supuestamente en Grecia. En cualquier caso, desde allí fue a parar a latitudes más occidentales. Y debemos recordar que Alejandro también buscó el agua de la vida para salvar de la muerte a su padre, Filipo, que estaba herido.

—¿Y? —preguntó Hingis.

—La antigua Pella, que fue capital de Macedonia y donde Alejandro pasó su infancia y su juventud, está a tan solo unos ciento treinta kilómetros de los monasterios que el monje Atanasio visitó en misión secreta.

—¿Casualidad? —intervino la condesa.

—Demasiadas casualidades para mi gusto —contestó Sarah—. Según la leyenda, el agua con que fue envenenado Heracles procedía del Aqueronte.

—¿El Aqueronte?

—Según la mitología, el infierno griego estaba surcado por cinco ríos: Aqueronte, Leteo, Cocito y Flegetonte, que desembocaban en el quinto, el Estigia. A quienes morían, los dejaban a orillas del Aqueronte y los entregaban a Caronte, el barquero de los muertos, para que los cruzara a la otra orilla. A los mortales se les solía negar la entrada al Hades. Sin embargo, algunos héroes como Ulises, Orfeo o Perseo se arriesgaron y regresaron sanos y salvos.

—Con lo cual volvemos a las leyendas —concluyó Hingis—. El círculo de las

argumentaciones se ha cerrado por desgracia sin que hayamos podido presentar un fundamento sólido basado en hechos demostrables. Solo tenemos suposiciones.

—Hasta ahora —admitió Sarah—. Pero ¿y si en esas leyendas también se esconde un fondo real?

—¿Qué intenta decir, amiga mía?

El matiz de duda en la voz de Hingis no le pasó por alto a Sarah, ni tampoco la mirada escéptica de la condesa. Por consiguiente, se tomó un momento para contestar y ordenó de nuevo todos los argumentos.

—Bien —replicó finalmente—, si personajes mitológicos como los cíclopes o el Golem tienen un origen real, es de imaginar que historias como las de Orfeo o Perseo en el Hades también se remiten a acontecimientos históricos. A cosas que realmente acaecieron.

—¿Habla en serio? —En el semblante de la condesa podía verse cierta expresión de divertimento.

—Lady Kincaid suele hablar muy en serio de estos asuntos —constató Hingis.

Dos años antes, el suizo seguramente habría estallado en carcajadas, pero haber conocido a Gardiner Kincaid le había enseñado que ninguna pregunta era demasiado audaz para que una mente despierta no pudiera plantearla, y que siempre valía la pena escuchar atentamente las explicaciones de su hija...

—Por supuesto que hablo en serio —se reafirmó Sarah—. ¿Y si realmente existieron todas esas salvaciones del reino de los muertos? ¿Y si en realidad solo se produjeron de una manera un poco diferente?

—¿En qué sentido?

—Podría ser que todas esas personas que, según la leyenda, fueron rescatadas del Hades, en realidad no estuvieran muertas, sino que simplemente habían caído en una especie de estasis... O en un estado que los antiguos no sabían diferenciar del de un muerto.

—¿Se refiere a una especie de muerte aparente?

—Coma, muerte aparente, llámelo como quiera. Lo que importa es que esa gente probablemente había entrado en ese estado y, sobre todo, que algo los liberó de él.

—Comprendo adónde quiere ir a parar —asintió Hingis—. El agua de la vida. Y usted supone que Kamal...

—Llamarlo suposición sería afirmar demasiado —admitió Sarah—. Tan solo es una esperanza a la que me aferro, un leve consuelo.

Hingis asintió y frunció el ceño mientras parecía cavilar.

—¿Quiere que le dé una opinión sincera? —preguntó al cabo de unos instantes.

—¿Le habría explicado algo de no ser así?

—De acuerdo. —El suizo se irguió y, por un momento, su semblante adoptó una vez más la expresión de sabelotodo por la que Sarah lo había aborrecido en

otras épocas. Ahora sabía que Hingis solo la utilizaba para disimular su inseguridad—. Amiga mía, créame si le digo que me he acostumbrado a presenciar todo tipo de cosas extrañas en su compañía. Y que jamás habría llegado a acercarme a la tumba de Alejandro, ni siquiera me habría atrevido a soñarlo, y, no obstante, fue una realidad. Sin embargo, alimento serias dudas. Lo que ha ocurrido, y no me refiero tan solo a lo que le ha pasado al pobre Kamal, sino también a lo que sucedió anoche, ha sido demasiado para usted y por eso no es de extrañar que busque por todas partes indicios que pudieran salvar a su amado y retornarlo al mundo de los vivos.

—Comprendo —dijo Sarah con voz queda, y bajó la vista mientras se tachaba de necia. ¿Cómo había podido esperar que alguien compartiera siquiera en parte sus aventuradas teorías? Quizá Hingis tenía razón y el deseo de salvar a Kamal prevalecía sobre la razón...

—No obstante —añadió el suizo, arrancándola de sus pensamientos—, no conozco a nadie más que, bajo la presión que suponen todos esos acontecimientos, sea capaz de efectuar unas reflexiones tan brillantes.

—¿Qué?

Sarah levantó la vista. La condesa de Czerny también parecía sorprendida.

—¿Quién sabe? —dijo Hingis encogiéndose de hombros—. A lo mejor tiene razón. Puede que los personajes que conocemos de la mitología realmente corrieran una suerte similar a la del pobre Kamal. Quizá les suministraron un veneno que los mantuvo en un estado parecido a la muerte, hasta que una especie de antídoto los devolvió a la vida.

—Eso es exactamente lo que yo creo —corroboró Sarah—. Los médicos me han confirmado que probablemente exista también un antídoto para Kamal. Sin embargo, no supieron decirme qué ingredientes deberían componerlo ni dónde encontrarlo.

—En Grecia —dedujo la condesa.

—Es posible —confirmó Sarah.

—Pero ¿dónde exactamente? ¿Hay algún punto de partida?

—Uno —asintió Sarah—. La única indicación sobre el origen de los elixires misteriosos se encuentra en el mito de Heracles.

—El agua del Aqueronte —recordó Hingis.

—Así es. A diferencia del río Estigia, el Aqueronte existe de verdad; nace en el monte Tomaros y fluye hacia el oeste cruzando el Epiro para desembocar en el mar. —Sarah cogió un atlas histórico que había abierto sobre la mesa—. Si trazan mentalmente una línea entre Pella, la capital de Macedonia, situada al este, los monasterios de Meteora y esta laguna, por la que pasa el Aqueronte en su camino hacia el mar, comprobarán que los tres puntos se encuentran muy próximos a un eje.

—¡Válgame Dios! —exclamó Hingis, que estaba mirando el mapa.

—Tiene usted razón —constató también la condesa.

—En esa laguna —continuó relatando Sarah—, en tiempos antiguos se encontraba el Necromanteion de Éfira.

—El Oráculo de los Muertos.

—Efectivamente.

—¿En qué consistía? —preguntó la condesa y, ligeramente avergonzada, añadió—: La historia de la Grecia clásica nunca ha sido mi campo preferido. Siempre me han atraído más los misterios del antiguo Egipto...

—Según la mitología, Éfira era una ciudad situada en la orilla norte de la laguna Aquerusia —explicó Sarah diligentemente—. De hecho, allí se encuentran los restos de una colonia de la época clásica, aunque nunca han sido investigados.

—Comprendo —asintió la condesa.

—Se cuentan todo tipo de cosas milagrosas sobre el Necromanteion —agregó Hingis—. Algunas personas que visitaron el oráculo tuvieron visiones del más allá y de seres a los que habían perdido.

—¿Cómo es posible?

—Bueno —prosiguió Sarah—, en algunos documentos antiguos se supone que allí estaba la entrada a los infiernos, lo cual significaría que el Oráculo era una especie de puerta entre este mundo y el más allá. En otros se supone que la entrada al Hades se encontraba más hacia el noreste, en los cursos de los ríos que fluyen más arriba. ¿Cuál es la versión acertada? No lo sé. Pero si pensamos que en todas esas leyendas se oculta un fondo de verdad, tengo que ir a Éfira lo antes posible.

—¿A hacer qué?

—A seguir el río Aqueronte desde sus fuentes en el monte Tomaros hasta la laguna Aquerusia, y a buscar la entrada del Hades —declaró Sarah—. O, al menos, lo que los antiguos griegos creían que era, porque sospecho que allí está el agua de la vida.

—La entrada al Hades —repitió Hingis asombrado—. ¿Va a seguir las huellas de Ulises y Perseo?

—Exacto —confirmó Sarah.

—¿Qué pretende decirnos, querida? —preguntó la condesa de Czerny en tono de duda—. ¿Espera realmente encontrar las sombras del otro mundo?

—Probablemente no —admitió Sarah—. Sin embargo, tiene que haber algo, una cueva, un río subterráneo, una anomalía geológica, que existe de verdad y que inspiró todos esos mitos. Tengo que ir allí si quiero salvar a Kamal. Estoy plenamente convencida de ello.

—Admiro su sagacidad y su determinación —aseguró la condesa—. Sobre todo porque yo sería incapaz.

—Es usted demasiado modesta.

—En absoluto. Sin embargo, debo advertirla de que tenga cuidado.

—¿Por qué motivo?

—Es posible que lo que usted llama Epiro perteneciera antiguamente a la Hélade, pero con la conquista de Constantinopla por los turcos se convirtió en parte del Imperio otomano, y así ha seguido hasta nuestros días. El sur de Grecia y una parte importante de Tesalia han conseguido librarse del yugo turco a raíz de la guerra de independencia, pero Epiro y Macedonia continúan bajo Administración otomana. Y aunque sufre muchos achaques, el hombre enfermo de Europa no parece dispuesto a retirarse. Como consecuencia, la tierra fronteriza entre ambos territorios es una región extremadamente peligrosa, sacudida por constantes revueltas. La prensa de todo el mundo informa de ello.

—Conozco las circunstancias políticas de la zona, condesa, y aprecio su preocupación —aseguró Sarah—. No obstante, mi decisión es firme. Tengo que seguir este indicio.

—¿Aunque le cueste la vida?

—Kamal o yo, ¿dónde está la diferencia? —replicó Sarah con otra pregunta—. Si no encuentro ningún remedio para él, su fin está sellado y el mío también. Ya perdí a una persona que me importaba mucho y que para mí significaba más que nada en el mundo, condesa. No permitiré que vuelva a suceder.

—Sarah, yo... —empezó a decir Hingis visiblemente azorado.

Sarah le pidió con un gesto que no continuara y le ahorró tener que buscar una explicación.

—Ya sé qué quiere decirme, Friedrich —afirmó—, y seguramente tiene usted razón. La empresa que pretendo acometer es arriesgada y, además, no está nada claro el desenlace. No puedo esperar ni espero que usted participe. De todos modos, ya ha hecho mucho más por mí de lo que podía esperar.

—¿Cómo? —preguntó atónita Ludmilla de Czerny—. ¿Pretende emprender el viaje sola?

—En compañía de algunos porteadores y de un guía local, ¿por qué no? —replicó Sarah.

—Porque eso no entra en consideración —contestó Hingis enérgicamente—. Aprecio su humildad, mi querida amiga, pero no puedo aceptar que me deje fuera de sus planes. Por supuesto que la acompañaré si usted me lo permite.

—Es usted muy noble, amigo mío, pero no se lo permito.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque ya he perdido a demasiados buenos amigos. Si a usted le ocurriera algo en esta expedición, jamás me lo perdonaría.

—En tal caso —respondió el suizo sin pensarlo—, la aliviará saber que en esta ocasión pienso seguir de una pieza, y ya puede interpretarlo literalmente. Otra cosa sería que usted no me quisiera porque, a sus ojos, un tullido supone más un obstáculo que una ayuda...

—Pero... no —se apresuró a asegurar Sarah, que había notado cierto deje de

enfado en las palabras de Hingis—, se trata de su seguridad. Tenerlo a mi lado sería un gran consuelo y una ayuda irremplazable.

—Entonces cuente conmigo —replicó simplemente Hingis, haciendo un amago de reverencia: para un caballero de su talla, con eso estaba todo dicho.

—También conmigo —afirmó la condesa sonriendo.

—¿Qui... quiere usted acompañarme también en la expedición?

—¿Por qué no, querida? Como ya le dije, toda mi vida he deseado darle la espalda a esta ciudad y explorar el ancho mundo. Mi audacia no alcanza para seguirlos hasta el destino de su viaje, pero si usted lo permite los acompañaré un trecho del camino. Tanto más cuanto que dispongo de medios y recursos que a usted podrían estarles vedados.

—Eso sería maravilloso —dijo Sarah—. Una vez más, no sé cómo agradeceréselo, condesa.

—Por favor. —La condesa sonrió aún más ampliamente—. Las hermanas se ayudan, ¿no es cierto?

—Eso es verdad —asintió Sarah—. Aunque no sé...

Se interrumpió porque la puerta de la sala de lectura se había abierto de repente y había aparecido el profesor Bogary, acompañado por un muchacho en el que Sarah reconoció a uno de los criados de la condesa. El joven tenía el rostro encendido y su pecho subía y bajaba a causa de la agitada respiración... Y al ver la terrible expresión en su semblante, Sarah supo que había sucedido algo.

—Buenas noches, alteza —exclamó jadeando, mientras se inclinaba profundamente delante de su señora—. Disculpe la intromisión. Me envía el doctor Cranston...

—¡Kamal! —Sarah se levantó alarmada de su asiento, puesto que tenía muy claro que la noticia solo podía concernir a su amado—. ¿Qué le ocurre?

—El doctor dice que vayan enseguida —comunicó entrecortadamente el mensajero—. Es muy urgente...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Ha sucedido lo que temía: el estado de Kamal ha empeorado dramáticamente. Su pulso es irregular y apenas se percibe. Si no consigo ayudarlo pronto, temo lo peor...

PALACIO DE CZERNY, MALÁ STRANA, PRAGA,
MAÑANA DEL 12 DE OCTUBRE DE 1884

No se apartó de su lado en toda la noche. Había escuchado atentamente y con espanto las palabras del doctor Cranston, pero no había entendido realmente lo que decía. Había hablado de un aumento de la temperatura corporal y de una disminución de los reflejos, que quizá provocaría que pronto fuera imposible continuar suministrando al paciente los líquidos y la alimentación que necesitaba tan imperiosamente para sobrevivir. Asimismo, las consecuencias de la alimentación artificial comenzaban a notarse. El paciente estaba débil y era propenso a coger infecciones de todo tipo...

—No puedes irte, ¿me oyes? Tienes que quedarte conmigo...

Sus labios formularon por enésima vez esas palabras, que se habían convertido en una especie de conjuro a lo largo de la noche. Cada vez que la desesperación y la pena amenazaban con vencerla, Sarah lo pronunciaba y, de ese modo, consiguió realmente mantener sus sentimientos a raya. Sus mejillas estaban pálidas y consumidas, y los ojos enrojecidos por las lágrimas.

Cogía continuamente un vaso de agua hervida que estaba sobre la mesilla de noche e intentaba verter unas gotas en la boca entreabierta de Kamal. Con suerte, eso lo mantendría con vida unos días, quizá incluso una o dos semanas, pero no lo curaría.

Porque no era el agua adecuada...

Aunque el estado de Kamal había empeorado (¿o precisamente por eso?),

Sarah seguía dispuesta a emprender el viaje y comenzar la búsqueda del remedio. No podría llevarse con ella a Kamal, eso era incuestionable, y le rompería el corazón separarse de él. Pero, de no hacerlo, el enfermo se vería despojado de la última esperanza de curación.

Se inclinó sobre su amado y lo besó cariñosamente en la frente ardiente.

—Iré a buscar ayuda, amor mío —le susurró al oído—. Buscaré un remedio para ti y te liberaré de la oscuridad; no importa lo que tenga que hacer ni con qué poderes tenga que pactar. Te salvaré, cariño, ¿me oyes? ¡Juro que te salvaré!

Se incorporó un poco para ver si sus palabras habían causado algún efecto. Pero el semblante de Kamal, que ya no parecía ni joven ni enérgico como unos días atrás, sino consumido y demacrado, no mostró ninguna reacción.

Probablemente no podía oírla...

Pero no por eso su promesa era menos sincera...

Las lágrimas volvían a estar a punto de saltársele cuando se abrió la puerta de la habitación. Sarah se secó enseguida los ojos, puesto que supuso que serían Cranston o Hingis y no quería mostrarse tan débil y vulnerable ante ellos. Pero se equivocaba, ya que no fue ninguno de sus dos compañeros masculinos quien entró en la sala, se acercó a ella con pasos silenciosos y le puso la mano en el hombro para reconfortarla, sino la condesa de Czerny.

—Sé cuánto está sufriendo —le dijo con voz queda—. Yo también velé a mi esposo en el lecho de muerte durante muchos días y muchas noches. Luchas contra el destino y te preguntas por qué te lo quitan todo.

—Aún no tengo motivos para luchar contra el destino, condesa —replicó Sarah valerosamente—, porque aún hay esperanza y este no es un lecho de muerte.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir la condesa, aunque se notó que lo hacía para tranquilizar a Sarah—. ¿Aún tiene intención de seguir su plan?

—Ahora más que antes.

La condesa asintió pensativa; luego se sentó junto a Sarah en el borde de la cama. Durante unos segundos, las dos mujeres se miraron profundamente a los ojos sin que pudiera saberse qué pensaban una de otra.

—Es usted una mujer asombrosa, lady Kincaid.

—Usted también, condesa.

—No había visto nunca a nadie con una voluntad tan inquebrantable.

—No se trata de voluntad inquebrantable —corrigió Sarah, sonriendo azorada—, sino de desesperación.

—Pues no parece desesperada.

—Tal vez porque he aprendido a ocultar lo que realmente siento.

—Igual que yo.

—Bueno —replicó Sarah quedamente—, entonces sí que parecemos realmente hermanas, ¿no?

La condesa asintió con un movimiento de cabeza. Sus miradas se encontraron de nuevo y, por un momento, fue como si el tiempo se detuviera a su alrededor.

—Si me hace el favor de acompañarme al salón —dijo finalmente la condesa Ludmilla—. Los señores Cranston y Hingis se han reunido allí para que hablemos.

—Ahora mismo voy —prometió Sarah.

Antes de levantarse y seguir a la condesa, le dedicó de nuevo una mirada amorosa a Kamal y le acarició suavemente la mejilla y el mentón cubierto de barba.

Siguiendo el consejo del doctor Cranston, las cortinas de terciopelo de la habitación estaban corridas, de manera que allí imperaba una penumbra tranquilizadora que el médico consideraba beneficiosa para el paciente. Cuando Sarah salió de la habitación, la cegó la luz que entraba por los altos ventanales del corredor. Si bien se había enterado de que ya había despuntado el día, no le había dado más importancia. Entonces se dio cuenta de que había empezado a nevar bien entrada la noche y que tanto las calles como los tejados de las casas vecinas estaban cubiertos por una capa blanca.

La condesa de Czerny la acompañó personalmente al salón, donde, dado que el invierno había irrumpido, la chimenea estaba encendida desde primera hora de la mañana. El fuego chisporroteaba en el interior, enmarcado en estuco gris, y delante había una mesa baja de madera con unas patas elegantemente torneadas. Encima había un mapa desplegado. La mesa estaba flanqueada por unas butacas tapizadas con terciopelo, de las que dos estaban ocupadas. Los dos hombres que se sentaban en ellas interrumpieron la conversación y se levantaron cuando Sarah y la condesa entraron en la sala.

—Hola.

—Buenos días, Friedrich. Y también a usted, doctor.

—Sarah —contestó Cranston, y devolvió el saludo inclinando educadamente la cabeza y con una mirada de preocupación—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias —mintió Sarah: en realidad se sentía consumida y miserable, no solo porque había pasado la noche en vela, sino también porque esa mañana sentía náuseas.

—Enseguida iré a ver a Kamal —prometió el médico—. Pero antes tenemos que hablar de algunas cosas. La condesa y el señor Hingis me han informado de lo que descubrieron en la biblioteca...

—Bueno —se limitó a decir Sarah mientras la condesa y ella se sentaban. Acto seguido, Cranston y Hingis también tomaron asiento—. Al menos hay un indicio que valdría la pena seguir.

—¿Incluso después de que el estado del paciente haya empeorado?

—Precisamente porque el estado del paciente ha empeorado —afirmó Sarah—. Ni usted ni ningún otro médico pueden curar a Kamal. El agua de la vida es

su última posibilidad.

—No necesita convencerme, lady Kincaid. Si no confiara ciegamente en usted, jamás me habría declarado dispuesto a realizar este viaje. Ya sabía lo que se traía entre manos.

—¿Pero? —preguntó Sarah.

—Pero, teniendo en cuenta los recientes acontecimientos —prosiguió Friedrich Hingis en lugar de Cranston—, debemos disponerlo de otra manera. En su estado, es imposible que Kamal participe en el viaje...

—Eso es verdad —admitió Sarah.

—... pero también perderemos tiempo innecesariamente si lo dejamos en Praga —continuó Cranston, que, mirando a la condesa de Czerny, añadió—: Aunque no podría imaginar un lugar en el mundo donde nuestro paciente estuviera mejor atendido.

—Se lo agradezco, doctor —dijo la condesa.

—Entonces, ¿qué propone? —inquirió Sarah.

—Yo, nada —puntualizó Cranston—. La condesa ha hecho una propuesta que, en mi opinión, nos posibilita llevar a cabo nuestros planes.

—Comprendo —dijo Sarah—. ¿Y en qué consiste esa propuesta?

—¿Qué ruta tenía pensado elegir? —preguntó la condesa.

—La más corta —contestó Sarah sin vacilar—. De Praga a Viena, desde allí a Venecia y, luego, en barco hasta Grecia.

—Es lo que imaginaba. Sin embargo, debería considerar que cruzar los Alpes en invierno y después realizar una travesía marítima conlleva imponderables fatigas que nuestro paciente seguramente no soportaría.

—Soy muy consciente de ello, condesa —admitió Sarah—. Por eso había pensado en dejar a Kamal bajo su custodia, si usted lo permite.

—Por supuesto que lo permito, pero creo que hay otra posibilidad. ¿Por qué no toma la ruta terrestre y utiliza aquel tren que, desde su viaje inaugural en octubre del año pasado, proporciona constantemente titulares y rompe un récord de velocidad tras otro?

—¿Se refiere al Orient-Express? —Conjeturó Sarah.

—En efecto —asintió la condesa—. Ese nombre, seguramente demasiado opulento, encierra una posibilidad de viajar que realmente lo hace merecedor de que lo tilden de avanzado. En circunstancias favorables, el tren supera la distancia entre París y Constantinopla en tan solo ocho días.

—Eso es notable —reconoció Sarah, que aún recordaba vívidamente el viaje a través del Imperio alemán, aburrido y muy fatigoso para Kamal—. Por eso intenté conseguir plazas para cubrir el trayecto entre París y Viena al venir hacia aquí, pero era totalmente imposible conseguir billetes a tan corto plazo.

—No para mí —replicó la condesa sin ninguna modestia—. Me he permitido cuidarme de organizar un viaje rápido y sin dificultades que garantice que su

querido Kamal pueda realizarlo y, además, no sufra más trastornos de los que sufriría en este palacio.

—¿Cómo? —inquirió Sarah.

—He alquilado un vagón de la Compagnie Internationale des Wagons-Lits, en el que Kamal y también nosotros encontraremos el mejor acomodo.

—¿Se refiere a un coche cama? —preguntó Sarah.

—Efectivamente —confirmó Cranston—, y no uno de aquellos modelos tradicionales que cubren otros recorridos y en los que el placer de viajar es cuestionable, sino el más moderno de los que existen.

—Ya está todo organizado —añadió la condesa—. A lo largo del día de hoy, nos prepararán un vagón de la CIWL y esta noche partiremos de la estación de Praga. El destino es Viena, donde desengancharán el vagón y lo acoplarán al Orient-Express. En Budapest, donde el tren llegará poco después, volverán a desenganchar nuestro vagón y lo unirán al tren que se dirige a Belgrado.

—La línea ferroviaria acaba en Semlin, un suburbio situado en el norte de la capital serbia —prosiguió Cranston—, con lo cual nuestra excursión conjunta acabará allí. La condesa y yo nos quedaremos en Belgrado, mientras el señor Hingis y usted prosiguen el viaje. Pasarán por Niš, Vranje y Uskub, y llegarán a Salónica.

—¿Y Kamal? —preguntó Sarah.

—La condesa y el doctor Cranston están dispuestos a ocuparse de él en Belgrado durante nuestra ausencia —explicó Hingis.

—Creo que es el único camino viable —añadió la condesa rápidamente—. Los vagones de la CIWL ofrecen la posibilidad de acercar un buen trecho a Kamal hasta donde se encuentra la medicina. Sin embargo, someterlo a las fatigas de una travesía en barco no me parece muy responsable.

—Desde un punto de vista médico, no puedo estar más de acuerdo —la secundó el doctor Cranston—. De todos modos, es sorprendente que el paciente aún siga con vida.

—Es fuerte —afirmó Sarah.

—En efecto. Pero eso no puede ni debe hacernos olvidar que se encuentra en una fase extremadamente inestable. El más mínimo cambio podría tener efectos catastróficos.

—Creo que sería una solución idónea —insistió la condesa—. En cualquier caso, Kamal estaría más cerca de la curación que en Praga.

—Eso es verdad —aceptó Sarah, echando un vistazo al mapa—. Desde Salónica podríamos proseguir el viaje a caballo o con camellos en dirección oeste, siguiendo las huellas de Alejandro.

—Y de Heracles —añadió Hingis sonriendo—. Lo que le pareció bien a un semidiós, tiene que ser de recibo para mí.

—*Tally-ho* —dijo Cranston lacónicamente.

—En cualquier caso, debemos apresurarnos —reflexionó Sarah—. Si los puertos de montaña están cerrados...

—Yo no he afirmado que este plan no entrañara riesgos —dijo la condesa de Czerny—, pero creo que supone una buena alternativa. Entonces, ¿qué? ¿Quiere arriesgarse y emprender la aventura con nosotros? Debo confesar que yo no tengo demasiada experiencia en...

—Eso no importa —dijo Sarah meneando la cabeza—. Le doy las gracias, condesa, por todo lo que ha hecho por nosotros y por lo que quiere hacer, y acepto su oferta agradecida, aunque no comprendo por qué se toma tantas molestias por una desconocida.

—No es ninguna molestia —aseguró la condesa—, y usted tampoco es una extraña, Sarah. Además, he esperado durante años una oportunidad como esta. Por fin podré escapar de estos muros y hacer lo que siempre he deseado. Por fin estoy a punto de librarme de las cadenas que me ha impuesto la sociedad y de ser una persona libre... Y tengo que agradecerélo a usted. Por lo tanto, no me dé las gracias, puesto que en realidad soy yo la que tiene que dárselas.

—Me avergüenza usted, condesa.

—Ludmilla —la corrigió.

Ambas se estrecharon las manos y la condesa selló la alianza inclinándose hacia Sarah y dándole un beso, pero no en la mejilla, sino en los labios. Fue un contacto cálido y húmedo, pero no desagradable, de manera que Sarah no se apartó aunque hubo algo en aquel beso que le pareció sumamente extraño, ya que por un momento le dio la impresión de que eran realmente los labios de su hermana los que la tocaban suave y tiernamente.

Se separaron y Ludmilla de Czerny se echó a reír de muy buen humor. Dio unas palmadas y apareció un criado vestido con librea, que llevaba en las manos una bandeja con cuatro copas llenas a rebosar de un líquido transparente.

—Slibovitz —aclaró la condesa mientras se levantaba—, un agua de la vida muy distinta. Brindemos por nuestra decisión y por el comienzo de nuestra aventura.

—Por el comienzo de nuestra aventura —repitieron Cranston y Hingis al unísono, mientras cogían sus copas.

—Y por Sarah —añadió Ludmilla—. Por que encuentre lo que busca.

—Por que encuentre lo que busca —repitieron.

—Salud —dijo la condesa.

—*Cheers* —replicó Sarah.

Sarah percibió un aroma intenso a ciruelas maduras y el olor acre del alcohol, y de repente sintió náuseas. Sin que pudiera explicarse el porqué, todo en ella se resistía a probar aquel licor. Indecisa, sostenía la pequeña copa entre sus manos.

—¿Y eso? —preguntó Hingis, que ya había apurado la suya y tenía las

mejillas enrojecidas—. ¿Duda? Si no recuerdo mal, nunca ha rechazado usted unas buenas gotas...

—Es verdad —contestó Sarah, cuya renuencia iba en aumento—. Pero, en este caso, preferiría abstenerme. Discúlpeme, Ludmilla.

—Por supuesto. —La condesa sonrió y tendió la mano—. Si me lo permite, me lo beberé yo en su lugar.

Sarah le dio la copa y la condesa la vació sin que sus pálidas mejillas cambiaran siquiera ligeramente de color. Solo el brillo de sus ojos verde esmeralda pareció intensificarse un poco.

—Bien —comentó Cranston—, creo que todos tenemos cosas que hacer. Iré a ver al paciente y luego me prepararé para el viaje.

—Yo también —afirmó Sarah—. Además, aún tengo que realizar algunas compras antes de partir.

—Hágalo —dijo la condesa—. Antonín volverá ahora mismo a la estación a confirmar la reserva del coche cama y a arreglar las cuestiones económicas. No podemos perder tiempo, ¿verdad? Propongo que nos volvamos a encontrar aquí, en el salón..., ¿dentro de tres horas?

—De acuerdo —dijo Sarah, y puesto que Hingis y Cranston asintieron con sendos gestos de cabeza, ya estaba todo dicho.

Sarah Kincaid y los dos hombres se despidieron para dedicarse a sus propios asuntos, y la condesa se quedó. Cuando sus nuevos aliados habían salido del salón, la sonrisa solícita y dulce desapareció del semblante de Ludmilla de Czerny como si nunca hubiera estado allí.

La condesa volvió a sentarse y, absorta en sus pensamientos, se quedó contemplando el fuego que ardía en la chimenea incluso cuando uno de los paneles de la pared se abrió, deslizándose a un lado con un leve rumor, y pudo verse un pasadizo que hasta entonces había permanecido oculto. La condesa no se dignó mirar a la figura gigantesca y cubierta con una capa que salió por él y se le acercó.

—¿Y bien? —preguntó el gigante.

—No cabe duda —contestó la condesa, permitiéndose una risa contenida y sarcástica—. Ya es nuestro.

El gigante la miró y por fin la condesa se dignó levantar la vista y fijarla en un rostro con una frente despejada, desde donde la observaba un único ojo.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Recuerdo haber leído noticias sobre el Orient-Express en los periódicos: hablaban de una «maravilla extraordinaria», de un «milagro de la técnica moderna». Teniendo en cuenta todo lo que veo y experimento, no puedo estar más de acuerdo.

Antes de nuestra llegada a Praga, los vagones de la CIWL (o de la ISG, como la llaman aquí, en el Imperio austrohúngaro) nos habían prestado un buen servicio, pero, comparados con los que cubren la ruta oriental, aquellos ofrecen una imagen antediluviana. Acero, cristal y madera de teca forman una unidad que no solo resulta preciosa, sino también sumamente práctica, y el ambiente a bordo solo puede compararse con el de un baile o una recepción solemne. Después de lo acontecido en Praga, me siento como si nos hubieran apartado de la cruda realidad, pues a bordo todo parece girar alrededor del bienestar de los viajeros y su esparcimiento. Sin embargo, solo necesito mirar el rostro consumido y marcado por la enfermedad de Kamal para saber que este no es un viaje de placer.

El tren está compuesto por un total de seis vagones que, según me han comentado, se corresponden con la distribución típica del Orient-Express. La locomotora, una vigorosa bestia de carga negra como el azabache, que parece respirar vapor por todos los poros de su cuerpo acerado, va seguida por un tender cargado de carbón que, a su vez, está conectado a un primer furgón de equipajes que sirve de almacén de víveres y de bebidas, así como de alojamiento para el personal. Este conecta con un primer coche cama, uno de esos vagones enormes y espaciosos, en cuyos comodísimos compartimientos hay sitio para veinte personas, y en cuyos extremos se han instalado excusados separados para hombres y mujeres. Los compartimientos son amplios y están bellamente decorados, con bancos que se transforman en camas cuando hace falta.

El centro, y a la vez la joya del tren, lo conforma el vagón restaurante:

un salón sobre ruedas, recubierto con gobelinos de piel y terciopelo genovés, en cuya minúscula cocina un chef francés se ocupa de preparar especialidades de lo más selecto; incluso han pensado en una pequeña biblioteca y un saloncito para las señoras, y yo me siento infinitamente más como en casa en la primera. El vagón restaurante está unido a un segundo coche cama, que va seguido por el vagón de la condesa, en el que, gracias a la generosidad de Ludmilla de Czerny, podemos viajar todos muy confortablemente. El final del tren lo forma un vagón de equipajes donde no solo se guardan los voluminosos efectos que los pasajeros no necesitan durante el viaje, sino que también incluye (un lujo casi inimaginable) cabinas de ducha con agua caliente que hacen posible que los viajeros se asean periódicamente.

Instalados en semejante lujo, avanzamos a buen ritmo.

Ya hemos dejado atrás Viena y viajamos hacia Budapest, pasando junto a árboles cubiertos de nieve y llanuras salpicadas de escarcha. En tanto que en el exterior hace un frío de nieve, la temperatura en los vagones es agradable. El aroma a café y a pan y pastelillos recién hechos flota en el aire y se mezcla con los olores a cera y a cuero que parecen omnipresentes.

Casi lamento no poder viajar hasta Estambul en compañía de mi amado Kamal. Me imagino que es nuestro viaje de bodas, del que tantas veces hablamos en broma, y la pena me embarga súbitamente. Porque el viaje que hemos emprendido es muy distinto y, mientras que en el vagón restaurante corre el champán a raudales y sirven coq au vin, a nosotros se nos escapa el tiempo entre las manos...

ORIENT-EXPRESS, MEDIODÍA DEL 14 DE OCTUBRE DE 1884

La letra con que Sarah Kincaid había escrito en las páginas de su diario parecía un poco torpe comparada con la de las anotaciones de días anteriores. Si bien los vagones de la CIWL, con cuatro ejes y montados sobre modernos bojes, se correspondían con el nivel más actual de la técnica, no lo hacían tanto las vías por las que circulaba el tren y que pertenecían a la privilegiada red de los ferrocarriles del Imperio austriaco. Cada vez que un rail se unía al siguiente, el vagón sufría una sacudida que se plasmaba en la escritura de Sarah.

La joven echó de nuevo una ojeada a la anotación, cerró el diario y lo dejó sobre la mesilla, que estaba situada debajo de la ventanilla y podía plegarse si era necesario, junto con los mapas que había encima y el enigmático objeto en forma de cubo.

El codicibus...

Sarah lo cogió por enésima vez y lo giró en sus manos, examinándolo por todas las caras. Había creído que el cubo que antaño la había llevado a Alejandría era único y que no había ningún otro en el mundo, pero era obvio que se había equivocado. La pieza que sostenía en sus manos, que ni siquiera la destreza de un artista había conseguido abrir, era buena prueba de ello.

Por otro lado, aquel cubo no se diferenciaba en nada del que le habían entregado una vez en París: las caras estaban ligeramente cubiertas de óxido, aunque eso no perjudicaba la solidez del objeto, y tenía grabados, igual que el otro, los caracteres del sello de Alejandro y el símbolo del Uniojo. De hecho, los dos cubos se parecían tanto que un pensamiento audaz se apoderó de Sarah.

¿Podía ser que en realidad no existieran dos cubos? ¿Que en verdad volviera a sostener en sus manos el mismo artefacto que su padre le había dejado y cuya posesión había costado una muerte atroz a tanta gente?

Sarah se estremeció.

De hecho, ella solo había visto cómo se destruía el contenido del codicubus, los *pinakes*^[4] secretos de Alejandría. Siempre había supuesto que el cubo había sufrido el mismo destino, pero no tenía pruebas de ello.

¿Qué significaría que el cubo hubiera regresado realmente a ella después de tanto tiempo? Ni más ni menos, que el ciclope que le había arrebatado el codicubus y el ciclope que se lo había devuelto se conocían. ¿Cuántos seres con un solo ojo habría? ¿Y estaban de parte de Sarah, como siempre afirmaban? Pero entonces ¿por qué la acosaban y sembraban miedo y terror?

Sarah recordó horrorizada los dramáticos acontecimientos en las alcantarillas de Praga, y también la figura gigantesca que la había seguido en la espesa niebla de Yorkshire, hacía muchísimo tiempo o, al menos, eso le parecía. Ahora estaba convencida de que aquella criatura siniestra también era un ciclope, un agente del Uniojo que no la había perdido de vista durante todo el tiempo en que, erróneamente, se creyó protegida y a salvo.

Llamaron educadamente a la puerta de su compartimiento y la joven aguzó el oído.

—¿Sí?

—Soy yo, Friedrich —se oyó al otro lado de la puerta, decorada con taracea y barnizada.

—Pase —contestó Sarah, y volvió a dejar el codicubus sobre la mesa.

La estrecha puerta se abrió y apareció en ella el suizo, con el cabello alborotado como siempre. En tanto que Sarah disponía de un compartimiento doble para ella sola, Hingis y Cranston tenían que compartir el suyo. La condesa de Czerny ocupaba con su doncella un espacioso compartimiento de cuatro plazas, y los dos criados que la acompañaban en el viaje pernoctaban también en uno doble.

El quinto y último compartimiento del vagón estaba reservado a Kamal;

habían convertido la amplia litera en un lecho de enfermo, junto al cual alguien hacía guardia constantemente para avisar a Sarah o al doctor Cranston en caso necesario.

—Que aproveche —la saludó Hingis campechanamente. Por las salpicaduras de salsa oscura en su camisa blanca y por la mezcla del aroma a carne y humo de tabaco que inundó el compartimiento, Sarah dedujo que venía del vagón restaurante—. ¿Dónde se mete? La hemos echado de menos en la comida.

—Lo dudo —replicó Sarah, esbozando una sonrisa escueta—. Me temo que, en estos momentos, mi presencia en la mesa no es muy edificante —prosiguió, y señaló los libros y los mapas que había sobre la mesa—. Prefiero prepararme para la misión.

—De eso precisamente quería hablar con usted —contestó Hingis, que de repente parecía nervioso—. ¿Me permite entrar?

—Por supuesto —afirmó Sarah, indicándole que tomara asiento al otro extremo del largo banco—. Siéntese.

—Gracias.

El suizo entró en el compartimiento después de mirar a ambos lados y asegurarse de que no había nadie observándolo en el pasillo. Cerró la puerta con cuidado y tomó asiento.

—¿Puedo preguntarle una cosa, Sarah? —dijo—. No espero confidencias ni jamás supondría que...

—¿Qué quiere saber? —Sarah fue al grano. No había tiempo para rodeos y formalidades.

—¿Tiene miedo? —preguntó el suizo a bocajarro, y pareció aliviado por haber expresado por fin lo que le preocupaba.

—¿A qué se refiere?

—Solo quiero una respuesta, eso es todo.

La mirada de Sarah reveló inseguridad y también una leve ira. ¿A qué diantre venía aquella tontería? Para ocultar lo mucho que la pregunta de Hingis la incomodaba, desvió la mirada y la posó en la ventanilla, por donde se veían pasar postes de telégrafos y árboles sin hojas.

—Pues claro que tengo miedo —reconoció—. La vida del hombre al que amo pende de un hilo de seda. Hay momentos en los que abrigo esperanzas y tengo la sensación de que todo irá bien. Pero luego miro al doctor Cranston, veo en su rostro la preocupación y me embarga el desencanto. —Suspiró y volvió a desviar la mirada para dirigirla a su compañero—. Miedo a fracasar, igual que en Alejandría.

—Entonces no fracasó, Sarah. La engañó una persona en la que confiaba.

—En efecto —resolló la joven—. Y ¿sabe usted qué me dijo esa persona cuando la visité en la cárcel?

—¿Qué?

—Dijo que este viaje me llevaría directamente a las tinieblas —contestó Sarah, sombría—. Y a veces tengo la impresión de que estaba en lo cierto.

—Igual que yo —corroboró Hingis frunciendo el ceño y enarcando las cejas, lleno de preocupación, por encima de la montura de sus lentes metálicas.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno —contestó el erudito removiéndose inquieto en el banco mientras parecía buscar las palabras adecuadas—, después de lo que ocurrió en Praga, no consigo librarme de la sensación de que detrás de esas aparentes casualidades y conexiones, de esa maraña de insinuaciones enigmáticas y de indicios ocultos, realmente podría esconderse algo. Algo grande, Sarah. Algo muy grande, frente a lo cual la Biblioteca de Alejandría es tan insignificante como un puñado de polvo.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Inmortalidad —contestó Hingis con una sola palabra—. De eso, y solo de eso, se trata. Todos los textos que hemos examinado, independientemente de la época o de la lengua en que fueron escritos, tratan de eso, de borrar adrede los límites entre la vida y la muerte o incluso de transgredirlos... Un sueño de la humanidad, tan antiguo como la propia Historia.

—Tiene usted razón, sin lugar a dudas —admitió Sarah—. Pero no veo qué tiene que ver eso con nosotros...

—Todos nosotros —prosiguió Hingis—, y no me excluyo a mí, ni a usted ni al doctor Cranston, estábamos tan concentrados en ayudar a Kamal que hemos perdido de vista otras cuestiones importantes...

—¿Otras cuestiones importantes? —Sarah lo miró asombrada—. Friedrich, el hombre al que amo se está muriendo. ¿Qué podría ser más importante que...?

—Todos queremos ayudar a Kamal —aseguró el suizo—, pero estábamos tan ocupados preguntándonos si podríamos que no hemos pensado si debíamos.

—¿Qué insinúa?

—Sarah —dijo Hingis, y de nuevo se notó que le costaba pronunciar las palabras—, sé que Kamal es más importante para usted que su propia vida, y también sé que cree que tiene que reparar con él lo que no pudo hacer con su padre...

—¡Eso no es verdad!

—Lo es, y usted lo sabe tan bien como yo. Usted no podía hacer nada por su padre, pero sigue culpándose y se prometió que jamás se repetiría nada igual.

Sarah iba a contestar, pero se abstuvo y meditó un momento las palabras de Hingis. El resultado fue que tenía que darle al menos una parte de razón.

—Quizá —reconoció entonces a disgusto.

—Por ese motivo —prosiguió Hingis—, ha perdido de vista lo esencial, la gran totalidad.

—¿En serio? —Sarah enarcó las cejas—. ¿Y qué es esa gran totalidad, si me

permite preguntárselo?

—Si fuera usted sincera consigo misma durante unos segundos y abriera los ojos en vez de cerrarlos ante la realidad, no necesitaría hacerme esa pregunta —arguyó Hingis—. Pero probablemente conoce la respuesta tan bien como yo, aunque no quiera admitirla.

—¡Cállese! —lo interrumpió Sarah—. ¡No diga nada más!

—¿Por qué no? ¿Porque le digo la verdad? ¿Porque le pongo delante un espejo y no le gusta lo que ve reflejado en él? ¿Porque en el fondo de su corazón sabe perfectamente que está a punto de volver a cometer el mismo error que ya fue su perdición en Alejandría?

—¿Qué error?

—Por salvar a un ser querido, entra en un juego peligroso. Sigue los indicios y procura interpretarlos a conveniencia, aunque es más que evidente quién se los ha dado. Cuando nos capturaron y nos hallábamos en poder del cíclope, dijo usted algo que me hizo meditar: que daba igual lo que sus enemigos le exigieran o qué objetivos persiguieran, puesto que su único objetivo era salvar a su amado.

—¿Y?

—Al principio pensé que solo había elegido esas palabras para provocar a nuestro verdugo. Sin embargo, ahora estoy convencido de que hablaba en serio, y esa idea, Sarah, casi me atemoriza más que cualquier otra cosa. Porque significa que se ha entregado al enemigo y hará todo lo que le exijan sin rechistar... Y que no le importan en absoluto las consecuencias de sus actos, por muy tremendas que sean.

—¿Qué consecuencias?

—Vamos, Sarah —dijo Hingis meneando la cabeza—. No me diga que no ha pensado en ello. Usted sabe que fue la hermandad quien envenenó a Kamal y tuvo muy claro desde el principio que todas las pistas que encontraba se las habían dejado cuidadosamente. Incluso el Golem resultó ser un truco, un medio para echarle el cebo.

—¿Y?

—Sus enemigos quieren algo de usted, Sarah, eso es evidente. Y supongo que tiene que ver con el agua de la vida. Ambos sabemos que esa gente no tiene escrúpulos, Sarah, y que su ansia de poder y conocimiento es insaciable. ¿No ha pensado que tal vez quieran descifrar el secreto de la inmortalidad? ¿Que es eso lo que esperan de usted y que está usted a punto de entregar el mayor misterio del cosmos a una panda de criminales?

—¿Y eso lo afirma precisamente usted? —preguntó a su vez Sarah.

—¿Por qué lo dice?

—Me acuerdo muy bien de Alejandría. —Sarah soltó una risa amarga—. Ningún esfuerzo ni ningún despliegue económico le parecían exagerados para alcanzar un logro arqueológico sensacional. Usted quería un descubrimiento,

quería encontrar sin falta la biblioteca desaparecida, incluso sabiendo que había varias partes interesadas y que se trataba de mucho más que de la gloria de la ciencia.

—Cierto —admitió Hingis abiertamente—. Yo era realmente así, pero eso se acabó. He cambiado —dijo mirando la prótesis de su brazo izquierdo—. La pérdida me ha cambiado —añadió quedamente.

—Igual que a mí —replicó Sarah, de nuevo tranquila y controlada—. Y por eso no soportaría perder de nuevo a un ser amado. ¿Puede comprenderme, Friedrich?

Le dedicó una mirada tan penetrante que el suizo se sintió desarmado y no pudo por menos que asentir prudentemente.

—Bien —dijo Sarah—. Por lo demás, tiene usted razón con sus objeciones.

—¿Me... me da la razón?

—Por supuesto. Nuestros enemigos intentan manipularnos, igual que antaño en Alejandría, y no dudo de que, igual que antes, están informados de todos y cada uno de nuestros pasos.

—Pero entonces ¿por qué les sigue el juego? —gimió Hingis, desconcertado.

—Por dos motivos. En primer lugar, porque creo que es la única esperanza para Kamal. Y, en segundo lugar, porque hay una diferencia sustancial respecto a Alejandría.

—¿Cuál?

—Esta vez vamos sobre aviso —contestó Sarah, y en su semblante se dibujó una sonrisa amarga y audaz a la vez—. Y no me encontrarán desprevenida, créame. En todo lo que hacemos, debemos estar alerta y ser extremadamente cautelosos... Usted también, amigo mío.

—Oh, Sarah. —El suizo lanzó un silbido de alivio que sonó como una tetera llena de agua hirviendo al retirarla del fuego—. Y yo que pensaba que había perdido de vista la realidad...

—Como ve, sigo teniendo los pies en el suelo.

—Es evidente —asintió Hingis—. Pero ¿por qué ha discutido tan airadamente conmigo?

—Tal vez porque quería saber hasta dónde llegaría defendiendo sus convicciones —contestó Sarah.

—¿Y? ¿He llegado lo bastante lejos?

—Por supuesto —asintió Sarah—. Acabo de constatar lo que ya intuía: tiene usted buen corazón y un alma valiente.

—Igual que usted —dijo Hingis, devolviéndole el cumplido.

—¿De verdad lo cree? —Sarah meneó la cabeza—. Antes me ha preguntado si tenía miedo. Le diré la verdad, Friedrich: últimamente casi todo me da miedo. Temo al futuro, pero aún más al pasado. Tengo miedo de lo que pueda pasar y me aterra lo que ya ha ocurrido. Y tengo miedo de perder la única familia que

me queda.

—La comprendo —aseguró el erudito—. ¿Y qué ocurrirá si llega el momento de tomar una decisión? ¿Si nuestros enemigos amenazan con apropiarse del misterio de la vida y usted tiene que definirse entre el bienestar de Kamal y el del resto de la humanidad?

—Dios no lo quiera —dijo Sarah, palideciendo.

—Amén —replicó Hingis, y se levantó del banco para irse—. Una cosa más —dijo cuando ya tenía el picaporte en la mano—: supongamos que su teoría se confirma y todas esas leyendas tienen un fondo real, que el río existe realmente, igual que el barquero Caronte, que cruza a los muertos al otro lado...

—¿Sí?

—... Entonces ¿qué se oculta detrás de Cerbero, el can de tres cabezas que supuestamente vigila la entrada a los infiernos y se ocupa de que nadie entre y de que nadie salga del Hades? ¿Tendrá también una correspondencia real?

—No lo sé, Friedrich —respondió Sarah con voz queda y total sinceridad—. Pero probablemente pronto lo descubriremos...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Malas noticias.

El tren se ha visto obligado a detenerse a causa de un desperfecto en las vías. Lo que en principio, según se nos comunicó, era un simple trámite que se subsanaría en poco tiempo, ha resultado ser finalmente un problema considerable que ya ha durado más de diez horas: casi medio día en el que hemos estado condenados a la inactividad, mientras el estado de Kamal empeora a ojos vista. Según el doctor Cranston, cada vez costará más administrarle líquidos, con lo cual existe el riesgo de que sufra un colapso cuyas consecuencias serían sin duda mortales.

Aunque sé que no tiene sentido hacerlo, me enoja con el destino y con los gestores de la red ferroviaria. Sin embargo, exceptuando a mis compañeros de viaje, me he quedado sola con mis críticas, puesto que los revisores de la CIWL han reaccionado de inmediato y, para apaciguar a los pasajeros, les han ofrecido una botella tras otra de vino espumoso a cargo de la empresa, lo cual ha logrado, por un lado, limitar el número de quejas, y por otro, crear un ambiente de buen humor que a mí me resulta insoportable.

Mientras combino la vigilancia junto al lecho de Kamal y el estudio de los mapas, oigo las risas relajadas de los demás pasajeros, acompañadas por la música machacona de los violines de un grupo que ha subido al tren poco después de cruzar la frontera. Los oigo aplaudir y reír, y desearía poder participar de su alegría [...]

Ya es más de medianoche. Los peones del ferrocarril han trabajado hasta bien entrada la noche a la luz de numerosas antorchas y faroles para reparar la avería, cuyas causas se desconocen. Algunos viajeros murmuran algo de un asalto planeado, pero sospecho que tales teorías se deben más al alcohol que a temores reales.

Por fin reina el silencio. Los músicos húngaros han bajado del tren y los pasajeros se han acostado antes debido a los excesos, que han durado toda

la tarde y toda la velada y a los que se han apuntado algunos caballeros y no menos damas distinguidas. Al fin ha regresado el sosiego que he echado tan terriblemente de menos durante el día.

ORIENT-EXPRESS, NOCHE DEL 15 DE OCTUBRE DE 1884

Satisfecha, Sarah Kincaid puso un punto detrás de la última palabra que había escrito, antes de levantarse para irse a la cama. El mozo del coche cama, que se ocupaba de desplegar las literas y cerrar las persianas, así como de suministrar toallas limpias, había estado allí hacía rato, y el compartimento se había transformado en un dormitorio confortable.

Sarah había pasado la velada sentada en el borde de la cama, consultando libros y estudiando mapas para compensar un poco la desagradable sensación de estar malgastando un tiempo precioso. El material cartográfico del que disponía era más que escaso: aunque los Balcanes estaban en Europa, continuaban siendo una región poco explorada y, en algunos sentidos, poco civilizada, donde la violencia y la inobservancia de las leyes eran comunes y los enfrentamientos sangrientos entre bandos rivales o entre rebeldes y ocupantes turcos estaban a la orden del día. Si bien la provincia de Trikala se había liberado hacía tres años del Imperio otomano y se había unido al reino griego, la inhóspita región montañosa seguía sin ser considerada una zona de paz. Tras el derrumbamiento del orden otomano, por allí merodeaban grupos anárquicos que se camuflaban como luchadores por la libertad, y la parte turca no parecía querer conformarse con la pérdida de la región. A ambos lados de la frontera se producían continuos ataques y corrían rumores de una nueva invasión otomana. La franja por la que pasaba el río Aqueronte estaba situada precisamente en medio de aquella zona insegura y todavía en disputa.

Sarah estaba convencida de que en los archivos del sultán de Constantinopla había material cartográfico más fiable y actual, pero no tenía ni tiempo ni las relaciones necesarias para conseguirlo. Para bien o para mal, tendría que correr el riesgo aunque se moviera por un terreno desconocido. Por eso era tan importante conseguir un guía local que conociera la región y sus peculiaridades. Sarah había escrito una nota que quería mandar por telégrafo desde Budapest a Salónica para que, cuando llegaran, ya tuvieran a punto un guía, porteadores, caballos y mulas.

Podía decirse, en la medida de lo posible, que todo estaba preparado. Como cada noche, Sarah se dispuso a ir a ver a Kamal antes de acostarse: probablemente aquella era su última oportunidad de dormir largamente antes de dejar el tren en Budapest.

Se levantó del borde de la cama y dejó a un lado el diario. Salió por la

estrecha puerta al pasillo, escasamente iluminado y colmado por el traqueteo regular de las ruedas que giraban sobre las vías. El pasillo estaba vacío. Los otros miembros del grupo debían de haberse acostado hacía rato, considerando que les esperaban días seguramente agotadores.

Justo cuando Sarah se disponía a encaminarse hacia el compartimiento de Kamal, se oyó un bufido ronco en la dirección contraria. Sarah se dio la vuelta. El ruido procedía inequívocamente del servicio de caballeros, que se encontraba en un extremo del vagón. Las instalaciones sanitarias para las damas se encontraban en el otro.

—¿Es usted, Friedrich? —preguntó Sarah a media voz cuando el ruido se repitió—. ¿Doctor Cranston...?

No obtuvo respuesta. En cambio, al cabo de un instante se oyó un tintineo metálico que ya había escuchado en dos ocasiones anteriores: la primera, cuando se perdió en la niebla en Yorkshire y la persiguió una silueta siniestra. La segunda, en los corredores de Newgate, poco antes de encontrar a Kamal inconsciente en su celda...

Sarah contuvo la respiración y se le erizó el vello de la nuca, a la vez que un escalofrío le recorría la espalda. Un instante después, algo se movió al fondo del pasillo.

En la pared pudo verse una sombra que crecía hasta un tamaño alarmante. Una figura encapuchada se perfiló en la penumbra; llevaba una capa y avanzaba por el pasillo con pasos enérgicos, acompañados por aquel tintineo inquietante.

—No —exclamó Sarah, espantada, mientras reculaba hacia el interior de su compartimiento, cruzando la puerta aún abierta—. No...

El gigante se acercaba a ella, imparable cual fuerza de la naturaleza. Tenía que agachar la cabeza, tapada con una capucha, para no chocar con las luces del techo y los tirantes recubiertos de madera. Cuando la luz de una bombilla iluminó por un instante el interior de la capucha, Sarah pudo verle el rostro alargado e inexpresivo, y un único ojo en la frente. Un pánico cerval se apoderó de ella.

Giró sobre sus talones, se adentró a toda prisa en el compartimiento y cogió el bolso donde guardaba el revólver. Pero no tuvo tiempo de sacar el Colt Frontier porque, en ese mismo instante, el coloso llegó al angosto umbral de la puerta y entró.

—Yo no lo haría —dijo con voz queda, y de debajo de la capa sacó una garra poderosa que empuñaba un arma de aspecto peligroso: un puñal que presentaba una curvatura en forma de hoz y con una punta mortalmente afilada. Sarah sabía muy bien de qué era capaz un arma como aquella, y no solo porque ya lo había experimentado en sus propias carnes. Un puñal como aquel le había seccionado la mano izquierda a Hingis...

Sarah dejó de buscar su arma y prefirió retirar la mano del bolso mientras aún la conservaba.

—Así me gusta —elogió el ciclope.

La joven reconoció por la voz que no era el mismo que la había apresado en Praga. Por lo tanto, se dijo, ya son tres...

—Si gritas o pides auxilio, morirás —le aclaró el titán.

—¿Qué quiere? —preguntó Sarah.

—¿Tú qué crees? El cubo —respondió como quien dice una obviedad.

—¿El codicibus?

—Exacto.

—Pero... me lo dio alguien de *su especie*.

—Ya lo sé —fue la respuesta, en la que no se percibía ninguna emoción—. He venido para deshacer lo que ha hecho el traidor.

—¿El traidor? —preguntó Sarah, desconcertada.

Así pues, ¿había dicho la verdad el ciclope de Praga? ¿O aquello no era más que otro intento de confundirla y manipularla...?

—¿Dónde está? —insistió el gigante, que avanzó blandiendo el puñal en forma de hoz. Sarah retrocedió hasta chocar con la mesilla situada debajo de la ventana —. Dímelo ahora mismo.

—No lo sé —afirmó Sarah de inmediato. Evidentemente mentía, pero quería ganar tiempo.

—No lo hagas —dijo el coloso, y una sonrisa brutal desfiguró su rostro, del que, con la iluminación del compartimento, solo podía verse la parte inferior—. No juegues sucio conmigo.

—No... no es mi intención —aseguró Sarah balbuceando, mientras palpaba la mesa a su espalda con manos temblorosas, buscando el...

—Puede que otros se traguen tus mentiras, falsa profeta, pero yo no. Dime dónde escondes el tesoro o te juro por el único ojo que me caracteriza que te destriparé como a un animal.

... tintero que había dejado allí. Por fin lo encontró, abrió el tapón con dedos temblorosos y, en vez de responder al gigante, arrojó el recipiente directamente hacia la oscuridad de la capucha.

El ciclope levantó la mano con que empuñaba el arma, pero el tintero era demasiado pequeño y se lo habían lanzado a tan corta distancia que no pudo protegerse. Le dio en plena cara, donde se esparció todo el contenido.

El titán lanzó un grito de ira cuando la tinta le salpicó en el ojo y lo cegó por un instante, que Sarah aprovechó. Sin perder ni un segundo, saltó a un lado, encima de la cama que ya estaba preparada, y con dos, tres pasos largos, pasó junto al gigante que blandía el puñal a ciegas. La hoja no la tocó por los pelos y, al cabo de un momento, Sarah había dejado atrás a su verdugo y volvía a estar en el pasillo.

—Espera...

El ciclope había recuperado la visión más deprisa de lo que a la joven le

habría gustado. El gigante se dio la vuelta y emprendió la persecución, asestando puñaladas a diestro y siniestro. Rajó las persianas y también los gobelinos del otro lado del pasillo.

A Sarah solo le quedaba la alternativa de huir. Corrió a toda prisa por el pasillo, siguiendo el sentido de la marcha. No tenía tiempo de llamar a alguna puerta para alarmar a sus compañeros de viaje. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero de su garganta solo salió un sonido ronco, como si lo que la angustiaba no fuera real, sino una terrible pesadilla.

Oía los pasos amortiguados de su perseguidor, que le pisaba los talones resoplando furioso y con la cabeza gacha como un animal salvaje, mientras su único ojo despedía odio puro... ¡Y se acercaba muy deprisa!

Después de pasar por delante del servicio de las damas, Sarah llegó al final del vagón, donde había una puerta metálica provista de una ventanilla de cristal. Presa del pánico, le dio unas cuantas sacudidas sin que sus esfuerzos se vieran coronados por el éxito. Finalmente, el cierre se desbloqueó y le dejó vía libre... justo en el último momento.

Oyó un desagradable zumbido en su nuca y se agachó instintivamente. Pudo notar el aliento frío del puñal, que falló por muy poco, chocó contra el cristal y lo hizo añicos.

A Sarah le llovieron encima fragmentos afilados como cuchillas de afeitar mientras se deslizaba a toda prisa y agazapada hacia el exterior y llegaba a la plataforma del vagón. El viento la azotó y notó un frío gélido; el aire estaba cargado de hollín y de humo. Simultáneamente, el traqueteo de las ruedas, que dentro solo se oía amortiguado, se intensificó hasta convertirse en un estruendo infernal.

La plataforma, que limitaba con el coche cama contiguo, estaba cercada por una barandilla de hierro que le llegaba a la altura de las caderas. Sarah se incorporó para saltar por encima y huir al siguiente vagón... Entonces alguien abrió desde dentro la puerta.

A través del cristal, Sarah distinguió una figura enorme, que vestía una capa oscura con capucha y que al cabo de un instante se plantó en la plataforma. Sarah pudo ver el rostro del gigante, ya que llevaba la capucha echada hacia atrás. Un grito desgarrador salió de su garganta: aquel semblante con un solo ojo estaba desfigurado por las quemaduras.

¡El ciclope de Praga!

Había sobrevivido y había regresado...

Una segunda hoz, que brilló a la luz pálida de la luna, hizo su aparición. Sarah, que se creyó sin posibilidad de huida, no tuvo tiempo ni de cerrar los ojos. El acero cayó hacia ella, igual que la hoja de una guillotina, pero no la alcanzó. En lugar de eso, se oyó un ruido metálico y saltaron chispas deslumbradoras en la noche. La joven comprendió entonces que el ciclope desfigurado acababa de

salvarle la vida.

Porque mientras ella aún estaba espantada por la aparición del segundo cíclope, su perseguidor se había acercado a ella y había intentado matarla de una puñalada... Y lo habría conseguido sin duda de no ser porque el otro cíclope había parado el golpe mortal con su propia arma.

—¡Arriba, deprisa! —le cuchicheó a Sarah, señalándole los escalones que subían por la parte exterior de uno de los dos puntales de acero que soportaban la cubierta de la plataforma.

El titubeo de Sarah solo duró un instante. Luego obedeció y, agachándose para esquivar un nuevo golpe de su perseguidor, alcanzó el puntal y trepó por él, mientras debajo de ella se desencadenaba un duelo a vida o muerte.

Encarados sobre la plataforma que unía los dos vagones, por debajo de los cuales las traviesas de las vías se veían pasar a una velocidad terrible, los dos titanes se enzarzaron en una pelea con sus armas letales. Cuando los puñales chocaban entre sí o contra los puntales, volaban chispas en la noche. Saltando de un coche cama al otro, el salvador de Sarah sorprendió finalmente a su rival y lo obligó a retirarse hacia el interior del vagón.

Sarah ya había alcanzado el techo curvo. Si entre los dos vagones el viento y a se notaba, en aquel momento la azotó con toda su fuerza. Además, el humo de la chimenea de la locomotora la alcanzó de lleno y la hizo toser. Sarah miró despavorida a su alrededor, y vio, a ambos lados de las vías, árboles cuyas ramas sin hojas se extendían hacia la pálida luna.

La asaltó el temor a perder pie y precipitarse, ya que, exceptuando algunos respiraderos y pequeñas chimeneas, no había nada donde pudiera aferrarse en la chapa lisa de metal, que descendía en picado por los laterales. No obstante, reprimió el pánico y se obligó a subir del todo a la cubierta mientras debajo de ella proseguía la lucha a vida o muerte.

Avanzó a gatas temblando y con el rostro cubierto de lágrimas, que el viento y el intenso humo le arrancaban de los ojos. A ambos lados, nada más que oscuridad y un vacío absoluto, que veía pasar a una velocidad alarmante. Poco antes, la marcha del tren le había parecido insoportablemente lenta y habría dado cualquier cosa por acelerar el ritmo; ahora aquella rapidez le parecía casi funesta...

El frío gélido también le causaba problemas. Estiró cautelosamente los dedos entumecidos hacia el caño del respiradero más cercano, que sobresalía del techo delante de ella. Justo en aquel instante, una irregularidad en los raíles provocó que el tren sufriera una sacudida. La mano de Sarah se agitó en el vacío, la joven perdió el equilibrio y cayó hacia uno de los laterales. Intentó sujetarse en vano. El abismo de donde procedía el traqueteo ensordecedor se la habría tragado de no ser porque justo en aquel momento apareció una mano que la cogió del brazo y la sostuvo.

Las piernas de Sarah se balanceaban en el vacío cuando notó un tirón y comprendió que estaba salvada. Volvió la cabeza y vio un rostro de piel enrojecida y surcado por terribles duricias: el ojo que había en él miraba con una ternura inexplicable.

—Sujétese —gritó el ciclope—. ¡Voy a subirla...!

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Sarah se agarró con todas sus fuerzas a la mano de su benefactor, que le acababa de salvar la vida por segunda vez en muy poco tiempo a pesar de que ella lo hubiera lastimado tanto...

Respiró de nuevo cuando alcanzó la cumbre del techo curvo y pudo sujetarse a una de las pequeñas chimeneas que prometían algo de seguridad. Confusa, quiso preguntarle a su salvador qué significaba todo aquello, pero entonces, detrás de él se irguió una segunda figura gigantesca que también había trepado al techo y se mantenía erguido mientras el viento lo azotaba.

—¡Cuidado! —gritó Sarah con todas sus fuerzas y, aunque en el último instante, su salvador reaccionó.

El puñal del otro ya asestaba un golpe mortal. El salvador de Sarah se dio rápidamente la vuelta y paró el golpe con su propia hoja y, mientras Sarah se deslizaba a cuatro patas hacia el siguiente asidero, dirigiéndose al final del tren, de nuevo se desencadenó un duelo a muerte.

La visión de los dos gigantes moviéndose con sus armas y alumbrados por la luz azulada de la luna era tan irreal como impresionante. Sarah presenciaba con una mezcla de fascinación y espanto la lucha, que no solo decidiría el destino de su salvador, sino también el suyo...

De nuevo saltaron chispas cada vez que las arcaicas armas entrecocaban; los golpes se propinaban con tal ímpetu que habrían lanzado al suelo a cualquier criatura normal. Sin embargo, ninguno de los dos ciclopes le iba a la zaga al otro ni en fuerza física ni en habilidades combativas. Si uno de ellos conseguía arrancarle al otro alguna ventaja, al instante siguiente la suerte de la lucha cambiaba por completo. Los contrincantes, que se habían quitado la capa para ofrecer menor resistencia al viento, se asestaban mutuamente potentes golpes. Sarah vio entonces por primera vez lo que llevaban debajo de los hábitos: una armadura unida con tiras de cuero, cuyo aspecto no era menos arcaico que el de las armas con las que combatían.

Dos sombras titánicas, envueltas por una profunda negrura y un humo acre que hacía brillar fantasmagóricamente la luz azulada de la luna, disputaban una contienda que debía de haberse iniciado miles de años atrás y que amenazó con encontrar un final dramático ante los ojos de Sarah cuando su protector perdió el equilibrio al esquivar un golpe.

Un grito de espanto brotó de la garganta de Sarah cuando vio que el otro avanzaba para aprovechar sin piedad la debilidad de su contrincante y clavarle el puñal en el flanco que le había quedado desprotegido por un momento. Sarah

quiso ponerse en pie para acudir en ayuda de su salvador, pero los acontecimientos se precipitaron.

Mientras el atacante tomaba impulso para perpetrar el último ataque mortal, el otro combatiente giró como un torbellino en contra de todas las leyes de la gravedad. Había fingido la pérdida del equilibrio para obligar a su contrincante a atacar y entonces pasó al contraataque.

Descargó el primer golpe contra la muñeca del cíclope y se la segó aparentemente sin esfuerzo. El viento se llevó el arma mientras el titán miraba fijamente el muñón ensangrentado de su brazo. Sin embargo, no tuvo ni tiempo de horrorizarse, ya que la hoz de su rival lo alcanzó por segunda vez sin compasión.

Sacudida por el horror, Sarah vio cómo la cabeza del cíclope salía volando y su cuerpo decapitado se desplomaba a un lado, resbalaba del techo y desaparecía en la oscuridad. El vencedor del duelo se quedó quieto un instante, dejando el acero ensangrentado en la posición en que había asestado el golpe mortal a su enemigo. Luego lo guardó en la vaina curva que colgaba de su cinto y se acercó a Sarah.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Sarah asintió con un movimiento de cabeza. ¿Qué podía responder? Estaba viva, pero la cena frugal que había tomado había decidido desandar lo andado desde el esófago. Agachada en el techo del vagón, no pudo sino vomitar de tanto como la había afectado lo que acababa de ver. Luego cogió la mano que le tendían y siguió a su titánico salvador hacia la escalerilla, por la que bajó con un temblor en las rodillas.

—¡Me... me ha salvado la vida! —exclamó, haciendo frente al traqueteo de las ruedas, cuando por fin fue capaz de volver a hablar.

—Ya le dije que estaba de su parte, ¿no?

—Pero yo le hice eso —replicó ella señalando las terribles cicatrices que tenía en el rostro.

—¿Y reconoce que fue un error? —preguntó el gigante respirando con dificultad.

—Naturalmente...

—Con eso me basta —se limitó a replicar él.

—¿Y el otro cíclope...?

—Un cegado —dijo el titán—. Pero no todos servimos a las tinieblas. Algunos respetan las antiguas leyes, pero tienen que andarse con mucho cuidado.

—¿Las antiguas leyes? No lo comprendo...

—Ya lo comprenderá, puesto que lo sabe todo. Tan solo lo ha olvidado.

—¿Olvidado? ¿Qué...?

Sarah no consiguió acabar de formular la frase, puesto que en ese momento se oyó un chasquido y algo caliente y pesado pasó silbando junto a ella, chocó

echando chispas contra la pared del vagón contiguo y acabó rebotando ruidosamente.

¡Una bala!

Sarah se volvió, espantada, porque el disparo provenía del interior del vagón.

—¡No disparen! —gritó en el frío gélido y el viento y, protectora, abrió los brazos delante de su salvador, que se esfumó al instante.

Sarah percibió un movimiento por el rabillo del ojo, una silueta oscura que saltaba al vacío desde la plataforma del vagón y desaparecía en la oscuridad. Atrás solo quedó la capa del gigante. Sarah levantó la vista y, a través de los restos del cristal hecho añicos que quedaban en la puerta, vio a una mujer vestida de color beige claro empuñando una pistola Derringer todavía humeante en la mano derecha.

La condesa de Czerny...

Sarah regresó al vagón cruzando la maltrecha puerta. Le temblaba todo el cuerpo, y no solo por culpa del frío, sino también por la impresión que le habían causado los dramáticos acontecimientos.

El semblante de la condesa, que seguía en el pasillo empuñando el arma, no revelaba ninguna emoción. Sin embargo, Sarah vio un brillo en sus ojos verdes que no le gustó en absoluto.

—¿Está bien? —preguntó Ludmilla.

—Creo... que sí —afirmó Sarah, mirando sorprendida la pistola de bolsillo que empuñaba la condesa—. No sabía que...

—¿Que llevaba un arma conmigo? ¿Que soy capaz de defenderme? —La condesa rio con amargura—. Por desgracia, esa es una de las lecciones que tuve que aprender muy pronto en la vida.

—Igual que yo —coincidió Sarah—. Pero en este caso no hacía falta intervenir.

—¿Qué quiere decir? Ese monstruo de un solo ojo la estaba amenazando, ¿no?

—En absoluto —negó Sarah—. Me ha salvado la vida cuando un congénere suyo me ha asaltado y me ha agredido.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. —Sarah, que tenía la ropa y el rostro tiznados de hollín, meneó la cabeza—. Supongo que los dos han subido a bordo del tren esta tarde, durante la parada obligatoria. Probablemente se han escondido en el furgón de los equipajes.

—Probablemente —ratificó la condesa, que bajó el Derringer, aunque con titubeos—. ¿Y qué quería de usted el ciclope?

—El codicibus —contestó Sarah sin rodeos.

—¿Y lo ha conseguido?

—No.

—Claro —dijo la condesa—. Un objeto que estuvo en manos de Alejandro Magno no se entrega así como así, ¿verdad?

—Exacto —coincidió Sarah, y se impuso un momento de silencio glacial en el que las dos mujeres se escrutaron mutuamente, intentando ver más allá de las

fachadas que ambas habían levantado a su alrededor.

—Qué lastima —dijo Sarah.

—¿Lástima de qué?

—Después de todo lo que sé de usted, esperaba que realmente pudiéramos ser amigas, que realmente seríamos algo así como hermanas de espíritu...

—¿Y?

—Probablemente todo quedará en nada —constató Sarah, desilusionada—, porque, si de algo estoy segura, es de que nunca he mencionado en su presencia quién había poseído el codicibus.

—¿Y eso significa...?

—Que se ha delatado —aseveró Sarah, sin pestañear—. Ni más ni menos.

—Sorprendente —replicó Ludmilla de Czerny mientras volvía a empuñar la pistola con un movimiento que pareció casual. Uno de los cañones había escupido su bala pero el otro seguramente aún estaba cargado...

—¿Qué es sorprendente? —preguntó Sarah—. ¿Que haya descubierto la verdad?

—No —contestó la condesa, en cuyo semblante pálido se perfiló una sonrisa triunfal—, que haya tardado tanto en hacerlo. Me habían dicho que era usted muy inteligente, pero la idea que yo tengo de un intelecto destacado es otra.

—Allá usted —gruñó Sarah.

—Ahora que hemos aclarado nuestras posiciones y podemos jugar enseñando las cartas, me gustaría precisar mejor mi pregunta, y le aconsejo que conteste con sinceridad: ¿Dónde está el codicibus?

—No lo sé —afirmó Sarah.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo no lo tengo y, por lo tanto, no sé dónde está.

—Es usted una mentirosa. Usted misma dijo que el renegado le había dado el artefacto...

La palabra «renegado» resonó en la cabeza de Sarah. Así pues, el cíclope había dicho la verdad...

—Así es —admitió—, pero no he conseguido abrir el cubo y se lo he devuelto.

—¿Devuelto? ¿A quién?

Entonces fue Sarah la que esbozó una sonrisa burlona y, a diferencia de la condesa, la aderezó con una buena ración de insolencia.

—A aquel a quien usted ha ahuyentado con plomo —contestó friamente.

—¡Eso es mentira!

—Registre mi compartimiento si no me cree —replicó Sarah—. Pero —añadió al ver la puerta abierta— seguramente ya lo ha hecho, ¿verdad?

Una mirada al semblante rojo de ira de su interlocutora bastó para confirmar la suposición de Sarah. Mientras ella temía por su vida en el techo del vagón, la

condesa había revuelto su compartimiento, aunque no había encontrado lo que buscaba...

—¿Ha estado de su parte desde el principio?—inquirió Sarah—. ¿O en algún momento decidió cambiar de bando?

—¡Tú no sabes nada! ¡Nada! —masculló la condesa, pasando bruscamente a tutearla—. Ni conoces tus fuerzas ni sospechas con quién te has involucrado.

—Algo parecido me dijeron una vez —contestó Sarah secamente—. Pero, haciendo honor a la verdad, me da lo mismo. Por eso me he involucrado en su mascarada.

—¿Tú te has involucrado?—La condesa soltó una carcajada sarcástica—. Es conmovedor ver cómo se tergiversan las cosas. ¡Eres una presuntuosa! Todos tus pasos han estado determinados de antemano desde el momento en que regresaste a Yorkshire. ¿Pensabas en serio que podías esconderte de nosotros? ¿Que existía un lugar en el mundo donde el Uniojo no te viera?

—No —reconoció Sarah, estremecida—, lo tuve claro cuando me tropecé con aquella figura siniestra en medio de la niebla. Al principio pensé que se trataba de una ilusión, de una simple quimera, pero poco después comprendí qué significaba.

—Todo lo que ocurrió a continuación —desveló la condesa, deleitándose en hablar con lentitud como si quisiera que el veneno que ponía en cada una de sus palabras surtiera efecto— fue planeado cuidadosamente y con mucha antelación. El arresto de Kamal, su internamiento en Newgate...

—¿Cómo conocían su pasado?

—El Uniojo lo ve y lo sabe todo. Nuestra red de informadores forma un tejido compacto y llega hasta círculos de iniciados. Todo formaba parte de nuestros planes: desde la fiebre enigmática que contrajo tu amado hasta la búsqueda de un remedio.

—¿Y Laydon?—preguntó Sarah.

—¿Laydon?—La condesa se encogió de hombros—. Era mi predecesor, un hombre cuyas facultades difieren ampliamente de su autoestima, y probablemente por eso ha perdido la razón. Sin embargo, nos era útil, puesto que yo tenía muy claro que sería el primero al que pedirías consejo.

—¿Estaba enterado de todo?

—Por supuesto que no. Le dijimos lo justo para que te pusiera sobre la pista correcta. El objetivo final escapaba a su conocimiento. Y dudo que hubiera estado en condiciones de comprenderlo. Laydon no era más que una pieza en nuestro juego, igual que tú.

—No se engañe —dijo simplemente Sarah.

—¿Vas a afirmar que habías descubierto el complot?—La condesa meneó la cabeza—. Puede que intuyeras alguna cosa, pero te falta visión para abarcar la gran totalidad, igual que al viejo Gardiner Kincaid. Has seguido solícitamente

nuestras indicaciones y fuiste a Praga en busca de un fantasma. En aquel momento habrías estado dispuesta a creer cualquier cosa que te dijéramos; al fin y al cabo, se trata de la vida de tu querido Kamal, ¿no?

—En efecto —asintió Sarah.

—Probablemente —prosiguió la condesa—, nada habría cambiado si no hubiera sido porque un agente interpretó el papel de Golem, un agente que simulaba sernos leal, pero había sucumbido a la doctrina errónea. Al darte el codicibus, eché por tierra nuestro plan y hemos tenido que seguir otra táctica. A partir de entonces, nuestro interés no se centraba tan solo en el agua de la vida, sino también en el codicibus.

—Comprendo —dijo simplemente Sarah—. Por eso el ataque, ¿no? Y por eso los defectos en las vías y la interrupción en el viaje...

—Teníamos que ganar algo de tiempo para poner en orden las cosas —confirmó la condesa.

—¿Y ahora están en orden?

—Por lo que respecta al codicibus, lamentablemente no. Aunque pronto habremos resuelto también ese problema. En cuanto a tu búsqueda, no ha cambiado nada.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Sarah—. Me subestima, condesa. Me subestima realmente demasiado.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

—¿Pretendes decirme que me habías descubierto? ¿Que sospechabas de parte de quién estaba realmente? —Eché la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada—. Qué fácil es calarte, Sarah Kincaid.

—¿Por qué?

—Si fuera como dices, seguramente no habrías esperado con tanta calma ni habrías participado en nuestro juego. Me habrías pedido explicaciones para saber qué le habíamos hecho a tu querido Kamal y cómo podía salvarse.

—No exactamente —la contradijo Sarah.

—¿Ah, no?

—Por un lado —explicó—, de una fanática de su ralea era de esperar que preferiría morir antes que revelarme una sola palabra. Por otro, después de todo lo que había averiguado, no cabía sino deducir que me encontraba en el camino correcto. Desde el principio he sabido que ustedes no tienen el remedio, sino que eso es lo que yo tengo que buscar para ustedes. Así pues, querida, ¿qué tendría que haberle preguntado?

Entonces fueron las palabras de Sarah las que esparcieron veneno, y el efecto se mostró en el semblante de su adversaria.

—*Touché* —dijo la condesa—, eso no se me había ocurrido. Empiezo a comprender por qué eres tan peligrosa como afirman...

—¿Quién lo afirma? —inquirió Sarah.

—... Pero, aun así, no estabas preparada para este giro inesperado —insistió la condesa, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Con su permiso, señora mía, eso no es del todo cierto —se oyó decir de repente a una voz que hablaba alemán con el mejor acento suizo y que a Sarah le sonó a música.

Sigilosamente y sin que la condesa se hubiera dado cuenta, Friedrich Hingis había aparecido desde el fondo del pasillo empuñando en la mano derecha un revólver de la nueva marca Webbley.

—Suelte el arma —dijo quedamente— o me verá obligado a apretar el gatillo.

Si la condesa estaba sorprendida, no lo demostró.

—Señor Hingis —dijo indignada, y se dio lentamente la vuelta hacia él—, debo confesar que no aprecio este tipo de sorpresas. Sobre todo porque pensaba que había cerrado cuidadosamente la puerta de su compartimento...

—Y lo hizo —confirmó impasible el suizo—. Sin embargo, olvidó que hay una ventana, con un cristal que se puede romper, y un techo al que se puede trepar... aunque con cierto apuro y peligro de muerte.

La luz de la lámpara del techo caía sobre Hingis y dejaba ver su desaliñado aspecto, lo cual confirmaba sus palabras: tenía los pantalones desgarrados y la camisa sucia, por no hablar del rostro tiznado de hollín y de unas cuantas magulladuras que se había hecho.

—Bah —exclamó la condesa con desdén—. Están hechos el uno para el otro.

—Cierto —replicó Hingis con cierto orgullo, y se apartó el cabello alborotado de la cara—. Y ahora, haga usted el favor de darme el arma, condesa. No puedo tolerar que siga amenazando a lady Kincaid.

—Vaya. —Ludmilla de Czerny frunció despectivamente los labios—. La rata de biblioteca saca los dientes. ¿Quién lo habría dicho?

—Si he de ser sincero —contestó el suizo mirando el arma que sostenía en la mano—, odio estos trastos, pero mi último viaje en compañía de lady Kincaid me enseñó que uno puede vérselas con todo tipo de chusma y que hay que ser capaz de defenderse en todo momento.

—Ha equivocado el tono, Hingis —masculló la condesa.

—No creo, señora —comentó fríamente—. Y ahora suelte el arma.

—Lo mismo podría exigirle yo.

—Perdone, pero no puede dispararnos a los dos al mismo tiempo. Haga lo que haga, lleva las de perder.

En el semblante de la condesa, blanco como un cadáver excepto en las mejillas enrojecidas por la ira, se dibujó una mueca fácilmente interpretable. Se notaba cuánto le disgustaba aquel cambio de rumbo inesperado y, al mismo tiempo, el revólver que Hingis sostenía en la mano parecía infundirle cierto

respeto.

—De acuerdo —dijo finalmente, esforzándose por parecer lo más digna posible—. Usted gana.

Se agachó y dejó su arma en el suelo.

—Retroceda —ordenó Hingis, y Sarah se apresuró a acercarse y coger el Derringer.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó la condesa mirando a los cañones de las dos pistolas que la apuntaban.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Por supuesto. —La condesa había recuperado la compostura y en su semblante se dibujaba una sonrisa arrogante—. Me interesa formarme una idea de cómo piensa mi estimada hermana.

Sarah consideró el comentario tan inadecuado como petulante, pero lo pasó por alto.

—El anillo —dijo señalando la mano de Ludmilla, donde lucía el sello de su difunto esposo—. Me costaba creer que una mujer tan fuerte y segura de sí misma le diera tanta importancia a esa sencilla alhaja. Y aún me pareció más imposible que no supiera nada sobre su significado cuando poco antes me había asegurado que usted, igual que yo, se había consagrado al estudio del pasado y que la historia de Egipto era su fuerte.

—¿En serio? —preguntó tranquilamente la condesa—. ¿Y si te equivocas?

—¿Va a decirme que no sabía que ese es el emblema de la Liga Egipcia? ¿Una asociación que ha sido prohibida porque el objetivo que se había fijado era derrocar a la Casa Real británica y también el Parlamento y situarse a la cabeza del imperio?

—Mi esposo era miembro de muchas sociedades académicas —replicó la condesa—. Eso no es una prueba.

—Puesto que tenía muy claro que afirmaría algo semejante —prosiguió Sarah—, renuncié a echarle en cara esos reproches y encargué que se realizaran algunas investigaciones sobre su difunto esposo.

—En este punto —intervino Hingis—, entro yo en juego. Lady Kincaid me encomendó que buscara información.

—¿Sobre qué?

—Sobre las circunstancias en que el infortunado conde de Czerny se despidió de la vida —contestó el suizo secamente—. Lamentablemente, al principio me resultó imposible encontrar pistas. Alguien se había tomado muchas molestias para que desaparecieran los documentos en cuestión. Sin embargo, más tarde conseguí encontrar al médico que había certificado la muerte, un tal doctor Svoboda, y descubrí que era mucho más dado a la absentia que a la vara de Esculapio.

—¿Y? —preguntó la condesa, que había entornado los ojos hasta casi

cerrarlos. Parecía intuir lo que vendría a continuación.

—Después de invitarlo a unas cuantas copas, el pobre médico empezó a hablar, supongo que más de lo conveniente para él y algunos más. Me dijo que, hasta el día de su muerte, al conde no le pasaba nada, al contrario, gozaba de muy buena salud, y que su deceso había sido totalmente inesperado. Tal vez eso no habría despertado mis recelos, pero luego Svoboda me contó que había intentado practicarle la autopsia y usted se lo había impedido. Entonces comprendí, señora, que usted tenía algo que ocultar.

—A partir de ese momento —dijo Sarah quedamente—, sospeché la verdad, aunque continué abrigando la esperanza de equivocarme. Lo deseaba de todo corazón, puesto que creía haber encontrado en usted a una aliada, a una correligionaria, tal vez incluso a una amiga. Pero la esperanza se ha truncado.

—Así pues, ¿has... has estado fingiendo? —preguntó Ludmilla de Czerny, sin poder contener más el desconcierto—. ¿Todo el tiempo?

—Todo el tiempo —confirmó Sarah—. Exceptuando al señor Hingis, nadie sabía nada, ni siquiera le confié la verdad a mi diario, por miedo a que pudieran leerlo y me delatará.

—Pero ¿por qué?

—¿Qué alternativa tenía? —preguntó a su vez Sarah—. Si le hubiera dicho que la había descubierto, una falsa aliada se habría convertido en una enemiga declarada, con consecuencias impredecibles. Habría cambiado una magnitud conocida por una desconocida y habría complicado innecesariamente la ecuación.

—¿Tan fácil es descubrirme?

—No sabía qué posición ocupaba dentro de la organización y no pensé en la posibilidad de que fuera la sucesora de Laydon —admitió Sarah—. Pero tenía claro que resultaría menos peligrosa si aparentemente hacía lo que exigían de mí.

—¿Que sería...?

—Conseguir el agua de la vida —contestó Sarah con voz firme—. Es eso lo que ustedes quieren sin falta, ¿no?

—Más que cualquier otra cosa —corroboró la condesa.

—¿Por qué? ¿Qué esconde para que realicen semejante despliegue por ella?

—Lo sabes de sobra.

—¿La inmortalidad? —A Sarah casi le resultó ridículo pronunciar la palabra—. ¿Es eso lo que ansian usted y su banda de criminales? Entonces han perdido la razón tanto como Laydon.

—No sabes lo que dices. No tienes la más remota idea y no eres digna de tu nombre ni de tu título.

—¿Qué quiere decir?

—Puede que te haya subestimado —masculló la condesa—. Puede que el viejo Gardiner te enseñara algunos trucos. Pero te sigue faltando una visión de

conjunto. Correteas como una cría y te ilusiona todo lo que encuentras. Pero quien bebe un trago de agua no intuye en absoluto la inmensidad del océano.

—Muy poético, en serio —gruñó Sarah.

—¿Crees que te saldrías con la tuya? ¿Que yo no habría pensado que podía suceder algo así, que podrías haber descubierto nuestros planes? ¿Que no estaríamos preparados si llegara el caso? Yo también soy de origen noble, Sarah Kincaid, y mi maestro no era menos avisado que el tuyo.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Has ganado una batalla, pero otros ganarán la guerra —gruñó la condesa—. Olvidas que tu amadísimo príncipe del desierto está en nuestras manos.

—No, en absoluto —contestó Sarah, cuyo semblante se había transformado en una máscara que no permitía reconocer qué sentía—. Pero no le harán nada mientras yo no haya encontrado el agua de la vida. Porque saben perfectamente que asumo todo esto por él.

—Eso es verdad —admitió Ludmilla—. Pero no hacerle nada a tu amado no quiere decir que debemos esperar sumisamente a que regrese.

—¿Qué significa eso?

—Significa que cambiaremos nuestra parte del acuerdo y mantendremos a Kamal en un lugar secreto mientras dure la expedición. Con ello anularemos cualquier plan para liberarlo.

—¡No! —exclamó Sarah, aterrorizada—. ¡No pueden hacer eso! Kamal está muy débil, no resistirá otro viaje.

—El doctor Cranston se ocupará muy bien de él, estoy convencida —replicó la condesa.

—Cranston es un hombre de honor —aseguró Sarah, convencida—. Jamás aceptará hacer algo que pudiera poner en peligro la vida de su paciente.

—Oh, sí que lo hará —dijo alguien a sus espaldas.

Sarah se dio la vuelta, alarmada, y vio al médico delante de la puerta del compartimiento del enfermo, con un revólver en la mano que apuntaba hacia Hingis y hacia ella.

—¡Cranston! —exclamó espantada.

—Lo siento, lady Kincaid —dijo el médico, con una sonrisa irónica que desmentía sus palabras—, pero me temo que, a pesar del supuesto parecido entre ambas, la condesa de Czerna la supera de largo.

—Miserable traidor —masculló Hingis con desprecio.

—«Traición» es una fea palabra —comentó Cranston, chasqueando despectivamente la lengua—. Llamémoslo «astucia», igual que en la cacería, ¿no? *Tally-ho*.

—Cerdo —fue lo único que se le ocurrió decir a Sarah.

De repente comprendió por qué el doctor había ofrecido tan solícitamente su ayuda y casi había impuesto su compañía en el viaje: formaba parte del plan

desde el principio...

—Ha abusado usted de mi confianza —masculló Sarah con una furia desvalida—. Todo lo que le ha hecho adrede a Kamal...

—¿Y? ¿Piensa dispararme? —El médico miró divertido las armas que todos empuñaban—. Evidentemente podemos apretar el gatillo y provocar una masacre, cosa que, teniendo en cuenta la situación, sería bastante absurda. O podemos comportarnos como personas civilizadas y reconocer que hemos terminado en tablas, aunque la ventaja podría volver a estar de parte de la condesa.

—Muchas gracias, doctor —dijo Ludmilla de Czerny—. Bueno, ¿tú qué dices, hermana? ¿Quieres desencadenar un baño de sangre y entregar a tu Kamal a una muerte segura? ¿O vas a seguir ciñéndote a las reglas del juego?

En Sarah se desató una pugna interna.

Una parte de ella, que había estallado en ira, habría preferido apretar el gatillo para castigar a Cranston por su hipocresía y su crueldad, y a la condesa por sus intrigas. Sin embargo, el sentido común la contuvo, porque habría sido una acción absurda y a la vez suicida. Su propia suerte le era indiferente, pero, recordando lo que el viejo Gardiner le había enseñado, se reprendió diciéndose que también era responsable de otras personas. De Friedrich Hingis, el amigo que la había acompañado hasta allí y que le había demostrado una lealtad inquebrantable; y, naturalmente, de Kamal, cuyo final quedaría sellado si ella daba rienda suelta a su rabia y a su agresividad.

El conflicto que se dirimía en el interior de Sarah duró apenas unos instantes. Luego bajó resignada el Derringer. Hingis la imitó y Cranston también hizo desaparecer su revólver.

—No te aflijas —le comentó la condesa con cierta malicia—, tú tienes la culpa. Si te hubieras sometido a la Hermandad cuando llegó el momento...

—Jamás —masculló Sarah.

—Entonces tienes que estar dispuesta a soportar las consecuencias, igual que el pobre Gardiner.

—Deje de pronunciar su nombre —estalló Sarah—. ¿Qué sabrá usted de él?

—Lo suficiente para comprender que fue un estúpido. En vez de seguirnos y ayudar al Uniojo a conseguir poder y reconocimiento, decidió enfrentarse a nosotros.

—Una sabia decisión —dijo Sarah, convencida.

—Que le costó la vida y ha estado a punto de borrar para siempre todo lo que quedaba de él en este mundo.

—¿A qué se refiere?

—Permíteme que te enseñe una cosa —dijo la condesa haciéndole una seña a Cranston, que fue a buscar algo a su compartimiento y se lo alcanzó a Sarah: eran los restos carbonizados de un libro.

La cubierta de piel estaba quemada y el papel, ennegrecido por los tres cantos. Sarah, que no sabía qué quería que hiciera con él, lo abrió. El papel reseco crujió, la piel quemada se rompió y el aliento amargo de un humo frío salió de las hojas, que solo eran legibles y seguían siendo blancas hacia la parte del lomo. Sarah echó inconscientemente una ojeada a un par de líneas y se quedó petrificada.

Conocía aquel libro, igual que había conocido al hombre que lo había escrito...

—*La biblioteca desaparecida de Asiria* —pronunció el título de la maltrecha obra.

—Así es —corroboró Ludmilla de Czerny—, escrito por Gardiner Kincaid en persona. Se supone que no hay ninguna biblioteca universitaria en la que no se pueda encontrar ese libro. No obstante, este es un ejemplar muy especial, como sin duda podrás comprobar...

Durante un instante, Sarah no supo cómo interpretar el comentario. Luego se apoderó de ella una terrible sospecha.

Con manos de repente temblorosas, abrió las primeras páginas del libro y buscó rápidamente con la mirada algo que, para su espanto, encontró enseguida. Era el sello de la familia Kincaid, lo que significaba ni más ni menos que aquel libro, casi enteramente destrozado, procedía de la biblioteca de Kincaid Manor...

—No —dijo Sarah con voz queda—. No es verdad...

—Kincaid Manor ya no existe —anunció la condesa gélidamente—. Lo único que queda son los restos de muros calcinados.

En la mente de Sarah se formó la imagen de su finca natal devastada y en ruinas, pero su primer pensamiento no se dirigió a los bienes materiales.

—¿Y mis sirvientes? —preguntó—. ¿El bueno de Trevor...?

—Muertos —aclaró impasible la condesa—. Los que opusieron resistencia, tuvieron que ser eliminados. Por desgracia, todos tus criados se mostraron extremadamente reacios.

—Comprendo —dijo Sarah, que no pudo seguir luchando contra las lágrimas que asomaban a sus ojos—. Algún día pagaré por ello —sollozó—, igual que por lo que le ha hecho a Kamal. Si no es en esta vida, será ante el Juez supremo.

—¿Quién sabe? —replicó la condesa glacialmente y encogiéndose de hombros—. Aquí, en este mundo, cada cual es su propio juez, ¿no?

—¿Qué pasó con la biblioteca? —preguntó Sarah, contemplando las hojas carbonizadas que tenía en las manos.

—Devorada por las llamas —fue la respuesta lapidaria—. Ese es el destino de las grandes bibliotecas, ¿no lo sabías?

La condesa soltó una sonora carcajada y su voz aguda, casi chillona, embistió como una gran ola a Sarah y amenazó con ahogarla.

Kincaid Manor era lo único que le quedaba: el legado del hombre al que ella

había querido más que a nada y al que se lo debía todo. Aunque ya no sabía con certeza si podía llamar padre a Gardiner Kincaid, pensar en aquellos venerables muros y en el saber que se cobijaba entre ellos siempre la había colmado de seguridad y le había brindado consuelo. Ahora, eso también se lo habían arrebatado...

—¿Por qué? —preguntó, y no se avergonzó de que las lágrimas le rodaran imparables por las mejillas. La proximidad de Hingis, que se le había acercado y le había puesto la mano sobre el hombro para tranquilizarla, tampoco consiguió apaciguarla.

—Para enseñarte con quién estás tratando —dijo la condesa, en un tono sibilante que semejaba el de una víbora—. No existe ningún lugar donde puedas sentirte a salvo, ningún refugio, ninguna escapatoria. O colaboras con nosotros o perderás lo último que significa algo para ti en este mundo.

—Kamal —susurró.

—Exacto. Ya lo ves, nosotros también nos hemos cubierto las espaldas, y a ti no te queda más remedio que cooperar o sufrirás la misma suerte que el viejo Gardiner y perderás la vida absurdamente, como se apaga una vela al viento.

—Eso no me importa. —Sarah se irguió y se mantuvo así con todas sus fuerzas para no concederle también ese triunfo a su adversaria—. Solo quiero tener a Kamal. Le doy mi palabra de que no haré nada que...

—¿Me tomas por tonta?

—No quiero que le pase nada a Kamal —aseguró Sarah—, y un nuevo viaje lo debilitaría más aún.

—¿Y qué? —dijo simplemente la condesa.

—Por favor —suplicó Sarah—, no es necesario que lo esconda de mí. Tiene mi palabra de que no haré nada que pudiera perjudicarla a usted ni a sus planes. Sea clemente esta vez...

Para espanto de Friedrich Hingis, Sarah se arrodilló delante de su enemiga y se humilló agachando la cabeza.

—¡Sarah! —musitó perplejo el suizo. Acababa de ocurrir lo que temía...

—Ya ves —se burló gozosamente la condesa, que había malinterpretado la observación del erudito—, ni siquiera el señor Hingis te cree. Por lo tanto, el juego continúa, y según nuestras reglas.

—No, por favor, no...

—Partirás de expedición desde Salónica para buscar el agua de la vida y traérnosla. Tu pobre Kamal permanecerá mientras tanto en un lugar desconocido, al que no tendrás acceso. ¿Entendido?

—¿Por qué todo esto? —preguntó Sarah, poniéndose de pie y temblando interiormente de rabia impotente—. ¿Y por qué precisamente yo?

La respuesta de Ludmilla de Czerny fue un nuevo enigma.

—Qué poco sabes —dijo en voz baja— y cuánto te sobreestimas...

LIBRO TERCERO

LA HÉLADE

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

La decisión está tomada. El juego del escondite, que tan difícil se me hacía, ha acabado. Tal vez debería sentirme aliviada, pero no es así. Porque, aunque he planeado cuidadosamente todos los pasos y, como en una partida de ajedrez, he intentado prever el siguiente movimiento de mi contrincante, tengo la sensación de que han vuelto a aprovecharse de mí. No porque mis reflexiones fueran en principio erróneas, sino porque, partiendo de mis propias facultades y posibilidades, no he sido capaz de calibrar ni por asomo la maldad y la determinación de mi contrincante.

A diferencia de la época en que Mortimer Laydon movía los hilos en la sombra y yo no sospechaba lo más mínimo, esta vez estaba preparada para la traición. Al menos intuía que mi supuesta hermana de espíritu no era la aliada que simulaba ser, y aproveché las oportunidades que derivaban de esa suposición. Al seguir los indicios que habían puesto para mí, siendo al mismo tiempo consciente de que algunos podían ser un señuelo para atraerme y obligarme a hacer lo que mis enemigos querían, me creí ilusamente segura, un autoengaño del que he despertado súbitamente y que no puedo sino reprocharme.

¿Realmente creía que podría plantar cara a una organización que lleva miles de años cometiendo excesos? ¿En cuyas redes han caído hombres como Alejandro, César, Napoleón y, no lo olvidemos, también Gardiner Kincaid? ¿Cómo he podido suponer que mi astucia y mi refinamiento podrían medirse ni por asomo con los de esa gente?

Mi plan de utilizar las pistas de la Hermandad para encontrar el remedio para Kamal y luego, tal era mi esperanza, liberarlo de las garras de sus verdugos con la ayuda de Cranston, se ha truncado. Aún más, con Friedrich Hingis, que sigue conmigo como único aliado, me veo expuesta a un poder incommensurable e invencible. Comienzo a imaginar cómo se sintieron el rey Leónidas y sus hombres en el paso de las Termópilas, en aquel fatídico año 480, la víspera de aquella batalla cuyo desenlace es

harto conocido...

16 DE OCTUBRE DE 1884

Hemos dejado atrás Budapest, donde una vez más han desenganchado el vagón de la condesa y lo han acoplado al tren que se dirige al sur; de este modo, el cuerpo mortificado de Kamal tiene un día de prórroga. No obstante, la parte confortable de nuestro viaje finalizará en Semlin, puesto que la falta de un puente que cruce el Danubio obligará a todos los viajeros a apearse del tren y a cruzar el río en trambordador para subir luego a otro tren en Belgrado.

El ambiente a bordo es tenso. La condesa y yo nos evitamos, y con Cranston solo hablo lo necesario sobre cuestiones médicas. Solo Friedrich sigue fiel a mi lado, pero debemos ser precavidos porque las paredes oyen...

17 DE OCTUBRE DE 1884

Belgrado ha quedado atrás, y ante nosotros se extienden los inhóspitos Balcanes, con precipicios y barrancos cubiertos parcialmente de nieve. Si había criticado el estado de las vías húngaras, ahora sé lo que es bueno: aquí, los raíles son viejos y algunos están en un estado tan lamentable que el tren avanza con suma lentitud. Circulan rumores de asaltos armados, que en esta región están a la orden del día, pero curiosamente estoy segura de que por ese lado no nos amenaza ningún peligro.

El vagón en que viajamos es un coche cama de primera generación, de dos ejes y en nada comparable a los del Orient-Express. Debido al poco espacio de que disponemos, he tenido que instalarme en el mismo compartimiento que la doncella de Ludmilla de Czerny, que no parece saber nada de las maquinaciones de su señora. De todos modos, me mantengo alerta y llevo día y noche conmigo el revólver.

Después de pasar por Niš y Vanja, cruzaremos la frontera del Imperio otomano. Los funcionarios turcos tienen la mala fama de trabajar lo justo para cubrir el expediente y de hacerlo con una lentitud mortificante, y temo que no nos dejen pasar. Con dinero se puede resolver todo, pero una mujer no puede acometer el intento de sobornar a un efendi^[5].

Así pues, mucho me temo que esa tarea poco agradecida recaerá en mi valeroso Friedrich...

20 DE OCTUBRE DE 1884

Hemos cruzado la frontera...

Una vez más me he visto obligada a presenciar conmovida cómo el Imperio otomano cruje por todos los resquicios, afligido por el lastre de una Administración corrupta, y una vez más no me extraña que la prensa occidental se refiera a él con la expresión «el hombre enfermo de Europa».

En Uskub desengancharon de nuevo nuestro vagón, y ahora nos encontramos en la recta final hacia Salónica. En esta estación tardía del año, el paisaje pedregoso y escabroso se muestra árido y desolador. Apenas hay poblaciones y, si las hay, tan solo son aldeas pequeñas o granjas cuyos habitantes tienen el mismo aspecto árido y mísero que el paraje. Me cuesta creer que nos acercamos a Grecia, la cuna de la cultura europea, pero al final de este trayecto nos espera la extensa superficie azul del Egeo como un premio lejano que hay que conseguir.

24 DE OCTUBRE DE 1884, ANOTACIÓN POSTERIOR

A última hora de la tarde hemos llegado a Salónica, una ciudad portuaria con todas las de la ley. Son incontables las casas que parecen crecer en las laderas situadas alrededor del muelle, superadas en altura por las torres de las iglesias y los minaretes que se elevan a partes iguales en el frío cielo azul y atestiguan el pasado lleno de vicisitudes de la ciudad bajo el dominio de sus distintos gobernantes. En el puerto hay barcos anclados de todos los países: cargueros del Pireo, de Alejandría, de Venecia y de lugares aún más lejanos; barcos de pasajeros que navegan hacia Constantinopla y que pasan por el Bósforo hacia el Mar Negro para llegar a la lejana Crimea; y también fragatas de acero con las que el hombre enfermo del Bósforo intenta mantener su imperio, a punto de caer en el ocaso.

Aunque todavía nos encontramos dentro de las fronteras otomanas, noto la agitación que se ha adueñado de esta zona. La llama de la revuelta, que prendió en Atenas y desde entonces ha sido llevada cada vez más al norte, también parece hallar aquí un terreno abonado, y el domino de los invasores turcos parece tan quebradizo como la muralla que se levantó hace más de cuatrocientos años alrededor de la ciudad y de la que apenas

queda nada, excepto la gran torre blanca que mira como un guardián solitario sobre el puerto.

Nuestro guía lleva el característico nombre de Pericles. Es un griego de unos treinta años que me parece experto en la materia y bastante digno de confianza, aunque solo sea porque la Czerny no lo soporta. He despedido a todos los porteadores que ella contrató desde Praga y he buscado a mi propia gente con la ayuda de Pericles. Lo último que desearía sería tener a un espía en mis filas.

El día de la partida ha quedado fijado: el 26 de octubre. El peor momento de este viaje es inminente: la despedida de Kamal...

HOTEL ATOS, SALÓNICA, TARDE DEL 25 DE OCTUBRE DE 1884

—¿Kamal?

Como tantas veces en los días y semanas que habían pasado desde aquel fatídico día en Newgate, Sarah se inclinó sobre su amado para besarle la frente y los ojos, y reafirmarle así su cariño. Igual que otros días, esta vez tampoco supo si podía oírlo, pero nunca antes lo había deseado tan encarecidamente como en ese momento...

—¿Entiendes lo que te digo, amor mío? —susurró Sarah para que solo pudiera oírlo Kamal y no el doctor Cranston, que se encontraba a su lado en la habitación de hotel y la examinaba con cien ojos.

Un auténtico caballero se habría alejado hasta la ventana y le habría permitido un último instante de privacidad antes de que sus caminos se separaran quizá para siempre. Pero el médico de Bedlam estaba muy lejos de ser un caballero, tal como había constatado Sarah. Por si no bastaba con que no le quitara ojo de encima, en su rostro enjuto se dibujaba una odiosa sonrisa.

Sarah procuró ignorarlo y no dejarse arrebatar a ningún precio ese último instante de intimidad. Las arrugas de enojo desaparecieron de su frente y cedieron paso a una tierna sonrisa mientras contemplaba el rostro de su amado. ¿Se equivocaba o Kamal tenía mejor aspecto que los días anteriores? Sarah se dijo que tal vez se debía a la brisa marina.

Los rasgos de Kamal parecían relajados y menos enrojecidos, y la joven tuvo la sensación de que podía volver a notarle claramente el pulso. Observó amorosa sus rasgos proporcionados y le acarició las mejillas y la frente húmeda antes de volver a besarlo.

—Ahora tengo que irme, amor mío —susurró—, pero nunca te abandonaré, nunca, ¿me oyes? Pase lo que pase; te amo y te prometo que volveré. Encontraré un remedio para tu fiebre y te salvarás. Confía en mí, Kamal, amor mío...

Miró atentamente, casi llena de esperanza, su semblante inmóvil, pero no

hubo ninguna reacción. Si tenía que ser sincera consigo misma, había esperado al menos una pequeña señal: una aceleración en el pulso, una contracción en los párpados, una perla de sudor o lo que fuera. No exactamente porque quisiera saber si Kamal la había entendido, sino más bien porque se preguntaba si la había perdonado.

En ese aspecto al menos ya no cabía la menor duda: ella y nadie más que ella era el motivo por el que Kamal se encontraba en aquel deplorable estado. Lo habían envenenado únicamente por ella, y por ella tendría que emprender ahora otro viaje a cuyas fatigas quizá no sobreviviría. Quizá, y esa posibilidad le parecía horriblemente real, no volverían a verse nunca...

—Tienes que resistir, ¿me oyes? —lo urgió—. Tienes que resistir y esperar mi regreso, y si es necesario que dé mi vida para salvar la tuya, lo haré. ¿Me has entendido, amor mío?

De nuevo posó una mirada esperanzada en su rostro inmóvil. Las lágrimas le asomaron a los ojos cuando comprendió lo definitivo del momento, se inclinó hacia Kamal y lo besó en la boca entreabierta. Y por un breve instante (¿o tal vez no fue más que una quimera, una fugaz ilusión?), tuvo la impresión de que él respondía a su caricia.

—Hasta siempre, amor mío —le dijo al oído.

Luego se levantó del lecho del enfermo, en cuyo borde estaba sentada.

—¿Y eso? —preguntó Cranston en un tono de malicia evidente—. ¿A qué viene tanta tristeza? Pronto volverá a ver al pobre Kamal, ¿no?

Sarah respiró profundamente. Una vez se hubo secado las lágrimas y hubo recuperado en cierta medida el control, se volvió hacia el médico traidor.

—Efectivamente —afirmó, y se esforzó en que su voz sonara tan firme y decidida como fuera posible—, y se lo advierto, doctor, si a Kamal le falta alguna cosa hasta entonces o le ocurre algo antes de mi regreso, lo responsabilizaré a usted, a nadie más.

—¿Y eso significa...? —preguntó indiferente el médico—. ¿Se querellará contra mí? ¿A través de Jeffrey Hull, ese papanatas senil?

—No —contestó Sarah quedamente mientras lo atravesaba con la mirada—. Si a Kamal le ocurre algo, le mataré.

Cranston se encogió de hombros, haciendo ver que no estaba impresionado. Sin embargo, se le notaba el nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Por quién me toma? —preguntó como si nada—. Al fin y al cabo, he prestado juramento.

—Yo también —afirmó Sarah—. Acabo de hacerlo.

Con eso, lo dejó allí plantado y se dispuso a salir de la habitación. Ya tenía el pomo de la puerta en la mano y estaba en el umbral cuando el médico la llamó.

—¿Sarah? —En su voz se manifestaba la antigua arrogancia.

—Lady Kincaid —lo corrigió.

—Buena cacería —dijo sonriendo ampliamente y haciendo un gesto como si fuera un jinete a lomos de su caballo—. *Tally-ho*.

—¿Por qué lo hace?

—¿A qué se refiere?

—El director Sykes lo presentó como un hombre de honor. Como alguien para quien el compromiso social tiene al menos tanta importancia como la reputación científica.

—Parecen las palabras de un perfecto idiota —constató Cranston, intentando sonreír irónicamente, aunque no lo consiguió.

—¿Qué le han ofrecido para que traicione todo lo antes le importaba? —preguntó Sarah—. ¿Prestigio? ¿Dinero?

—Ambas cosas —fue la apabullante respuesta—, y en mucha mayor medida de lo que usted pueda imaginar. La ambición de esa gente es enorme, Sarah, inmensa. No fue muy inteligente por su parte convertirse en su enemiga. Habría sido más inteligente que hubiera cooperado a tiempo.

—¿Igual que usted? —preguntó Sarah con sarcasmo.

—Exacto.

Sarah meneó la cabeza.

—Se está usted engañando, doctor. Jamás recibirá la recompensa que le han prometido. Durante un tiempo, mientras les resulte útil, solicitarán sus servicios. Pero llegará el día, y ese día no está muy lejos, en que se hartarán y se desharán de usted, igual que hicieron con Laydon.

—Disculpe, pero usted tuvo bastante culpa en eso —objetó Cranston.

—En efecto —dijo Sarah, y salió de la habitación.

En el cuarto contiguo, un salón amueblado al estilo oriental, la estaban esperando. Ludmilla de Czerny y Friedrich Hingis estaban sentados sobre unos cojines de seda relucientes, con una taza de té humeante en las manos.

A Sarah se le revolvió el estómago al ver tan juntos a amigo y enemiga. La ira le corrió por las venas y no pudo evitar que Hingis notara su repentina desconfianza. Sin embargo, se llamó al orden de inmediato. Seguramente eso era lo que la condesa quería provocar.

—¿Té? —preguntó Ludmilla de Czerny, dirigiéndole una mirada provocadora—. He de reconocer que en esta parte del mundo hace tiempo que no son tan incivilizados como siempre había supuesto. Aquí, los efectos beneficiosos de una buena bebida son bien conocidos.

—No, gracias —contestó Sarah, en un tono tranquilo y distante.

—Este té es realmente bueno —aseguró Hingis, que bebía sorbitos de su taza.

—No es el té lo que no me gusta, sino la compañía —replicó Sarah lanzando a la condesa una mirada tan cargada de veneno que habría bastado para dar el último adiós a todas las ratas del alcantarillado de Praga.

Una de las reglas de aquel extraño juego consistía en que todos mantuvieran

las formas y se trataran de manera civilizada (paradójicamente, en cierto modo eran aliados y luchaban por el mismo objetivo, aunque por motivaciones radicalmente distintas), pero Sarah no veía ningún motivo para exagerar las confianzas.

Ambas querían el agua de la vida: Sarah para salvar a Kamal y resarcirlo en más de un sentido, y la condesa quería el elixir para sus siniestros amos, que seguían en la sombra y cuya verdadera identidad y propósitos Sarah no intuía ni por asomo. ¿Qué perseguía la Hermandad del Uniojo con aquella sustancia misteriosa que ya había sido buscada en la Antigüedad? ¿Querían entrometarse en la Creación arrogándose facultades divinas y jugando con el fuego como antiguamente Prometeo?

—He de confesar, querida, que tu escenita me ha parecido bastante ridícula —comentó Ludmilla mientras mordisqueaba una pasta de té de sésamo que había mojado en la taza.

La condesa lucía como siempre un vestido ancho, en el que predominaban los tonos claros y luminosos, que contrastaban con su carácter agrio. Sarah, en cambio, ya se había puesto la ropa que llevaría en la expedición y que tan útil le había resultado en viajes anteriores: pantalones de montar ceñidos y de color arena, embutidos en unas botas de cuero que le llegaban a la rodilla, una blusa de algodón blanqueado y, encima, un chaleco de cordobán, en cuyos bolsillos guardaba todo tipo de objetos útiles. También llevaba un pañuelo anudado al cuello, como solían hacer los hijos del desierto y que protegía tanto del sol intenso como del viento gélido. Se había peinado la melena hacia atrás y se la había recogido en un moño para que no la molestara al cabalgar.

—Cumple el objetivo —se limitó a replicar.

Hingis también estaba preparado para la marcha. De acuerdo con su estilo conservador, se había decidido por un traje tropical de color caqui con el que llamaba, y no poco, la atención en las calles de la ciudad, donde predominaba la moda turca, con sus coloridas vestimentas de seda y brocados. A modo de concesión, el suizo había decidido ponerse un fez de fieltro rojo que, en vista de los cabellos revueltos que asomaban por debajo, parecía un poco fuera de lugar.

—Nos encontraremos hoy en el punto de recogida —aclaró Sarah—. En las afueras de la ciudad hay un viejo caravasar donde nos espera nuestro guía. Partiremos al amanecer.

—Igual que nosotros —comentó pausadamente la condesa, que sorbió un poco más de té.

—¿Cómo sabrá cuándo regresamos?

—Lo sabremos, tranquila. Vosotros regresad. Pero no os atreváis a aparecer sin el elixir. Si te has equivocado y tus teorías resultan falsas, Kamal morirá, no lo olvides.

—Tranquila —resolló Sarah—. Y usted no olvide su parte del trato. Porque, si

a mi regreso le ha ocurrido algo malo a Kamal, tendrá que beberse su valioso elixir en las cloacas.

—Qué imagen más repugnante.

—Efectivamente.

—Esperemos que eso no ocurra. —La condesa sonrió imperturbable—. Por el bien de ambas partes.

Sarah no contestó. Estaba harta de la charla y quería partir de una vez para dejar atrás la búsqueda lo antes posible y regresar con Kamal. Dejarlo en manos de sus enemigos le rompía el corazón, pero no le quedaba más remedio. Al menos, de momento...

—Vaya, mira cómo calla la inteligente y peligrosa hija de Gardiner Kincaid.

—¿Quién afirma tal cosa?

—Algunas personas —contestó Czerny, evasiva—. Pero desde el principio tuve muy claro que solo había que encontrar la clave adecuada para doblegarte. Un instrumento toca cualquier melodía... si se sabe cómo hay que hacerlo sonar.

—¿Está muy segura de sí misma, verdad?

—¿Y por qué no? A mi modo de ver, vuelves a estar a nuestra merced. Y eso que creías que habías tomado todas las precauciones imaginables, ¿no es cierto?

A Sarah le habría encantado replicar, pero no podía, puesto que aquellas palabras respondían a la realidad.

—No se saldrán con la suya —dijo, pero su voz no sonó con tan convencida como se había propuesto, sino más bien terca y desvalida.

—¿Quién nos detendrá, hermana? En todo el planeta solo hay un puñado de gente que conoce nuestra existencia, y la mayoría trabaja para nosotros. El viejo Gardiner está muerto, y tú, perdona que te lo diga, has demostrado ser una rival a la que hay que tomar bastante menos en serio de lo que algunos temían. Pero harías bien conteniendo tu enfado y tu ira, y concentrándote en tu misión. Tu odio no retornará a la vida a Kamal, eso solo puede conseguirlo el agua de la vida. O sea que ve y encuentra lo que nos beneficiará a todos.

Al pronunciar estas últimas palabras, en su semblante se dibujó una sonrisa tan autosuficiente y llena de menosprecio que Sarah se preguntó automáticamente qué había hecho ella para atraer la rabia de aquella mujer que, en otras circunstancias, en otra época, quizá podría haber sido una compañera, una amiga. Pero no había tiempo para averiguarlo. La esperaban tareas más importantes y urgentes que no admitían demora.

—Esto —prosiguió la condesa dándole a Hingis una pequeña carpeta forrada en piel— es un salvoconducto que les garantiza paso franco mientras se encuentren en territorio otomano. Nuestra organización dispone de suficientes medios para conseguir algo así.

—Estoy convencida de ello —dijo Sarah—. Me pregunto de qué servirán esos legajos si tropezamos con rebeldes griegos.

—Ya lo descubrirán.

—Claro.

Las miradas de las dos mujeres se encontraron una última vez y el ambiente pareció helarse.

—Hasta pronto —se limitó a decir Ludmilla de Czerny.

Sarah no le contestó.

Esperó a que Hingis vaciara su taza y se levantara pesadamente de su cojín. Luego, los dos se marcharon. Salieron de la suite que la condesa había contratado y volvieron a sus respectivas habitaciones. Ya les habían ido a buscar el equipaje y lo habían llevado al caravasar; se trataba únicamente de recoger los últimos enseres personales de los que no querían prescindir durante el viaje: en el caso de Sarah, su diario y el cinto Sam Browne con las armas correspondientes.

El hecho de que la condesa no se lo hubiera quitado permitía suponer que también era consciente de los peligros y de los imponderables que entrañaba la expedición, del éxito de la cual dependía todo.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, 26 DE OCTUBRE DE 1884

La expedición ha comenzado. A primera hora de la mañana hemos salido de Salónica en dirección oeste. Además de Pericles, nuestro guía, la caravana se compone de cuatro muleros, que no solo se ocupan de transportar los bultos y de cuidar a las mulas, sino también de montar y desmontar las tiendas y el campamento, así como de un cocinero, un viejo griego llamado Alexis que nos recomendó Pericles y que es capaz de sacar auténticos aromas de un sencillo perol. Como armamento llevamos varios fusiles de retrocarga y dos revólveres. Los caballos que montamos son animales dóciles y resistentes, y los bultos van cargados en mulas, que aquí son tan habituales como las carretillas de los vendedores ambulantes en las calles de Londres.

El paisaje es de una belleza impresionante. Viniendo del este, cruzamos una tierra que casi podría calificarse de apacible, surcada por numerosos ríos y que limita al norte con la imponente cordillera del Pindo y, al sur, con las abruptas peñas del monte Olimpo, considerado por los antiguos griegos el hogar de los dioses. Los cipreses y los olivos crecen asilvestrados en los campos, donde también pacen rebaños de cabras: una imagen de paz que me gustaría que Kamal pudiera ver.

¡Cuánto lo echo de menos!

Jamás en la vida había sentido un desgarramiento interior tan grande ni había temido y ansiado tanto el comienzo de una expedición. Soy consciente de que solo el éxito de nuestra misión puede salvar a Kamal. Sin embargo, también sé que Friedrich Hingis tenía razón y que el agua de la vida en manos de viles criminales representa un peligro incalculable. Mientras mi corazón no desea nada más encarecidamente que curar a Kamal y retornarlo a la vida, mi juicio me aconseja prudencia. No obstante, a ambas cosas las supera la curiosidad que me agujijonea estos días y que quiere averiguar el secreto que entraña ese líquido misterioso. De momento, no puedo ni quiero pensar en las consecuencias, aunque la conciencia me

impulsa a hacerlo...

27 DE OCTUBRE DE 1884

Después de que el clima nos fuera bastante favorable durante los últimos días, esta mañana ha empezado a llover torrencialmente. Cabalgar no solo se ha hecho incómodo, sino también fatigoso, puesto que la lluvia ha ocasionado crecidas en riachuelos y arroyos, y ha provocado que los caminos, la mayoría de tierra, estén en un estado deplorable.

Preferimos pernoctar en albergues, que tanto abundan por aquí, para proteger los enseres. Con todo, no tenemos oportunidad de recuperarnos de las fatigas que nos causa cabalgar durante toda la jornada. Nuestro guía nos apremia sin compasión porque, con cada día que pasa, aumenta el riesgo de que el invierno irrumpa en las cumbres, lo cual tendría como consecuencia que los puertos de montaña estarían cerrados y no habría posibilidad de pasarlos.

No quiero ni imaginar qué significaría eso, y rezo por que el clima nos sea propicio...

28 DE OCTUBRE DE 1884

Hemos llegado a Siatista, una población antes turca que ha alcanzado prosperidad con el comercio de pieles.

Por consejo de Pericles, Hingis y yo hemos comprado ropa de abrigo en la ciudad. El otoño no se muestra tan crudo en Tesalia como en el lejano Londres y, a pesar de las bajas temperaturas nocturnas, el clima de día es suave; sin embargo, en los puertos de montaña que debemos cruzar reina un frío intenso. La pelliza que he adquirido está forrada por dentro con piel de marta cibelina, en tanto que la piel exterior es de piel de equino, tan resistente que parece estar a la altura de los requisitos de la expedición. Friedrich se ha decidido por un abrigo de piel de oso que lo hace parecer tan ancho como alto y que, junto con el fez que luce en la cabeza, completa una imagen sumamente chocante.

Statista es también la última localidad de lo que mis compatriotas británicos definirían como mundo civilizado: las grandes manufacturas donde se elaboran las pieles y las lujosas mansiones en estilo otomano marcan la imagen de la ciudad; al sur y al oeste se extiende una región árida y montañosa que solo se ve interrumpida por aldeas minúsculas o

monasterios aislados cuyos habitantes valoran la soledad.

Nuestro destino es esa tierra inculta, que forma la frontera entre el Imperio Otomano y Tesalia, región que se independizó no hace muchos años y donde las escaramuzas entre soldados turcos y guerrilleros griegos siguen estando a la orden del día. Porque al otro lado, a unas cien millas plagadas de imponderables y peligros, se encuentra el Aqueronte...

PUERTO DE KATARA, MONTAÑAS DEL PINDO,
30 DE OCTUBRE DE 1884

El camino angosto que conducía a las laderas del Pindo desde los valles de Macedonia ascendía abruptamente. En el paisaje verde, surgió de repente una pared de piedra gris y escarpada que se alzaba formando elevaciones insospechadas y cuyas cumbres estaban teñidas de blanco. Los bosques situados debajo de los picos nevados presentaban matices rojos y marrones, salpicados por el verde perenne de las coníferas y de los matorrales, que crecían incluso en las escabrosas laderas de roca y en las cimas peladas.

Hasta entonces, Sarah y sus acompañantes habían tenido el gran macizo siempre a su derecha; sin embargo, ahora que habían dejado atrás el pueblo de metsovon, veían alzarse la cordillera ante ellos, como una pared enorme casi inexpugnable que tenían que superar. La única vía de acceso en esa estación del año era el puerto de Katara, hacia el que ascendía el camino trazando curvas muy cerradas. Mientras que, a un lado, la roca subía casi en vertical, al otro seguía viéndose la impresionante panorámica de unos valles angostos y profundos, cubiertos por una espesa vegetación y sobre los cuales las águilas volaban majestuosamente en círculo.

Después de dormir varias noches al raso y de haber pasado un frío tremendo en las tiendas de campaña empapadas, Metsovon había vuelto a ofrecerles al menos un techo firme sobre sus cabezas, una comodidad de la que Sarah y los demás no podrían volver a disfrutar por un tiempo. La lluvia que los había acompañado durante unos días había cesado, pero el cielo estaba cubierto de nubes bajas y oscuras que, teniendo en cuenta que las temperaturas no paraban de bajar, podían descargar intensas nevadas en cualquier momento. El tiempo apremiaba y la caravana solo se permitía descansar lo imprescindible.

Sarah, que cabalgaba justo detrás de Pericles, guiaba por el estrecho camino a su montura, un caballo pío dócil y resistente. Las piedras sueltas y las irregularidades del terreno eran una fuente de peligro; las serpientes, otro. De repente se oyó un terrible aullido, y el animal echó hacia atrás la cabeza y relinchó espantado.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Hingis, que cabalgaba detrás de Sarah con el

fez en la cabeza y el abrigo de piel tirado sobre los hombros a modo de capa para protegerse del viento frío e imprevisible.

—Solo ha sido un lobo —dijo Pericles con toda naturalidad por encima del hombro.

Durante los días anteriores habían ido conociendo a su guía, que había revelado ser un hombre de fiar y muy apegado a su tierra, y que no se cansaba de explicar que era del pueblecito de Vergina, donde tenía esposa y siete hijos. Aquel hombre fuerte y más bien recio, en cuyo rostro moreno crecía un auténtico monstruo de nariz, había nacido en Macedonia, como tantos paisanos suyos, pero estaba marcado por las costumbres otomanas, algo que se reflejaba en su vestimenta: además de unas botas de montar rústicas de ante, llevaba bombachos turcos y la típica faja ceñida a las caderas, donde guardaba un puñal curvo de aire oriental y un revólver. Encima, una camisa a rayas de tonos azules, cortada según la moda griega, y un chaleco de piel de borrego que abrigaba lo suyo. En la cabeza lucía un fez envuelto en un turbante blanco. Los porteadores y el cocinero vestían de manera similar y con ello atestiguaban hasta qué punto los usos y las costumbres de los turcos habían marcado la vida griega durante los últimos más de cuatrocientos años.

—¿Un lobo? —repitió el suizo no demasiado contento.

—*Evet*, en el Pindo hay muchos, ¿no sabía? —preguntó Pericles, que hablaba un inglés aceptable y de vez en cuando lo salpicaba con palabras en *dimotiki*^[6] o turco.

—No —confesó Hingis, agriamente—, no lo sabía...

—No son peligrosos —dijo el guía intentado tranquilizarlo—. Osos, mucho peor.

—¿Osos? —gimió Hingis.

—*Nai* —confirmó Pericles mientras levantaba receloso la vista hacia las rocas que los rodeaban y refrenaba el caballo—. Por ellos, yo tampoco preocupado...

—Entonces, ¿por qué? —inquirió Sarah, llevando a su caballo junto al del guía—. ¿Ha descubierto algo?

—Chist —indicó el guía, que se tapó la boca con la mano para darle a entender que callara. Luego echó atrás la cabeza como un animal husmeando y escuchó atentamente en el viento—. Ya no oye nada —señaló entonces—. *Tamam*.

Sarah miró a los demás, que también habían detenido las cabalgaduras, incluidas las mulas que llevaban los bultos. En los semblantes de los porteadores podía leerse el desánimo, tal vez incluso un poco de miedo...

—¿De qué tienen miedo? —preguntó Sarah en voz baja.

—*Kleftes* —contestó Pericles, conciso—. O turcos. No diferencia.

—¿Kleftes? —preguntó Sarah.

—Así llaman a luchadores griegos que se esconden en montañas. Han liberado el sur, pero quieren más. Turcos no quieren dar.

—La misma canción de siempre —ratificó Sarah—. Pero ¿en qué nos afecta a nosotros?

La mirada que le dedicó el macedonio, que normalmente se mostraba despreocupado, fue sombría.

—Turcos ocupan puerto montaña —explicó—. Kleftes atacan a veces. Si hay lucha, mejor no en medio, o *thánatos*.

—Comprendo —dijo Sarah, cuyos conocimientos de griego clásico bastaban para entender al menos aquella palabra.

No sabía demasiadas cosas sobre la lucha por la libertad de los griegos, exceptuando que había empezado hacía más de sesenta años y que se había dirimido con una dureza atroz por ambas partes. En el año 1821, el arzobispo de Patras había urdido la revuelta y, en sus inicios, los rebeldes griegos masacraron a muchos turcos en la ciudad de Trípoli. Los gobernantes otomanos se vengaron cruelmente y, un año más tarde, mataron a decenas de miles de griegos en la isla de Quíos para escarmiento de los cabecillas, lo cual avivó la llama de la resistencia, sobre todo también porque los helenos comenzaron a recibir ayuda del extranjero a partir de ese momento.

En octubre del año 1827 se libró una batalla en la bahía de Navarino, en la que buques franceses, rusos y también británicos se enfrentaron a la flota de Ibrahim Pachá y, aun siendo esta muy superior en número, se alzaron con la victoria. El Peloponeso y partes de Grecia central se separaron de la unión de reinos que formaban el Imperio otomano y consiguieron la independencia, aunque con ello se desató una lucha pertinaz por hacerse con la frontera norte de la recién fundada nación. La contienda aún persistía y no tenía un vencedor claro. No obstante, una cosa podía afirmarse sobre ese y sobre cualquier otro conflicto en torno al poder político y unos objetivos ideológicos abstractos.

Los ideales eran la primera víctima en el campo de batalla...

—Jefe de los kleftes se llama Anasthatos —continuó explicando Pericles—. Muchas historias de él, pero pocos han visto, y yo no quiero ser uno.

—Yo tampoco —comentó Sarah, que no sentía el más mínimo deseo de conocer a un bandido. Ya tenía bastantes problemas.

La caravana prosiguió su camino. A medida que ascendían, cada vez más hacía frío y Sarah estaba helada a pesar de la pelliza que llevaba. Poco después de mediodía se puso a nevar. Empezaron a caer en silencio copos pequeños de nieve, que cubrieron el camino y los árboles de los márgenes con una capa blanca que amortiguaba cualquier ruido y brindaba un aspecto menos peligroso al paisaje agreste y escabroso, aunque esa percepción habría sido errónea.

Por la tarde llegaron al puerto de montaña. Las rocas y los árboles estaban

cubiertos de nieve, igual que los tejados de los gruesos edificios de muros toscos que flanqueaban el camino. No obstante, como comentó Pericles, podían franquearlo. Sarah lo miró con sentimientos dispares, puesto que se preguntaba cómo regresarían con esas condiciones meteorológicas...

Tal como había anunciado el guía, el puerto, situado en las proximidades inmediatas de la frontera, estaba controlado por soldados turcos. Mirara donde mirara, Sarah veía combatientes vestidos con uniformes de color azul oscuro, y cuya imagen se completaba con el fez rojo y la típica faja. Los oficiales llevaban casacas cortas con galones dorados y arabescos bordados, que denotaban un tradicionalismo otomano, igual que los bigotes que brotaban en los rostros de los soldados.

Tal como Sarah esperaba, los pararon y los sometieron a control. Apuntándolos con fusiles Remington y las bayonetas caladas, obligaron a los viajeros a desmontar y un pelotón de soldados empezó a registrarles el equipaje. Lo que les parecía de utilidad, se lo requisaron de inmediato, entre otras cosas, calcetines gruesos de fabricación suiza y una lata de petróleo. Sarah los dejó hacer, aunque seguramente ambas cosas les habrían resultado útiles a ellos. Era muchísimo más importante cruzar el puerto lo antes posible...

El capitán de la tropa no hablaba inglés. Con Pericles haciendo las veces de intérprete, Sarah le explicó que era una británica rica y excéntrica, a la que se le había metido en la cabeza visitar algunos lugares de la Grecia clásica. El guía seguramente añadió algo más, ya que el capitán, que antes los miraba con recelo, de pronto pareció relajado, incluso divertido. Tomó el salvoconducto, lo examinó y luego indicó a sus hombres que los dejaran pasar.

Sarah, en cierto modo asombrada, volvió a montar, para divertimento de los soldados que, al parecer, nunca habían visto a una mujer a lomos de un caballo y aún menos cabalgando sobre la silla como un hombre. Sarah aguantó también eso: lo esencial era que podían proseguir el viaje y llegar lo antes posible al otro lado.

Un angosto camino abierto entre rocas descendía desde el puerto trazando una curva muy cerrada. La nevada arreció y apenas permitía ver nada a treinta metros de distancia.

—*Kakó* —comentó Pericles, preocupado—. Tendríamos que haber quedado en el puerto y dormir allí.

—¿En compañía de los soldados? —preguntó Sarah, que podía imaginar cosas más agradables que pasar la noche entre una caterva de individuos que no habían visto a una mujer en semanas o, seguramente, en meses—. No, gracias.

—Se ha portado inteligente —la alabó el macedonio.

—¿Por qué lo dice?

—No intentado sobornar a capitán. No es efendi, es oficial. Hombre de honor. Jamás ofenderlo.

Sarah comprendió a qué se refería el guía. Por lo visto, entre los militares otomanos, al menos seguía habiendo algunos que se mantenían leales a su imperio y a su sultán.

—¿Qué le ha dicho realmente al capitán? —preguntó—. Parecía tan divertido de repente...

—No importa —contestó Pericles con evasivas.

—Pues claro que importa —insistió Sarah severamente, y refrenó su caballo para dejar bien claro que hablaba en serio—. Quiero saberlo, ¿me oyes?

—¿De verdad? —Pericles también detuvo a su caballo, aunque en su semblante se leía que no quería decir la verdad.

—Por supuesto.

—*Endáxei*... Pero usted promete no regaña al pobre Pericles.

—¿Por qué iba a regañarte?

—Porque yo dicho que...

Miró a Hingis y pareció no atreverse a decirlo en voz alta. Entonces le hizo un gesto a Sarah para que se le acercara y él pudiera comentárselo al oído. La joven hizo lo que le pedía, se inclinó en la silla hacia él, escuchó atentamente... y se llevó una sorpresa.

—¿Le... le has dicho que el señor Hingis y yo estábamos casados? —preguntó Sarah abriendo los ojos como platos—. ¿Y que lo trato como a un calzonazos?

—Más o menos —admitió el guía tímidamente.

—Es... es inaudito —exclamó Sarah—. ¿Cómo has podido afirmar que...?

—Sarah —intervino Hingis de repente.

—¿Qué? —resolló la joven.

—Creo que Pericles ha hecho bien recurriendo a una pequeña mentira... No siento el menor deseo de acabar como esos de ahí.

Hingis señaló al otro lado del camino; Sarah miró hacia allí y se le cortó la respiración. En el margen del sendero había cuatro árboles... de los que colgaban cuatro cuerpos sin vida.

Por la vestimenta que llevaban, eran griegos, guerrilleros a los que habían atrapado y ejecutado. A juzgar por el estado de los cadáveres, los habían colgado hacía unos días, puesto que tenían la piel extrañamente blanca y helada.

Habían prescindido de vendarles los ojos a aquellos hombres o de tapparles la cabeza con un saco, y Sarah pudo ver sus semblantes inertes, petrificados por un terror infinito, que parecían observarla llenos de reproches mudos.

—Esto es una barbarie —se acaloró—, totalmente indigno de gente civilizada.

—*Nai* —admitió Pericles—. Guerra en las montañas.

—Es evidente —asintió Sarah, que apartó la mirada de aquella imagen del horror y arreó de nuevo a su caballo.

—Entonces, no enfadada conmigo —preguntó el guía avanzando hacia ella.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Por decir cosas que no verdad.

—No —contestó Sarah con voz apagada—. Seguramente nos has salvado la vida...

Sin volver a mirar a los ahorcados, agitó las riendas y continuó cabalgando, todavía conmocionada por lo que acababa de ver. Un enfrentamiento abstracto, que hasta entonces solo conocía a través de noticias en los periódicos, se había concretado de repente, había adquirido un rostro, literalmente, cuatro.

Durante toda la tarde, mientras cabalgaban hacia el oeste por el angosto paso de montaña, Sarah recordó los rostros inertes y rígidos de los rebeldes que habían sido ejecutados por los ocupantes turcos y, aunque ella no estaba implicada en el conflicto y hasta entonces le había resultado indiferente su desenlace, se sorprendió al descubrir que sus simpatías recaían en el bando de los griegos.

Debido a la nieve que empezaba a cubrir también el camino, la caravana avanzaba lentamente; la temperatura aumentaba a medida que descendían y, finalmente, la nieve se transformó en lluvia. Al caer la noche, los viajeros buscaron cobijo en una casa de labranza en ruinas que se encontraba en un claro a unos cincuenta metros del camino.

Sarah supuso que hacía mucho tiempo que el edificio estaba vacío. No había puertas ni ventanas, las paredes estaban agrietadas, la madera carcomida y parte del tejado, hundido. Sin embargo, encontraron una habitación amplia con el techo aún intacto y que les ofrecía suficiente resguardo de la lluvia torrencial. Hingis y Pericles propusieron que Sarah se alojara allí, en tanto que ellos se contentarían con un cuarto menos seco. Sarah rechazó la propuesta con determinación. No quería tratos especiales y estaba dispuesta a compartir todos los infortunios con sus camaradas. Así pues, eligieron aquella habitación como alojamiento comunitario, donde la joven y sus acompañantes extendieron las mantas y encendieron un fuego en la chimenea, que aún funcionaba a pesar de su ruinoso estado. Alexis, el cocinero, consiguió preparar una sabrosa comida al fuego. En el fondo, no contenía más que alubias blancas y aceite de oliva, pero no solo reconfortaba y saciaba, sino que también tenía un sabor exquisito.

Sarah dejó que Pericles asignara las guardias. Cada turno lo cubrirían dos hombres, y en cada uno solo ponía a un mulero. Era evidente que el macedonio no se fiaba demasiado de los hombres de Valaquia, que hablaban entre ellos en un extraño dialecto. Cuando, una vez más, quiso prescindir de Sarah en la planificación, ella insistió también en participar como los demás.

—¿Podrá? —preguntó el guía con franco escepticismo.

—Confía en mí —contestó Sarah mirando el Sam Browne, en el que no solo llevaba una cantimplora, sino también un puñal Bowie de fabricación estadounidense y la pistolera con el Colt Frontier—. Sé defenderme.

—No dudo sabe disparar —admitió Pericles mientras cargaba su arma, una

pistola de aspecto anticuado y con ornamentos árabes, que después volvió a meter en la faja—. Pero ¿disparado contra alguien?

—Por supuesto —confirmó Sarah quedamente, puesto que no estaba orgullosa de ello.

—Usted, mujer extraña.

Sarah se echó a reír.

—Si he de serle sincera, me han hecho cumplidos más placenteros —replicó—. Pero, si no hay más remedio, también acepto este.

—¿Por qué todo? —preguntó el guía—. ¿Por qué hace esto?

—Para salvar al hombre que amo —explicó Sarah sin dudar—. ¿Me comprende?

—*Nai* —aseguró el guía, golpeándose el pecho—. Yo, griego. Griegos entienden siempre el amor, sobre todo mujeres. Electra, ¡Penélope! ¡Veinte años espera regreso Ulises!

—Cierto —asintió Sarah.

—¿También su amor está de odisea?

—En cierto modo —confirmó Sarah con melancolía.

Sin saberlo, Pericles había dado en el clavo. Kamal estaba atrapado en una lejana odisea que le impedía regresar a casa, pero también ella lo estaba... Y en medio de aquel frío gélido y de la tormenta que bramaba fuera y enviaba los aullidos del viento a través de las ruinas de la vieja casa de labranza, a Sarah le pareció de repente imposible que volvieran a encontrarse jamás.

Las probabilidades eran mínimas...

MONTAÑAS DEL PINDO, EPIRO, 31 DE OCTUBRE DE 1884

Rompía el alba cuando despertaron a Sarah. La joven estaba totalmente somnolienta porque había cubierto la guardia de después de medianoche y hacía pocas horas que Alexis la había relevado.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de Pericles, que estaba sobre ella y le pedía que guardara silencio, y Sarah reconoció enseguida en las profundas arrugas que se habían formado en su frente que algo iba mal.

Se incorporó rápidamente y se despertó de golpe. En la penumbra de la habitación vio a Hingis agachado. Para estupor de Sarah, el suizo se dedicaba a cargar los fusiles.

—¿Qué...? —Quiso preguntar en un susurro, pero Pericles se llevó un dedo a los labios y le indicó que lo siguiera.

Cautelosamente, para que no se rompieran las tablas carcomidas con sus pasos, se deslizaron hacia la parte delantera del edificio pasando junto a los

muleros que estaban con los animales, acariciándolos para tranquilizarlos y que no hicieran ruido. El fuego de la chimenea se había apagado hacía rato. Un frío gélido reinaba dentro de los muros agrietados y el viento aullaba arrastrando aquí y allá algún que otro copo de nieve. Por lo visto, había nevado en el valle durante la noche...

Sarah notó que el pulso se le aceleraba mientras se deslizaba detrás de Pericles, seguida por Hingis, que llevaba los fusiles cargados. La joven se estaba preguntando atemorizada que habría pasado, cuando encontraron a Alexis. El cocinero se había atrincherado debajo de una ventana sin cristales que estaba empotrada en la fachada de la casa de labranza y daba al camino. Con una mirada de advertencia dio a entender a sus compañeros que debían ser cautelosos y Sarah creyó distinguir temor en sus ojos.

Más aún, un miedo cerval...

Agachados para que no pudieran verlos desde fuera, se acercaron a la ventana y se sentaron a derecha e izquierda. Luego, Sarah se arriesgó a echar un vistazo al exterior.

Comprobó que no se había equivocado en sus suposiciones. La temperatura había vuelto a caer y, hacia el amanecer, el chubasco se había transformado en una nevada. Una capa de dos palmos de grosor cubría el claro y el camino, que a cierta distancia se perdía un buen trecho por el valle entre árboles y rocas nevadas. Delante, sin embargo, vislumbró unas siluetas espectrales.

Puesto que llevaban capas de color claro, no se las distinguía de inmediato en aquel fondo blanco y a la escasa luz del amanecer, cosa que parecía intencionada. Los hombres —Sarah contó cinco— iban armados con fusiles de avancarga y habían envuelto los cañones con cuero para protegerlos de la lluvia y la nieve.

No le hizo falta preguntar quiénes eran aquellos hombres. Sarah no tenía la menor duda de que se trataba de kleftes, aquellos intrépidos luchadores que habían conquistado la independencia de Grecia en el campo de batalla y que continuaban manteniendo una desmoralizadora guerra de guerrillas contra los turcos para arrancarles más territorio y más concesiones.

Sarah pensó involuntariamente en los ahorcados que habían visto junto al camino y no pudo sino tributar respeto a esa gente que luchaba por una causa jugándose la vida. Cuando iba a preguntarle en voz baja a Pericles por qué se escondían de los guerrilleros, algo se movió en el exterior.

Por lo visto, los cinco hombres formaban la vanguardia de una unidad mayor, pues inmediatamente salieron más siluetas vestidas de blanco de la espesura cubierta de nieve, algunas a caballo, otras a pie. En medio iban dos hombres de aspecto miserable, maniatados y a los que llevaban a rastras. Por sus uniformes de color azul oscuro, Sarah supo enseguida que se trataba de soldados turcos.

Prisioneros...

La comitiva, que debía componerse de diez o doce hombres, se detuvo y obligaron a los dos turcos a arrodillarse sobre la nieve. Un kleftis alto y fuerte, que parecía ser el cabecilla del grupo, desmontó de su silla, se plantó delante de los prisioneros e intercambió unas palabras con ellos. Lo que se dijeron no pudo oírse a causa de la distancia y de los aullidos del viento.

La conversación acabó súbitamente. El jefe de los guerrilleros se llevó la mano al cinto y sacó el puñal corvo que guardaba allí. Luego, todo ocurrió muy deprisa.

Sarah vio desplomarse a uno de los turcos, aterrada. El acero del cabecilla se levantó por segunda vez y el segundo prisionero también cayó hacia atrás, acompañado por una fontana de sangre que salpicó y tiñó la nieve de un rojo intenso. El kleftis les había rebanado el cuello a sus enemigos sin pensárselo dos veces. Sin vacilar y, eso parecía, también sin remordimientos.

El hombre dio media vuelta bruscamente, sin dignarse mirar a los dos heridos de muerte, uno de los cuales todavía se estremecía entre fuertes convulsiones. Los dejaría allí a modo de advertencia para sus enemigos, igual que habían hecho los turcos en el puerto con los rebeldes.

Sarah comprendió que esas eran las reglas de aquel espantoso juego, la lógica del terror. Y supo que las partes enfrentadas en aquel conflicto no entraban en las categorías de bien y mal, sino que no se iban a la zaga en crueldad y resolución. Habría gritado de horror y furia ante semejante atrocidad, pero eso habría significado el fin de todos ellos, puesto que el guerrillero seguramente no habría dejado con vida a ningún testigo. Por lo tanto, se obligó con todas sus fuerzas a callar y pronto divisó, aliviada, que los kleftes se retiraban.

Los jinetes montaron de nuevo en sus caballos y se dispusieron a partir; pero entonces sucedió algo inesperado.

Friedrich Hingis estaba agazapado en el suelo, sosteniendo los cuatro fusiles listos para disparar, un peso que las tablas de madera carcomidas no soportaron por más tiempo. Con un crujido terrible, primero cedió una, luego otra, y el suizo se hundió. Cayó de una altura de no más de medio metro, pero el susto fue tan grande que Hingis soltó un grito agudo que no pasó desapercibido a los kleftes.

Se dieron la vuelta, alarmados, y miraron en dirección a la casa. Sarah y sus compañeros se pusieron a cubierto de inmediato. Pero ya habían despertado el recelo de los guerrilleros.

—Maldita sea —masculló Pericles.

Oyeron cómo el jefe de los kleftes gritaba algo a sus hombres y, luego, se hizo de nuevo el silencio.

—¿Qué ocurre ahí fuera? —preguntó Sarah susurrando, y Pericles se atrevió a mirar con cautela por encima del alféizar.

—Se acercan a casa —informó.

—¿Cuántos?

—Dos.

Sarah sopesó las posibilidades. Acabar con dos hombres no supondría ningún problema. Pero entonces alertarían a los demás y se desencadenaría una dura lucha que exigiría numerosas vidas humanas y también requeriría tiempo, un tiempo cada vez más escaso...

Hingis, de pie en el agujero, repartió los fusiles. En su mirada se reflejaba el sentimiento de culpa, puesto que tenía muy claro que él era el causante de aquella situación. Sin embargo, nadie pronunció una sola palabra de reproche.

Sarah cogió el arma que le alcanzaba mientras pensaba febrilmente qué podían hacer. ¿Esperar? ¿Dejar que se acercaran los dos exploradores?

No.

La única posibilidad para acabar con aquel asunto lo antes posible era golpear sin aviso y con total dureza, aunque Sarah se odiara por ello. Sin querer, de un momento a otro se convertiría en parte de aquel terrible conflicto...

—¿Qué hacemos? —preguntó Pericles en tono apremiante—. Soldados no muy lejos...

—Nos anticiparemos a ellos —ordenó Sarah, cuyo semblante se había transformado en una máscara rígida—. Friedrich, usted se encargará de los dos exploradores. Los demás nos concentraremos en los keftes y procuraremos abatir a tantos como podamos.

—Pero con este viento y a esta distancia... —empezó a objetar Hingis, aunque la mirada que Sarah le dedicó lo hizo callar.

—¿Tiene una propuesta mejor? —preguntó la joven.

El suizo meneó la cabeza.

—Entonces, lo haremos así —murmuró Sarah mientras se deslizaba agazapada hasta la siguiente ventana—. Yo intentaré abatir al cabecilla. Tal vez luego los demás emprenderán la huida.

—¿Y si no?

—Entonces nuestra expedición acabará aquí —vaticinó lúgubrementes Sarah.

Empuñaron los fusiles y ocuparon sus puestos, esperando no ser descubiertos antes de tiempo.

—A la de tres —ordenó Sarah mientras ponía en el punto de mira a la figura vestida de blanco que montaba erguida en su caballo.

Sarah se sentía miserable por disparar sin aviso a una persona, pero si era necesario para salvar a Kamal, lo haría...

—Uno.

Amartillaron las armas.

—Dos.

Sus compañeros contuvieron el aliento y apuntaron a los guerrilleros, que no se imaginaban la emboscada. Decidida a arriesgarlo todo, Sarah se dispuso a pronunciar el último número, pero entonces se armó un gran alboroto fuera.

Uno de los kleftes que hacían guardia junto al camino lanzó un grito ronco y se desató una actividad frenética entre los hombres. Los dos exploradores que el cabecilla había mandado a la casa dieron media vuelta y regresaron corriendo, en tanto que sus camaradas se apresuraban hacia el bosque cercano. El caballo del cabecilla se encabritó entre relinchos y salió disparado camino abajo, hacia el valle. Al cabo de un instante, Sarah descubrió el motivo: súbitamente se oyó un ruido apagado de cascos de caballo y un escuadrón de jinetes con uniformes azules comenzó a bajar a galope tendido por el camino del puerto de montaña, blandiendo sables corvos por encima de sus cabezas.

¡La caballería otomana!

Los jinetes se abrieron enseguida en abanico, cruzaron el claro y emprendieron la persecución de los rebeldes. Los caballos hacían saltar la nieve con sus cascos y echaban vaho caliente por los ollares. Dos guerrilleros que no habían conseguido llegar a tiempo al bosque cayeron decapitados cuando los jinetes les dieron alcance al galope trazando círculos con sus sables. Se oyeron disparos procedentes del bosque y un soldado de la caballería fue derribado de la silla. Luego, los perseguidores llegaron a la espesura nevada y siguieron a los rebeldes. El ruido de disparos y el griterío de los hombres resonaban en el viento gélido.

Casi podría pensarse que todo lo que había ocurrido en el claro había sido una pesadilla si no fuera por los cinco cuerpos sin vida que yacían en la nieve y prestaban testimonio de los espeluznantes acontecimientos que acababan de suceder...

—Por poco —comentó Hingis, y Sarah fue consciente entonces de que habían escapado de la delicada situación.

Permanecieron quietos durante unos instantes más para asegurarse de que ninguno de los dos bandos volvía. Cuando vieron que todo seguía tranquilo, recogieron a toda prisa sus cosas, ensillaron los caballos y se pusieron en marcha.

Les esperaba un largo camino y todos ardían en deseos de dejar atrás la región fronteriza.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, 31 DE OCTUBRE DE 1884

Tras los dramáticos sucesos de esta mañana, hemos dejado el camino del puerto y hemos tomado el que conduce a Ioánnina, la capital de aires otomanos del Epiro. Cuanto más nos alejamos de la región fronteriza, más me da la impresión de que lo ocurrido ha sido una terrible pesadilla. Al mismo tiempo, sé que lo que nos ha sorprendido era la cruda realidad, a la que deberemos enfrentarnos de nuevo cuando crucemos el puerto de regreso.

Aunque me siento muy aliviada porque no se produjo un enfrentamiento con los kleftes, hay cuestiones que no dejan de atosigarme: ¿habría apretado realmente el gatillo? ¿Habría cometido un asesinato alevoso para garantizar que la misión continuara? ¿Qué más estoy dispuesta a hacer? ¿Qué sacrificaría por Kamal?

Valoro muchísimo a Friedrich Hingis por no haberme planteado esas cuestiones, pero sé que él piensa lo mismo. Si al principio intenté posponer todos mis reparos morales, el incidente de las montañas ha procurado que estos alcen ahora su voz.

¿Hasta dónde debo llegar para salvar a mi querido Kamal? ¿Debo sacrificar la vida de otros por él? ¿Puedo arriesgar el bienestar de otros por él? ¿Debo traicionar los valores con que me eduqué y que hasta ahora consideraba inamovibles? ¿Debo permitir que una banda de viles criminales se apodere del que quizá sea el secreto más valioso de la humanidad?

Cuanto más cavilo en esas preguntas, menos me gusta la respuesta, pues es tan breve como aplastante:

No...

En Ioánnina hemos cambiado de caballos y nos hemos abastecido con nuevas provisiones. Los turcos han elevado a esta ciudad a la categoría de capital no sin razón: situada a orillas del lago Pamvotis, dispone de una estrecha lengua de tierra que se adentra en el agua y en la que se construyó una fortaleza ya en época medieval. Rodeada de agua por tres partes, es fácil defenderla y aún sirve de base militar actualmente.

Por una buena razón...

Pericles, que es el único de nosotros que ha estado en la ciudad, nos ha informado de la inquietud generalizada que reina allí. La guarnición entera está movilizada, lo cual podría deberse a los disturbios en las montañas. Me alivia que nos alejemos de la insegura región fronteriza y sigamos el valle del río Louros, que transcurre hacia el sur en paralelo a la frontera y bordea el Tomaros, aquella montaña en cuyas laderas escarpadas nace el Aqueronte...

3 DE NOVIEMBRE DE 1884

Casi me parece un milagro que hayamos podido cruzar el valle del Louros sin incidentes. Solo nos hemos topado en dos ocasiones con patrullas turcas, que han reconocido nuestro salvoconducto y nos han permitido pasar sin molestarnos.

Hacia mediodía hemos llegado al Tomaros y lo hemos bordeado por un angosto camino de montaña. Afortunadamente no nieva, pero el viento que sopla desde las laderas blancas es gélido. La estribaciones al oeste de la montaña están densamente pobladas de árboles; en los valles que se extienden entre las cordilleras sobresalen peñascos escabrosos, reunidos en formaciones estrafalarias. En medio de ese paisaje silvestre nace el río que desde hace milenios ha despertado la fantasía de los hombres y por el cual nosotros hemos iniciado este largo y peligroso viaje.

El Aqueronte...

VALLE DEL AQUERONTE, 4 DE NOVIEMBRE DE 1884

Lo primero que Sarah percibió del legendario río, cuyo cauce se había abierto paso por la tierra rocosa en el transcurso de millones de años, fue un murmullo.

Habían partido de madrugada y habían dejado el campamento a los pies del Tomaros para seguir el valle en dirección suroeste. No muy lejos de un pueblo llamado Trikastró, habían torcido hacia el noroeste y habían proseguido por un

sendero que atravesaba unos bosques sombríos y acababa estrechándose tanto que no pudieron continuar a caballo. A partir de allí, Sarah y sus acompañantes avanzaron muy lentamente a través de un bosque espeso que no solo se componía de pinos de diversas clases, sino también de agujas de roca gris.

A medida que avanzaban por el bosque, el murmullo se hizo más fuerte y la curiosidad volvió a unirse a la inquietud de Sarah. A Hingis, que iba justo detrás de la joven tirando del caballo por las riendas, parecía ocurrirle lo mismo. Sarah creyó vislumbrar en su mirada la misma ansia de saber que le había notado en Alejandría. Finalmente, el murmullo se intensificó y se convirtió en un rugido frenético. El bosque se aclaró y, al cabo de unos instantes, Sarah y sus compañeros se encontraron delante de un precipicio.

La pared de roca descendía casi en vertical. El barranco, de entre diez y quince metros de profundidad, estaba flanqueado a ambos lados por roca maciza y contenía agua de montaña de color turquesa. Tan pronto se acumulaba en pequeñas pozas que había excavado en la piedra como formaba remolinos espumosos o caía en cascadas, tan pronto desaparecía por completo entre las paredes de roca de la quebrada, que a menudo solo se distanciaban unos pocos metros, como aparecía de nuevo un trecho más abajo y luego desaparecía otra vez.

—*Stená Achéronia* llamamos a este trozo del río —comentó Pericles—, las gargantas del Aqueronte.

Estaban al borde del barranco, jadeando por la fatigosa ascensión y contemplando el espectáculo natural. Incluso los muleros, que normalmente se mantenían en la retaguardia, se acercaron para ver el origen del imponente murmullo.

—Es increíble —dijo Hingis señalando al fondo, donde el agua levantaba espuma y borbollones—. El agua se ha abierto camino a tanta profundidad entre las rocas que a veces apenas se la ve.

—En efecto —corroboró Sarah—. Por eso en la Antigüedad muchos creían que este barranco era la entrada del Hades.

—Vigilada por Cerbero —añadió Hingis—, un can con tres cabezas que exhalaba azufre, tenía una cola de serpiente letal, garras mortales y cuyas babas eran venenosas.

—*Arketá* —dijo Pericles, haciendo un gesto de rechazo con la mano—. No quería tanto saber.

—Tranquilo —aseguró Sarah—, solo es una leyenda.

—¿Ah, sí? —preguntó Hingis, dedicándole una mirada desafiante de reojo—. ¿Quién afirmaba que toda leyenda entraña un fondo de verdad? ¿Era acertada su teoría o no?

—Muy pronto lo averiguaremos —contestó Sarah con determinación, y volvió hacia su caballo para coger la cuerda que llevaba sujeta a la silla.

—¿Qué va hacer?—preguntó Pericles.

—Bajaré al barranco con la cuerda para inspeccionarlo —anunció Sarah.

—Ni pensar —rehusó el guía sin rodeos—. No arriesga vida sin necesidad. Ahí abajo, nada.

—Entonces, tampoco habrá nada que pueda ser peligroso, ¿no? —preguntó Sarah mientras se disponía a atar un extremo de la cuerda a un árbol cercano.

Sacó de una alforja un frasco pequeño de cristal y tapado con un corcho que pensaba utilizar para recoger una muestra de agua. Solo para ir sobre seguro...

—No buena idea —insistió Pericles.

—Tal vez —admitió Sarah—. Pero tengo que bajar. Tengo que saber qué ocurre con esas cuevas. Y quiero saber si esa agua se diferencia del agua normal de montaña.

—Entonces va otro —propuso el macedonio.

—Por desgracia, y o no puedo —dijo Hingis mirándose la prótesis.

—Está disculpado —aseguró Sarah sonriendo comprensiva—. Ya ha hecho más de lo podía esperar de usted.

—*Endáxei* —gruñó Pericles—, entonces y o voy.

—No tienes que hacerlo.

—Pero quiero. Yo, responsable de su seguridad, lady Kincaid, por eso usted paga.

—Pero yo...

—Insisto, Sarah —dijo también Hingis—. No me agrada la idea de verla bajar por este precipicio.

Sarah dudó y miró a uno y a otro.

—De acuerdo —aceptó finalmente.

—¿Espera aquí?

Sarah asintió moviendo la cabeza.

—Muy bien. Pericles no defrauda —aseguró el guía, que empezó a prepararse para el descenso.

Equipado con guantes de cuero, un farol y el frasco para la muestra en el cinturón, inició finalmente el peligroso descenso, que lo conduciría en picado hacia las profundidades después de bajar por el borde del precipicio.

Durante un rato, Sarah y sus acompañantes aún pudieron verlo desde arriba; luego desapareció por debajo de un saliente de roca. Poco después, la tensión de la cuerda aflojó, lo cual debía de significar que Pericles había llegado al fondo del barranco. Inquieta y expectante, Sarah se preguntaba qué encontraría allí...

Intentó comunicarse con él a gritos, pero el murmullo del río lo hacía imposible. Por lo tanto, no le quedó más remedio que esperar a que el guía regresara.

Pasó una hora larga, y Sarah y Hingis estaban cada vez más preocupados. Sin embargo, la cuerda volvió a tensarse entonces de repente y la conocida silueta

del macedonio se perfiló en la neblina que flotaba sobre el lecho del río. Pericles trepaba ágilmente por la cuerda. Hingis le tendió la mano ilesa y, poco después, el macedonio se encaramó por el borde del precipicio.

Respiraba agitadamente y tenía la ropa empapada, pero Sarah comprobó con alivio que, aparte de algún rasguño que debía de haberse producido al rozar con la roca áspera, el guía estaba indemne.

—¿Y bien? —preguntó llena de curiosidad después de que el macedonio hubiera recuperado un poco el aliento.

—Nada —contestó meneando la cabeza—. Canales oscuros por donde agua baja.

—¿Y no ha notado nada... especial?

De nuevo meneó la cabeza.

—A un lado, agua entra; al otro, sale. Eso es todo.

—Comprendo —dijo Sarah, que no pudo ocultar completamente su decepción—. ¿Y el agua?

Sin decir nada, Pericles le acercó el frasco, frío al tacto y lleno a rebosar de un líquido turbio: agua de montaña que arrastraba arena y otras partículas minúsculas.

—Parece de lo más normal —señaló Hingis.

—En efecto —confirmó abatida Sarah.

Mediante el equipo que llevaba consigo, al atardecer examinaría más exhaustivamente el agua, pero dudaba que descubriera algo más de lo que podía reconocerse a primera vista, es decir, que se trataba de agua totalmente normal.

De un río normal...

—¿Contenta? —preguntó Pericles, cuyas miradas oscilaban entre Sarah y Hingis y estaba claro que no sabía qué pensar del asunto. Sarah se dijo que probablemente pensaba que eran dos europeos chiflados del norte que perseguían una quimera, y posiblemente tenía razón...

—Desgraciadamente, no —replicó—. Tendremos que seguir buscando. Un poco más al sur se encuentran las «fuentes del Aqueronte», fuentes de agua dulce que se creía que nacían en el Hades.

—¿Y usted piensa que...?

—Espero —Sarah se expresó con cautela— que nuestros indicios no nos hayan engañado y encontremos algo que confirme mi teoría.

—¿Y si equivoca?

Sarah se mordió los labios.

—Aún no hemos llegado a ese extremo —respondió con evasivas, dio media vuelta y regresó hacia su caballo.

Entonces se dio cuenta de que los muleros cuchicheaban entre ellos en su lengua. Al cabo de unos instantes, se entabló una fuerte discusión que pareció enemistar a los hombres y que no concluyó hasta que Pericles hizo valer a gritos

su autoridad.

—¿Qué les pasa a los hombres? —inquirió Sarah.

—Intranquilos —explicó el guía mientras se ponía una camisa seca—. Tienen miedo.

—¿Por qué?

—Kleptes —se limitó a contestar.

—¿Tan al interior? —Sarah enarcó las cejas—. ¿Tan lejos llega el brazo de la resistencia?

—A veces. —Pericles se encogió de hombros—. Cruzan frontera, matan soldados turcos y desaparecen otra vez.

—Pero nosotros no somos soldados turcos.

—*Hayir*.

Pericles meneó la cabeza y se dispuso a ir hacia su caballo. Sin embargo, Sarah no lo dejó pasar.

—¿Por qué tienen miedo los hombres? —inquirió.

—Porque son valacos, por eso —dijo con desdén y golpeándose el pecho—. No tienen *tharros* griego, no valor.

—¿Y ese es el único motivo?

—Pues claro —dijo el guía en inglés, y en la mueca de acritud que se dibujó en su rostro se notaba que no quería hablar más del tema.

Sarah dudó un momento, luego se apartó y lo dejó pasar, aunque estaba claro que se callaba algo.

Prosiguieron su camino a través de un exuberante bosque de árboles caducifolios, cuyas hojas se habían teñido de un color rojizo, y avanzaron siguiendo el curso del río, que bajaba entre las paredes de roca escarpadas que a veces casi lo engullían. Entonces solo se oía un borboteo inquietante y lejano que evidenciaba por qué los griegos habían atribuido precisamente a ese río la cualidad de conducir al tenebroso Hades.

Cuando empezó a anochecer montaron el campamento en un claro, no muy lejos del río. El descontento de los muleros se hizo patente, puesto que tardaron más de lo habitual en montar las tiendas. Pericles les metió prisa y los amenazó con recortarles el salario, pero eso no cambió nada. Sarah podía sentir claramente la inquietud de los hombres y tenía muy claro que lo que mantenía en vilo a los muleros no era simplemente el miedo a volver a caer entre los dos frentes, sino algo situado mucho más allá...

Aprovechó el tiempo hasta la hora de cenar examinando en su tienda las muestras de agua que Pericles le había conseguido. Una de las cajas que cargaban los mulos contenía tubos de ensayo y sustancias químicas, encajonados entre virutas para que no se rompieran en el transporte y que permitían realizar

una serie de análisis básicos. Sin embargo, Sarah no logró probar la existencia de una concentración especial de minerales ni nada llamativo.

Era lo que parecía.

Agua normal.

Ni más ni menos.

Un poco frustrada, salió de la tienda y se sentó junto al fuego para comer un plato del guiso que Alexis, el cocinero, había preparado y que olía a comino y a cilantro. No mucho después, se le unió Pericles con una expresión de enfado en el semblante.

—¿Algo no va bien? —preguntó Sarah.

—No obedecen —se quejó el guía, crispado—. Todavía miedo.

—¿De qué? —preguntó Sarah, pero Pericles la dejó sin respuesta, igual que había hecho antes, y se limitó a comerse a cucharadas el guiso caliente. Sarah no aflojó—. ¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—No tiene saberlo —la informó el guía con la boca llena—. *Endáxei*.

—No, no pasa nada, no —lo contradujo Sarah enérgicamente—. Como responsable de esta expedición tengo derecho a saber qué ocurre. O sea que desembucha: ¿de qué tienen miedo los muleros?

—Del río —contestó Pericles en voz tan baja que apenas se le entendió.

—¿Del río? —Sarah enarcó las cejas.

—Han oído que río de los muertos; ahora, miedo.

—Comprendo.

—Solo vieja superstición, nada más —aseguró el macedonio queriendo tranquilizar a Sarah. Sin embargo, el modo en que rehuyó la mirada de la joven, prefiriendo contemplar las llamas, permitía deducir que habría hecho más falta que lo tranquilizaran a él—. Expedición extraña —añadió.

—¿Por qué lo dices?

—Extraños presagios, extraño viaje. —Por un momento desvió la mirada del fuego y la posó en Sarah—. Extraña mujer —añadió.

—Eso ya me lo dijiste —comentó Sarah—. Pero ¿a qué te refieres con lo de extraños presagios?

—Pericles no sabe —dijo meneando la cabeza y mirando de nuevo las llamas—. Solo una sensación. Pero dice que algo diferente en este viaje. Muchos extranjeros he guiado, también *ingilizé*. Pero nunca...

—Te escucho —insistió Sarah.

—Nunca sentido algo tan peculiar —replicó el guía después de pensarlo un momento—. Como...

—¿Sí?

Pericles dudó, luego volvió de nuevo la cabeza y le dedicó a Sarah una mirada indescifrable.

—Como si haciendo algo prohibido y antiguos dioses castigan a nosotros —

dijo entonces—. ¿Entiende que quiero yo decir?

—No —afirmó Sarah, inamovible.

—¿Qué busca lady Kincaid de verdad? —preguntó Pericles mirándola desafiante—. ¿Qué verdadero motivo expedición?

—Ya te lo dije: busco un remedio para curar al hombre al que amo.

—Amor *tamam* —asintió Pericles—. Pero a veces ciega hombres. Hay reglas que no hay que saltar. Equilibrio que no hay que perturbar, o dioses furiosos.

—¿Crees todavía en los antiguos dioses? —preguntó Sarah con escepticismo.

—Aún están aquí —replicó el macedonio haciendo un amplio gesto con el brazo que pareció abarcar el bosque, el río cercano e incluso las montañas—. Pertenecen a esta tierra, aunque no creer en ellos. ¿Comprende?

—Por supuesto —aseguró Sarah mientras se decía que el pobre Pericles no les iba a la zaga en cuanto a supersticiones a los guías valacos.

Sin embargo, la joven se preguntó por qué no podía apartar de su mente los reparos que le había planteado el macedonio, considerarlos simples paparruchas de un autóctono para quien la agitación de los últimos días había sido demasiado...

Se oyó un ruido entre los matorrales cercanos, y tanto Sarah como Pericles empuñaron de inmediato las armas. Sin embargo, la figura envuelta en una gruesa piel de oso que salió de la oscuridad resultó ser Friedrich Hingis, que se había encargado de la primera guardia y regresaba para que lo relevaran.

Mientras Pericles iba solícitamente a cubrir su turno, Hingis se sentó junto al fuego para calentarse. Hacía días que el frío no era tan intenso como en las montañas y durante el día se podía prescindir de las pieles de abrigo, pero las temperaturas bajaban considerablemente por la noche y un frío húmedo subía desde el lecho del río y se condensaba formando una niebla gélida.

Sin pronunciar palabra, Hingis cogió uno de los platos de metal esmaltados que Alexis había puesto a su disposición y se sirvió una ración del guiso que hervía sobre el fuego en el perol.

—No está mal —comentó después de probarlo—. Quizá le falta un poco de queso.

—La próxima vez tendrá que traer un poco de casa —propuso Sarah sonriendo.

—La próxima vez —confirmó Hingis.

Suponiendo, pensó Sarah, que hubiera una próxima vez...

—¿Qué le ocurre? —preguntó el suizo, que pareció darse cuenta de la tensión que se reflejaba en su rostro.

—Nada —dijo Sarah meneando la cabeza.

—Sarah. —Hingis dejó la cuchara y le dirigió una mirada penetrante—. La conozco tan bien y desde hace tanto tiempo que no puede engañarme. La veo

preocupada. ¿Es por Kamal?

—Sí —confirmó la joven—. Y no.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—Acabo de mantener una charla reveladora con Pericles. Dice que los muleros tienen miedo del Aqueronte.

—Algo así me imaginaba. En los últimos días se han ido poniendo cada vez más nerviosos.

—Pericles también tiene miedo. Le preocupa que nuestra misión perturbe el equilibrio del cosmos y que los dioses del antiguo mundo se enfurezcan con nosotros.

—¿No creerá usted en esas supersticiones?

—¿Quiere saber qué creo realmente?

—Por supuesto.

—Creo que el pobre Pericles ha expresado a su manera las mismas reflexiones que usted me planteó, ¿sabe a qué me refiero?

—Ciertamente —asintió Hingis.

—Es posible que estas gentes sean sencillas y simples, pero, tal vez precisamente por ello, conservan un instinto que yo perdí hace tiempo.

—Sé a qué se refiere —constató Hingis, y Sarah apreció una vez más cuánto había cambiado el suizo. Porque el Friedrich Hingis que ella había conocido hacía más de dos años y medio en la Sorbona de París, aquel que había hecho trizas las teorías de Gardiner Kincaid, habría aprovechado cualquier oportunidad para señalar que él tenía razón desde el principio y ella estaba equivocada...

Durante un buen rato, Sarah contempló pensativa el fuego, de donde le llegaba un calor agradable, mientras que empezaba a sentir frío en la espalda a pesar de la piel forrada de piel. Luego desvió la mirada y la dirigió, interrogativa, a Hingis.

—¿Cree que acometemos una misión perdida? —preguntó—. ¿Tal vez incluso una misión *prohibida*?

El hecho de que Hingis se tomara un tiempo para replicar demostraba que él también había sopesado la pregunta pero aún no había encontrado una respuesta concluyente.

—Permítame que lo exprese de la siguiente manera, Sarah —dijo finalmente—: desde que la Hermandad del Uniojo se cruzó en su camino, usted ha descifrado enigmas que, no sin razón, habían permanecido ocultos a los ojos de la humanidad durante milenios. No sé qué persiguen esos criminales, pero allí donde había agua de la vida siempre se encontraba cerca el elixir de la muerte. Probablemente no puede obtenerse una cosa sin la otra, y me aterra la idea de lo que la Hermandad podría ocasionar con ello. Soy su amigo, Sarah, y la apoyaré con todas mis fuerzas, pero si en algún momento me da la impresión de este asunto escapa de control, haré todo lo posible por destruir el elixir.

—¿Es ese el motivo por el que quiso participar sin falta en la expedición? El verdadero motivo, quiero decir.

—Como ya le he dicho, Sarah, soy su amigo. Pero Alejandría me enseñó que a veces no basta con ser un compañero de confianza y un colaborador leal. A veces hay que erigirse en conciencia.

—¿Y usted quiere ser mi conciencia? —preguntó Sarah.

—Igual que su padre fue la mía —confirmó Hingis sonriendo—. Únicamente pagaré una deuda. Pero, hasta entonces, haré todo lo posible para que usted y Kamal...

Se interrumpió al oír un crujido entre los matorrales. Empuñando el Colt, Sarah miró en la dirección de donde procedía el ruido, pero las llamas que había estado contemplando la habían deslumbrado y no vio más que manchas claras y oscuras.

—¿Pericles? —preguntó a media voz.

No solo no obtuvo respuesta, sino que de pronto se hizo un silencio total. Incluso las voces apagadas de los muleros, que siempre se quedaban un poco aparte con los animales, habían enmudecido, igual que los bufidos de los caballos. Solo se oía el murmullo del río.

—¿Pericles? —preguntó Sarah de nuevo mientras apuntaba con el arma y la amartillaba. Hingis también cogió su fusil y lo empuñó—. ¿Eres tú...?

El ruido se repitió, los matorrales se separaron y apareció el macedonio, aunque no como Sarah y Hingis esperaban. Pericles tenía el semblante blanco como la cera y avanzaba con las manos en alto. De la espesura salieron más figuras, todas con un fez rojo y uniforme azul del ejército turco, ¡y lo apuntaban con sus fusiles!

—¿Qué significa esto? —Se acaloró Sarah, que se levantó de inmediato.

Hingis, que también se había puesto en pie, le pidió que se tranquilizara.

En el claro aparecieron aún más hombres de uniforme. Habían cogido también por sorpresa a los muleros y los habían desarmado antes de que pudieran ofrecer ni pizca de resistencia. Y, finalmente, también llevaron al claro a Alexis, que por lo visto había intentado esconderse entre las matas.

El superior de los soldados, un oficial esbelto y de rasgos duros, que llevaba un abrigo largo hasta las rodillas y bordado con cenefas orientales, gritó algo a Sarah y a Hingis. Ninguno de los dos entendió lo que decía, pero el tono era inequívoco.

Los dos intercambiaron una larga mirada y luego bajaron las armas. En vista de la superioridad numérica del enemigo, resistirse habría sido un auténtico suicidio.

Acto seguido, dos soldados se apresuraron a acercárseles, les quitaron las armas y los llevaron con los otros a punta de carabina.

—*Kakó* —señaló Pericles con mirada afligida.

—¿Quiénes son? —preguntó Hingis.

—Patrulla fronteriza. Creen que yo colaborador y ustedes espías extranjeros.

—Eso es ridículo. —El suizo, que normalmente siempre se controlaba, se acaloró y se dispuso a sacar de su abrigo el salvoconducto. Media docena de fusiles, que lo apuntaron en posición de tiro, se lo impidieron—. Pericles —dijo Hingis con voz temblorosa—, ¿serías tan amable de explicarles a estos señores...?

El guía pronunció unas palabras en turco y acto seguido el oficial se plantó delante de Hingis y rebuscó en sus bolsillos. Dio con la carpeta forrada en piel que contenía el documento expedido en Salónica. La sacó, la abrió y observó el contenido esbozando una sonrisa irónica.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sarah.

El capitán le dedicó una mirada despectiva mientras se acariciaba la poblada barba. Luego volvió a cerrar la carpeta... y la tiró sin vacilar al fuego.

—¡No! —gritó Hingis, espantado—. ¡No puede hacer eso! Usted...

Las carabinas de los soldados lo hicieron callar de inmediato.

—Por lo que parece —comentó Sarah mirando compungida hacia las llamas —, nuestro salvoconducto acaba de ser declarado nulo.

El capitán pronunció unas palabras que Pericles se encargó de traducir.

—Dice no reconoce documento y todos presos. Va a llevarnos a Ioánnina para comprobación.

—No tenemos tiempo para esa tontería —descartó Sarah—. Dígame que se equivoca. Que no somos espías.

Pericles tradujo, pero, evidentemente, el turco no se mostró demasiado impresionado. Repitió lo que había dicho antes, aunque en voz más alta y pertinaz.

—Insiste. Todos presos.

—¿Con qué pretexto? ¿Porque somos espías?

—Lady Kincaid, hombre como él no necesita pretexto. Manda aquí. Derecho del más fuerte.

—Comprendo. —Sarah se mordió los labios. No podían volver a Ioánnina. Ese rodeo les costaría tres días, por no hablar del tiempo que pasarían en los calabozos turcos. Sarah no quería regresar cuando quizá estaban muy cerca del objetivo...

—Pregúntale qué quiere —le indicó a Pericles.

—¿Tengo que preguntar que...? —La miró inseguro—. Pero, lady Kincaid, yo ya dije a usted que...

—Ya lo sé —dijo la joven enérgicamente—. Vamos, pregúntale.

El macedonio se volvió titubeando hacia el capitán y tradujo. Las cejas oscuras del oficial casi se unieron al fruncir este el ceño. Sacando pecho y con las manos cruzadas a la espalda, se acercó a Sarah y la examinó entornando los ojos. Luego hizo una sola pregunta, muy breve.

—Quiere saber qué tiene —tradujo Pericles, sorprendido.

—Dile que le daré cien libras británicas —contestó Sarah con voz gélida, aguantando la mirada del capitán—. Es más que suficiente.

Pericles volvió a traducir y el oficial entornó aún más los ojos. Sin perder tiempo, metió la mano derecha, que llevaba enguantada, en los bolsillos de la pelliza y del chaleco de Sarah y los registró. Sarah soportó aquel aborrecible contacto sin parpadear: teniendo en cuenta las armas cargadas que la apuntaban, no le quedaba más remedio. Cuando el capitán retiró la mano, sujetaba una cadena de oro de la que colgaba un reloj de bolsillo.

¡El cronómetro de Gardiner Kincaid!

Sarah se esforzó en que no se le notara cuánto la contrariaba aquello. El reloj era la última posesión material que le quedaba del viejo Gardiner. Kincaid Manor había sido destruido y, con él, todos sus enseres y los tesoros del saber. Solo le quedaba aquella pieza, pero si ayudaba a salvar a Kamal, Sarah también se desprendería de ella...

—¿Hay trato? —inquirió la joven, que estaba segura de que la pregunta se entendería sin necesidad de traducción.

El oficial examinó el reloj por todas partes, lo abrió y se lo acercó al oído. Asintiendo satisfecho con la cabeza, lo hizo desaparecer en el bolsillo de su abrigo y murmuró algo.

—Dice vale para liberación pronto, pero nos lleva —tradujo Pericles.

—¡Ese no era el trato! —resolvió Sarah cerrando los puños. Ante la rabia que de repente le corría por las venas, se olvidó por un momento de los fusiles.

—No trato de usted —puntualizó Pericles con un tono de voz que indicaba que él no había esperado otra cosa—, pero trato de él. Yo avisar, lady Kincaid.

—¡Pero yo no quiero ir a Ioánnina! —bramó Sarah—. Estoy llevando a cabo una misión urgente y no tengo tiempo para bobadas. Soy ciudadana británica y no tengo nada que ver con esta desventurada guerra. Vamos, ¡díselo a ese estafador codicioso!

Pericles le dirigió una mirada plagada de dudas, como si quisiera cerciorarse de que realmente hablaba en serio. Luego hizo la traducción. El hecho de que el capitán abriera cada vez más los ojos y su semblante enrojeciera permitía deducir que el macedonio repetía textualmente lo que Sarah le había encargado traducir. El oficial se volvió bruscamente y, en vez de enfrascarse en una discusión, dio una serie de órdenes con voz ronca a sus subordinados, que estos ejecutaron prestos.

—*Kakó* —gritó Pericles repetidamente—. *Kakó...*

Mientras algunos soldados apuntaban a los prisioneros, los demás se les acercaron para atarlos con gruesas cuerdas. Sarah y Hingis se quejaron a voces y fueron amordazados. Sarah sintió náuseas cuando le pusieron en la boca una astilla podrida y se la anudaron con un pañuelo sucio. Entonces enmudeció y, a

partir de ese momento, lo único que se oyó en el claro del bosque fue el chisporroteo del fuego y las risas jactanciosas del oficial, que contemplaba a la luz de las llamas su nuevo reloj de bolsillo y disfrutaba del brillo del oro.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Recuerdo perfectamente el día en que mi vida iba a tomar un nuevo rumbo.

Después de que lo hubiera acompañado durante unos años en sus viajes de investigación por todo el globo, Gardiner Kincaid decidió que había llegado la hora de que yo recibiera una educación conforme a mi condición social, como él la llamaba, y de que me instruyeran en todas las cosas que se esperaban de una joven de casa buena. La inevitable consecuencia de esa decisión fue que me inscribió en la Escuela Kingsley para señoritas de Londres.

Yo me rebelé en contra desde lo más profundo de mi ser. No quería quedarme en Inglaterra ni aprender cosas que no me serían útiles en una vida como la que imaginaba, que transcurriría en lugares lejanos y remotos. Si el viejo Gardiner me había concedido hasta entonces casi todos mis deseos, aquella vez se mantuvo inflexible, firmemente convencido de que actuaba por mi bien.

Las palabras que pronunció vuelven a resonar en mis oídos ante los recientes sucesos: «Sarah —dijo— algún día comprenderás que a veces es mejor someterse que rebelarse. Una rama que se empeña en oponerse al viento se romperá. En cambio, la hierba flexible resistirá la tormenta más intensa».

A veces desearía haber hecho caso más a menudo de ese consejo...

Los soldados no se habían tomado la molestia de plantar su propio campamento y utilizaban el de la expedición. En tanto que el capitán y su sargento se refugiaban en las tiendas donde antes se albergaban Sarah y Hingis, los prisioneros tuvieron que pasar la noche al aire libre como los soldados rasos. Sin embargo, en tanto que estos últimos tenían al menos mantas de lana para protegerse del frío de la

noche, los prisioneros pronto empezaron a sentirse helados, y el único medio para combatir el frío consistió en arrimarse como solían hacer los rebaños en las noches de niebla en el lejano Yorkshire.

Puesto que la mordaza le impedía hablar, Friedrich Hingis se disculpó con una mirada avergonzada al pegarse más a Sarah. La joven le indicó con un movimiento de cabeza que no le diera más vueltas. Probablemente, ninguno de ellos sobreviviría la noche que se avecinaba si no renunciaban a alguna que otra formalidad...

Solo dos soldados vigilaban el campamento. Los demás estaban sentados junto al fuego, jugando a los dados y zampándose el guiso de Alexis. Sarah fue dándose cuenta paulatinamente de por qué los habían apresado. Seguramente en ningún momento se había tratado de arrestarlos por espionaje, sino de encontrar una excusa para incautarles los bienes y las provisiones.

Qué glorioso, pensó con acritud mientras notaba que la humedad del suelo le subía por debajo de la ropa y se le metía en los huesos.

A la luz trémula del fuego, se examinó por enésima vez las muñecas atadas. Intentó aflojar las cuerdas retorciendo las palmas de las manos: en vano. Al menos en ese aspecto, los soldados conocían su oficio.

¿Qué ocurriría?

Probablemente los encerrarían en la prisión de la fortaleza de Ioánnina. Sarah ya había disfrutado de las bendiciones de las mazmorras otomanas en Alejandría y no sentía ningún deseo de repetir la experiencia. Posiblemente accederían en algún momento a su exigencia de extender un escrito a la embajada británica de Constantinopla y, al cabo de un tiempo, quizá incluso se mostrarían dispuestos a liberarla a ella y a sus acompañantes. Sin embargo, una cosa era más que segura...

Kamal ya no seguiría con vida...

La desesperación se apoderó de Sarah y le anegó los ojos de lágrimas. Pero su tristeza no se debía solo a Kamal, sino también a los que la acompañaban en aquella expedición. Estaba harta de que la gente sufriera por su culpa y maldijo a la condesa y a aquella hermandad criminal que la habían vuelto a obligar a asumir aquel papel. Pero ni su desesperación ni su rabia desvalida podían cambiar el hecho de que eran prisioneros y tenían las manos atadas, esto último, en el sentido literal de la expresión.

Imaginó a Kamal inmóvil en su litera y recordó la promesa que le había hecho. Tal como estaban las cosas, no podría cumplirla. Quizá su destino era defraudar y herir a aquellos a quienes amaba.

Sarah estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que alguien se había acercado a ella. No fue hasta después que vio las botas sucias y el uniforme oscuro y, al levantar la vista, el rostro barbudo de un sargento turco.

El suboficial dijo unas palabras después de plantarse desparrancado delante

de ella. Incluso sin la traducción de Pericles, Sarah percibió que estaban cargadas de burla y de indecencia.

Se quedó sin saber qué había dicho exactamente aquel tipo, pero la reacción de sus subordinados, que, sentados junto al fuego, contestaron a aquellas palabras con groseras risotadas, fue más que elocuente. Sarah intentó ignorar al sargento, pero este no pensaba conformarse con eso.

De buenas a primeras, desenvainó su sable. El acero brilló con el resplandor del fuego y, al cabo de un instante, Sarah tenía la hoja afilada en la garganta. A su lado, Hingis dejó oír un «Mmmmm» de protesta. Teniendo en cuenta las ataduras y la mordaza, no estaba en condiciones de hacer más.

Sin siquiera parpadear, Sarah miró al suboficial a la cara. ¿Qué tenía que perder? ¿Qué no le habían quitado todavía? Casi ansió que el sargento le asestara un golpe y pusiera fin a sus penas. Pero no era eso lo que se proponía. Por lo visto, se divertía más tocándole la cara y los cabellos con el acero y, finalmente, para disfrute y alegría de sus hombres, cortándole uno a uno los cierres del abrigo.

Los ojos de Sarah echaban chispas glaciales. Si sus miradas hubieran podido matar, el sargento habría caído muerto. Sin embargo, continuó impasible con su jueguito perverso. Giró hábilmente el sable y le arrancó los botones del escote de la blusa. Quedaron a la vista su piel blanca y el nacimiento de sus pechos, lo cual arrancó un jadeo lascivo a los soldados.

Sarah temblaba interiormente de ira, pero no podía apartarse ni levantarse. Y ni soñar con defenderse, ni siquiera podía insultar a su verdugo. Estaba a merced de los caprichos de aquel hombre uniformado.

El sargento era muy consciente de ello. Los ojos le brillaban y tenía una sonrisa repugnante en los labios mientras se disponía a proseguir su obra. De pronto, alguien apareció a sus espaldas y le tocó el hombro. Se volvió con una pregunta a punto de ser formulada en los labios y se encontró frente a su capitán que, contra lo que era de esperar, no estaba durmiendo y había salido de su tienda.

El intercambio de palabras entre ambos fue breve y conciso. Un instante después, la mano derecha enguantada del oficial fue a parar al rostro del subordinado y le partió las narices. En el rostro del capitán se reflejaba pesar cuando miró a Sarah. No se dignó a echar siquiera un vistazo a su paisano, que se retorció en el suelo.

Iba a darse la vuelta para regresar a su tienda, pero se quedó quieto como si lo hubiera fulminado un rayo.

Se tambaleó un instante y luego, para espanto de Sarah, se desplomó delante de ella. En su pecho descollaba el mango de un cuchillo.

Durante un instante que pareció eterno, en el claro del bosque reinó un silencio absoluto. Luego, todo sucedió al mismo tiempo.

Tan pronto como los soldados comprendieron lo que le había ocurrido a su capitán, se pusieron en pie a toda prisa y dieron la voz de alarma. Hubo disparos y algunos hombres fueron abatidos. Un soldado recibió un disparo, tropezó con el fuego del campamento y rodó por el suelo, cual antorcha viviente, con todo el cuerpo en llamas y lanzando terribles alaridos.

Los soldados empuñaron las armas y comenzaron a disparar sin mucho tino hacia la espesura, donde creían que aún estaba el enemigo invisible. El sargento, que se había levantado del suelo a duras penas y con el sable en la mano, intentó poner orden con gritos roncros, pero enmudeció súbitamente, y Sarah vio el horrible agujero que se le abría en la frente y del que brotaba un hilillo de sangre que empezaba a correr por su rostro siniestro. El hombre se desplomó con una expresión de incredulidad en el semblante y la mirada vacía dirigida hacia Sarah. El arma con la que la había vejado momentos antes fue a parar al suelo, a menos de un metro de distancia de la joven. Y Sarah comprendió que aquello podía ser su salvación.

Mientras a su alrededor gritaban y disparaban a diestro y siniestro, mientras el plomo letal colmaba el aire y se expandía un olor penetrante a pólvora, Sarah intentó alcanzar el sable sin dueño. Aunque tenía las articulaciones entumecidas por el frío y le dolían todos los músculos del cuerpo, se estiró tanto como pudo y logró tocar el puño del arma.

Mientras intentaba acercarse el sable, se oyó un griterío ensordecedor. La espesura que rodeaba el claro del bosque se abrió y aparecieron varios hombres vestidos con túnicas y que llevaban pañuelos sobre el rostro para ocultar su identidad. Iban armados con sables de mameluco, puñales y pistolas antiguas con los que se abalanzaban contra los soldados.

A Sarah le daba igual si eran kleftes griegos o vulgares salteadores. A pesar de la sangrienta refriega que se había desencadenado en el claro, intentó volver a concentrarse en el sable y, finalmente, consiguió asir la empuñadura y acercarse el arma. Sin perder tiempo cortó las cuerdas de Pericles, que le había tendido las muñecas. Luego todo fue muy rápido. El macedonio se quitó también las cuerdas de los pies y la mordaza, y liberó a Sarah, que luego se ocupó de Hingis y Alexis, mientras Pericles desataba a los muleros. En el caos que había estallado, nadie le hizo caso: los turcos tenían otros problemas.

Sarah vio que uno de ellos, un muchacho muy joven y casi imberbe, se desplomaba con la garganta rebanada. Otro atravesó con la bayoneta a uno de los atacantes antes de que un sablazo lo hiciera caer de espaldas bañado en sangre. Al lado, otro turco fue abatido de un disparo; otro emprendió la huida y fue alcanzado por un cuchillo que le habían lanzado. Los encapuchados atacaban a los soldados con un odio encarnizado y saltaba a la vista que no pensaban dejar a ninguno con vida.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Pericles, y Sarah y los demás pusieron

rápidamente los pies en polvorosa.

Alexis y dos de los muleros corrieron directamente hacia la perdición. Presas del pánico, escogieron la dirección de donde habían salido los primeros disparos y donde, por lo visto, aún acechaban los tiradores enemigos. Pericles lanzó un grito a sus hombres para avisarlos, pero fue en vano. Viéndolos a contraluz a causa del fuego, los tomaron por turcos que huían. Sonaron unos disparos y los tres hombres se derrumbaron. Mientras que para los valacos toda ayuda llegaría tarde, el cocinero se retorció en el suelo profiriendo terribles alaridos.

Sarah quiso acudir en su ayuda, pero Pericles la detuvo.

—*Hayir!* —musitó—. ¡Huya!

—Pero Alexis...

—Yo me ocupo —aseguró el guía, y apremiada por Hingis, Sarah echó a correr hacia unos matorrales cercanos.

El resto de los muleros también emprendieron la huida y salieron corriendo entre gritos mientras la carnicería proseguía en el claro del bosque.

Sarah corrió tan deprisa como le permitieron las piernas, entumecidas por el frío. Dando grandes zancadas, avanzó a través del bosque oyendo crujir la hojarasca debajo de sus pies mientras corría y corría sin parar. Soltó un grito ahogado al tropezar con una raíz y caer de bruces, pero enseguida se levantó como pudo y continuó corriendo. Estremecida por el miedo y el horror, quería poner la máxima distancia posible entre ella y el escenario de la matanza.

El fragor de la lucha y los gritos de los heridos quedaron atrás y, finalmente, no pudo oír nada más que su propia respiración entrecortada con la que exhalaba un vaho blanco. Entonces se dio cuenta de que los pulmones le ardían por culpa del aire frío y se permitió un descanso.

Era difícil decir cuánto había corrido, quizá quinientos metros, quizá más. Estaba en medio de un bosque, en el que no era del todo oscuro porque la pálida luz de la luna se filtraba entre las copas de los árboles que ya habían perdido algunas hojas. El murmullo del río ya no se oía. La respiración de Sarah se calmó y regresó el silencio. Y en ese momento fue consciente de que estaba sola.

—¿Friedrich...?

Solo se atrevió a susurrar por miedo a llamar la atención de algún tirador o de algún turco huido. No obtuvo respuesta.

—¿Friedrich? ¿Está ahí? —repitió, intentándolo de nuevo, con el mismo resultado desalentador.

Sarah estaba en libertad, pero había perdido el contacto con sus compañeros. A pesar de las perlas de sudor que se le habían formado en la frente, empezó a sentirse helada.

¿Qué podía hacer?

¿Regresar y buscar a Hingis, y lanzarse así probablemente en brazos del

enemigo? En la oscuridad no había posibilidad alguna de encontrar el rastro de los demás. Aunque le costara, lo más sensato era quedarse allí y esperar hasta que los otros la encontraran o se hiciera de día.

Ciñéndose bien la pelliza por los hombros, se acurrucó al pie de un gran castaño y se tapó con hojarasca para protegerse del frío.

Se quedó allí sentada.

Y esperó.

Esperó.

Esperó...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Estoy sola.

Desde nuestra dramática huida después de haber sido apresados por los soldados turcos, he perdido el contacto con Friedrich y los demás. Regresar a buscarlos sería absurdo con esta oscuridad y sumamente peligroso, por eso he decidido quedarme aquí.

Tapada con hojarasca, bien acurrucada y, aun así, helada, paso la noche más larga de mi vida. El diario que llevo conmigo es mi único consuelo y mi único compañero, aunque mis manos entumecidas por el frío apenas pueden sostener el carboncillo. A él le confío mis miedos y mis apuros mientras ansío que llegue la mañana y empiece un nuevo día para iniciar la búsqueda de mis compañeros...

GARGANTAS DEL AQUERONTE, 5 DE NOVIEMBRE DE 1884

Volvía a oírse el murmullo del río a su izquierda, lo cual significaba que estaba de nuevo cerca del claro donde la expedición había montado el campamento.

Sarah se había puesto en marcha con las primeras luces del día, después de quitarse de encima las capas de hojarasca con que se había tapado. Estaba helada y le temblaba todo el cuerpo, pero había sobrevivido tanto al cautiverio y al asalto como al frío de la noche.

Un trecho más allá, el bosque parecía aclararse. Sarah notó que se le aceleraba el pulso y aminoró la marcha. ¿Con qué se encontraría? ¿Seguirían con vida sus compañeros? ¿Habrían regresado también al campamento?

Eso esperaba...

Las hojas secas crujieron bajo sus pies mientras recorría los últimos pasos que la separaban del claro. Unos instantes después se encontraba en el descampado que ella y sus compañeros habían escogido la noche anterior para

acampar y que ofrecía una imagen de terror.

El fuego había alcanzado una de las tiendas y la había calcinado; las demás estaban rajadas y ondeaban en el viento frío de la mañana. El trébede que había estado sobre la lumbré se había tumbado y el perol con el guiso se había desparramado al lado. Por todas partes había esparcidos restos de las cajas donde se guardaban las cosas de la expedición; los tubos de ensayo y los frascos de sustancias químicas estaban hechos añicos. Los salteadores se habían llevado lo que les había parecido útil, y el resto lo habían dejado atrás o lo habían destrozado. Sarah divisó en el barro, lleno de pisadas de botas, uno de sus corpiños: una visión esperpéntica. De los libros y mapas que había llevado consigo, solo quedaban retazos que el viento arrastraba por el claro.

Las pérdidas materiales y la ignorancia de los salteadores enojaron a Sarah, pero los cuerpos sin vida que yacían esparcidos por el campamento, algunos terriblemente mutilados, la estremecieron y le revolviéron el estómago vacío.

La mayoría de los cadáveres pertenecían a soldados turcos, a los que habían masacrado sin dejar a ninguno. Les habían robado las armas y también parte de la ropa y las botas, de modo que algunos estaban medio desnudos. Además, los salteadores habían cometido auténticas barbaridades con algunos cortándoles las orejas o los dedos a modo de espeluznantes trofeos. Sarah vio al sargento. Estaba tendido de espaldas sobre la hierba y, en vez de ojos, tenía dos cuencas vacías en la cara. Aunque Sarah no tenía ningún motivo para sentir compasión por quien la había martirizado, la repugnancia la convulsionó. Supuso que los enmascarados que habían hecho aquello eran guerrilleros griegos. De lo contrario, no se explicaba un odio tan desmesurado, que no se arredraba ni a la hora de profanar cadáveres.

La joven caminó tambaleándose como si estuviera en trance por el barro, que en muchos puntos estaba teñido de rojo oscuro. También había algunos kleftes entre los muertos y, a los pies de un olmo sin hojas, descubrió el cuerpo sin vida de Alexis. El cocinero tenía los ojos cerrados como si durmiera, pero la túnica empapada de sangre lo desmentía.

Sarah se acercó a él con lágrimas en los ojos.

—Yo no quería que ocurriera esto —murmuró—, yo no quería...

Un crujido en el bosque cercano le hizo aguzar el oído.

Sobresaltada, se irguió y escuchó atentamente. No oyó ningún ruido más, pero no le apetecía volver a caer prisionera. Mirando con recelo a su alrededor, se deslizó hacia los matorrales mientras, por instinto, se llevaba la mano a la pistolera.

Evidentemente, allí no encontró nada, puesto que los turcos le habían quitado tanto el revólver como el cuchillo Bowie, que ahora probablemente se encontraban en posesión de los guerrilleros.

Sarah retrocedió paso a paso con cautela. Entonces, alguien la agarró de

repente por detrás. El grito que iba a lanzar se ahogó en la mano ruda que le tapó la boca y Sarah hizo lo único que se le ocurrió: lanzó los codos hacia atrás con todas sus energías, y realmente le dio a algo. Se oyó un gemido y la presión de la mano que le tapaba la boca aflojó. Entonces aprovechó para tomar impulso y dio una patada hacia atrás con todas sus fuerzas. Se oyó un golpe sordo, ruido de ramas rompiéndose y el crujido de la hojarasca, acompañados por un tremendo quejido. Sarah se dio la vuelta y, estupefacta, vio a Pericles tendido en el suelo, apretándose el abdomen con las manos y retorciéndose de dolor.

—¡Ay, por Dios!

Se agachó y ayudó al guía a ponerse en pie. A Pericles le costó mantenerse erguido y no recobró el aliento hasta pasados unos momentos y después de que Sarah le hubiera expresado una decena de veces lo mucho que lo sentía.

—Perdona —repitió la joven una vez más—, no quería hacerlo.

—Sé —replicó el guía haciendo rechinar los dientes—. Culpa mía... Solo quería que no grita... Echarán de menos soldados... Pronto vendrán más... Desaparecemos...

—Comprendo —dijo Sarah señalando hacia el claro—. ¿Han sido kleftes?

—¿Quién sabe? —dijo Pericles encogiéndose de hombros—. Guerra tiene muchos hijos. Yo ya dicho antes que nunca entre dos frentes, o *thánatos*...

Sarah recordó esas palabras de Pericles y comprendió a qué se refería. Un conflicto como aquel era comparable a una lucha contra la Hidra, el monstruo de cien cabezas, al que le crecían dos por cada una que le cortaban: cuanto más brutalmente intentaban reprimir los turcos las ansias de independencia de las provincias griegas, más enconada era la resistencia. Y cuantos más éxitos cosechaba la resistencia, más desmesurados eran sus objetivos. La consecuencia era una cruel escalada del conflicto, la barbarie por ambas partes...

—¿Dónde está Hingis? —preguntó.

Pericles se encogió de hombros.

—Quizá muerto, quizá vivo. No sé.

Sarah asintió consternada mientras pensaba qué había que hacer. ¿Emprender la búsqueda de su compañero? Probablemente yacía herido en algún sitio y necesitaba ayuda. Por otro lado, con ello perdería aún más tiempo... Un tiempo precioso que Kamal no tenía...

—Nos separaremos —decidió—. Tú buscarás a Hingis y a los muleros, y yo seguiré río abajo.

—*Ochi* —rehusó Pericles categóricamente y meneando la cabeza.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque muleros seguro en montañas y su amigo quizá muerto. Usted viva y yo ocupo que siga así.

—Eres muy amable —afirmó Sarah—, pero sé cuidarme...

—*Arketá!* —resolló el macedonio, y aquello sonó tan definitivo que Sarah no

se atrevió a replicar.

De todos modos, las cosas no habían ido como había planeado. La expedición estaba arruinada, tres de sus subordinados habían encontrado la muerte y cabía cuestionarse que Hingis siguiera con vida. Quizá sería mejor hacer caso a Pericles...

—De acuerdo —dijo—. Pero tan pronto como descubramos lo que queremos, volverás a buscar a Hingis.

—*Endáxei* —replicó encogiéndose de hombros—. Cogemos lo que podemos usar. Luego vamos deprisa.

Sarah asintió y regresaron juntos al lugar del terror. Ni rastro de los caballos ni de las mulas: eran lo que más les interesaba conseguir los salteadores. Entre lo que había quedado, apenas había algo que fuera de utilidad. Aun así, la joven encontró una brújula, unas cuantas hojas de papel en blanco y carboncillos, así como algunas cajas de cerillas que, contra viento y marea, se habían conservado secas. Todos los mapas y los libros que se encontraban en su equipaje eran inservibles y tampoco habían dejado provisiones. Tendrían que aprovisionarse en alguna de las aldeas ribereñas del Aqueronte.

Cuando iban salir del claro, Sarah recordó algo y volvió atrás. No muy lejos de donde los habían atado, encontró el cadáver del capitán. Le habían arrancado el cuchillo del pecho, donde ahora se abría una herida sangrienta. Sarah se arrodilló y registró los bolsillos del abrigo de su uniforme, que estaba empapado en sangre. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Suspirando aliviada, sacó la cadena de oro de la que colgaba el reloj de bolsillo de Gardiner Kincaid.

Cuando, esbozando una sonrisa torva, se disponía a guardar aquel objeto heredado y marcharse, se fijó en que el reloj se había parado justo a la hora en que habían asaltado el campamento. El entendimiento le dijo que el reloj seguramente se había estropeado al golpear contra el suelo. Pero a su corazón le pareció que el reloj se negaba a seguir ofreciéndole sus servicios. Recordó que el capitán le había robado, pero luego la había protegido de las impertinencias del sargento. Tomando una decisión repentina, separó el cronómetro de la cadena, que quizá podría serle útil como objeto de intercambio, y volvió a meter el reloj en el bolsillo del oficial.

—Gracias —murmuró.

Luego se levantó y fue tras Pericles atravesando la espesa maleza y siguiendo el murmullo del río.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Seguimos el curso del Aqueronte. Al otro lado de los profundos despeñaderos que se abren a los pies del Tomaros, el río se ensancha y se dirige hacia terrenos más apacibles y hacia el sector que recibe el nombre de «fuentes del Aqueronte». Si bien, según la leyenda, allí no hay ninguna entrada a los infiernos, el agua que mana procede de afluentes subterráneos del Hades y tiene una composición peculiar.

Qué no daría por disponer todavía de mi laboratorio en miniatura: ¡con su ayuda podría comprobar fácilmente el contenido de verdad que entrañan esas afirmaciones! Sin embargo, puesto que me han despojado de tal posibilidad, no nos queda más remedio que seguir el curso el río y mantener los ojos bien abiertos con todo lo que nos llame en cierto modo la atención. Avanzamos en dirección suroeste y nos acercamos a la llanura que se extiende hasta el mar y donde está situada la laguna Aquerusia...

6 DE NOVIEMBRE

A falta de caballos, hemos hecho de la capa un sayo y le hemos comprado un bote a un pescador que vive en la ribera del río: una barca vieja y carcomida que seguramente no está en condiciones de llevar a su tripulación a alta mar, pero que a nosotros nos rinde un servicio eficaz.

Llevados por la corriente, avanzamos muy deprisa. Ya puedo ver en la lejanía, entre las copas rojizas y anaranjadas de los árboles, la superficie brillante y azul de la laguna, a la que llegaremos antes de que caiga la noche. En su extremo oeste se encuentra el pueblo de Mesopotamos, cerca del cual se supone que se hallan las ruinas de la antigua ciudad de Éfira. Nuestro objetivo es buscar y encontrar el oráculo de los muertos, que quizá nos dará las respuestas que hemos buscado en vano hasta ahora...

LAGUNA AQUERUSIA, 7 DE NOVIEMBRE DE 1884

Al alba, la quilla de la barca llegó a la orilla oeste de la laguna y tocó fondo entre crujidos.

Sarah y Pericles habían subido a la embarcación con las primeras luces del día y habían cruzado la gran superficie de agua que se extendía en medio de la llanura y parecía un gran espejo reluciente. El tono gris de las nubes y el azul gélido del cielo se reflejaban en la laguna, rodeados por el color marrón salpicado de rojo de los árboles y el blanco lejano de las montañas. Sobre el agua se levantaba la bruma, que avanzaba formando retazos de un blanco lechoso y caía sobre la orilla como un manto lúgubre. Además, reinaba un silencio fantasmagórico; ni siquiera se oía el gorjeo de los pájaros. Sarah pensó que así había imaginado siempre la entrada del Hades...

Recordaba muy bien las historias que su padre le había contado cuando aún era una niña: leyendas de grandes héroes que se habían enfrentado a los horrores de los infiernos para liberar a sus amadas o pedir consejo a las sombras del más allá. Sarah era incapaz de explicar por qué esas historias siempre la habían fascinado tanto. Había algo en ellas que la cautivaba misteriosamente.

Un campo de ruinas, inabarcable con la vista y cubierto de hierbas y maleza, se extendía un buen trecho tierra adentro: los restos de una población antigua. Pocas piedras se mantenían en su sitio; allá se alzaban los miserables escombros de unos muros antaño orgullosos, aquí despuntaba una torre cuadrada con robustas almenas que había sido remozada en la Edad Media y probablemente había servido de atalaya. Aparte de eso, de aquella población antaño admirable solo quedaban sillares y fragmentos de columnas desmoronados y entremezclados.

«Así pues, estas son las ruinas de Éfira», pensó Sarah.

Había leído que en la época clásica la ciudad estaba justo en la orilla. La creciente desecación había provocado que la laguna fuera cada vez más y más pequeña. Probablemente, algún día ni siquiera existiría. Éfira no se contaba entre las ciudades Estado grandes e importantes de la antigua Grecia. Lo que la había dado a conocer a todo el mundo helénico era el oráculo de la muerte, que supuestamente había sido construido por un arquitecto llamado Fidipos, artífice también de la ciudad. Asimismo, se afirmaba que este era descendiente del gran Heracles, el héroe que según la mitología había sido envenenado con agua del Aqueronte.

Esas aparentes casualidades habían despertado el interés de Sarah y la habían llevado a tomar la decisión de buscar en el mundo real lo que otros consideraban una simple leyenda...

—¿Está segura que este lugar?—preguntó Pericles poco convencido.

Habían dejado la barca en la orilla y subían por la colina a cuyos pies había estado situada la antigua población. La voz del guía se oyó extraña y sorda en la niebla; se notaba que aquel lugar no le agradaba.

—Creo que sí —asintió Sarah. Pero si prefieres dar la vuelta...

—*Ochi* —dijo meneando la cabeza y agarró con fuerza la cuerda que habían comprado con el bote y que llevaba sobre los hombros—. Yo quedo.

—Como quieras —aceptó Sarah.

—¿Dónde está antes oráculo de muertos?

—No lo sé.

—¿No sabe?

El guía se detuvo, atónito.

—No —contestó Sarah meneando la cabeza—. Nunca se han realizado excavaciones por aquí.

—¡Entonces no sabe dónde usted busca! —Hizo un gesto con la mano que abarcó la inmensa zona cubierta de hierbas, un auténtico laberinto de piedras caídas y disgregadas—. Busca durará siempre.

—No creo —replicó Sarah.

—Pero si no pistas...

—Hay pistas, pero no proceden de los investigadores de nuestra época, sino de los geógrafos clásicos, desde las obras de Eratóstenes, de Hiparco o de Posidonio, de Claudio Ptolomeo o de Marino de Tiro, hasta la *Geographica* de Estrabón.

—¿Todos esos libros leído? —preguntó Pericles con asombro.

—Muy pocos, la mayoría no se han conservado.

—*Giati?* —preguntó el macedonio—. ¿Por qué?

—Porque algunos poderes han hecho todo lo posible por impedir que aquel saber perdurara en el tiempo.

—Entonces ¿cómo sabe?

—Gracias a traducciones y resúmenes —explicó Sarah mientras proseguía la ascensión—. Estuve investigando en Praga y encontré manuscritos medievales que contenían fragmentos de esas obras y también datos sobre Éfira. No daban mucho de sí, pero hallé algunas pistas.

—¿Cuáles?

—Por un lado, averigüé que la entrada del oráculo de la muerte estaba antiguamente en una isla situada a unos quinientos metros al este de la ciudad.

—¿Una isla? —Pericles la miró plagado de dudas—. ¿Y por qué vamos en tierra?

—Porque en aquella época la laguna era mucho más grande que ahora —contestó simplemente Sarah—. Lo que antes fue una isla, actualmente es una colina.

—Comprendo —asintió el macedonio—. Pero muchas colinas...

—Por otro lado —prosiguió Sarah—, hay que saber que, en sus inicios, el cristianismo se apropió con frecuencia de antiguas costumbres paganas, adoptando las fechas de las fiestas o construyendo iglesias en los antiguos lugares de culto.

—¿Y? —preguntó el guía.

—Mira —dijo Sarah señalando la cima de la colina que estaban a punto de coronar.

Pericles lanzó un leve silbido al ver los restos de una iglesia construida en estilo bizantino.

—¿Quiere decir...? —preguntó con los ojos abiertos como platos debido al asombro.

—Exacto —se limitó a contestar Sarah mientras se acercaba a la iglesia.

El atrio, que miraba al oeste como era habitual en los templos bizantinos, se había hundido, pero el presbiterio de cúpula octogonal parecía haberse conservado en gran parte. Los muros en ruinas que lo circundaban permitían deducir que aquella iglesia había sido anteriormente el *katholikon* de un monasterio que se habría edificado en aquel lugar hacía mil años o incluso más.

Sarah ya se había fijado durante la ascensión en la característica cúpula. Le había parecido raro que los monjes se hubieran instalado precisamente allí y por eso había dirigido sus pasos hacia aquel lugar. Si sus suposiciones eran correctas o no, aún estaba por demostrar.

Le hizo una señal a Pericles indicándole que se quedara mientras ella entraba en el nártex^[7] desmoronado y lo cruzaba. Era un milagro que la iglesia aún tuviera puertas, aunque estuvieran resquebrajadas y medio podridas y colgaran torcidas en los goznes. Sarah empujó una y consiguió entreabrir la lo suficiente para poder deslizarse por ella. Un instante después, se encontró en el interior crepuscular de la iglesia, que todavía imponía respeto después de tanto tiempo.

Dentro de aquellos muros consagrados reinaba un silencio absoluto. El sanctasanctórum había sido trasladado hacia muchos años a otro lugar y las velas se habían apagado mucho tiempo atrás. Los frescos de las altas paredes y del techo, sostenido por cuatro columnas, estaban destrozados en gran parte y apenas podía reconocerse nada en ellos. La iglesia solo estaba iluminada por la luz mortecina que caía a través de las ventanas redondas y atravesaba la penumbra en diagonal. Con todo, la dignidad y la majestuosidad de aquel sitio deslumbraron a Sarah. En un gesto de respeto, se santiguó y tuvo de repente la sensación de que no estaba sola.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz quebradiza a sus espaldas.

La joven se dio la vuelta, espantada.

En el presbiterio semicircular había un hombre en el que o bien no se había fijado antes o bien acababa de entrar sin hacer ruido. Llevaba un hábito marrón de monje, anudado a las caderas con una cuerda. Tenía los cabellos tan canos

como la barba, que le llegaba hasta el pecho. La mirada de sus ojos era extrañamente turbia y lechosa.

—Disculpe, padre, no quería molestar —contestó Sarah.

—¿Quién eres, hija? —preguntó el viejo monje sin desviar la mirada. Al parecer, hacía mucho que había perdido la vista.

—Me llamo Sarah Kincaid.

—Tú no eres de por aquí...

—No, padre —admitió Sarah—. Vengo de muy lejos...

—¿A qué has venido?

—Busco algo, padre. Un vestigio de tiempos pasados: el oráculo de los muertos.

El anciano se estremeció.

—¿Por qué motivo? —preguntó con voz ajada.

—Para salvar una vida —contestó la joven.

—Entonces, ¿eres tú de quien habla la profecía?

Sarah no supo cómo reaccionar a la pregunta. Recordó que el rabino de Praga le había dicho algo similar, pero jamás se le habría ocurrido darse tanta importancia como para creer que ella desempeñaba algún papel en antiguos vaticinios...

—No lo sé, padre —respondió entonces evasivamente.

—Hum —murmuró el anciano, que volvió la cabeza y dio la impresión de que la miraba profundamente desde sus ojos blanquecinos—. ¿Qué buscas exactamente, hija mía? ¿Qué es lo que más ansías?

Sarah no tuvo que pensarlo mucho.

—El perdón, padre —respondió.

—Y encontrarás el perdón —replicó el monje señalando hacia el altar de piedra. Su rostro demacrado y surcado por profundas arrugas se iluminó con una sonrisa y de repente pareció tener algo familiar.

—¿Maestro Amón...? —Sarah pronunció un pensamiento que había acudido de manera espontánea a la mente.

Justo en aquel momento, la puerta de entrada crujió a sus espaldas. Se volvió y vio a Pericles, que la había seguido para comprobar que todo iba bien. Cuando la joven se volvió de nuevo, el monje había desaparecido.

—¿Padre?

Lo buscó por todas partes con la mirada y accedió al ábside, despojado de cancel seguramente desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, no quedaba ni rastro del monje.

—Padre, ¿dónde está...?

—¿Todo bien? —preguntó Pericles, que se le había acercado con cara de preocupado.

—Por supuesto —aseguró Sarah—. Es solo que estaba hablando con un

monje y ...

Se interrumpió al ver que en la mirada de Pericles asomaba aún mayor confusión. ¿Podía ser que la aparición del monje hubiera sido fruto de su imaginación? ¿Que en realidad le hubiera hablado una voz interior? Por mucho que pensara en ello, era incapaz de decir en qué idioma había hablado con el anciano. Simplemente, lo había entendido...

No le agradó la idea, pero decidió llegar al fondo del asunto. Recordó que el anciano había señalado el altar y le pidió a Pericles que la ayudara. Juntos pusieron manos a la obra, ¡y consiguieron empujar el bloque de piedra!

El altar se movió palmo a palmo rechinando y dejó libre la entrada a un pozo que bajaba en vertical y donde imperaba la más absoluta negrura.

Mientras Pericles retrocedía por cautela, en el rostro de Sarah se dibujaba una sonrisa de satisfacción. Estaba segura de que había hallado lo que buscaba.

La entrada al oráculo...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

El inesperado encuentro con el monje me ha dejado una sensación extraña. Si el anciano solo ha existido en mi imaginación, ¿cómo pudo señalarme el camino? ¿Cómo pudo enseñarme algo que yo desconocía? Esas cuestiones me preocupan, pero no tengo tiempo para dedicarme a ellas. Porque he llegado al destino del viaje y enseguida se decidirá si he perseguido un sueño o el elixir de la vida existe realmente.

El miedo amenaza con apoderarse de mí cuando miro hacia el oscuro abismo, pero mi amor por Kamal me mantiene entera y me permitirá enfrentarme valerosamente a lo que pueda aguardarme en las profundidades...

—¿Baja ahí sola?

Pericles no disimuló que aquel pozo le daba miedo. En cambio, Sarah hizo todo lo posible por ocultar lo que realmente sentía.

—Efectivamente —confirmó mientras comenzaba a fabricarse una improvisada antorcha con una rama de dos codos de largo, la manga que se arrancó de la blusa y un poco de aceite que recuperó de una vieja lámpara hecha añicos.

—¿Y gente vienen de verdad a hablar con muertos? —continuó preguntando Pericles.

—No lo sé —reconoció la joven.

—Pero cree.

—Creo que ahí abajo hay *algo* —puntualizó Sarah—. Y voy a averiguar de qué se trata.

—Mujer valiente, lady Kincaid —la alabó el macedonio.

—¿Valiente? —Sarah enarcó las cejas—. Creí que era extraña.

—Perdón que yo dicho eso.

—Ya está olvidado. Y ahora ponte en marcha.

—¿Seguro que queda aquí?

—Seguro —confirmó—. Ve a buscar a Hingis, pero no tomes riesgos innecesarios. Si averiguas que lo han apresado, regresas y me informas. Pero no intentes liberarlo por tu cuenta, ¿entendido?

—¿Y qué podrá usted?

—Conozco a personas muy influyentes —contestó Sarah.

—¿Amigos?

Sarah meneó la cabeza.

—No, para nada.

—¿Y si señor... muerto?

Sarah no dudó con la respuesta.

—Entiéralo —contestó con firmeza— y señala el lugar.

—De acuerdo —asintió el macedonio—. Usted promete tiene cuidado.

—*Endáxei* —dijo Sarah forzando una sonrisa—. Ningún salario del mundo podrá resarcirte de lo que ha ocurrido, pero si regresamos sanos y salvos a Salónica, te pagaré tres veces la suma que acordamos.

—*Endáxei*. —Pericles sonrió satisfecho—. Mujer mía contenta.

—Lo que ella quiere es que regreses con vida, ¿me oyes? —insistió Sarah.

—Usted también, lady Kincaid. ¿No mejor que yo quede...?

—No.

Sarah meneó la cabeza. De manera inexplicable, cada vez tenía más claro que debía recorrer el camino sola. O encontraba lo que buscaba y regresaba con un remedio para Kamal o el tenebroso Hades la engulliría y no la liberaría nunca más. El castigo le pareció razonable porque, como antaño Prometeo, ella también había jugado con el fuego de los dioses sin pensar en las consecuencias...

—Entonces tiene cuidado —comentó Pericles—. Eso —dijo señalando el pozo—, no hay que tomar a ligera.

—Lo sé —replicó simplemente Sarah—. Adiós, Pericles.

—*Hosca kalin*, lady Kincaid.

En un gesto espontáneo, en absoluto adecuado a sus distintas posiciones sociales, pero probablemente sí a la situación, se dieron un abrazo. Al separarse, Sarah creyó ver un brillo húmedo en los ojos del guía. Estaba claro que Pericles no contaba con que volvieran a verse con vida.

La joven volvió a despedirse de él con un movimiento de cabeza, cogió la improvisada antorcha y se dirigió al pozo, en cuyo muro había peldaños labrados a intervalos regulares en la roca. Solo vaciló un momento. Luego, la oscuridad la engulló.

Pericles esperó hasta que la luz de la antorcha se desvaneció y se dispuso a irse. Se resistía a dejar sola a la inglesa, a la que había aprendido a respetar y a

estimar a pesar de sus recelos. Pero las instrucciones eran claras y el salario que le había prometido si encontraba a Friedrich Hingis no era baladí. Así pues, ¿qué podía hacer?

Dio media vuelta suspirando, salió de la vieja iglesia y volvió hacia la laguna, en cuya orilla se encontraba la barca. El viento acariciaba la cima de la colina, hacía murmurar a los árboles cercanos y arrastraba hojas secas sobre las ruinas. Dio rienda suelta a sus pensamientos y le pasó de todo por la cabeza. Pensó sobre todo en Hanna, su mujer, y en sus hijos, que lo esperaban en casa. Se dijo que quizá ya iba siendo hora de buscar un trabajo menos peligroso y que no lo obligara a alejarse tanto de su hogar.

Llegó hasta la barca y la empujó desde la orilla. La embarcación se deslizó tambaleándose al alcanzar la laguna y Pericles subió. Remó con fuerza para surcar las aguas mansas, de vuelta hacia la desembocadura del río.

El pozo no era muy hondo. Acababa al cabo de pocos metros y se transformaba en un pasadizo que descendía a través de muchos escalones, hundiéndose cada vez más en el interior de la colina. Las paredes de la galería eran de obra y en algunos puntos mostraban caracteres griegos que alguien había grabado. Sarah comprendió que nadie había utilizado aquel pasadizo desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y automáticamente se preguntó qué habrían encontrado quienes lo habían recorrido antes que ella.

Como ella, aquellas personas también habían ido en busca de respuestas; igual que ella, no se habían asustado por acercarse a los límites e incluso superarlos; y, como ella, no se habían arredrado por tratar con las sombras del más allá.

Quienes buscaban el consejo de los muertos en la Antigüedad, llevaban ofrendas en vasijas de barro: principalmente leche, vino, agua o sangre de animales que se habían sacrificado antes de que empezara la ceremonia. Sarah se había fijado en que todas esas ofrendas eran líquidas: ¿casualidad?

En la Antigüedad, los que buscaban consejo solían prepararse para su visita a Éfira con largos días de ayuno y, naturalmente, sus relatos sobre sus encuentros en el más allá podían considerarse alucinaciones provocadas por la falta de alimentación, como hacían muchos eruditos. Sin embargo, Sarah sospechaba que había algo más.

Mucho más...

La escalera iba a parar a una cámara en la que desembocaba otra galería: el recinto del templo donde antiguamente eran conducidos los que buscaban consejo. En el centro había una pila de piedra en la que Sarah supuso que se vertían las ofrendas. Los muros de la cámara eran de mampostería.

Avanzó con la antorcha en la mano y dio golpes sistemáticos en la pared tal como el viejo Gardiner le había enseñado. Sin embargo, no encontró ningún

indicio de que hubiera un escondrijo o una entrada secreta en ella. «¿Esto es todo?», se preguntó Sarah angustiada. Tras el oráculo de Éfira, ¿realmente no existía más que aquella sala subterránea? ¿Había buscado y había mantenido la esperanza para nada? ¿No guardaba ningún secreto que hubiera que descifrar?

Cada vez más desesperada, pensó si quizá no debería haber llevado una ofrenda, igual que hacían en la Antigüedad...

Haciendo caso de una intuición, se sacó la cantimplora del cinto, la abrió y vertió el contenido en la pila de los sacrificios, que estaba plagada de grietas. Como era de esperar, el agua se escurrió al momento, pero no cayó debajo de la pila. Al contrario, se oyó un ligero murmullo que sugería que el agua chorreaba por debajo de la taza de piedra hasta una profundidad insospechada...

Sarah no vaciló un momento. Con una piedra que arrancó de la pared, golpeó la pila. Las grietas se agrandaron y la pieza se partió en dos con un fuerte chasquido. Las dos mitades se desprendieron hacia los lados y dejaron ver otro pozo que descendía en vertical hacia las profundidades.

Sarah tuvo que reprimir un grito triunfal. ¡Seguro que aquello era la verdadera entrada a los infiernos!

Se metió sin vacilar en el pozo, que también disponía de peldaños labrados en la pared, y comenzó el descenso. Calculó que aquel pozo era unas dos veces más profundo que el primero. Desembocaba en un pasadizo que bajaba en diagonal. La mano del hombre había colaborado solo en parte en arrancarlo de la roca; básicamente parecía de origen natural.

Sujetando la antorcha con cuidado para que la luz no la cegara, Sarah recorrió la galería, que solo en algunos puntos era lo bastante alta para caminar de pie. Incluso agachada debía tener cuidado para no chocar con la cabeza contra las numerosas irregularidades del techo.

Al entrar en aquella construcción subterránea, Sarah se había desorientado y no sabía qué dirección seguía la galería. Se metió la mano en el bolsillo, sacó la brújula que había recogido en el campamento y esperó a que la aguja se estabilizara. Si el indicador era fiable y la roca circundante no contenía vetas de hierro, la galería conducía hacia el norte, lo cual significaba que pasaba por debajo de la laguna que se nutría del Aqueronte. Sarah no sabía si aquello significaba algo, pero ardía en deseos de averiguar el misterio que en aquellos momentos estaba más cerca de ella que nunca.

Continuó adentrándose en la galería, que describía una ligera curva hacia la izquierda y cuyo final seguía sin verse a la luz trémula de la antorcha. Prosiguió valerosa la marcha hasta que, de repente, oyó un ruido. Sarah no alcanzó a distinguir de qué se trataba, pero sonaba a chirridos y rozaduras, acompañados por ligeros chasquidos.

Siguió avanzando con cautela y de pronto tuvo la sensación de que las paredes de la galería se movían. La luz de la antorcha alumbró algo tornasolado que

pululaba por allí a miles y no solo cubría las paredes, sino también el techo y el suelo.

Eran bichos de unos cinco centímetros de largo, que se movían sobre ocho patas, tenían unas pinzas de aspecto amenazador y una cola encorvada en cuyo extremo destacaba un peligroso aguijón.

Escorpiones.

No unos cuantos, sino cientos.

Sarah reprimió el asco que la embargó. Cuanto más se acercaba, más claramente podía ver los pequeños cuerpos de coraza negra que se arrastraban a diestro y siniestro y parecían salir de una hendidura que había en la roca y las escupía a centenares. No paraban de caer bichos del techo, que luego se disolvían en el nutrido ejército que pululaba por el suelo y volvían a trepar por las paredes a modo extravagante telón que subía y bajaba sin cesar: un cortinaje macabro...

Pericles avanzaba lentamente a causa de la corriente. Cerca del lugar donde el Aqueronte confluía en la laguna, puso rumbo hacia la orilla y saltó a tierra. Escondió el bote debajo de unas ramas que colgaban bajas, subió por el terraplén y se dirigió hacia el noroeste a través del bosque. Si seguía el curso del río, regresaría a la zona donde se había perdido el rastro del suizo.

Estaba pensando de nuevo en su casa cuando los chillidos y el aleteo de algunos pájaros lo arrancaron súbitamente de sus pensamientos. Pericles se detuvo en seco y vio que los animales levantaban el vuelo nerviosos por encima de los árboles. Algo los había espantado...

El macedonio permaneció inmóvil y aguzó el oído un momento. Al no oír ningún ruido sospechoso, continuó avanzando lentamente y mirando atento a su alrededor.

De repente, una rotura de ramas por encima de él, un gruñido y una sombra fugaz. Pericles se volvió rápidamente y se vio frente a un personaje con uniforme azul que lo apuntaba con un fusil. Con una maldición en los labios, el macedonio se dispuso a dar media vuelta para huir, pero no consumó el movimiento porque de pronto salieron más hombres uniformados de la espesura, que lo amenazaban con sus armas cargadas y hacían que cualquier tentativa de huida fuera absurda. Levantó las manos para indicar que no ofrecería resistencia.

La maleza volvió a abrirse y apareció un hombre alto vestido con el uniforme lleno de adornos de un coronel turco. Con el ceño fruncido, examinó a Pericles de la cabeza a los pies.

—¿Dónde está? —preguntó en mal turco.

—¿Quién? —preguntó a su vez Pericles.

—Sarah Kincaid —contestó el oficial, y el macedonio supo que nunca más volvería a ver a su esposa y a sus hijos.

Sarah se preguntó estremecida si también había habido escorpiones allí en la época clásica.

Probablemente los habían llevado para espantar a cualquiera que se hubiera adentrado en la galería sin mucho entusiasmo. La joven tenía muy claro que debía superar aquella barrera si quería descubrir el misterio y se consoló pensando en las botas resistentes y en la pelliza de piel de equino con que iba equipada. No quiso ni imaginarse lo que aquello había significado para los habitantes de la antigua Grecia, que raras veces llevaban algo más que una túnica y sandalias. Por el momento, procuró no pensar en el veneno de los escorpiones.

Intentó apartar los escorpiones sosteniendo la antorcha muy cerca del suelo, pero los bichos ni se inmutaron. Así pues, no le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón, encoger la cabeza entre los hombros y correr.

Le costó horrores. Se obligó a pensar en Kamal y en los errores que había cometido y que no quería repetir de ningún modo, y echó a correr.

Fue terrible.

Durante unos instantes no vio más que bichos arrastrándose y oyó cómo algunos acababan aplastados por las suelas de sus botas. Un escorpión cayó del techo y fue a parar al cuello de su pelliza; Sarah lo agarró con un rápido movimiento de mano y lo arrojó lejos.

Un instante después, todo había pasado.

Estremecida por el miedo y el asco, Sarah corrió unos pasos más mientras daba manotazos a su alrededor. Se descubrió dos escorpiones en la pernera derecha, se los sacudió y los pisó. Cuando estuvo segura de que no tenía más bichos encima, se tranquilizó y su respiración entrecortada volvió a normalizarse.

Echando una última ojeada a aquella barrera, que Sarah se vio obligada a reconocer que había sido más mental que física, siguió su camino a través de la galería. Mientras se preguntaba con temor qué sería lo próximo que la esperaba, sus pies toparon con un obstáculo. Se detuvo y sujetó la antorcha de modo que iluminara el suelo.

Sarah tuvo que controlarse para no proferir un grito. Ya había visto restos mortales humanos en muchas ocasiones, pero aquellos presentaban un estado terrorífico. El esqueleto, que Sarah identificó como el de un hombre por el tamaño y la corpulencia, se había conservado entero y yacía boca abajo en el suelo, con la cabeza mirando hacia la salida: teniendo en cuenta la postura de las extremidades, se habría podido conjeturar que aquel hombre había intentado salir de la galería arrastrándose a gatas. ¿Qué le habría ocurrido? Sarah pensó que tal vez se había herido. O tal vez había encontrado al final de la galería algo que...

Un sonido sordo le llegó de repente desde la oscuridad incierta que reinaba más allá de la luz de la antorcha.

Sonaba como los gruñidos de los chuchos que rondaban por el barrio londinense de East End y que, hambrientos como estaban, incluso atacaban a la gente: mendigos, borrachos o niños, a los que consideraban presas fáciles. Un instante después, Sarah creyó ver realmente un par de ojos amarillentos y brillantes en la oscuridad.

¿Era posible? ¡Pues claro que no! Solo podía ser una ilusión óptica, un reflejo de la luz de la antorcha, un...

¡Los ojos se movían!

Oscilaban a un lado y a otro, se abrían como platos por un momento y, al momento siguiente, se entornaban hasta casi cerrarse. Súbitamente se les añadió otro par de ojos, acompañado por un nuevo gruñido hostil y, luego, ¡un tercero!

Sarah ralentizó el paso. La visión de aquellos ojos brillantes y los sonidos amenazadores desataron en ella el miedo y, aunque no estaba dispuesta a dejarse vencer por el temor, no pudo evitar que la impresionaran. Fuera lo que fuera lo que la acechaba en la galería, parecía realmente tener vida...

Se oyó un bufido y le llegó un olor penetrante a azufre, que despertaba horribles asociaciones. Se apoderó de ella un miedo irracional, al que no cabía enfrentarse con argumentos, y Sarah vio con horror que los pares de ojos que no paraban de escudriñarla no eran de tamaño normal, ¡sino enormes!

Sarah siguió caminando como si estuviera en trance y se obligó a avanzar. La galería se ampliaba y se transformaba en una cueva de cuyo techo colgaban numerosas estalactitas, cual puntas de lanza funestas. Y justo debajo se agazapaba la criatura más terrorífica y peligrosa con la que jamás en la vida se había topado.

Un cuerpo enorme y cubierto de pelaje negro, apoyado sobre cuatro patas gruesas como pilares y con una cola de escamas negra que restallaba de un lado a otro. El pescuezo, fuerte como una columna, se dividía en el medio y sostenía no una cabeza, sino tres: unos cráneos de aspecto espeluznante, cubiertos por un pelaje oscuro y del diámetro de una rueda de carro. De sus hocicos salía un hálito sulfuroso, enseñaban los dientes y sus ojos amarillos miraban fijamente con un odio desmedido e insondable.

Aunque Sarah jamás se había topado con una criatura como aquella, sabía perfectamente a que se enfrentaba.

Era la bestia que vigilaba la entrada del Hades.

Cerbero...

—¿Dónde está?

Una vez y otra la misma pregunta, que resonaba como un eco en la mente de Pericles, pero él continuaba negándose con todas sus fuerzas a contestar.

—No... sé —replicó con voz ronca mientras el olor acre a carne quemada le subía por la nariz.

Su carne...

Habían clavado cuatro estacas en el suelo, donde le habían atado los pies y las manos. Al principio se habían contentado con torturarlo a patadas y puñetazos, y había oído cómo sus costillas se rompían una tras otra con los brutales golpes, pero no había rebelado nada.

Luego le habían arrancado la camisa y habían empezado a cortarle la piel con un cuchillo y a echarle sal en las heridas abiertas. Y aunque el dolor había sido terrible y casi lo había vuelto loco, había continuado sin romper su silencio. A continuación, los torturadores habían cambiado de método y le habían enseñado lo que era el auténtico martirio...

—Te lo preguntaré por última vez. —El macedonio oyó planear sobre él como un mal augurio la voz del coronel, y mantuvo los ojos cerrados para no tener que ver las malvadas sonrisas que se dibujaban en los rostros de sus verdugos—. ¿Dónde está Sarah Kincaid?

—No... lo... sé —repitió por enésima vez, y tuvo la sensación de que estallaba de dolor cuando el acero al rojo vivo volvió a devorarle una vez más la piel del rostro. El macedonio lanzó un alarido y el horror desmesurado que sintió lo obligó a abrir los ojos.

—No dejes que pruebe con tu vista —le insistió el coronel—. ¿O quieres saber qué se siente cuando el acero candente penetra en el ojo? ¿Cómo lentamente...?

—No —murmuró Pericles de manera casi inaudible.

—¿Qué has dicho?

—No —repitió el macedonio, esta vez en voz más alta, seguido de un nuevo alarido cuando el acero candente le hirió la oreja derecha.

—Entonces contesta de una vez a mi pregunta —exigió el coronel sin compasión, y Pericles rompió su silencio.

Cerbero le lanzaba aullidos ensordecedores desde sus múltiples fauces.

Sarah estaba paralizada de terror, el miedo más oscuro le había invadido el alma. Quieta y con los ojos muy abiertos, miraba a aquella criatura gigantesca cuyo aliento sulfuroso casi la privaba de los sentidos. El can exhalaba vaho por la nariz, tenía espuma en el hocico y enseñaba sus dientes amarillos.

—No —fue lo único que consiguió decir la joven—. No, por favor...

Su ruego no se dirigía tanto a la bestia como a la realidad, a las verdades a las que hasta entonces se había aferrado Sarah y que afirmaban que no podía existir una criatura como aquella. Sin embargo, tenía delante a Cerbero, que era como lo había descrito Friedrich Hingis, ¡y tan real como ella misma!

Las terroríficas cabezas oscilaban a un lado y a otro delante de ella, mientras los ojos amarillos seguían mirándola fijamente. Algo en su interior la impulsaba a apartarse y emprender la huida, pero no estaba en condiciones ni siquiera de eso: lo que veía era demasiado aterrador y fascinante a un tiempo. Cerbero, un monstruo de la mitología, existía en verdad, aunque solo fuera allí, en aquella cueva antiquísima...

Esa idea le llamó la atención, pues planteaba algunas preguntas: ¿Cómo había conseguido aquella criatura sobrevivir durante tanto tiempo? ¿De qué se había alimentado a lo largo de los milenios? Bien tendría que haber salido de su escondrijo subterráneo para buscar presas. ¿Cómo era posible que el mundo no supiera nada de ella?

En la mente de Sarah comenzaron a germinar las dudas, que instantáneamente se condensaron en los ojos de la criatura, en los que ya no ardían el odio ciego y la sed de sangre. El brillo de maldad parecía haberse apagado y, como si la razón fuera un arma que la bestia temía, ¡el can retrocedió!

Sarah levantó la antorcha, que había mantenido inmóvil en la mano, y la ondeó, pero el monstruo no reaccionó. Con cada nueva duda, con cada nueva reflexión que a Sarah se le ocurría y que la acercaba un paso hacia la conclusión de que una criatura como aquella contravenía todas las leyes de la naturaleza y del Cielo y, por lo tanto, no podía existir, Cerbero parecía perder tamaño y fuerza.

—Me tienes miedo —afirmó con una mezcla de alivio y desconcierto mientras observaba cómo el monstruo se volvía traslúcido delante de sus ojos y empezaba a desvanecerse. Y Sarah comprendió finalmente.

Por mucho terror que pudiera inspirar, Cerbero era simplemente una aparición, una alucinación provocada por los propios miedos. Por eso la criatura tenía el aspecto que Hingis le había descrito: ¡porque se alimentaba de sus recuerdos!

—Desaparece —gritó Sarah—. No existes, o sea que haz el favor de esfumarte, ¿me oyes...?

La aparición le hizo el favor.

Cerbero intentó luchar contra su destino una vez más y se levantó sobre sus patas traseras enseñando los dientes como si pensara abalanzarse de inmediato sobre Sarah. Pero, puesto que la joven no cedió al miedo y se aferró al raciocinio, la visión se desvaneció y se esfumó ante sus ojos. Atrás solo quedó el hedor del azufre y Sarah comprendió que Cerbero no era el origen del penetrante olor que se condensaba en unos vapores amarillentos. Más bien ocurría al revés...

Entonces notó que le dolían las sienes. Estaba mareada y sentía debilidad en las piernas: síntomas incontestables de envenenamiento. Cogió a toda prisa el pañuelo que llevaba atado al cuello, lo humedeció con los últimos restos de agua de la cantimplora y se lo frotó varias veces en la boca y la nariz con la esperanza de poder filtrar un poco el aire. Todavía no había averiguado el secreto de la cueva subterránea.

Tenía que continuar.

A cualquier precio...

Con la antorcha en la mano, retomó el camino que la conducía hacia el fondo de la bóveda subterránea. Del techo colgaban enormes estalactitas que se debían de haber formado a lo largo de milenios. En el suelo de piedra, a menudo crecían estalagmitas que se habían unido con aquellas en algunos puntos y habían formado columnas del grosor de un árbol que parecían soportar el techo de la cueva. La roca era de color amarillento, verde y violeta: minerales que contenía la piedra y habían sido erosionados por el agua que se filtraba.

A pesar de taparse la cara con el pañuelo, Sarah empezó a notar los efectos de los vapores. La invadía un profundo cansancio y le costaba concentrarse. No obstante, siguió avanzando a duras penas, tambaleándose de columna en columna y apoyándose en ellas. Finalmente, cuando ya no contaba con ello y empezaba a sucumbir a una indiferencia letal, ¡llegó al destino de su viaje!

Desde que partió de Londres, Sarah no se había hecho una imagen clara de lo que realmente buscaba. Un remedio para Kamal, un agua milagrosa, un elixir de la vida, todas esas denominaciones eran acertadas. Sin embargo, no sabía en qué tenía que fijarse exactamente. Siempre había albergado la esperanza de que la sorprendería una chispa de lucidez en el instante en que llegara al objetivo de su búsqueda, y ese momento había llegado.

Con una exclamación de sorpresa, Sarah salió del laberinto de estalactitas y estalagmitas y se encontró a orillas de un lago subterráneo. La luz de la antorcha solo alumbraba unos pocos metros en el aire preñado de vapores, con lo cual no se podían avistar las dimensiones del lago. No obstante, el origen de los vapores tóxicos estaba claro, lo cual permitía deducir que se trataba de fuentes termales.

Los minerales que contenía el agua y que le prestaban una consistencia turbia, casi lechosa, parecían proceder de las estalactitas que saturaban el techo de la cueva.

Mientras se le nublaban cada vez más los sentidos, Sarah pensó que todo guardaba relación. El agua del Aqueronte nutría la laguna de Aquerusia, cuyas aguas se filtraban a través de varias capas de roca y formaban una cantidad impresionante de estalactitas en las profundidades. Por un capricho de la naturaleza (¿o se escondía algo más detrás?), estas se encontraban sobre una fuente termal que absorbía los minerales y originaba lo que antiguamente llamaban *hydor biou*, el agua de la vida. Un cúmulo de circunstancias únicas que solo se daban allí.

—Solo aquí —susurró Sarah haciéndose eco de sus pensamientos—, la fuente de la vida...

Con una disciplina de hierro, se obligó a mantenerse en pie. Sus movimientos se tornaban cada vez más vagos e imprecisos, debía apresurarse. Empleando toda la capacidad de concentración que le quedaba, consiguió sacar la cantimplora que llevaba en el cinto y desenroscar el tapón. Con la antorcha en una mano y la cantimplora en la otra, Sarah se tambaleó hasta la orilla y se arrodilló torpemente. Luego estiró la mano y sumergió la cantimplora. El agua estaba caliente, pero no quemaba; la temperatura era agradable. Sarah observó con la mirada perdida cómo aparecían las burbujas y la cantimplora se llenaba.

—*Vraiment*, no pensaba que volvería a verte tan pronto, *chérie*...

Espantada, la joven contuvo el aliento y levantó la vista: ya no estaba sola. A su lado había aparecido una figura sin volumen, tan solo con contorno, una sombra viviente sin rostro. Sin embargo, Sarah había reconocido su voz...

—Vete —masculló mientras sacaba la cantimplora del agua e intentaba cerrarla con mano temblorosa—. No eres real...

—*Au contraire, ma chère!* Soy tan real como se puede ser... Tú, en cambio, pronto dejarás de existir, *n'est ce pas?*

—¿Por qué dices eso, Maurice?

—*Pourquoi pas?* Porque es verdad. Te has acercado demasiadas veces a la frontera entre la vida y la muerte y has echado una mirada al otro lado... Ahora la cruzarás.

—¡Pero no debo morir! Kamal necesita mi ayuda...

—¿Kamal? —La sombra de Du Gard se echó a reír—. ¿Aún no lo has comprendido? Tu príncipe del desierto ya no te necesita. Ha encontrado otros brazos donde consolarse. Otro corazón que lo conforta...

La silueta señaló hacia el lago, donde empezó a formarse una imagen.

—Kamal —murmuró Sarah al ver a su amado tendido inmóvil sobre una litera.

Un instante después apareció otra figura que se inclinó sobre él y lo besó en la

frente y en los ojos, igual que siempre hacía ella. Acto seguido, aquel personaje levantó la vista y miró directamente a Sarah mientras una sonrisa malvada se dibujaba en su semblante pálido... Y Sarah reconoció con un grito de espanto a la condesa de Czerny...

—¡No! —rugió, y la imagen se desvaneció. En cambio, la sombra continuaba a su lado.

—Si eres sincera contigo misma, admitirás que siempre has sabido que eso ocurriría —dijo la sombra, aunque con otra voz, en la que Sarah reconoció para mayor espanto la de Gardiner Kincaid—. Sois demasiado parecidas para no sentir lo mismo por Kamal.

—Padre —dijo la joven intentando levantarse, pero las piernas le fallaron y sintió un malestar que superaba con creces lo que había soportado hasta entonces.

—¿Soy yo tu padre? —replicó el viejo Gardiner—. ¿O no lo soy? Las palabras de Lay don te hacen dudar, ¿no es cierto?

—S... sí —respondió Sarah entre arcadas.

—Vuelves a engañarte. No albergas esa duda en tu corazón desde hace poco, sino desde mucho tiempo atrás. Su origen está allí donde tus recuerdos no alcanzan, Sarah. En aquel periodo de tu vida que permanece tras el velo del olvido...

—La... época oscura —balbuceó Sarah, y vomitó.

El frugal desayuno que había tomado, consistente en bayas silvestres que Pericles había recolectado para ella, salió por su boca mientras el estómago se le contraía una y otra vez. Apoyada sobre los codos, se doblaba en el suelo en medio del vómito.

Se obligó con todas sus fuerzas a levantar la vista, pero la sombra del viejo Gardiner, que había abandonado el reino de los muertos para hablar con ella, había desaparecido. A cambio, Sarah tuvo otra visión y, por primera vez en la vida, le dio la impresión de que el velo negro del olvido que se había extendido sobre su pasado se levantaba.

En los sueños que la habían perseguido desde la muerte del viejo Gardiner, había oído voces sordas y había percibido imágenes borrosas y olores imprecisos. Sin embargo, en aquel momento los vapores que se extendían sobre el lago adoptaron forma y color, y Sarah vio con los ojos enrojecidos los muros de una vieja fortaleza que destacaba sobre las montañas en un lugar remoto. Un canto suave y un olor exótico llenaron el aire y, de repente, como si quien hablaba estuviera delante de ella, Sarah oyó una voz.

—Eres tú —le susurró.

Entonces Sarah perdió el sentido.

De un momento a otro se desmayó. La antorcha que había sujetado a duras penas se desplomó hacia delante, cayó en el agua y se apagó con un siseo.

La cueva se hundió en una oscuridad total que pareció devorarlo todo,

incluida la joven inglesa que había partido en busca del agua de la vida como tantos otros antes.

Sarah yacía inmóvil, envuelta en una noche siniestra. No oyó el rumor de los pasos que se acercaban ni vio el brillo amarillento de la antorcha.

No notó nada cuando unas garras toscas la agarraron y se la llevaron sin esfuerzo hacia la salida, y no oyó nada cuando en las profundidades de la colina se produjo una explosión sorda que cerró para siempre el acceso a la fuente de la vida.

Cuando Sarah abrió los ojos se creyó en otro mundo. Pero el semblante de Friedrich Hingis, pálido como la cera, enmarcado en unos cabellos revuelos y que la miraba con incredulidad, desvaneció esa ilusión.

La mirada del erudito suizo estaba cargada de preocupación. Las lentes, que tenían el cristal derecho roto, temblaban sobre su nariz como siempre que estaba nervioso.

—¿Puede oírme, Sarah? —preguntó en voz alta y exageradamente marcada. Las palabras retumbaron en la cabeza de Sarah como los martillazos en un yunque—. ¿Entiende lo que le digo?

—Por... supuesto —contestó la joven con voz ronca.

Le quemaba la garganta y tenía la lengua hinchada, con lo cual le costaba hablar, aunque estaba en condiciones de decir algo.

—¡Está bien! —exclamó Hingis, y en un gesto que solo podía disculparse por la desbordante alegría, se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla—. ¡Está bien...!

Sarah cerró los ojos.

Fue volviendo en sí paulatinamente y los recuerdos regresaron poco a poco a su mente. El oráculo de Éfira..., el pozo hacia las profundidades..., la entrada al otro mundo...

—He... he visto a Cerbero —murmuró, y en el semblante de Hingis volvió a reflejarse la preocupación.

—¿A Cerbero? —preguntó, temiendo que Sarah hubiera perdido el juicio.

—Un espejismo —afirmó la joven, y entonces se le iluminó el rostro—. He encontrado la fuente de la vida...

—Lo sé —aseguró el suizo.

—El agua, ¿dónde...?

—Aquí —la tranquilizó Hingis señalando la cantimplora que estaba junto al camastro—. No se preocupe, todo está en orden.

—Pero... ¿cómo he llegado hasta aquí?

Sarah miró asombrada a su alrededor y vio unas paredes toscas de piedra y un techo sencillo. La puerta y las contraventanas estaban cerradas. Un farol

emitió una luz macilenta.

Lo último que Sarah recordaba era el lago subterráneo. Se acordaba de que se había arrodillado para llenar la cantimplora; luego, sus recuerdos se tornaban imprecisos y vagos. Sabía que, probablemente a consecuencia de los vapores tóxicos que impregnaban el aire, había tenido visiones y había sido incapaz de distinguir lo real de lo irreal. Pero si intentaba evocar detalles, el martilleo aumentaba en su cabeza hasta el punto de interrumpir cualquier razonamiento. Era como si su conciencia se defendiera con todas sus fuerzas para no volver a ver aquellas ilusiones ópticas. Sarah gimió y se tocó las sienes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hingis.

Sarah asintió y el suizo le acercó a los labios una cantimplora con agua fresca.

—Beba —le ordenó—. Tiene que eliminar el veneno de su cuerpo.

Sarah obedeció y, aunque no le apetecía, bebió. Sin embargo, los ánimos parecieron despertar un poco con aquel trago. Seguro que se había desmayado a causa de los vapores y Hingis la había salvado.

—Gracias —susurró.

—De nada —contestó el suizo sonriendo.

De pronto se dio cuenta de que la presencia de Hingis debería sorprenderla tanto como el hecho de seguir viva. Al fin y al cabo, lo habían perdido en la huida y, si era sincera consigo misma, no había albergado muchas esperanzas de volver a verlo con vida.

—Y usted ¿cómo...? Quiero decir...

—Aquella noche, me rozó una bala cuando huíamos —explicó Hingis, señalando una venda improvisada que llevaba en el brazo derecho—. Una bala perdida.

—¿Por qué no dijo nada? —murmuró Sarah—. O gritó al menos...

—Porque quería que usted se pusiera a salvo —contestó simplemente el suizo.

—Muy noble por su parte.

—Tal vez, pero probablemente también bastante estúpido. —En su semblante pálido se dibujó una sonrisa—. Pasé el resto de la noche en la oscuridad de un árbol muerto, donde estuve a punto de morir de frío. Gracias a Dios, pronto recibí ayuda.

—Pericles, ¿verdad? —preguntó Sarah.

—No —dijo Hingis meneando la cabeza, y una sombra se deslizó por su semblante y le borró la sonrisa—. Pericles está muerto.

—¿Qué? —Se sobresaltó Sarah.

—Encontramos su cadáver al regresar del oráculo. Tenía la cara y el cuerpo plagado de quemaduras. Alguien lo torturó atrocemente antes de pegarle un tiro.

Sarah cerró los ojos y evocó mentalmente la imagen del valiente macedonio que la había ayudado tan lealmente. Sarah le había ordenado regresar para no

poner en peligro su vida y, por lo visto, con ello había sellado su destino. Su esposa y sus hijos lo esperarían en vano...

Tenia ganas de llorar, pero no podía. Era como si se le hubieran secado las lágrimas por todas las atrocidades de las que habían sido testigos y las penalidades que habían sufrido. En cambio, la invadió una ira indescriptible.

—¿Quién? —inquirió—. ¿Quién lo ha hecho? ¿Turcos o griegos?

—Turcos —contestó Hingis—. Por eso hemos decidido escondernos en este misero cobijo hasta que caiga la noche. Nos pisan los talones.

Sarah se dio cuenta de que Hingis hablaba en plural.

—¿Hemos?... —preguntó enarcando las cejas.

—No estaba solo —reconoció Hingis con franqueza—. Ni cuando encontré a Pericles ni al salvarla a usted. El mérito de sacarla de aquella gruta sombría y de salvarle la vida le corresponde a otro.

—¿A quién?

—Fui yo.

La respuesta llegó desde el otro lado del farol. Una silueta oscura y robusta se acercó al lecho de Sarah, que de improviso vio el rostro desfigurado por las quemaduras de su misterioso aliado con un solo ojo.

—Está vivo —constató aliviada—. Ha sobrevivido al salto del tren.

—Así es —asintió el ciclope, que tenía que agachar la cabeza para poder estar de pie en la cabaña—. Sin embargo, no es fácil seguirle el rastro, lady Kincaid. Más de una vez pensé que le había perdido la pista. Pero finalmente he llegado hasta usted.

—Gracias —dijo Sarah sonriendo.

—No se precipite en dárme las. No la seguía únicamente para salvarla, sino también para hacer algo que usted no hubiera querido o no hubiera podido hacer.

—¿A qué se refiere?

—Me he encargado de secar para siempre la fuente de la vida, lady Kincaid —contestó el ciclope quedamente—. He volado el pozo.

—¿Qué? —Sarah lo miró aterrorizada—. ¡Pero si acababa de descubrirla! Escondía una gran fuerza, grandes secretos...

—... que el otro bando podía usar en su provecho —añadió Hingis, que parecía aliviado con aquel desenlace—. ¿Recuerda la conversación que tuvimos en el tren?

—Pues claro que la recuerdo —aseguró Sarah—. Pero si destruimos todos los logros del pasado, no seremos mejores que la condesa y sus compinches.

—La Hermandad trata de apoderarse del saber de tiempos antiguos para su propio beneficio —explicó el ciclope—. Nosotros, en cambio, nos encargamos de que no caiga en las manos equivocadas.

—Pero Kamal...

—Hay suficiente para que Kamal se restablezca —aseguró Hingis señalando

la cantimplora que estaba junto al lecho de Sarah—. Nunca quisimos más, ¿o ya lo ha olvidado? ¿Se ha apoderado de usted también la ambición?

Sarah negó con la cabeza.

Sus compañeros tenían razón. Era mejor cerrar para siempre el acceso a la fuente de la vida que arriesgarse a que se convirtiera en un medio de destrucción en manos de la Hermandad...

—Entonces —dijo dirigiéndose de nuevo a su misterioso protector—, me ha salvado la vida por segunda vez. Y ni siquiera sé cómo se llama.

—Polifemo.

—¿Bromea?

—Yo nunca bromeo, lady Kincaid —respondió el cíclope.

Sarah pudo examinar por primera vez detalladamente el rostro del titán. En su semblante creyó vislumbrar cierta tristeza, la mirada de su único ojo revelaba un dolor muy profundo...

—Entonces, Polifemo, le doy las gracias de todo corazón —dijo Sarah quedamente—. Y también le pido perdón por lo que le hice.

—No importa.

—¿Cómo puede decir eso? Yo soy la responsable de esas cicatrices y, en vez de guardarme rencor, me salva varias veces la vida y me protege.

—Es mi misión —se limitó a contestar el cíclope—. Nací para eso.

—¿Para protegerme? —Sarah frunció el ceño.

—A usted y a los suyos —confirmó Polifemo.

—Pero... ¿quién le ha encargado esa misión? —preguntó Sarah con asombro.

—¿De verdad no lo sabe?

—¿Lo preguntaría si lo supiera?

—Lady Kincaid —contestó el cíclope, acercándose más a ella para que solo le hiciera falta susurrar la respuesta—. Fue usted misma.

—¿Yo?

—Así es.

—Pero ¿cómo...? Quiero decir...

Las miradas de Sarah oscilaban confusas entre el cíclope y Friedrich Hingis, que parecía tan sorprendido como ella por aquella revelación. ¿Decía la verdad el titán? Al fin y al cabo le había salvado la vida dos veces, con lo que no había motivo para dudar de sus palabras. Pero, si era como él decía, ¿por qué ella no sabía nada?

Solo existía una respuesta posible.

La época oscura...

—¿Cuántos años tenía entonces? —preguntó Sarah con cautela.

—No muchos —contestó Polifemo, confirmando con ello su suposición—.

Aún era una niña.

—Pero, entonces... ¿Cómo...?

Sarah no sabía qué decir. Millones de preguntas se agolparon en su mente. Toda la vida había intentado descorrer la cortina del olvido y averiguar qué había ocurrido en su pasado. Ahora estaba por primera vez ante alguien que había sido testigo de aquellos primeros años.

Aunque el viejo Gardiner le había hablado de su niñez, ella siempre había tenido la sensación de que le ocultaba algo. Ahora le surgía la oportunidad de obtener respuestas a algunas preguntas que, en su fuero interno, siempre se había hecho, sobre todo la que Mortimer Laydon también le había planteado en Newgate. Incluso arrastrado por la locura, Laydon había sabido que esa era la cuestión que más conmocionaba a Sarah.

La cuestión de su identidad...

—¿De verdad no lo recuerda? —preguntó Polifemo, y en su voz se percibía el desencanto, como si se acabara de frustrar una esperanza que había albergado hasta el final.

—No —admitió Sarah en un susurro.

—Entonces es cierto lo que dicen.

—¿Quién dice qué? —preguntó Sarah—. ¿De quién habla? ¿Qué significa todo esto?

—Descanse un poco más —dijo el ciclope cambiando de tema—. Partiremos tan pronto como se haga de noche. ¿Se siente con fuerzas para proseguir el viaje?

—Por supuesto —aseguró Sarah, que se incorporó en su lecho provisional, que consistía en una manta de lana y un jergón de paja. Silenció a propósito el hecho de que se sentía completamente agotada y que le daba la impresión de que la cabeza le estallaría—. Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué está usted aquí? ¿Qué significa todo esto?

—¿Usted qué cree?

Sarah soltó un resoplido.

—Como si importara algo lo que yo crea o deje de creer...

—Las creencias siempre importan, lady Kincaid. Junto con el amor, forman el poder más fuerte sobre la Tierra. Sus enemigos lo saben y han sacado partido de ese conocimiento. Se ha orquestado una conspiración cuyas raíces se remontan a milenios atrás y, sin quererlo o incluso sin saberlo, usted se ha convertido en el centro de interés.

—¿Yo? —preguntó Sarah, que había dejado de poner en duda las palabras del ciclope. No obtendría respuestas si no estaba dispuesta a darles crédito—. ¿Por qué yo precisamente?

—Porque era la única capaz de encontrar la fuente de la vida y conseguir el elixir.

—Tonterías —descartó Sarah—. Tampoco ha sido tan difícil.

—Porque la intuición le ha señalado el camino —afirmó convencido Polifemo—. Hubo otros que buscaron la fuente de la vida y no la encontraron

nunca porque no tenían sus conocimientos ni su experiencia.

Sarah meditó. ¿Había sabido realmente en su fuero interno dónde se encontraba el pozo oculto? Al menos, eso explicaría la aparición de aquel enigmático monje que le había señalado el camino.

—Pero eso significaría que... que yo y ya había estado en la fuente de la vida —concluyó.

—¿Conoce la historia de Inanna y Tammuz? —preguntó el cíclope.

—No mucho —admitió Sarah—. Sé que eran dioses del panteón sumerio, pero...

—Tammuz era el amante de Inanna —intervino Hingis, a ojos vista más experto que ella en mitología oriental—. Inanna era la diosa de la fertilidad y de la guerra, y Tammuz, dios de la tierra y de la naturaleza, velaba los bosques y los campos. Por motivos que no recuerdo, Inanna emprendió un viaje a los infiernos del que estuvo a punto de no regresar. Tammuz ocupó su lugar para salvarla.

—Cierto —confirmó Polifemo. Mientras Hingis hablaba, había mantenido el ojo cerrado como si pudiera verlo todo mentalmente—. Para salvar a Inanna, Tammuz le dio el agua de la vida y la diosa pudo regresar a su mundo.

—Una bonita historia —afirmó Sarah—. ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Esa historia —contestó el cíclope— es la respuesta a su pregunta. El raciocinio y sus conocimientos le han indicado el camino hacia la fuente de la vida. Pero el último paso, el decisivo, lo han dado por usted sus recuerdos.

—¿Y eso significa...? —preguntó Sarah, aunque intuía que la respuesta la aterraría.

—Hace mucho que lo sabe —dijo el cíclope quedamente, y le dirigió una mirada penetrante desde su único ojo—. Usted es Inanna.

Sarah no tuvo tiempo de alterarse por esa revelación, irracional a más no poder, ni siquiera de sorprenderse, porque, cuando Polifemo acababa de pronunciarla, los acontecimientos se precipitaron.

La tranca carcomida que cerraba la cabaña se partió estrepitosamente y la puerta se abrió con violencia. Irrumpieron varios hombres que llevaban el fez rojo y el uniforme azul de las tropas otomanas y les apuntaron con sus fusiles Remington.

—¡Quietos!

A pesar de la advertencia, Sarah se incorporó, y Polifemo y Hingis se volvieron. El cíclope se llevó la mano a la capa, debajo de la cual guardaba el puñal en forma de hoz, pero desistió al verse encañonado por los fusiles, que parecían ansiosos por escupir su plomo. Lo desarmaron rápidamente, prendieron a sus compañeros y los empujaron fuera de la cabaña, también a Sarah, a la que habían obligado a levantarse y a quien le costó lo suyo mantenerse en pie al dar los primeros pasos.

Fuera hacía un frío atroz. A juzgar por el rumor que se oía, estaban cerca del

rió. Por lo visto, Polifemo había cargado un buen trecho a Sarah mientras estaba inconsciente.

Aún no había caído la noche, pero ya oscurecía. En el cielo se divisaban algunas franjas rojizas y violáceas que amenazaban lluvia inminente. Una espesa arboleda rodeaba la sencilla morada de pastores que había hecho las veces de refugio a Sarah y sus compañeros. Delante se habían apostado dos docenas de soldados turcos, todos a caballo. Su visión descorazonó a la joven. No tenían la menor posibilidad frente a semejante superioridad numérica...

Les ordenaron alinearse delante de la cabaña y Sarah temió que quisieran establecer ejemplo con ellos y los fusilaran aplicando la ley marcial. Sin embargo, los soldados se hicieron entonces a un lado y abrieron paso a su oficial, un coronel otomano que llevaba una casaca azul que no solo mostraba los típicos arabescos, sino que también lucía unas charreteras doradas.

—*Tally-ho!* Por fin hemos dado caza al zorro...

Sarah se quedó pasmada al oír aquella voz, que no hablaba en turco, sino en un inglés sin acento y que le resultaba muy familiar. Llena de incredulidad, levantó la vista y, detrás de la barba postiza y del falso color de aquella tez, reconoció el conocidísimo rostro de...

—Cranston —masculló.

—Muy bien —asintió el médico—. Me ha reconocido a pesar del disfraz.

—El hedor a podrido le ha delatado.

—Qué encantadora —dijo él, sonriendo con ironía.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó Hingis, airado—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué no está cuidando a su paciente en vez de montar estúpidas mascaradas?

—Esta mascarada, como usted la llama, puede significar la diferencia entre un extranjero muerto o vivo en estos tiempos revueltos —respondió Cranston, impertérrito—. Y, por lo que respecta a mi paciente, yo puedo hacer poca cosa. ¿No es cierto, lady Kincaid?

Sarah respiraba entrecortadamente, su pecho subía y bajaba a causa de la ira, pero no contestó.

—Venga, sé que ha encontrado el agua de la vida. De lo contrario, ¿cómo se explica que nosotros hayamos encontrado cerrada la entrada y el pozo cegado?

—No sé de qué me habla —afirmó Sarah.

—No mienta. Sé que ha estado en la vieja iglesia. Me lo ha dicho su valeroso guía.

—¿Pericles? —preguntó Sarah prestando toda su atención.

—Al principio se negó a hablar, pero luego lo hizo a borbotones. Demasiado tarde, por desgracia. No pudo salvarse.

—¡Mentiroso! —se sublevó Sarah—. ¡Usted le pegó un tiro!

—En el estado en que estaba, era lo único que podía hacer por él —explicó Cranston esbozando una cruel sonrisa—. Lamentablemente, su cabezonería duró

demasiado y no hemos llegado a tiempo para evitar que usted cometiera el cobarde atentado.

—Así es la vida —señaló Hingis, impasible—. Donde las dan las toman.

—No exactamente. A la condesa no le hará ninguna gracia que se haya destruido la fuente de la vida. Pero, puesto que tenemos la muestra que recogió lady Kincaid y podemos someterla a un análisis químico...

—Se equivoca —dijo Sarah.

—¿En qué?

—No tenemos ninguna muestra.

—¿Pretende hacerme creer que no ha conseguido el elixir de la vida? ¿Después del largo y peligroso viaje que ha acometido? ¿Después de estar tan cerca de salvar a su querido Kamal?

—No había ningún elixir —afirmó Sarah—, y el derrumbe de la galería fue accidental.

—Una bonita historia —afirmó Cranston—. Y ahora, la verdad: usted bajó al pozo y se aprovisionó de agua de la vida. Después bloqueó la entrada con la ayuda de sus compañeros.

—Imaginaciones tuyas —dijo simplemente Sarah.

—Tal vez sí. Tal vez no.

Ordenó a dos de sus hombres que entraran en la cabaña y la registraran. Poco después regresaron con la cantimplora de Sarah en las manos y, sonriendo burlescos, se la entregaron al médico.

—Mira por dónde —comentó el médico—. ¿Podría ser lo que buscamos?

—No —contestó Sarah sin pestañear—. Es agua de una fuente normal.

—¿Ah, sí? —Cranston sonrió con malicia—. Entonces no le importará que vacíe la cantimplora aquí mismo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a importarme?

Sarah no movió un solo músculo, aunque habría preferido gritar. Estaba ocurriendo lo que había temido durante tanto tiempo: tenía que sopesar distintas vidas.

¿Qué tenía más peso?

¿El bienestar del hombre al que amaba más que a nada y por el que había soportado todo aquello? ¿O el de las personas inocentes que resultarían perjudicadas si la hermandad hacía realidad sus descabellados planes?

Sarah tenía que decidir y se odiaba por ello. No quería perder a Kamal, pero sabía que el orgulloso hijo de tuareg jamás habría querido que compraran su vida con la sangre de otros. Aunque Sarah hubiera podido optar por ello, Kamal no se lo habría perdonado nunca...

La joven vio aturdida cómo Cranston desenroscaba el tapón de la cantimplora y la inclinaba. En cualquier momento se vertería el valioso contenido y se filtraría en el barro... Pero no llegó a hacerlo, porque Polifemo lanzó un grito

ronco.

—¡No! —clamó a voz de grito, y Sarah se sintió aliviada y espantada a partes iguales—. ¡No lo haga!

—Vaya. —Esbozando una amplia sonrisa, Cranston volvió a tapar la cantimplora—. El traidor se ha arrepentido.

—En absoluto —aseguró el ciclope—. Pero el agua aún no ha hecho su efecto. La profecía aún no se ha cumplido.

—Yo no creo en esas paparruchas —aclaró Cranston—. Mi misión consiste en llevar este chisme intacto a la condesa de Czerny, ni más ni menos.

—Eso vulnera el trato —dijo Sarah—. Yo tenía que llevar personalmente el elixir a Salónica.

—El trato ha cambiado —explicó el médico—, y usted tiene la culpa. No debería haber destruido la fuente de la vida.

—Será que eso habría cambiado algo —dijo Hingis con retintín—. Su presencia y este ridículo despliegue son prueba más que suficiente de que no pensaban ceñirse al acuerdo.

—Igual que ustedes —comentó Cranston sonriendo—. Por lo tanto, estamos empatados.

Hizo una señal a uno de sus hombres para que se acercara, le entregó la cantimplora y este la introdujo para protegerla en una aljaba metálica que llevaba colgado al hombro con una correa. Acto seguido, el hombre montó en su silla y espoleó al caballo, que relinchó encabritado y se lanzó al galope haciendo retumbar sus cascos.

—¿Adónde va? —inquirió Sarah, que no veía desaparecer en la oscuridad de la noche tan solo a un jinete, sino también todas sus esperanzas por Kamal.

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió Cranston con aspereza.

Luego, el médico ordenó a sus hombres que maniataran a Sarah y a sus compañeros. Cuando Polifemo empezó a bufar de ira y amenazó con ofrecer resistencia, los soldados levantaron los fusiles con intención de disparar.

—¡No, Polifemo! —lo llamó Sarah.

—Prometí protegerla...

—No me protegerá si se sacrifica. Si quiere ayudarme, siga con vida, ¿entendido?

El ciclope pareció indeciso unos instantes. Luego asintió con un movimiento de cabeza y bajó las manos para permitir que se las ataran.

Los soldados no perdieron tiempo y se prepararon para iniciar la marcha. A Sarah la subieron a un caballo y la ataron a la silla y a los estribos para que no pudiera huir. Hingis y Polifemo tendrían que ir a pie. Dos soldados marcharían detrás de ellos, sujetando las largas cuerdas con que les habían atado las muñecas.

Sarah abogó en vano por sus amigos. Solo consiguió que Cranston se echara a

reír y murmurara algo sobre traición y castigo antes de subirse a la silla y dar la orden de marcha.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

Han vuelto a apresarnos. Sin embargo, esta vez no nos encontramos en poder de los turcos, sino de mi viejo enemigo, al que he subestimado una vez más. Los tentáculos de la Hermandad llegan más lejos de lo que jamás supuse, ni siquiera el ejército otomano puede escapar a su influencia. A los soldados que nos vigilan no parece importarles a quién sirven mientras la paga sea conforme. Y el dinero no parece ser el problema de la Hermandad...

Hemos cabalgado durante toda la noche. Me he dormido más de una vez, y de no ser porque las cuerdas lo han impedido, seguramente me habría caído de la silla. Todavía me duelen las sienes y las náuseas aún no han cesado, pero no me quejo porque, comparado con la suerte que corren mis compañeros, la mía es una ventura benigna.

Durante unas horas, Friedrich Hingis ha caminado estoicamente, luego se ha derrumbado sin fuerzas una primera vez. A pesar de mis protestas, los esbirros de Cranston lo han obligado a avanzar golpeándolo con la hoja de sus sables, hasta que se ha desplomado inconsciente. Cranston lo ha examinado y, para regocijo de sus hombres, ha ordenado que lo pusieran de través sobre uno de los caballos de carga, igual que una alfombra comprada en un bazar.

Polifemo no les ha concedido ese triunfo a sus enemigos. Desplegando una fuerza interior inexplicable, ha soportado con valentía todas las fatigas, incluso cuando el sendero subía trazando curvas empinadas por las estribaciones meridionales del monte Tomaros.

Hemos dejado atrás las montañas y hemos cruzado el valle del Louros, y me pregunto adónde nos conduce el viaje. Al principio pensé que nos entregarían a las autoridades turcas, que probablemente nos condenarían a muerte o al menos a cadena perpetua por la masacre acontecida en el bosque. Sin embargo, nuestros enemigos parecen tener otros planes, porque al despuntar el día el sol ilumina la franja reluciente del río

*Arachthos, que forma la frontera entre el Epiro turco y la Tesalia griega.
Está claro que se proponen sacarnos del país...*

ARACHTHOS, EPIRO, AMANECER DEL 8 DE NOVIEMBRE DE 1884

—Quiero bajar —exigió Sarah cuando la comitiva se detuvo por fin.

—¿Para qué? —preguntó Cranston.

—¿Usted qué cree? —resopló ella.

Se había controlado estoicamente durante toda la cabalgada. Pero ahora la naturaleza reclamaba sus derechos irrevocables.

Cranston se rio suntuosamente. Luego ordenó a dos de sus hombres que hicieran lo que Sarah pedía.

Cuando soltaron las cuerdas con que la habían atado, Sarah estuvo a punto de caer del caballo, pues tenía el cuerpo entumecido y helado, y estaba agotadísima después de tantas horas cabalgando. Se deslizó con cuidado a un lado para bajar de la silla y se vio rodeada por un pelotón de hombres medio desnudos que se cambiaban los uniformes azules otomanos por ropas de civil: pantalones y túnicas de lino suave, capas anchas o jubones de piel de oveja. La mayoría conservaron el indispensable fez o lo envolvieron con ropa clara para convertirlo en un turbante. También conservaron las armas. Mientras no hablaran, cualquiera podría tomarlos por un grupo de guerrilleros griegos, lo cual, en opinión de Sarah, ilustra una vez más la absurdidad de aquel conflicto.

Cranston, que se había quitado la barba postiza y se había borrado el color de la tez, se ocupó personalmente de alejarla un trecho de los demás empuñando un revólver.

—¿Tanto me teme? —preguntó Sarah burlándose abiertamente.

—Nada de miedo, querida. Pero me han avisado de que le gusta dar sorpresas. Y, después de lo que he visto, no puedo sino confirmarlo.

Sarah se detuvo en un pequeño claro que estaba rodeado de espesos matorrales.

—Dese la vuelta —exigió.

—Soy médico, querida. No tiene nada que no haya visto antes.

Sarah lo fulminó con la mirada. No obstante, al ver que Cranston no daba muestras de comportarse como un caballero, se dio la vuelta ella e hizo lo que la naturaleza le exigía. Notar la mirada de Cranston en la nuca y oír sus risitas maliciosas fue humillante.

—¿Recuerda el juramento que le hice? —preguntó la joven después de volver a vestirse.

—Por supuesto: que me pediría cuentas si a Kamal le ocurría algo malo.

—Erróneo. —Sarah meneó la cabeza—. Se las pediré de todos modos. Es

usted un cerdo y un vulgar asesino, y pagará por ello.

—¿Otro juramento? —preguntó el médico, en absoluto impresionado.

—Llámele promesa —dijo Sarah, lo dejó allí plantado y volvió a la zona de descanso sin darse la vuelta en ningún momento.

La transformación de los hombres se había completado entretanto. A un orden de Cranston, montaron a caballo. Condujeron a los prisioneros terraplén abajo a través del bosque y llegaron a un pedregal que flanqueaba el cauce de río en ambas riberas y que había formado un vado.

Los primeros ya hacían avanzar a sus caballos por el agua helada, en la que los animales se hundieron hasta el abdomen. Sin embargo, el fondo del río no era tan profundo más adelante y llegaron sin esfuerzo al otro lado. Un soldado tras otro cruzaron el vado y también la montura negra de Sarah fue conducida por las riendas hasta el río. La joven estaba de nuevo atada a la silla y a los estribos, con lo cual se habría ahogado miserablemente si el caballo se caía o el agua lo arrastraba, pero renunció a protestar. Solo habría conseguido que Cranston y sus esbirros se rieran de ella.

Sarah notó el agua fría que le entró en las botas y le subió por las perneras, y sintió la presión de la corriente en las pantorrillas. El semental echó la cabeza atrás con nerviosismo y, puesto que la joven no podía guiarlo con las riendas ni tranquilizarlo con caricias, le habló en voz baja e intentó gobernarlo lo mejor posible haciendo presión con los muslos. Un trecho a su derecha, los soldados obligaron a Polifemo a entrar en el río. El ciclope descollaba como una estatua en medio de las aguas de color turquesa, resistiendo la corriente.

El caballo de Sarah llegó por fin a la otra orilla y la joven volvió la cabeza para buscar a Hingis con la mirada. Descubrió a su amigo en medio del río, todavía inconsciente y colgando de través sobre la grupa del caballo de carga. Los soldados que tiraban del animal se encargaron de que Hingis sumergiera la cabeza y los pies en el agua helada. El suizo se despertó al instante y lanzó un alarido ronco y pateó como un loco, y recibió por respuesta las estentóreas carcajadas que soltaron los hombres a ambas orillas.

—¿Queréis parar de una vez, brutos? —Sarah salió en defensa de su amigo, que continuaba agitándose torpemente.

Los soldados se limitaron a reír aún más fuerte, y todavía se carcajearon más cuando Hingis resbaló del caballo y se precipitó de cabeza al agua. La corriente lo arrastró y lo alejó de allí.

—¡Auxilio! —rugió el suizo con todas sus fuerzas—. ¡Me ahogo...! —Las últimas sílabas no se oyeron a causa del terrible gorgoteo que produjo al hundirse.

—¡Cranston! —gritó enfurecida Sarah—. ¿A qué espera? ¡Haga el favor de sacarlo de una vez, no sabe nadar!

—Mala suerte —contestó Cranston indiferente mientras Hingis seguía siendo

arrastrado por la corriente entre gimoteos, alaridos de pavor y agitando los brazos torpemente.

Sarah intentó en vano deshacer los nudos de las ataduras con que la habían maniatado. El resultado fue que las cuerdas le constriñeron aún más las muñecas.

—Haga algo, maldita sea —exigió furiosa—. Se va a ahogar...

—Eso parece —confirmó Cranston sonriendo burlón.

El médico esperó todavía unos segundos, durante los cuales les llegaban los gritos y los gorgoteos de Friedrich Hingis. Luego ordenó a sus hombres que cogieran una cuerda y sacaran del agua al quejumbroso erudito.

Sarah respiró hondo y se dispuso a gritarle a Hingis que la ayuda estaba en camino, pero no consiguió ver a su compañero por ningún lado. Unos segundos antes, aún se divisaba claramente su cabellera mojada, pero ahora había desaparecido. Y peor aún: los gritos de Hingis habían emudecido súbitamente.

—No —murmuró Sarah suplicante, y obligó al caballo a girarse ejerciendo presión con los muslos. Sin embargo, mirara donde mirara, no descubrió ni rastro de Friedrich Hingis. Sarah buscó en vano burbujas o cualquier otra señal de vida. La conclusión que se imponía era tan simple como tremenda: la corriente había arrastrado a Hingis y se lo había tragado.

Se había ahogado...

—Montad —ordenó Cranston—. ¡Reemprendemos la marcha!

—¿Quiere reemprender la marcha? —preguntó Sarah—. ¿No piensa buscarlo?

—¿Para qué? —Cranston se encogió de hombros—. Si hasta ahora no ha conseguido salir a la superficie es que está muerto. Y no voy a pescar su cadáver en el río para luego sepultarlo en la tierra. No tenemos tiempo para esas tonterías.

—¿Tonterías? —preguntó Sarah—. ¿Llama tontería a enterrar a una persona que usted ha empujado a la muerte?

—Cuando se quiere llegar a ser algo, hay que establecer prioridades, lady Kincaid. La condesa de Czerny nos espera lo antes posible.

—Y usted hace todo lo que ella dice, ¿verdad? —masculló enfurecida Sarah, que intentaba disimular su consternación y su pena por Friedrich Hingis con un arranque de ira—. Como un buen perrito faldero.

—En absoluto —negó el médico meneando la cabeza—. Pero he comprendido algo de lo que usted no parece ser consciente a pesar de su célebre sagacidad.

—¿Y qué es? —preguntó Sarah resollando.

—Que esa gente tiene mucho más poder del que podemos imaginar. Muy pronto dominarán el orbe entero, Sarah, y no se puede regatear con los futuros amos del mundo.

Dicho esto, hizo girar a su caballo y lo espoleó.

Sarah se quedó atrás en silencio. Y dio las gracias porque en ese momento se

puso a llover y las gotas que le caían en la cara disimularon las lágrimas amargas que le rodaban por las mejillas formando un reguero zigzagueante.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID, ANOTACIÓN POSTERIOR

El viaje continúa. Nuestros verdugos espolean a los caballos y solo descansan lo justo para que se recuperen los animales o ellos mismos. Sigue lloviendo y el camino de tierra se ha convertido en un lodazal, por lo que avanzamos más despacio que ayer.

Con todo, proseguimos la marcha hacia el este entre las cumbres blancas del Lakmos, al norte, y las de los Atamanes, al sur. Cruzando un puerto de montaña que secciona como un cuchillo la cordillera, hemos llegado a la vasta llanura de Tesalia, que se extiende ante nosotros a la pálida luz del atardecer. A la izquierda, limita con unas paredes de roca enormes que se elevan centenares de metros y parecen haber sido esculpidas en la montaña por la mano de un titán.

A los pies de esos colosos de piedra se arroja una espesa arboleda, que ya ha adoptado los tonos otoñales. Sin embargo, contra todas las leyes de la naturaleza, pueden verse unos muros de color ocre y unos tejados rojos en lo alto de las cúspides peladas: unos edificios suspendidos en el aire que fueron construidos hace mucho tiempo.

Los monasterios de Meteora...

Al mirar el semblante de Cranston, veo una sonrisa de confianza y empiezo a sospechar cuál es el destino de nuestro viaje...

METEORA, TESALIA, 9 DE NOVIEMBRE DE 1884

—¿Y bien?

El semblante pálido de Ludmilla de Czerny estaba tenso. Miraba fijamente el rostro inmóvil y consumido por la fiebre de Kamal Ben Nara, y esperaba una reacción.

El mensajero había llegado hacía rato y le había entregado la cantimplora

con el agua. Costaba creer que aquella sustancia poco llamativa y turbia tuviera propiedades extraordinarias, pero la condesa había aprendido a relegar las dudas. Para ella era creíble lo que hacía justicia a sus derechos.

Y tenía más de un derecho que reclamar...

Sus dedos cubiertos de anillos volvieron a acercarse a los labios de Kamal el tubo de ensayo que había llenado con parte del agua y vertieron las últimas gotas en su garganta, esperando impaciente un cambio.

Y se produjo.

Cuando el tórax de Kamal Ben Nara se hinchó y, por primera vez después de muchas semanas, no respiró débil y apagadamente, sino profunda y sonoramente, la condesa supo que su superior no se había equivocado. En un gesto silencioso de triunfo, cerró el puño con tanta fuerza que el tubo de ensayo se rompió y los añicos causaron cortes en la palma de su blanca mano.

Ludmilla de Czerny apenas se dio cuenta.

Miraba hechizada el rostro de Kamal, al que de pronto pareció volver la vida. No fue, como la condesa esperaba, una curación milagrosa que lo sanara instantáneamente, pero se notaba que la fiebre había comenzado a remitir. El semblante de Kamal se relajó y su tórax subía y bajaba con una respiración regular. Abrió la boca y se humedeció los labios con la lengua. De manera inexplicable, ya no parecía un moribundo, sino alguien que se encontraba en fase de mejoría. Los músculos de su rostro se movían, y ya no se trataba de contracciones involuntarias, sino de la gesticulación de alguien que despierta paulatinamente de un profundo sueño.

La condesa no se apartó de su lado.

Si hubiera sido por Cranston, él también habría presenciado ese proceso memorable, por interés científico, había dicho. Pero ella no juzgó necesario tener al medicastro a su lado. A sus ojos, Cranston era un criado, una herramienta útil, nada más. Si él contaba con que tenía perspectivas de ascender en la jerarquía de la organización, era cosa suya. Ella, Ludmilla de Czerny, tenía un puesto fijo en el nuevo orden...

Una sonrisa cargada de dulzura se deslizó por su semblante pálido y la condesa se quitó las dos horquillas que le recogían el cabello. La melena rubia y suelta le ondeó sobre los hombros y la hizo resplandecer de belleza juvenil. Se inclinó sobre Kamal y lo besó suavemente, primero en la frente, luego en los ojos y, finalmente, en los labios.

—Despierta —le susurró, y el rostro del durmiente se movió de nuevo.

Le acarició cariñosamente el semblante barbudo y le apartó un mechón de pelo de la frente, y fue ese contacto lo que lo hizo volver en sí. Kamal Ben Nara regresó igual que un naufrago que ha pasado semanas en el mar y ya ha perdido la esperanza de ver de nuevo la costa de su tierra.

Respirando profundamente, abrió los ojos y vio el rostro encantador de

Ludmilla de Czerny. La sonrisa de aquella mujer parecía prometer la felicidad absoluta, sus lágrimas, todo el gozo del mundo, y su belleza, toda la seducción.

—Bienvenido, amor mío —susurró la condesa.

—Ya hemos llegado.

Fue al atardecer del segundo día cuando Horace Cranston hizo la señal liberadora. Hacía horas que Sarah sabía adónde conducía el viaje, pero, casi inexplicablemente, le daba lo mismo.

¿Qué importaba adónde la llevaban? Todo, lo había perdido todo; ya no vislumbraba ninguna esperanza. Solo le quedaba la rabia, una ira irrefrenable que se le concentraba en el abdomen y que casi creía notar físicamente. Seguía teniendo náuseas, pero apenas les hacía caso. Lo poco que los hombres de Cranston le habían dado de comer los dos días anteriores, básicamente pan duro, lo había vomitado enseguida, para regocijo de la jauría.

Se sentía miserable de un modo que jamás había experimentado. El dolor por la muerte de Hingis y la pérdida del agua de la vida, que significaba la última esperanza para Kamal, habían sido demasiado para ella. Montaba hundida a lomos de su caballo y no le importaba lo que le ocurriera.

El convoy se detuvo a los pies de un imponente farallón que se alzaba en la llanura. Sobre sus cabezas, en lo alto de las rocas de color ceniciento que se estiraban en el cielo encapotado y atravesado por vetas de un rojo candente, se distinguían las adustas siluetas de unas cuantas torres: se trataba de uno de aquellos monasterios que se habían construido suspendidos en el aire en el siglo XIV y a los que la gente de los alrededores habían bautizado con el nombre de *meteora*.

Rocas colgantes...

Existían un total de veintitrés monasterios semejantes, que abarcaban aquellas tierras desde las cimas peladas de las montañas. Para no ser molestados y poder dedicarse con toda el alma a la contemplación, algunos monjes habían optado por ese exilio voluntario que les permitía estar más cerca del cielo. Pero, evidentemente, los monasterios de Meteora también habían sido un escondite ideal.

Después de que los monjes fueran abandonando sus solitarias residencias, se habían convertido en refugio de fugitivos de la justicia y de salteadores de caminos, y los guerrilleros griegos los habían utilizado de base durante las luchas por Tesalia. Por lo visto, la Hermandad del Uniojo también había descubierto las ventajas que ofrecía un lugar tan retirado y prácticamente inexpugnable.

—Está impresionada —señaló con una sonrisa burlona Cranston, que había detenido su caballo junto a ella.

Sarah negó con la cabeza.

—Espere y verá —le recomendó displicente el médico—. Pronto estará *muy* impresionada...

Se llevó la mano a la pistolera que llevaba sujeta al cinto, la abrió, desenfundó la pistola del ejército y disparó al aire. El tiro resonó como un latigazo por los campos y rebotó en los farallones circundantes. Al poco, Sarah vio que, muy por encima de sus cabezas, algo se soltaba de debajo del tejado de una torre cuadrada y bajaba lentamente. A medida que se acercaba, se iba distinguiendo más claramente que se trataba de una cesta envuelta en una red, que colgaba de una soga del grosor de un brazo y que probablemente suponía la única posibilidad de subir a lo alto de forma medianamente cómoda.

—Un elevador —explicó Cranston innecesariamente—. Sumamente primitivo, pero muy útil.

Una vez más, Sarah lo dejó sin respuesta. No le apetecía admirar los monumentos de la zona. Esperó inmóvil a que la desataran de la silla y bajó de la montura deslizándose a un lado. Una mirada a Polifemo le reveló que el ciclope estaba tan agotado como ella; con todo, la mirada que le devolvió desde su único ojo parecía querer transmitirle consuelo y esperanza: dos cosas que Sarah había perdido en algún sitio durante la larga cabalgada...

La red llegó al suelo. Dos hombres de Cranston la agarraron por el gancho y la abrieron para poder entrar en la cesta con forma de gota. Cranston fue el primero, seguido por Sarah, a la que empujaron dentro rudamente. Tropezó y se hubiera caído de no ser porque pudo agarrarse a la tosca malla. La acompañaron dos de los hombres, de quienes Sarah ya no era capaz de decir si se trataba de soldados turcos comprados o de asesinos contratados por la Hermandad. Probablemente eran una mezcla de ambas cosas.

Volvieron a enganchar la red, la cuerda se tensó y la cesta se elevó del suelo.

—Fascinante, ¿verdad? —preguntó Cranston mientras ascendían colgando junto a la escarpada roca, envueltos por un tejido de malla basto que partía la luz rojiza del atardecer en tallos refulgentes—. Todo lo necesario tiene que subirse de esta manera: personas, material, provisiones, incluso los animales. ¿Ha visto alguna vez un caballo colgando en el aire? Una visión edificante, se lo aseguro.

Sarah no atendía a su perorata. Dirigía la mirada hacia el sur, a la vasta llanura que se extendía hacia allí y que se perdía en las brumas del crepúsculo. A medida que ascendían, el viento arreciaba y se volvía más frío. Ráfagas de aire gélido circulaban por la pared de roca, arrastraban la red y la hacían bascular. Los hombres de Cranston reaccionaron emitiendo gritos sordos.

—Controlaos, ¡timoratos! —los amonestó el médico—. ¿Qué pensará de vosotros lady Kincaid? ¿O a usted tampoco le sienta bien el paseo, my lady?

Se había fijado en que el semblante de Sarah había ido palideciendo desde que se habían elevado del suelo. La joven había cometido el error de mirar abajo a través de la red y, al no ver sino el vacío más absoluto, el mareo que ya sentía

aumentó casi hasta el infinito.

Tuvo que contenerse para no vomitar otra vez. Cerró los ojos y pensó en otro sitio, en un lugar muy lejano, lo cual arrancó una risa maliciosa a Cranston.

—Como médico —dijo serenamente—, puedo asegurarle que apenas notaría algo al chocar contra el suelo si la cuerda cediera. ¿Le sirve de consuelo?

Sarah no escuchaba. Para tranquilizarse y volver a ser dueña de sí misma, recurrió a un ritual que le había enseñado el viejo Gardiner y que era casi tan antiguo como la humanidad: rezó una oración. Una súplica breve e informal, en la que pedía perdón por su arrogancia, por su soberbia y por todas las vidas humanas que cargaba en su conciencia.

Se preguntó por qué no había hecho caso de las advertencias de Hingis. ¿Por qué no había dado media vuelta cuando aún estaba a tiempo? Ahora, su amigo estaba muerto, igual que Du Gard y su padre. Y ya no había esperanza para Kamal, que se encontraba en la lejana Salónica. Una vez más se había confirmado la vieja norma de que todos los que tenían vínculos con ella lo pagaban con la muerte. Era como una maldición que pesaba sobre ella y de la que no era fácil deshacerse...

El temerario recorrido tocaba a su fin. Divisaron los viejos edificios del monasterio, parcialmente derruidos, y se deslizaron pegados al muro de la torre debajo de cuyo tejado estaba instalado el brazo de madera por donde corría la cuerda. Cinco hombres, nada menos, se ocupaban de accionar el sistema de poleas que recuperaban o soltaban cuerda, y el trayecto terminó con un fuerte chirrido.

Se les acercaron unos hombres vestidos con bombachos y túnicas de color negro, que también llevaban turbantes negros. Sin duda eran esbirros del Uniojo, puesto que también vestían así los guerreros con los que Sarah se las había tenido en la búsqueda del fuego de Ra. Hacía mucho de aquello, y en ese momento a la joven le dio la impresión de que jamás había ocurrido...

No ofreció resistencia cuando abrieron la red y la empujaron fuera. De inmediato se presentaron dos hombres armados para vigilarla mientras volvían a bajar la red.

—Un escondite ideal, ¿no? —preguntó Cranston buscando su aprobación. Se había acercado al ventanal y paseaba la mirada por los extensos campos sumidos en la oscuridad—. ¿A quién se le ocurriría buscarnos aquí?

—Sí —dijo Sarah quedamente—, a quién.

—Sinceramente —señaló el médico volviéndose hacia ella—, nunca pensé que fuera tan mala perdedora. Tómeme como ejemplo y véalo como un desafío deportivo. A veces atrapamos al zorro, a veces se nos escapa. Así es la caza. *Tally-ho.*

Sarah levantó la vista y le dirigió una mirada cargada de odio desde su rostro ojeroso, que permitía intuir lo mal que se encontraba.

—Es usted un idiota, Cranston —certificó con voz apagada, pero firme—. Su «desafío deportivo» les ha costado la vida a unos buenos hombres. Y por lo que respecta a Kamal...

—Espere y verá —le recomendó el médico—. Ya le he dicho que quedará impresionada.

—¿Con qué?

—Ya se lo he dicho: espere y verá.

Puesto que no parecía dispuesto a añadir nada más y ella no tenía ánimos ni paciencia para seguir insistiendo, Sarah se calló y decidió esperar. Pasaron unos minutos hasta que volvieron a soltar la cuerda y a recogerla. Esta vez, dentro de la cesta iba Polifemo en compañía de dos guardias.

Para evitar que ofreciera resistencia, lo habían atado de pies y manos con cadenas. Sin embargo, el estado en que se encontraba el ciclope demostraba que no habría hecho falta encadenarlo: estaba físicamente hundido y su ojo miraba abatido. La marcha de dos días por las montañas había agotado sus energías y había provocado que su rostro deforme y desfigurado por el fuego tuviera un aspecto aún más grotesco. Parecía incapaz de moverse por sus propias fuerzas.

Cuando sus verdugos le ordenaron a punta de fusil que saliera de la red, lo hizo arrastrándose de cuatro patas. Sarah quiso acudir en su ayuda, pero los hombres que la vigilaban se lo impidieron. Le dirigió una mirada tan furiosa a Cranston, que el médico les indicó que se lo permitieran. Sarah se precipitó hacia el ciclope que tantas veces la había protegido y le había salvado la vida, y lo ayudó tanto como le permitieron sus propias ataduras. Apoyándose en ella, el titán se puso torpemente en pie. Respiraba jadeando entre estertores y no estaba en condiciones de hablar.

—Una imagen digna de atención —comentó Cranston con toda la malicia—. La bella y la bestia. Casi como en el cuento, aunque mucho me temo que para ustedes dos no habrá un final feliz...

Dio media vuelta indicando a los prisioneros que lo siguieran. Escortados por los guardias, Sarah y Polifemo salieron de la torre del elevador a través de un paso estrecho. Después de subir unos cuantos escalones llegaron a un corredor en el que, a ambos lados, había puertas de baja altura. Antiguamente debieron de ser las celdas de los monjes, pero ahora servían de acuartelamiento a los esbirros de la Hermandad.

Al final del corredor llegaron a una puerta que daba al hueco de una escalera. Subieron al primer piso, donde se hallaba el refectorio del antiguo monasterio, el lugar donde los monjes acudían para celebrar las comidas y las reuniones, y que constituía, junto con la iglesia, el centro de todo el convento.

El refectorio era una sala amplia y de techo bajo, comparativamente, soportado por vigas de madera oscuras. Tenía ventanas en tres laterales, dos de las cuales daban a patios interiores, en tanto que la tercera miraba hacia el

abismo que se extendía más allá de los muros del monasterio. Sarah se fijó en que había empezado a llover. La tierra se cubrió con un manto gris y un fuerte viento sacudía el cristal de las ventanas.

El refectorio estaba amueblado con una larga mesa rodeada de sillas, que parecía muy antigua. En un extremo había una silla más alta, adornada con tallas preciosas, que antiguamente ocupaba el abad.

Cuando los prisioneros entraron en el refectorio se sorprendieron al ver sentada en aquella silla a una persona que parecía esperarlos...

—Bienvenidos a Meteora —saludó Ludmilla de Czerny con una sonrisa falsa —. Volvemos a vernos, ¿no?

—Es obvio —contestó únicamente Sarah.

—¿Qué opinas de nuestro escondite? —preguntó la condesa.

—Diría que encaja muy bien con usted.

—Dicen que los monasterios de Meteora fueron construidos en tiempos remotos con la ayuda de dragones que estaban al servicio de los monjes y los subieron por las paredes de roca —explicó imperturbable la condesa.

—Bueno —dijo Sarah, mordaz—, por lo visto, uno de esos dragones ha sobrevivido todo este tiempo, ¿no?

Aunque el comentario iba por ella, Ludmilla de Czerny soltó una sonora carcajada que, sin embargo, sonó un poco forzada.

—Despotrica cuanto quieras, hermana —replicó—. Eso no cambia el hecho de que yo he ganado.

—¿Dónde está Kamal? —inquirió Sarah.

—Adivina —dijo la condesa con sarcasmo.

—No tengo ganas de jueguecitos —masculló Sarah—. Habíamos hecho un trato...

—¡Que tú rompiste al destruir la fuente de la vida! —exclamó Ludmilla, que se levantó enfurecida.

—No fue ella. —Polifemo dejó oír su voz, esforzándose por erguir su cuerpo encorvado—. Fui yo. La culpa es mía.

—De ti ya me ocuparé a su debido tiempo, traidor —le comunicó secamente —. Por si no bastaba con que hubieras engañado a la Hermandad y te hubieras vuelto contra ella, has matado a uno de tus hermanos.

—¿Y? —replicó Polifemo, con más pena que despecho en la voz—. Para él fue una liberación. Mejor muerto que ser un eterno esclavo.

—Deberías pensar en esas palabras cuando te arrojemos por el precipicio —contestó la condesa hostilmente—. Mereces morir diez veces. El único motivo por el que aún sigues con vida es...

Se interrumpió como si en ese mismo instante hubiera sido consciente de que debía preservar un secreto. Su enfado se esfumó y se transformó en una amplia sonrisa, tan forzada como malévola.

—Habéis hecho todo lo posible por desbaratar nuestros planes, pero no lo habéis conseguido. Y ahora somos nosotros los que tenemos en nuestro poder el agua de la vida.

—El agua de la vida era para Kamal —protestó Sarah—. Es su única esperanza de curación.

—Era su única esperanza de curación —puntualizó la condesa con voz ronca.

—¿Significa eso que...? —Se oyó decir Sarah.

—Vive —contestó Ludmilla de Czerny, aparentemente sin emoción alguna—. Se encuentra en fase de mejoría.

—Pero ¿cómo...?

—Has interpretado mal nuestras intenciones desde el principio —señaló la condesa—. Matar a Kamal nunca formó parte de nuestros planes.

—Vive —murmuró Sarah, que apenas podía contener su dicha en ese momento—. Está bien...

—En efecto.

—¿Dónde está?

—No muy lejos.

—¿Aquí? ¿En el monasterio?

—Es posible.

—Quiero verlo —exigió Sarah—. ¡Ahora mismo!

—Después —rehusó la condesa—. Puede que te cueste comprenderlo, pero tú no impones las reglas, las impongo yo. Y yo digo que verás al príncipe de tus sueños cuando yo lo permita.

—Pero yo...

—¡Después! —vociferó la condesa, ahogándole la voz, y sus ojos esmeralda brillaron como si quisieran fulminarla con la mirada.

—¡Víbora! —masculló Sarah.

—¿Tú me llamas víbora? —Ludmilla de Czerny enarcó sus finas cejas—. Precisamente tú, que te has creído con derecho a la mentira y la traición. Pero esta vez tus intrigas no surtirán efecto porque, para llevar a cabo nuestros planes, no necesitamos más elixir de la vida del que contiene la cantimplora.

—¿Qué planes? —inquirió Sarah—. ¿Qué se proponen hacer con el elixir? ¿Pretenden sacarle partido utilizándolo como pócima mortal, igual que hizo antiguamente Arsínoe?

—Arsínoe —repitió la condesa—. Es divertido lo poco que sabes. Y también es espantoso. Gardiner Kincaid fue un mal maestro.

—Fue el mejor maestro que nadie pueda imaginar —contestó Sarah con determinación.

—Entonces me pregunto por qué no te habló de las cuestiones importantes —comentó la condesa con lengua afilada, y Sarah no conocía la respuesta a esa pregunta—. Es evidente que sigues sin comprender que nunca ha existido más

elixir que este, que no hay uno que da la vida y otro que la arrebató.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sarah—. Algunas personas murieron después de haber bebido...

—Cierto. Con la primera toma se cae en una parálisis parecida a la muerte, pero no se pierde la vida. Una fiebre misteriosa se apodera del cuerpo y del espíritu, y solo puede curarse tomando el agua de nuevo.

—¿Por qué iba nadie a hacer eso?

—Muy sencillo, porque tomar el elixir brinda el don de la profecía. Se empiezan a ver cosas que ocurrieron en el pasado o que podrían ocurrir algún día, en un futuro lejano.

—¿De eso se trataba? —preguntó incrédula Sarah—. Quieren utilizar el elixir para ver el futuro...

La condesa no dio a entender si la suposición de Sarah era acertada.

—El don tiene un precio —prosiguió impasible—. Porque quien toma el elixir de la vida renace en cierto modo y, como consecuencia, no recuerda nada de lo ocurrido antes de su curación. ¿Te suena?

—La época oscura —dijo inconscientemente Sarah, espantada, pues en ese momento comenzó a intuir por qué no podía recordar nada de su temprana infancia...

—Vaya. —La condesa frunció los labios fingiendo aprobación—. Empiezas a utilizar la cabeza. Tú también caíste en aquella parálisis, Sarah Kincaid, y te curaste al tomar el elixir, con el resultado de que no podías recordar nada de lo que había ocurrido hasta entonces.

—¿Qué... significa eso? —preguntó confundida Sarah.

Por muy consternada que se sintiera viendo que su enemiga conocía su secreto más íntimo, estaba mucho más espantada por lo que eso podía significar en relación a Kamal...

—¿Tú qué crees? Yo te lo diré: significa que el príncipe de tus sueños no recuerda nada desde que despertó. No sabe cuál es su origen ni se acuerda de lo que sucedió en La Sombra de Thot... Y tú, hermana, solo eres una desconocida para él.

—¡No! —gritó Sarah horrorizada.

—No sabe nada de ti ni de lo que ocurrió entre vosotros. Y nos hemos ocupado de que no quedara nada que pudiera refrescarle la memoria.

—¿Por eso destruyeron Kincaid Manor?

—Exacto.

—Por lo visto —murmuró Sarah, estremecida— han pensado en todo. Pero su plan no saldrá bien —añadió con terquedad.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Puede que la época oscura impida que Kamal se acuerde de mí —dijo convencida Sarah—, pero recordará lo que sentía.

—Claro —admitió la condesa—. Pero el pobre Kamal, cómo lo diría, curiosamente se ha dejado llevar por la idea de que yo soy la mujer por la que alberga toda esa pasión.

—¿Qué? —gimió Sarah.

—Muy sencillo, hermana —la informó, mirándola con desdén—. Kamal ya no es tu amante, sino el mío. Y gracias al elixir que tú has conseguido, cree que siempre ha sido así.

—¡No! —exclamó Sarah, horrorizada, sacudiendo la cabeza y tirando con furia de sus ataduras—. ¡No es verdad! No puede ser...

—¿Ya lo has olvidado? Cuando tú despertaste de la fiebre oscura, tampoco recordabas nada. Atemorizada e insegura, estuviste dispuesta a reconocer a tu padre en el primer desconocido que te abrió su corazón, y el viejo Gardiner Kincaid era tanto tu padre como Kamal mi amor. Pero ¿a quién le interesa la verdad cuando hay sentimientos en juego? La gente cree lo que quiere creer, así ha sido siempre, ¿no?

La condesa echó atrás la cabeza y soltó una carcajada tan sonora que retumbó en el techo de baja altura. Sarah, en cambio, notó que la sangre le bajaba a los talones y de repente le costó horrores mantenerse en pie. Luchó con todas sus fuerzas contra el desvanecimiento que amenazaba con apoderarse de ella.

A una orden de Ludmilla de Czerny, los guardianes se acercaron, agarraron a los dos prisioneros y se los llevaron hacia un destino incierto.

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

Tercer día de encierro.

La espera se me hace insoportable. Me han dejado el diario, aunque seguramente no por magnanimidad. Mis enemigos aspiran a humillarme una vez más. Dejándome el diario, me obligan a enfrentarme a la situación, y puedo afirmar con toda la razón que jamás en la vida me he sentido tan miserable y vacía como estos días.

Me lo han quitado todo.

A mi padre, y en dos sentidos: no solo arrebatándole la vida a Gardiner Kincaid, sino también sembrando en mi corazón las odiosas dudas que no quieren verlo como padre amoroso, sino como un mentiroso descarado.

Mis posesiones, destruyendo Kincaid Manor y todo lo que se encontraba entre sus muros.

Mi trabajo, porque sin el tesoro del saber reunido en la biblioteca de los Kincaid no me siento en condiciones de seguir con mis investigaciones arqueológicas.

Y, finalmente, también a mi amado...

Lo que siento en lo más hondo de mi ser no se puede definir con sentimientos como el dolor y la pena. Es un vacío tan profundo y terrible que me horroriza. Todo parece carecer de sentido, me han arrebatado cualquier motivo para vivir. Mi derrota es absoluta, en tanto que mis enemigos celebran su triunfo, y no dejo de preguntarme cómo han podido llegar tan lejos las cosas.

Al principio creí controlarlo todo; me mentí a mí misma al pensar que podía utilizar al otro bando con la misma habilidad y falta de escrúpulos con que ellos me habían utilizado a mí antes... Y todo para acabar teniendo que admitir decepcionada que me estaba engañando. He jugado con fuego y he obrado contra mis convicciones; he hecho caso omiso de advertencias que me hacían por mi bien, y ahora pago por ello...

METEORA, MADRUGADA DEL 11 DE NOVIEMBRE DE 1884

Su calabozo era oscuro, frío y había corriente de aire.

En la época de esplendor del monasterio, el pequeño edificio coronado por una cúpula y adosado al refectorio por la cara oeste había sido una capilla dedicada al patrón del convento, donde se celebraban sencillas misas. Esa época quedaba muy atrás.

Los objetos de valor habían desaparecido de la capilla y los frescos del ábside y de la cúpula estaban destruidos, igual que los ventanales, cegados con tablas de madera clavadas de cualquier manera. Las ranuras, algunas de un dedo de ancho, que quedaban entre las tablas dejaban entrar un poco la luz del sol, de modo que la cámara estaba parcamente iluminada de día; pero las rendijas tenían la pega de que el viento silbaba por ellas y, de noche, transformaba el calabozo de Sarah en una gélida mazmorra. La joven estaba acurrucada en el suelo, cogiéndose las piernas con los brazos y helada de frío. Los mareos no habían cesado en los tres días anteriores; al contrario, habían ido en aumento. Sarah se sentía débil y extenuada, y le resultaba impensable dormir con aquel frío y los aullidos del viento, mientras no muy lejos de allí su enemiga seducía a su amado. Su único consuelo era que Kamal estaba vivo y se encontraba bien. Prefería saberlo en brazos de otra mujer que verlo postrado en cama, enfermo y agonizante. En ese sentido, y ahí radicaba la ironía de los recientes acontecimientos, la búsqueda de la fuente de la vida había sido coronada por el éxito.

¡A qué precio!

A la mente de Sarah acudían, alternándose, los rostros de Pericles y de Friedrich Hingis, que habían perdido la vida en la búsqueda de aquel último gran misterio que ahora se hallaba en manos del enemigo. Sarah había vuelto a perder y sus enemigos habían triunfado.

¿Era ese su destino?

La joven ansiaba que saliera el sol. Según el almanaque de su diario, era San Martín, patrón de los que practicaban el ascetismo.

Muy adecuado, pensó Sarah con amargura. Entonces un grito rompió el silencio de la noche. Un alarido cargado de dolor y suplicio, que penetró en Sarah hasta las entrañas como si fuera un puñal.

Se levantó horrorizada y se acercó a toda prisa a la puerta de la capilla, que estaba cerrada por fuera. El grito se repitió, esta vez más fuerte, y Sarah creyó saber de qué garganta procedía.

—¿Polifemo...?

Un nuevo grito, el clamor agudo de alguien que soportaba un martirio indescriptible, y Sarah se convenció de que se trataba del ciclope. Por lo visto, le

había llegado la hora del castigo con que Ludmilla de Czerny lo había amenazado y que debía pasarle cuentas por su traición...

Sarah calculó que serían las tres de la madrugada. No entendía por qué la condesa lo torturaba precisamente a esas horas. ¿O tal vez la tortura venía durando toda la noche? ¿Acaso el ciclope no había flaqueado hasta entonces frente al dolor y ahora rugía por el sufrimiento y el martirio?

Un nuevo alarido rompió el silencio, seguido por unas risas groseras, y Sarah no lo soportó más.

—¡Basta! —bramó, y golpeó con los puños atados la puerta de su encierro—. ¡Basta ya!

Nadie atendió a sus gritos, pero se oyó un nuevo alarido que pareció no tener fin. Oír aullar de sufrimiento a quien le había salvado la vida y saber que ella era el motivo descompuso a Sarah. Aquello iba en contra de todo lo que el viejo Gardiner le había enseñado sobre sus deberes y obligaciones hacia sus allegados.

—¡No! —gritó fuera de sí, y volvió a aporrear la puerta—. ¡Dejadlo en paz! ¿Me oís? ¡Dejadlo en paz, canallas...!

Los golpes que daba contra la puerta se fueron debilitando, sus fuerzas se agotaron, igual que su voz. Exhausta, se dejó caer apoyándose en la tosca madera de la puerta y se acurrucó en el suelo sollozando.

Tardó un poco en darse cuenta de que los gritos habían cesado y habían dejado paso a un silencio gélido en el que solo se oía el aullido del viento.

Polifemo había enmudecido...

Sarah, que imaginaba lo que aquello significaba, sintió rabia y pena a partes iguales. Volvió a golpear la puerta con todas sus fuerzas, como si la vieja madera tuviera la culpa de lo que acababa de ocurrir... De repente, fuera se oyó el ruido de unos pasos que se acercaban.

Sarah se apartó de la puerta cuando oyó que descorrían el cerrojo. La puerta se abrió chirriando y en la antigua capilla penetró la luz clara de la luna, que dibujó las siluetas de dos encapuchados armados con revólveres.

—Acompáñenos —le ordenó uno de ellos.

Sarah se levantó y salió, firmemente convencida de que sería la siguiente en afrontar un destino atroz.

Cruzaron el patio interior alumbrado por la luz de la luna y la condujeron a un edificio donde antiguamente los monjes también habían dispuesto de celdas. Por dentro lo recorría un pasillo largo con puertas a ambos lados. Una de estas estaba abierta y la luz macilenta de una lámpara de gas irrumpía en el corredor a través de ella.

—Adelante —le indicó uno de los guardias.

Sarah se acercó al cuarto abierto y entró. Lo que vio era tan terrorífico que se quedó sin respiración.

Lo primero que distinguió fue a Polifemo, pero no orgulloso y erguido como

lo recordaba en su memoria, sino desnudo excepto por una especie de taparrabos y basculando cabeza abajo del techo. Lo habían encadenado por los pies a una viga y los brazos le colgaban muertos. Oscilaba pesadamente como un péndulo y también giraba, con lo que Sarah pudo ver las atroces heridas que le habían infligido. El cuerpo musculoso estaba bañado en sangre y en el suelo se había formado un charco de un color rojo intenso.

Tenía clavadas decenas de cuchillas en los brazos y en las piernas, en la espalda y en el torso. No cabía duda de que aquello era obra de alguien que poseía conocimientos precisos de anatomía humana. Un médico que había traicionado su juramento y se había convertido en una deshonra para el gremio...

Sarah hizo una mueca de asco al ver a Cranston de pie en una esquina, con todo un arsenal de herramientas de tortura desplegado ante él. La condesa de Czerny estaba a su lado. Las salpicaduras de sangre le habían estropeado el vestido de seda, pero no parecía molestarle.

—El cíclope quería verte, Kincaid —se limitó a decir.

Sarah se volvió hacia Polifemo, que, tal como comprobó entonces, aún seguía con vida, aunque estaba muy cerca de la muerte. Su único ojo se abrió y le dirigió una mirada que inspiraba compasión y casi le rompió el alma.

—Perdóname, Inanna —murmuró el cíclope con voz casi inaudible—. Prometí protegerte...

—Y lo has hecho —afirmó Sarah—. Lo has hecho...

El titán negó con la cabeza.

—He fracasado... Pero no he hablado, ¿me oyes? No les... he dicho nada.

Se le contrajo el rostro y se le quebró la voz. El sufrimiento debía de ser terrible...

—Comprendo —dijo Sarah, aunque en realidad no sabía de qué le estaba hablando el cíclope. Tal vez el suplicio le había confundido los sentidos y deliraba...

—Tammuz —dijo jadeando—. Tienes que buscarlo, ¿me oyes? Tienes que liberarlo...

La última palabra se ahogó en un estertor apagado. La mirada de su único ojo, que mantenía fijada en Sarah, se enturbió y se volvió inexpresiva.

—¿Polifemo?

El cíclope tenía la boca abierta, pero de sus labios no salió palabra alguna.

Estaba muerto.

Sarah le cerró el ojo y guardó un momento de recogimiento silencioso. La pena la embargaba, pero era incapaz de verter una sola lágrima. La ira era demasiado grande, y demasiado incontrolable el deseo de vengar la muerte de su amigo...

—No te preocupes —comentó Ludmilla de Czerny, magnánima—, pronto lo

seguirás.

—¡Víbora! —bramó Sarah—. ¡Serpiente miserable! ¿Cómo pude siquiera suponer que nos parecíamos?

—Porque es así. Te guste o no, hermana, tú y yo somos dos caras de una misma moneda.

—Eso no es verdad —la contradijo Sarah, y la voz le tembló de ira—. Yo no soy en absoluto como usted, porque jamás me rodearía de hipócritas repugnantes dispuestos a traicionar sus ideales por dinero.

—Probablemente eso va por mí —dijo Cranston encogiéndose de hombros y señalando el cuerpo sin vida del ciclope—. Para torturar a un hombre no se requieren menos conocimientos que para curarlo, créame.

—¿Está orgulloso de lo que ha hecho?

—Bueno —empezó a decir el médico—, en cierto modo...

Sarah perdió el control.

Saltó hacia delante, blandiendo los puños atados como si fueran un martillo, para abalanzarse sobre Cranston, pero los dos esbirros ya estaban en sus puestos y la detuvieron. Aunque Sarah dio golpes furiosamente a diestro y siniestro y se defendió con todas sus fuerzas, no tuvo ninguna posibilidad frente a la ruda musculatura de los dos hombres.

—¿Dónde está? —preguntó de repente la condesa.

—¿De qué me está hablando? —preguntó Sarah, desconcertada.

—¿A qué viene esa tontería de pregunta? Del codicubus, naturalmente —contestó malhumorada.

Sarah asintió moviendo la cabeza.

—Así que eso era lo que querían de Polifemo. Lo han torturado hasta la muerte por un artefacto. Pero no les ha revelado dónde se encuentra, ¿verdad? Ha resistido la tortura hasta el final.

—Lo ha hecho y ha perdido la vida. Sería muy poco inteligente por tu parte hacer lo mismo. Así pues, te repito la pregunta: ¿dónde está el codicubus?

Por la manera de plantear la pregunta y por el hecho de que a Ludmilla de Czerny se la notaba nerviosa, Sarah dedujo que la desaparición del codicubus, o más bien de su contenido, suponía una dura pérdida para la Hermandad. ¿Qué tendría en su interior...?

—¿Quiere saber la verdad? —preguntó Sarah.

—Evidentemente.

—No lo sé —le comunicó Sarah sin más.

—Mientes.

—En absoluto —replicó la joven, sosteniendo la mirada inquisitiva de la condesa—. Pero aunque no fuera así y realmente supiera dónde se encuentra el codicubus, preferiría morir antes que revelárselo.

Ludmilla de Czerny la escrutó con la mirada.

—Ten cuidado con lo que deseas, hermana —dijo luego—, podría ser que pronto se cumpliera.

Dio media vuelta y ordenó que se llevaran a Sarah y la devolvieran al calabozo.

La audiencia había concluido.

—¿Va... todo bien?

Kamal Ben Nara habló con voz insegura. Observaba desconcertado las salpicaduras de sangre que cubrían el vestido de la mujer.

—Por supuesto —contestó ella al entrar en el amplio aposento, iluminado por la luz de las velas, que antiguamente se reservaba para los huéspedes importantes que visitaban el monasterio—. ¿Qué quieres que pase?

Sin embargo, Kamal tenía la sensación de que algo no encajaba. A diferencia de días anteriores, el semblante sin tacha de aquella mujer se había convertido en una máscara rígida. Tenía revuelto el cabello, que solía llevar recogido en un moño, y unos mechones le caían en la cara, cuya tez pálida había enrojecido llamativamente.

—He oído gritos —dijo Kamal—. Me han despertado...

—Nada importante —dijo, haciendo un gesto para restarle importancia al asunto—. Un paciente que sufre. Ya sabes dónde estamos.

—En un sanatorio de Grecia —dijo Kamal, repitiendo lo que le habían explicado, aunque no había podido comprobarlo.

—Exacto. Y te aseguro que el doctor Cranston hará todo lo posible por curarte y devolverte los recuerdos.

—Lo sé —asintió él—. Pero ¿por qué no puedo salir de esta habitación?

—Porque te confundiría —contestó ella, acercándosele con los brazos abiertos—. Perdona mi prudencia, amor mío, pero el doctor Cranston dice que no sería bueno para ti saber demasiadas cosas en tan poco tiempo. Después de todo, has estado enfermo muchos días.

—Pero me encuentro bien —insistió Kamal, cuyo semblante noble y orgulloso había recuperado el color. Le habían cortado el pelo y llevaba la barba recortada y bien cuidada.

—Lo sé —dijo la mujer, que se desabrochó el vestido sucio y dejó que resbalara lentamente por su cuerpo y pusiera al descubierto el nacimiento de sus pechos y los muslos, que parecían esculpidos en alabastro blanco—. Por suerte, hay cosas que podemos hacer en esta habitación, a no ser, claro está, que no te sientas con fuerzas.

—¿De... de qué me hablas, Sarah?

—Tú no te preocupes, amor mío —afirmó ella mientras le ponía sus delgados brazos alrededor del cuello y lo atraía lentamente hacia sí, igual que un pulpo

capturando una presa—, yo te lo enseñaré todo...

DIARIO DE VIAJE DE SARAH KINCAID

No espero misericordia.

Lo que le ha ocurrido a Polifemo me ha hecho comprender de manera irrefutable que mis enemigos no conocen la misericordia ni la indulgencia y que esta vez no dudarán en eliminarme. De todos modos, no sé por qué me han respetado hasta ahora.

Paso el tiempo meditando y rezando en silencio; intento ordenar las cosas que acuden a mi mente aunque, en el fondo, ya carezcan de importancia.

¿A qué se refería Polifemo cuando dijo que yo era Inanna? ¿Y quién es ese Tammuz al que debo buscar y liberar?

Hay otra cuestión que me preocupa, aunque ha perdido toda relevancia en estas horas oscuras: ¿quién era realmente el hombre al que quise con todo mi corazón y al que siempre llamé «padre»?

La condesa de Czerny dijo que Gardiner Kincaid era tanto mi padre como Kamal su amado y, en tanto que mi corazón y mi mente lo niegan con encono, en lo más hondo de mi ser hay una parte que no lo discute, probablemente porque conoce la verdad.

Mis recuerdos...

Continúan ocultos tras una espesa niebla y ya no albergo la esperanza de que algún día se disipen las brumas. No obtengo respuestas a mis preguntas y, por primera vez en la vida, dudo seriamente que jamás las encuentre... Al mismo tiempo, un temor frío se apodera de mí.

El miedo de que pudiera ser verdad lo que Mortimer Laydon me dijo en su locura, que Gardiner Kincaid no era mi amado padre, sino él.

La terrible sospecha de que Kamal podría estar equivocado con lo siempre intentó inculcarme, que en este mundo todo está sometido a un plan divino.

Y, finalmente, la horrible certeza de que mañana será el último día que veré el mundo.

Con esta anotación cierro mi diario de viaje.

Que sirva de advertencia a quien lo encuentre para que no se perturben los enigmas del pasado, porque algunos alcanzan hasta el presente...

METEORA, 11 DE NOVIEMBRE DE 1884

Cuando, después de horas interminables de temor y espera, despuntó el nuevo día, Sarah lo saludó casi con alivio. Los haces de luz mortecina que entraban por las rendijas de las ventanas cerradas la deslumbraban, y la joven supo que había llegado el día decisivo.

Esta vez, cuando se oyeron pasos acercándose, Sarah permaneció más tranquila que la noche anterior. Hacía mucho que el manantial de sus lágrimas se había secado y afrontaba con serenidad lo que la esperaba.

Pero no estaba preparada.

Había intentado conseguir el perdón con sus oraciones y había buscado respuestas a través de razonamientos interminables. Sin embargo, no había encontrado ni lo uno ni lo otro, y tenía la sensación de que su vida era una obra incompleta y chapucera. Lo que ella había sido, o más bien creía ser, se había disuelto como un azúcarillo, no había quedado nada. Excepto el diario, que contenía su alma y le brindaba la tranquilizadora sensación de que todo aquello había ocurrido realmente y había luchado hasta el final. Aunque al final la hubieran vencido...

Descorrieron ruidosamente el cerrojo y la puerta se abrió. Una luz deslumbrante inundó la capilla y cegó a Sarah. Sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la claridad. Entonces vio que su más acérrima enemiga no se había privado de ir a buscarla en persona.

—Sal—dijo.

—¿Ha llegado la hora?

La condesa asintió con un movimiento de cabeza.

—Qué gran triunfo debe de ser para usted—dijo Sarah amargamente.

—Después de todo lo que te he hecho, preferiría dejarte con vida, créeme—respondió indiferente—. Porque vivir sería para ti mayor castigo que la muerte. Pero tengo órdenes estrictas que...

—No se esfuerce—replicó Sarah gélidamente, y salió del calabozo sin dignarse mirar de nuevo a la condesa.

Fuera la esperaban cuatro hombres armados que la flanquearon.

Cruzaron el patio interior y el refectorio, y pasaron por debajo de una arcada que conducía a un segundo patio más grande. A la izquierda se encontraban el

katholikon y los edificios longitudinales que albergaban los aposentos. Al otro lado, el terreno descendía ligeramente y lo limitaban dos muros circulares antes de caer escarpado, casi en vertical, hacia el abismo.

Hacia allí condujeron a Sarah.

Al pasar por el patio, la joven se dio cuenta de que habían cambiado algunas cosas respecto al día de su llegada. Había cajas y sacos por todas partes y los sirvientes vestidos de negro de la Hermandad pululaban por allí en plena actividad frenética. Se gritaban órdenes y en el extremo este de la plataforma de roca se oía chirriar las poleas que transportaban hombres y material al valle.

Estaba claro que la condesa y sus esbirros planeaban dejar su escondrijo justo después de haberse librado de su más tenaz enemiga...

Desde el muro circular interior, una escalera empinada conducía hacia el patio exterior, un terreno rocoso y con apenas unos cuantos matorrales que descendía en picado hacia el sur. El muro exterior solo llegaba a la altura de las caderas y suponía la última barrera ante el profundo abismo. Más allá se extendía la vasta llanura de Tesalia, cubierta de bruma por debajo de un cielo anaranjado y nublado que prometía nieve y lluvia.

Sarah siempre se había preguntado cómo se sentirían los que eran conducidos al amanecer al lugar de ejecución: ahora ya lo sabía.

Ya la esperaban delante del muro.

El doctor Cranston, con semblante inexpresivo, estaba flanqueado por cuatro guardias que llevaban fusiles Remington al hombro. Se habían enrollado los turbantes negros en la cabeza de manera que solo les quedaba al descubierto la parte de los ojos.

Los verdugos, pensó Sarah inconscientemente.

—Lady Kincaid —la saludó Cranston.

El día en que se lo presentaron en Londres parecía increíblemente lejano. Pero ya entonces, en aquel primer momento, su intuición le había señalado la doblez de aquel hombre.

Prescindió de devolverle el saludo y se volvió hacia Ludmilla de Czerny.

—¿Aquí? —preguntó sin más.

—Efectivamente.

Sarah asintió.

—¿Te extraña?

—En absoluto —negó Sarah—. Vuestro plan ha funcionado, habéis conseguido lo que queríais. Lo único que os falta para alcanzar la victoria absoluta es acabar conmigo.

—En efecto, pero no habría sido necesario. Supiste desde el principio que intentábamos manipularte. Si en vez de oponerte hubieras cooperado, ahora no estaríamos aquí. Pero has preferido engañarte a ti misma creyendo y haciendo creer a otros que podías medirte con el poder de la Hermandad. De hecho, en

ningún momento tuviste elección.

—¿Qué intenta decirme?

La condesa se echó a reír arrogante.

—Dicen que los que han probado una vez el agua de la fuente de la vida siempre regresan a ella. Por lo tanto, sabíamos que tarde o temprano nos indicarías el camino.

—Miente —dijo convencida Sarah—. Como en tantas otras cosas.

—¿Eso crees?

—Si de niña sufrí realmente la fiebre y me curé con el agua, pero la fuente de la vida ha estado oculta todo este tiempo...

—¿Sí?

—... ¿de dónde salió el elixir que supuestamente me intoxicó? ¿Y el que me sanó? —Acabó de preguntar Sarah—. Sus palabras se contradicen, condesa.

—En absoluto, pero lo que tú sabes es demasiado limitado para comprenderlo todo. Existía un resto de elixir y lo utilizaron para borrar tus recuerdos.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? —La condesa soltó una carcajada—. El hombre al que durante todos estos años consideraste tu padre, simplemente porque no tenías ni idea.

—Eso no es verdad.

—Lo es, créeme.

—¿Y cómo me curaron si Gardiner había utilizado el último resto del elixir?

—Un médico tan brillante como ambicioso, llamado Mortimer Laydon, que tenía acceso a los mejores círculos de Londres y hacía años que pertenecía a la Hermandad, consiguió hacerse con otro resto que habían traído antiguamente de Grecia y se había conservado en un lugar desconocido, donde había originado la creación de un mito. Tal vez ya supones a qué lugar me refiero...

—Praga —dijo Sarah quedamente, y recordó estremecida lo que le había contado el rabino, que el último resto de agua de la vida había sido robado unos diecinueve años atrás.

Justo en la época en que a ella la curaron de la fiebre oscura...

—Exacto —asintió Ludmilla de Czerny—. Los agentes de la Hermandad irrumpieron en la sinagoga y robaron el agua de la vida por encargo de Laydon, quien se presentó de inmediato como tu salvador ante Gardiner Kincaid y se ganó su confianza. El resto de la historia ya lo conoces, ¿verdad?

Sarah asintió ensimismada. Todo parecía estar conectado y adquiría sentido de un modo pasmoso. Ella había sido la que había consumido el último resto de elixir... Aun así, Sarah tenía la sensación de que algo no encajaba. No paraba de buscar incoherencias en las afirmaciones de su enemiga y las encontró...

—No me está explicando toda la verdad —insistió—. Mi curación no pudo consumir toda el agua. Tuvo que quedar un pequeño resto para que su gente

envenenara a Kamal...

—¿Y?

—... si aún quedaba un poco, ¿para qué todo este plan disparatado? ¿Por qué me enviaron en busca del agua si ya tenían un poco en sus manos?

—Por un lado —contestó impasible la condesa—, solo eran un par de gotas, suficiente para tu querido Kamal, pero demasiado poco para nuestros fines.

—¿Y por otro? —insistió Sarah.

La condesa titubeó un momento.

—No necesitas saberlo —contestó finalmente.

—Entonces hay algo más, ¿no? —preguntó Sarah—. Se trata de mucho más, ¿verdad? Y supongo que tiene algo que ver con Kamal. ¿Qué se proponen hacer con él? ¿Qué me oculta?

—Ya te he dicho que no necesitas saberlo. En todo caso, y a no. Si te hubieras puesto de nuestra parte, se te habría revelado la verdad... y muchas cosas más.

—¿Qué? —preguntó Sarah.

—Poder, fama... Inmortalidad.

—¿Inmortalidad? —repitió Sarah con voz temblorosa—. ¿Es eso lo que tanto les interesa? ¿Quieren utilizar la Creación en su provecho y engañar a la muerte?

—¿Por qué no?

—Señora mía —dijo Sarah quedamente y con una sonrisa en la que se condensó toda su pena y su amargura—, creo que sobrestima el valor de su presencia en este mundo.

—Igual que tú —replicó la condesa. Dio una palmada y, acto seguido, sus esbirros se quitaron el fusil del hombro y apuntaron a Sarah.

—¿Van a fusilarme?

—No, por favor —intervino Cranston—. Eso lo dejamos a su elección. O salta voluntariamente al abismo o prueba suerte con el plomo. Desde un punto de vista médico, debo decirle que si salta al vacío desde esta altura apenas quedará nada de usted para...

—Gracias —dijo Sarah, y se subió al murete.

Al otro lado había una roca que descendía escarpada unos tres o cuatro metros. Luego caía en vertical hacia el más profundo abismo. El viento frío de la mañana la azotó y de nuevo sintió náuseas.

Se dio la vuelta una vez más.

—¿Y Kamal?

—Confía en mí —aseguró la condesa sonriendo con malicia—, está en buenas manos.

A Sarah le temblaban los labios, le temblaba todo el cuerpo a causa del frío y el miedo.

—¿Puedo... verlo? —preguntó en voz baja y llena de resignación, puesto que suponía cuál sería la respuesta.

—Tal vez algún día —le dijo Ludmilla, burlona—, en otro mundo. Adiós, hermana.

Sarah asintió con un movimiento de cabeza y se volvió de nuevo hacia el precipicio. No quería darles el gusto a sus enemigos de que vieran las lágrimas que le corrían por las mejillas ni que otra persona decidiera el momento de su final.

Quería ser libre para determinar ella misma ese momento. Se santiguó y rezó una oración en silencio, luego cerró los ojos y su cuerpo se tensó para dar el paso decisivo hacia el vacío...

El instante en que Sarah Kincaid estaba a punto de saltar al vacío fue el mismo en el que un restallido rompió el silencio que reinaba en la montaña, seguido por un grito ronco.

Todavía en el murete, Sarah abrió rápidamente los ojos y vio a un grupo de combatientes ataviados con ropas claras y chalecos rojos, que habían trepado a la montaña por la cara suroeste y saltaban por encima del murete, blandiendo puñales o fusiles Martini Henry de fabricación británica.

¡Soldados griegos!

De nuevo retronó un disparo y Sarah vio que uno de sus guardianes se desplomaba con el pecho perforado y caía junto a uno de sus compañeros, que yacía herido en el suelo.

Luego se precipitaron los acontecimientos.

Mientras los guerreros de la Hermandad empuñaban sus armas para responder al fuego y librarse a una enconada lucha contra los asaltantes, de los cuales Sarah contó una docena, Cranston se puso a cubierto detrás de una roca. La condesa de Czerny, en cambio, profirió un aullido de furia y se volvió hacia su enemiga para lanzarla al vacío.

Sarah fue más rápida. Se alejó de allí al instante, manteniendo el equilibrio sobre el murete hacia el lugar de donde venían los combatientes desconocidos y haciendo caso omiso de la tormenta de plomo que llenaba el aire.

—¡Sarah, aquí! —la llamó alguien.

Saltó del muro, huyó en zigzag con la cabeza hundida entre los hombros y se refugió detrás de un gran matorral que, si bien no la protegía de las balas, al menos la escondía de las miradas de sus verdugos. Y en ese refugio tuvo un encuentro inesperado.

Con alguien al que creía muerto...

—¿Friedrich? —preguntó incrédula.

Ver el rostro del suizo, enmarcado entre cabellos revueltos y mirando a través de unas gafas de metal medio rotas, asomar por el cuello de un uniforme griego no era una estampa habitual. Sin embargo, no había duda de que tenía delante, sano y salvo, al amigo que creía haber perdido.

—Así es —confirmó el suizo sonriendo ampliamente mientras le desataba las manos.

—Pero yo pensaba que... te habías ahogado.

—Evidentemente, no. —Hingis rio con sorna—. Alejandría me hizo comprender lo importante que puede llegar a ser defenderse en el líquido elemento. Y me apunté al equipo de natación de la universidad. Una sola mano no basta para un campeonato, pero es suficiente para no ahogarse.

—Eso está claro —dijo Sarah asombrada—. Y fuiste a buscar ayuda...

—Después de vagar desorientado durante dos días me topé con una patrulla de soldados griegos. Nunca pensé que mis conocimientos de griego antiguo podían salvarme la vida algún día.

—Y a mí —añadió Sarah sonriendo ampliamente.

—Lamento el retraso. Habría preferido...

Se calló cuando ella le rodeó la cara con las manos y le dio un beso en los labios.

—Perdonado —dijo la joven—. Y, ahora, ven conmigo.

—¿Adónde?

—Kamal —dijo únicamente Sarah—. La Czerny lo tiene en su poder...

En los dos patios interiores se había desatado una lucha salvaje. En las zonas situadas más hacia el oeste, también habían aparecido de pronto soldados que habían escalado temerariamente la roca que ascendía casi en vertical. Otros combatientes, entre los que se contaba Hingis, habían subido con la red después de asaltar a los que bajaban en ella y dar la señal de que los remontaran. Y, una vez controlada la torre del elevador, no habían dejado de subir más y más, de manera que los esbirros de la Hermandad pronto habían quedado en minoría.

Mirara donde mirara, Sarah veía caer luchadores vestidos de negro que habían sido abatidos. Delante del refectorio estalló una carnicería cruenta cuando un pelotón de lacayos de la condesa se abalanzó con sus puñales relucientes contra un grupo de soldados. El tintineo de las armas y los gritos de los hombres llegaban hasta Sarah y Hingis, que avanzaban agachados junto al muro con la esperanza de que no los alcanzara una de las balas que surcaban silbando el aire.

Sarah no cabía en sí de gozo por ver al amigo con vida. Eso la animaba, le daba nuevas fuerzas y calmaba el malestar y la debilidad. Le relató a toda prisa la curación de Kamal y la muerte por tortura de Polifemo, y una ira salvaje pareció apoderarse del suizo, por lo general impasible. Empuñando la pistola que le habían dado sus aliados griegos, avanzó a hurtadillas por detrás de Sarah, decidido a hacérselo pagar a la persona responsable, que había puesto cobardemente los pies en polvorosa.

De nuevo se produjo un intenso intercambio de disparos entre los griegos, a un lado, y los esbirros de la Hermandad al otro, y Sarah y Hingis se vieron obligados a buscar refugio tras una roca. Durante un breve alto el fuego, Sarah se

atrevió a salir del escondrijo y paseó la mirada por el patio: ni rastro de la condesa ni de Cranston.

—Han desaparecido —señaló enfurecida—. Como si se los hubiera tragado la tierra.

—No pueden estar muy lejos —gritó Hingis para superar el clamor de balas que había vuelto a estallar, y tosió cuando una nube de pólvora quemada los alcanzó—. Los soldados controlan el elevador. No pueden huir.

—Lo sé —dijo Sarah, pero no estaba muy segura.

Aunque Ludmilla de Czerny era su enemiga y, en muchos sentidos, su contraria, también se le parecía en cierto modo. Por eso Sarah sabía que la condesa no se dejaría vencer tan fácilmente y que, en cualquier caso, escondía un as en la manga...

—¡Allí! —gritó de repente Hingis señalando la cara este del farallón, donde el patio limitaba con un edificio alto y perpendicular, alrededor de cual transcurría un camino angosto limitado por un muro que llegaba a la altura de las rodillas.

Detrás, Sarah divisó algo que le arrancó un grito sordo: las formas redondas de un globo aerostático que se elevaba con una lentitud majestuosa hacia el cielo de color gris acero.

—¡No!

Haciendo caso omiso de la lluvia de balas que seguía colmando el aire porque el último reducto de sectarios se había atrincherado debajo del *katholikon* y defendía la plaza enconadamente, Sarah se incorporó de un salto y corrió hacia el edificio perpendicular tan deprisa como su débil estado le permitía. En plena carrera recogió del suelo un sable, que había pertenecido a uno de los caídos, y continuó avanzando vertiginosamente. Hingis tenía que esforzarse para seguirle el paso.

Al ver el globo, Sarah se había dado cuenta súbitamente de cuál era el as que escondía la condesa. Comprendió que la resistencia que ofrecían con obediencia ciega los peones de aquella mujer tenía como única finalidad cubrirle la retirada. Todo en ella pugnaba por no consentir que la causante de tanta desgracia huyera.

—¡Espera! —gritó, terriblemente furiosa, mientras veía elevarse el globo, cuya esfera, formada por tiras de tela azules y blancas, y cubierta con una red de malla estrecha, casi podía verse entera por encima del edificio—. ¡No escaparás, víbora!...

Había llegado al edificio y ya torcía por la callejuela que conducía hacia el globo cuando alguien le cerró el paso empuñando un revólver cuyo cañón la apuntaba.

—¡Cranston! —exclamó sin aliento.

—Exacto. La condesa me ha encargado que le comunique que aquí acaba su camino —la informó el médico con una insolencia de lo más arrogante.

—Dígale a esa zorra que se vaya a la mierda —contestó Sarah, prescindiendo

del vocabulario de una lady y empleando la jerga que de niña había pillado al vuelo en las cantinas de los puertos de Nueva York y Shanghái.

Cranston no reaccionó a la provocación. Una sonrisa sádica se dibujó en su semblante mientras doblaba el dedo sobre el gatillo con gozosa lentitud.

En ese momento llegó Hingis, empuñando también su arma. Durante una milésima de segundo, Cranston se distrajo y no supo a quién de los dos debía apuntar. Entonces Sarah actuó.

Rápidamente cogió impulso y esgrimió el sable. El acero golpeó una vez en el aire, pero luego le atravesó el pecho a Horace Cranston.

El médico se estremeció y retrocedió tambaleándose. Su arma se disparó, pero erró el tiro y la bala partió sin rumbo fijo. La camisa blanca y radiante de Cranston se tiñó de rojo por debajo de la casaca y su rostro expresó la más absoluta incredulidad. El revólver le resbaló de las manos, asíó con manos temblorosas el sable que llevaba a la altura del pecho y lo desenvainó. El acero tintineó al caer al suelo y Cranston chocó de espaldas contra el muro bajo.

—Usted..., usted ha... —fue todo lo que consiguió decir en su aturdimiento.

—Yo le hice un juramento, ¿recuerda? —le preguntó Sarah.

Se le acercó y, mientras él aún la miraba despavorido, le dio un fuerte empujón que lo lanzó por encima del pretil hacia el profundo abismo.

—*Tally-ho* —dijo Sarah con amargura mientras el médico desaparecía chillando en el vacío—. Eso ha sido por Pericles y Polifemo.

—Vamos —la exhortó Hingis.

Los dos siguieron la callejuela que rodeaba el edificio hasta una puerta que estaba abierta y conducía a una plataforma escarpada de roca. Tenía forma de cuadrante. Allí, a unos cinco metros del suelo, estaba suspendido el globo. Habían descolgado una escalerilla de cuerda por la que probablemente tenía que subir Cranston después de haber ejecutado el asesinato. En aquel momento soltaron las amarras y tiraron el lastre, y el globo ascendió hacia las alturas.

En el cesto que colgaba del enorme objeto, Sarah vio a tres personas: a Ludmilla de Czerny, a uno de sus sirvientes encapuchados y al hombre por el que había emprendido la larga odisea que la había llevado de Londres a Praga y, finalmente, a las profundidades del Hades.

Kamal...

Vio su atlética figura, su porte orgulloso y su rostro, pálido pero lleno de vida. Lo miró a los ojos oscuros y retrocedió aterrorizada.

Porque, incluso en la distancia, Sarah Kincaid se dio cuenta de que en el semblante de su amado no se reflejaba ninguna alegría al verla, ningún afecto, ninguna señal de que la reconocía.

—¡Kamal, no! —gritó mientras el hombre al que pertenecía su corazón la miraba como un desconocido y el globo seguía elevándose en el cielo. La única respuesta que obtuvo fue la sonora carcajada de Ludmilla de Czerny, que el

viento se ocupó de hacerle llegar y cuyo eco resonó en los muros del monasterio.

Hingis se lanzó hacia delante y apuntó con el fusil para dispararle un balazo a la villana fugitiva. Sin embargo, Sarah se abalanzó sobre su brazo armado.

—Déjame —exigió el suizo.

—No —gritó Sarah con determinación—. El peligro de alcanzar a Kamal es...

En aquel momento, algo la tocó en el brazo izquierdo, la hizo girar y la lanzó al suelo. Hasta que no vio que la manga de su pelliza se teñía de un color oscuro no recordó que había oído un restallido, y entonces comprendió que la había alcanzado una bala.

Apenas se dio cuenta de que Hingis acudía presto en su ayuda gritando: tenía la mirada clavada en el globo que se alejaba en el cielo llevándose al hombre al que amaba. Y no se enteró de que la bala que la había abatido había salido de allí ni de que Ludmilla de Czerny continuaba hostigándola con sus risas sarcásticas.

Lo único que veía era el globo desapareciendo en una lejanía inalcanzable, y siguió viéndolo incluso cuando hacía rato que había cerrado los ojos, y el dolor, la pérdida de sangre y las fatigas de los últimos días le habían hecho perder el conocimiento.

BUQUE DE PASAJEROS *CONCORDIA*, 16 DE NOVIEMBRE DE 1884

—¿Sarah? ¡Sarah!

La voz le llegó a los oídos desde la lejanía, un grito solitario en la oscuridad.

—¿Sarah...?

La oscuridad se desvaneció y dejó paso a una luz clara en la que se perfilaban las formas conocidas del globo, que se agrandaba y se acercaba lentamente.

Él volvía con ella...

—Sarah, por favor, si puede oírme, contésteme...

Solo tenía que abrir los ojos, y entonces lo vería. Notaría la calidez de sus besos, los latidos de su corazón y el consuelo de sus caricias, oiría su respiración y su voz suave y tranquilizadora.

—Sarah, ¡despierte!

Abrió los ojos.

El rostro que se inclinaba hacia ella no era el que esperaba. No pertenecía a Kamal ni a nadie que conociera. Estaba enmarcado entre cabellos canos, que parecían de algodón, y adornado por una barba blanca. El semblante maduro de aquel hombre, que la miraba por encima de los cristales redondos de sus gafas de leer, era bondadoso y dulce, y reflejaba alivio.

—Por fin ha vuelto en sí —señaló—. ¿Cómo se encuentra?

—Bi... bien —respondió Sarah.

Le seguía doliendo la cabeza. En cambio, el ardor del brazo había desaparecido y también habían cesado las náuseas...

—¿Dónde estoy? —preguntó la joven mirando a su alrededor. Para su sorpresa, se encontraba tendida en una cama estrecha, dentro de una habitación minúscula con paredes de madera barnizada. La única ventana que había era redonda y tenía un marco de latón remachado, y Sarah creyó notar que el lecho se mecía suavemente—. Un barco —concluyó desconcertada—. Estoy en un barco...

—Exacto —asintió el hombre de cabellos canos, que Sarah calculó que

tendría unos cincuenta años.

La joven se dio cuenta entonces de que llevaba un uniforme azul oscuro con insignias en las mangas que lo identificaban como oficial de la Marina.

—Se encuentra a bordo del *Concordia*, un barco de pasajeros que cubre la ruta del Pireo a Venecia. Me llamo Vincente Garibaldi. Soy el médico del buque.

—¿Atenas? ¿Venecia?

Uniendo los fragmentos de los recuerdos que comenzaban a regresar a su mente, Sarah intentó comprender qué había ocurrido. Recordó que se había salvado milagrosamente, así como la lucha cruenta que se había desatado en Meteora, y recordó el globo que había desaparecido en la vastedad del cielo con su amado a bordo. Había sido una simple ilusión pensar que volvería a verlo cuando abriera los ojos...

—¿Cómo he...?

—¿Cómo ha llegado a bordo?

Sarah asintió.

—Un signore que se llama Hingis la trajo a bordo. Usted había perdido mucha sangre a causa de una herida de bala y, al principio, me negué a aceptarla. Pero acreditó la importancia que tenía sacarla del país, y la embajada británica de Atenas intervino también a través de un tal Jeffrey Hull. ¿Le suena?

—Por supuesto —afirmó Sarah.

—Así pues, no me quedó más remedio que tratarla con los modestos recursos de que dispongo a bordo.

—Comprendo. —Sarah se miró y vio un vendaje en su brazo izquierdo. Casi había olvidado que le habían disparado, puesto que le causaba mucho mayor pesar la pérdida de Kamal.

—Puede considerarse afortunada de que la bala le hiciera una herida limpia y no le tocara el hueso —prosiguió Garibaldi—. De no ser así, tal vez no podría haber hecho mucho por usted. Pero solo fue necesario curarle la herida y procurar que recuperara las fuerzas. Y, por lo que parece —añadió sonriendo—, he cumplido con éxito mi tarea.

—Efectivamente. —Sarah forzó una sonrisa cansada—. Gracias, doctor.

—No hay de qué. —Garibaldi le devolvió la sonrisa—. ¿Quiere hablar con el señor Hingis? Hace dos días que no se mueve de la puerta de su camarote y no deja de atosigarme preguntándome por su estado. Se alegrará mucho de saber que se encuentra mejor.

—Sí, por favor —dijo Sarah.

—*Va bene* —asintió el médico, y se dirigió a la puerta del camarote—. Vendré a verla dentro de una hora. Para darle la medicina.

—Gracias, doctor.

—Y otra cosa...

—¿Sí?

—No se preocupe —dijo el doctor con una sonrisa de ánimo—. Podrá tener hijos.

—¿Qué? —Sarah creyó que no había oído bien.

—Bueno, yo pensaba...

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó la joven con cautela.

—¿No lo sabía? —preguntó el médico, perplejo.

—¿Qué es lo que no sabía?

—Que estaba embarazada, claro.

—¿Embarazada?

—Pero, Sarah, es imposible que no se diera cuenta de su estado.

—¿Mi estado? —preguntó Sarah, desconcertada—. ¿De qué diantre me está hablando...?

—¿Cuándo tuvo la última menstruación? —preguntó el médico con una franqueza que desarmaba—. ¿Lo recuerda?

Sarah pensó en ello, aun cuando le resultó difícil porque se le aceleró el pulso y se le hizo un nudo en la garganta que no se aflojaba. Era verdad que hacía tiempo que no le venía, pero ella lo había atribuido al cambio de clima, a la falta de sueño y a las fatigas que había padecido durante las últimas semanas. Nunca habría supuesto que...

¡Pero claro que era posible!

¿Habría llevado, sin saberlo, un hijo de Kamal en su vientre todo ese tiempo?

—Y... ¿dice que he perdido al niño?

—De eso no hay duda. Mientras estaba inconsciente, ha sufrido una hemorragia muy fuerte. Y contenía trazas de tejido que yo...

Se calló al ver que Sarah levantaba la mano pidiéndole que no siguiera. No le hacía falta saber nada más y tampoco quería oír nada más. Había estado embarazada, había estado esperando un hijo del hombre al que amaba, ¡y lo había perdido!

La terrible idea invadió poco a poco su mente, y una profunda tristeza se apoderó de ella. Sarah nunca había pensado que sería capaz de sentir tanta pena por algo de cuya existencia no había sabido nada hasta unos momentos antes.

—¿Por qué, doctor? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Es difícil decirlo. A veces se dan esas reacciones. En la mayoría de los casos, no puede achacarse un aborto a una causa concreta.

—¿Y en el resto de los casos?

—La madre se ha entregado a la ginebra o al vicio del opio, y ni lo uno ni lo otro tienen nada que ver en su caso, ¿verdad?

Sarah asintió.

—Entonces, Sarah, tómese lo que ha sido: una lamentable casualidad.

—Pero no ha sido una casualidad, doctor —murmuró Sarah, venida por la pena y las lágrimas—. Nada ocurre simplemente por casualidad...

—Como usted quiera.

—¿Ha dicho « opio » ?

Sarah empezaba a atar cabos.

—Así es.

—¿Podría darse el caso de que también lo provocara la inhalación de vapores sulfurosos tóxicos?

—Sin duda —confirmó Garibaldi—. Si en las últimas semanas ha estado sometida a vapores de ese estilo, diría que esa es la causa principal. En los días posteriores ¿se sintió débil y abatida?

Sarah asintió.

—¿Tenía náuseas? ¿Notaba la sensación de tener algo ajeno en el cuerpo?

Sarah volvió a asentir: justamente así podía describirle lo que había sentido al cabalgar por Tesalia y también después, en Meteora...

—Entonces no hay duda —afirmó el médico—. Pero no se haga mala sangre. Como ya le he dicho, aún puede tener hijos, y eso es lo que cuenta.

Sarah asintió ensimismada. ¿Qué podía replicar? ¿Qué podía contestarle a un desconocido que no sabía por lo que había pasado ni la pérdida que había sufrido?

—¿Lo sabe Hingis? —preguntó.

—Sí, Sarah. ¿Quiere verlo ahora?

—Por favor.

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió del camarote cruzando la estrecha puerta, que volvió a abrirse al instante. Era Hingis, con las gafas arregladas y vestido como de costumbre. El cabello, revuelto como siempre.

—Sarah. —El suizo entró en el camarote con una dulce sonrisa en el semblante—. Me alegro de verte.

—Yo también —replicó la joven, que incluso intentó devolverle la sonrisa, aunque, con todas las lágrimas que le cubrían el rostro, no acabó de conseguirlo.

—¿Te... lo ha dicho el médico?

Sarah asintió.

—Lo siento, Sarah. Lo siento mucho.

—Estaba embarazada —murmuró de manera casi inaudible—. Llevaba en mis entrañas un hijo de Kamal, y yo misma lo he matado al intentar salvar a su padre...

—Y lo has salvado —puntualizó Hingis—. Has actuado de buena fe, Sarah.

—¿Lo he hecho? —preguntó la joven mirándolo desvalida.

—Por supuesto.

—¿Y de qué ha servido? Me lo han quitado todo, Friedrich. Todo...

—Lo sé. Y por eso no deberías culparte a ti misma, sino a los responsables de tu desdicha. Ludmilla de Czerny sigue ahí fuera, Sarah. Ha huido y seguirá intentando llevar a cabo los planes de la Hermandad.

—¿Y?

—Tenemos que encontrarla —anunció el suizo, y las gafas comenzaron a temblarle encima de la nariz—. Tenemos que hacer todo lo posible por desbaratar sus planes... Y tenemos que encontrar a Kamal y liberarlo de los brazos de esa horrible mujer.

—Mi buen amigo Friedrich. —A pesar de la pena y de la conmoción que la abrumaba, Sarah logró esbozar una débil sonrisa—. ¿Y cómo vamos a hacerlo? La Czerny y Kamal han desaparecido sin dejar rastro. Ni sabemos hacia dónde volaba el globo ni tenemos ninguna pista sobre dónde se encuentran.

—Puede que no —admitió tranquilamente Hingis, a la par que introducía la mano en la casaca y sacaba un objeto metálico en forma de cubo—. Pero tenemos esto.

—¡El codicubus! —exclamó Sarah, que rápidamente se tapó la boca con la mano.

—En efecto.

—¿Aún... lo tienes?

—Lo he tenido todo el tiempo. Nunca me preguntaron por él, y yo no dije nada —explicó Hingis con una lógica aplastante—. Fue una buena jugada por tu parte convertirme en el depositario del artefacto... Está claro que nadie lo esperaba, ni siquiera nuestros enemigos.

—Pero pensaba que lo habrías perdido por el camino...

—Los suizos somos muy cuidadosos —señaló el erudito—. No perdemos las cosas tan fácilmente.

—Eso parece.

Sarah contemplaba llena de asombro tanto a él como el objeto que sostenía en la mano.

—Así pues, si queremos hallar pistas, tenemos que abrir el codicubus y examinar su contenido —propuso Hingis, que estaba irreconocible. La rata de biblioteca intrigante y dubitativa de antaño se había convertido en un valeroso aventurero.

—Cierto —se mostró de acuerdo Sarah.

Teniendo en cuenta todo lo que había hecho la canalla de la condesa para hacerse con el artefacto, cabía deducir que albergaba informaciones explosivas, la clave de un nuevo misterio. Sarah pensó que, en cierto modo, el codicubus era el legado que le había dejado Polifemo, un obsequio y una misión a la vez...

—¿Nos dirigimos a Venecia? —preguntó la joven.

Hingis asintió.

—Entonces tendremos que instalarnos allí y esperar a que pase el invierno. Haremos acopio de fuerzas y de conocimientos y, cuando llegue la primavera, abriremos la veda. No descansaré hasta que haya descubierto los planes de la Hermandad y haya liberado a Kamal de las garras de la condesa.

—Venga esa mano —dijo Hingis. Le tendió la mano derecha y Sarah se la estrechó al instante.

—Antes de morir —reflexionó Sarah—, Polifemo me encargó que liberara a Tammuz. ¿No se referiría acaso a Kamal? Y en ese caso, ¿por qué lo llamó así?

—Lo averiguaremos —dijo Hingis convencido—. Y muy pronto...

EPÍLOGO

UN LUGAR DESCONOCIDO, NOVIEMBRE DE 1884

La misma habitación apartada del mundo, que no tenía puerta ni ventanas. Las mismas personas, sentadas una frente a la otra.

—El informe —exigió una de ellas, que se había quitado la chistera y se apoyaba en un bastón de madera con un puño dorado en forma de cabeza de dragón.

—A pesar de haber tenido que salir precipitadamente —informó la otra—, podemos estimar que la misión de Grecia ha sido un éxito. Si bien el enemigo ha logrado destruir la fuente de la vida con ayuda de un traidor, hemos conseguido hacernos con una cantidad suficiente de elixir.

—¿Qué fue del traidor?

—Fue apresado y sometido. El médico que usted me recomendó demostró ser un maestro en el elevado arte de la tortura; sin embargo, no nos dijo nada.

—Entonces, ¿el codicibus sigue desaparecido?

—Sí, Maestro.

—¿Y el médico está muerto?

—Desgraciadamente. No dudo de que todavía nos habría sido útil durante un tiempo.

—Primero Laydon y ahora Cranston. Nuestras bajas en médicos son alarmantes...

—... y hay que atribuirlo sobre todo a una mujer concreta. Ya sabe de quién le hablo.

—Kincaid. —Las manos del hombre toquetearon inquietas el puño del bastón—. ¿Y puede usted asegurar que ya no supone ningún peligro para nosotros?

—Absolutamente. En todo este tiempo no ha descubierto ni por asomo nuestros objetivos. De hecho, creía que este asunto solo iba con ella y, por lo tanto, se culpaba de todo lo ocurrido. Puede que Sarah Kincaid siga con vida, pero está destrozada. Le he arrebatado todo lo que significaba algo para ella y sé de qué hablo, créame.

—Como usted diga. ¿Y Tammuz?

—Está en nuestro poder, tal como habíamos planeado. Y no recuerda nada anterior a estas tres semanas. En cierto sentido, es como un niño, ingenuo y lleno de preguntas, una hoja en blanco.

—Pues escríbala en nuestro provecho...

—Lo haré.

—... y no olvide el objetivo que tenía desde el principio este secuestro.

—No se preocupe —replicó la mujer, acariciándose el regazo con su mano blanca y llena de anillos—. No lo he olvidado.

—Tammuz tiene que darnos una heredera, y cuanto antes. Ese es nuestro único objetivo, *n'est ce pas...?*

AGRADECIMIENTOS

La tercera etapa del arriesgado viaje de Sarah Kincaid es sin duda la más sombría. En ella, nuestra heroína se enfrenta a las preguntas más elementales de la existencia humana y ya no se encuentra en la cuerda floja entre mitología e historia, sino en las profundidades de los infiernos, y, esto, en más de un sentido. Como autor, he tenido que acompañar forzosamente a Sarah en su peligrosa expedición, y una vez más me he alegrado de poder contar con algunas personas que me han sido de gran ayuda y a las que quiero mencionar en este apartado.

En primer lugar, doy las gracias a mi familia —a mi maravillosa esposa, Christine, y a mi hija, Holly— por hacer que todo esto fuera posible, y a mis padres por sus palabras de ánimo; a mis amigos, que nunca se cansan de oír mis disparatadas ideas, y, por supuesto, a todos los que han participado, directa o indirectamente, en la creación y en la publicación de esta novela: a mi editor, Stefan Bauer, con el que siempre es un privilegio y una alegría trabajar; y a mi agente literario, Peter Molden, que siempre tiene tiempo para mí, trabaja incansablemente y me ha aportado muchas cosas.

Evidentemente, también quiero dar las gracias a mis lectores: tanto a aquellos que se han dirigido a mí durante las lecturas, por correo o por *e-mail*, y me han comentado cuánto aprecian las aventuras de Sarah, como a aquellos que prefieren disfrutar de un libro en silencio y recluirse en mundos que solo permite crear la imaginación; transmitirlos es la parte más hermosa de mi extraña y extraordinaria profesión, que a veces consume todas mis energías, pero es siempre maravillosa.

También contribuye a ello que los personajes que inventas algún día empiezan a tener vida propia. Es el caso de Sarah, que, mientras escribo estas líneas, ya me apremia para que añada a sus aventuras y a su gran viaje una última etapa que responda a todas las preguntas y descubra no solo el secreto de su origen, sino también los misterios de la siniestra conjura victoriana... ¿Y quién soy yo para negarle ese favor a una auténtica lady...?

Febrero de 2009



MICHAEL PEINKOFER. Nacido en el año 1969, cursó estudios de literatura alemana, historia y ciencias de la comunicación en Munich.

Desde 1995 se dedica a la escritura, el periodismo cinematográfico y la traducción. Actualmente vive en la región de Algovia, en el sur de Alemania.

Su novela *Trece runas*, traducida a siete idiomas, ha sido un rotundo éxito de ventas en Alemania y España, y lo ha dado a conocer como uno de los referentes actuales entre los jóvenes autores europeos de novela histórica.

La maldición de Thot, La llama de Alejandría, Las puertas del infierno y La luz de Shambala son los títulos que conforman la serie dedicada a la intrépida arqueóloga victoriana Sarah Kincaid.

El reino perdido es su última novela publicada en castellano.

NOTAS

[1] Queen's Counsel: consejero real, título honorífico para abogados meritorios del Temple Bar. (*N. de la T.*) <<

[2] Abogado habilitado para actuar ante los tribunales. (*N. de la T.*) <<

[3] Internationale Schlafwagen-Gesellschaft: Compañía Internacional de Coches-cama. (*N. de la T.*) <<

[4] Antiguos catálogos de la Biblioteca de Alejandría. (*N. de la T.*) <<

[5] Título honorífico usado por los turcos. (*N. de la T.*) <<

[6] Griego vulgar. (*N. de la T.*) <<

[7] Atrio situado a la entrada de las iglesias paleocristianas y bizantinas. (*N. de la T.* <<